TUS LIBROS



El candor del Padre Brown

Gilbert Keith Chesterton

Doce relatos componen este volumen, con el que Chesterton dio a conocer al Padre Brown. Este “curita” católico, insignificante, casi ridículo de puro “candoroso”, tiene un cerebro privilegiado y una intuición singular para leer en las sinuosidades del corazón humano. Pero su bondad natural, su recta lectura de la moral evangélica, lo impiden juzgar y condenar: descubre el crimen, pero intenta salvar al criminal. Es la cara opuesta de ese nefasto vicio de juzgar que censuraba Camus. Un libro rebosante de ingenio, suave humorismo y belleza literaria, de un autor cuya influencia ha llegado hasta Borges.

G. K. Chesterton

El candor de padre Brown

Tus libros - 17

ePub r1.0
orhi 21.10.2019

Título original: *The Innocence of Father Brown*
G. K. Chesterton, 1911
Traducción: Alfonso Reyes
Apéndice: Juan José Millas
Notas: Emilio Pascual
Ilustraciones: Iván Fernández
Grabado del autor: Justo Barboza

Editor digital: orhi
ePub base r2.1



GILBERT KEINT CHESTERTON (1874-1936)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición publicada en New York, 1911.

Las ilustraciones, originales de Iván Fernández, han sido realizadas expresamente para esta edición.

A Waldo y Mildred d’Avigdor

El candor del Padre Brown

Gilbert Keith Chesterton



I
La cruz azul

Bajo la cinta de plata de la mañana, y sobre el reflejo azul del mar, el bote llegó a la costa de Harwich[1] y soltó, como enjambre de moscas, un montón de gente, entre la cual ni se distinguía ni deseaba hacerse notable el hombre cuyos pasos vamos a seguir. No; nada en él era extraordinario, salvo el ligero contraste entre su alegre y festivo traje y la seriedad oficial que había en su rostro. Vestía un chaqué gris pálido, un chaleco blanco, y llevaba un sombrero de paja con una cinta casi azul. Su rostro, delgado, resultaba trigueño, y se prolongaba en una barba negra y corta que le daba un aire español y hacía echar de menos la gorguera isabelina. Fumaba un cigarrillo con parsimonia de hombre desocupado. Nada hacía presumir que aquel chaqué claro ocultaba una pistola cargada, que en aquel chaleco blanco iba una tarjeta de policía, que aquel sombrero de paja encubría una de las cabezas más potentes de Europa. Porque aquel hombre era nada menos que Valentin, jefe de la policía parisiense, y el más famoso investigador del mundo. Venía de Bruselas a Londres para hacer la captura más comentada del siglo.

Flambeau estaba en Inglaterra. La policía de tres países había seguido la pista al delincuente de Gante a Bruselas, y de Bruselas a Hoek van Holland[2]. Y se sospechaba que trataría de disimularse en Londres, aprovechando el trastorno que por entonces causaba en aquella ciudad la celebración del Congreso Eucarístico[3]. No sería difícil que adoptara para viajar el disfraz de eclesiástico menor o persona relacionada con el Congreso. Pero Valentin no sabía nada a punto fijo. Sobre Flambeau nadie sabía nada a punto fijo.

Hace muchos años que este coloso del crimen desapareció súbitamente, tras haber tenido al mundo en zozobra; y a su muerte, como a la muerte de Rolando[4], puede decirse que hubo una gran quietud en la tierra. Pero en sus mejores días —es decir, en sus peores días—, Flambeau era una figura tan estatuaria e internacional como el Kaiser[5]. Casi diariamente los periódicos de la mañana anunciaban que había logrado escapar a las consecuencias de un delito extraordinario, cometiendo otro peor. Era un gascón[6] de estatura gigantesca y gran acometividad física. Sobre sus rasgos de buen humor atlético se contaban las cosas más estupendas: un día cogió al *juge d'instruction*[7] y lo puso de cabeza «para despejarle la cabeza». Otro día

corrió por la *Rue* de Rivoli con un policía bajo cada brazo. Y hay que hacerle justicia: esta fuerza casi fantástica sólo la empleaba en ocasiones como las descritas; aunque poco decentes, no sanguinarias. Sus delitos eran siempre hurtos ingeniosos y de alta categoría. Pero cada uno de sus robos merecía historia aparte, y podría considerarse como una especie inédita del pecado. Fue él quien lanzó el negocio de la Gran Compañía Tirolesa de Londres, sin contar con una sola lechería, una sola vaca, un solo carro, una gota de leche, aunque sí con algunos miles de suscriptores. Y a éstos los servía con el sencillísimo procedimiento de acercar a sus puertas los botes que los lecheros dejaban junto a las puertas de los vecinos. Fue él quien mantuvo una estrecha y misteriosa correspondencia con una joven, cuyas cartas eran invariablemente interceptadas, valiéndose del procedimiento extraordinario de sacar fotografías infinitamente pequeñas de las cartas en los portaobjetos del microscopio. Pero la mayor parte de sus hazañas se distinguían por una sencillez abrumadora. Cuentan que una vez repintó, aprovechándose de la soledad de la noche, todos los números de una calle, con el solo fin de hacer caer en una trampa a un forastero. No cabe duda de que él es el inventor de un buzón portátil que solía apostar en las bocacalles de los quietos suburbios, por si los transeúntes distraídos depositaban algún giro postal. Últimamente se había revelado como acróbata formidable; a pesar de su gigantesca mole, era capaz de saltar como un saltamontes y de esconderse en la copa de los árboles como un mono. Por todo lo cual el gran Valentin, cuando recibió la orden de buscar a Flambeau, comprendió muy bien que sus aventuras no acabarían en el momento de descubrirlo.

Y, ¿cómo arreglárselas para descubrirlo? Sobre este punto las ideas del gran Valentin estaban todavía en proceso de fijación.

Algo había que Flambeau no podía ocultar, a despecho de todo su arte para disfrazarse, y este algo era su enorme estatura. Valentin estaba, pues, decidido, en cuanto cayera bajo su mirada vivaz alguna vendedora de frutas de desmedida talla, o un granadero corpulento, o una duquesa medianamente desproporcionada, a arrestarlos al punto. Pero en todo el tren no había topado con nadie que tuviera trazas de ser un Flambeau disimulado, a menos que los gatos pudieran ser jirafas disimuladas. Respecto a los viajeros que venían en su mismo bote, estaba completamente tranquilo. Y la gente que había subido al tren en Harwich o en otras estaciones no pasaba de seis pasajeros. Uno era un empleado del ferrocarril —pequeño él—, que se dirigía al punto terminal de la línea. Dos estaciones más allá habían recogido a tres verduleras lindas y pequeñitas, a una señora viuda —diminuta que procedía de una pequeña

ciudad de Essex, y a un sacerdote católico romano —muy bajo también— que procedía de un pueblecito de Essex. Al examinar, pues, al último viajero, Valentin renunció a descubrir a su hombre, y casi se echó a reír: el curita era la esencia misma de aquellos insulsos habitantes de la zona oriental; tenía una cara redonda y roma, como budín de Norfolk[8], unos ojos tan vacíos como el mar del Norte, y traía varios paquetitos de papel de estraza que no acertaba a juntar. Sin duda el Congreso Eucarístico había sacado de su estancamiento local a muchas criaturas semejantes, tan ciegas e ineptas como topos desenterrados. Valentin era un escéptico del más severo estilo francés, y no sentía amor por el sacerdocio. Pero sí podía sentir compasión, y aquel triste cura bien podía provocar lástima en cualquier alma. Llevaba una sombrilla enorme, usada ya, que a cada rato se le caía. Al parecer, no podía distinguir entre los dos extremos de su billete cuál era el de ida y cuál el de vuelta. A todo el mundo le contaba, con una monstruosa candidez, que tenía que andar con mucho cuidado, porque entre sus paquetes de papel traía una cosa de legítima plata «con piedras azules». Esta curiosa mezcolanza de vulgaridad —condición de Essex— y santa simplicidad divirtieron mucho al francés, hasta la estación de Stratford, donde el cura logró bajarse, quién sabe cómo, con todos sus paquetes a cuestas, aunque todavía tuvo que regresar por su sombrilla. Cuando le vio volver, Valentin, en un rapto de buena intención, le aconsejó que, en adelante, no anduviera contando a todo el mundo lo del objeto de plata que traía. Pero Valentin, cuando hablaba con cualquiera, parecía estar tratando de descubrir a otro; a todos, ricos y pobres, machos o hembras, los consideraba atentamente, calculando si medirían los seis pies; porque el hombre a quien buscaba tenía seis pies y cuatro pulgadas[9].

Apeóse en Liverpool Street, enteramente seguro de que hasta allí el criminal no se le había escapado. Se dirigió a Scotland Yard —la oficina de policía— para regularizar su situación y prepararse los auxilios necesarios, por si se daba el caso; después encendió otro cigarrillo y se echó a pasear por las calles de Londres. Al pasar la plaza de Victoria se detuvo de pronto. Era una plaza elegante, tranquila, muy típica de Londres, llena de accidental quietud. Las casas, grandes y espaciosas, que la rodeaban tenían aire a la vez de riqueza y de soledad; el pradito verde que había en el centro parecía tan desierto como una verde isla del Pacífico. De las cuatro calles que circundaban la plaza, una era mucho más alta que las otras, como para formar un estrado, y esta calle estaba rota por uno de esos admirables disparates de Londres: un restaurante que parecía extraviado en aquel sitio y venido del barrio de Soho. Era un objeto absurdo y atractivo, lleno de tiestos con plantas

enanas y visillos listados de blanco y amarillo limón. Aparecía en lo alto de la calle, y, según los modos de construir habituales en Londres, un vuelo de escalones subía de la calle hacia la puerta principal, casi a manera de una enorme escala de salvamento sobre la ventana de un primer piso. Valentin se detuvo, fumando, frente a los visillos listados, y se quedó un rato contemplándolos.

Lo más increíble de los milagros está en que acontezcan. A veces se juntan las nubes del cielo para figurar el extraño contorno de un ojo humano; a veces, en el fondo de un paisaje equívoco, un árbol asume la elaborada figura de un signo de interrogación. Yo mismo he visto estas cosas hace pocos días. Nelson[10] muere en el instante de la victoria; y un hombre llamado Williams da la casualidad de que asesina un día a otro llamado Williamson; ¡una especie de infanticidio! En suma, la vida posee cierto elemento de coincidencia fantástica, que la gente acostumbrada a contar sólo con lo prosaico nunca percibe. Como lo expresa muy bien la paradoja de Poe[11], la prudencia debiera contar siempre con lo imprevisto.

Aristide Valentin era profundamente francés, y la inteligencia francesa es, especial y únicamente, inteligencia. Valentin no era «máquina pensante» —insensata frase, hija del fatalismo y el materialismo modernos—. La máquina solamente es máquina por cuanto no puede pensar. Pero él era un hombre pensante y, al mismo tiempo, un hombre claro. Todos sus éxitos, tan admirables que parecían cosa de magia, se debían a la lógica, a esa ideación francesa clara y llena de buen sentido. Los franceses electrizan al mundo, no lanzando una paradoja, sino realizando una evidencia. Y la realizan al extremo que puede verse por la Revolución francesa. Pero, por lo mismo que Valentin entendía el uso de la razón, palpaba sus limitaciones. Sólo el ignorante en motorismo puede hablar de motores sin petróleo; sólo el ignorante en cosas de la razón puede creer que se razone sin sólidos e indisputables primeros principios. Y en el caso no había sólidos primeros principios. A Flambeau le habían perdido la pista en Harwich y, si estaba en Londres, podría encontrársele en toda la escala que va desde un gigantesco trampista, que recorre los arrabales de Wimbledon, hasta un gigantesco *toast-master*[12] en algún banquete del «Hotel Métropole». Cuando sólo contaba con noticias tan vagas, Valentin solía tomar un camino y un método que le eran propios.

En casos como éste, Valentin se fiaba de lo imprevisto. En casos como éste, cuando no era posible seguir un proceso racional, seguía, fría y cuidadosamente, el proceso de lo irracional. En vez de ir a los lugares más

indicados —bancos, puestos de policía, sitios de reunión—, Valentin asistía sistemáticamente a los menos indicados: llamaba a las casas vacías, se metía por los *cul de sac*[13], recorría todas las callejas bloqueadas de escombros, se dejaba ir por todas las transversales que le alejaran inútilmente de las arterias céntricas. Y defendía muy lógicamente este procedimiento absurdo. Decía que, de tener algún vislumbre, nada hubiera sido peor que aquello; pero, a falta de toda noticia, aquello era lo mejor, porque había al menos probabilidades de que la misma extravagancia que había llamado la atención del perseguidor hubiera impresionado antes al perseguido. El hombre tiene que empezar sus investigaciones por algún sitio, y lo mejor era empezar donde otro hombre pudo detenerse. El aspecto de aquella escalinata, la misma quietud y curiosidad del restaurante, todo aquello conmovió la romántica imaginación del policía y le sugirió la idea de probar fortuna. Subió las gradas y, sentándose en una mesa junto a la ventana, pidió una taza de café solo.

Aún no había almorzado. Sobre la mesa, las ligeras angarillas que habían servido para otro desayuno le recordaron su apetito; pidió además un huevo escalfado, y procedió, pensativo, a endulzar su café, sin olvidar un punto a Flambeau. Pensaba cómo Flambeau había escapado en una ocasión gracias a unas tijeras de uñas, y en otra ocasión gracias a un incendio; otra vez, con pretexto de pagar por una carta falta de franqueo, y otra, poniendo a unos a ver por el telescopio un cometa que iba a destruir el mundo. Y Valentin se decía —con razón— que su cerebro de detective y el del criminal eran igualmente poderosos. Pero también se daba cuenta de su propia desventaja: «El criminal —pensaba sonriendo— es el artista creador, mientras que el detective es sólo el crítico.» Y levantó lentamente su taza de café hasta los labios…, pero la separó al instante: había echado sal al café en vez de azúcar.

Examinó el objeto en que le habían servido la sal: era un azucarero, tan inequívocamente destinado al azúcar como lo está la botella de champaña para el champaña. No entendía cómo habían podido servirle sal. Buscó por allí algún azucarero ortodoxo…; sí, allí había dos saleros llenos. Tal vez reservaban alguna sorpresa. Probó el contenido de los saleros, era azúcar. Entonces extendió la vista en derredor con aire de interés, buscando algunas otras huellas de aquel singular gusto artístico que llevaba a poner el azúcar en los saleros y la sal en los azucareros. Salvo un manchón de líquido oscuro derramado sobre una de las paredes empapeladas de blanco, todo lo demás aparecía limpio, agradable, normal. Llamó al timbre.

Cuando el camarero acudió presuroso, despeinado y algo torpe todavía a aquella hora de la mañana, el detective —que no carecía de gusto por las

bromas sencillas— le pidió que probara el azúcar y dijera si aquello estaba a la altura de la reputación de la casa. El resultado fue que el camarero bostezó y acabó de despertarse.

—¿Y todas las mañanas gastan ustedes a sus clientes estas bromitas? —preguntó Valentin—. ¿No les resulta nunca cansada la bromita de trocar la sal y el azúcar?

El camarero, cuando acabó de entender la ironía, le aseguró, tartamudeando, que no era tal la intención del establecimiento, que aquello era una equivocación inexplicable. Cogió el azucarero y lo contempló, y lo mismo hizo con el salero, manifestando un creciente asombro. Al fin, pidió excusas precipitadamente, se alejó corriendo, y volvió pocos segundos después acompañado del propietario. El propietario examinó también los dos recipientes, y también se manifestó muy asombrado.

De pronto, el camarero soltó un chorro inarticulado de palabras.

—Yo creo —dijo tartamudeando— que fueron esos dos sacerdotes.

—¿Qué sacerdotes?

—Esos que arrojaron la sopa a la pared —dijo el criado.

—¿Que arrojaron la sopa a la pared? —preguntó Valentin, figurándose que aquella era alguna singular metáfora italiana.

—Sí, sí —dijo el criado con mucha animación, señalando la mancha oscura que se veía sobre el papel blanco—; la arrojaron allí, a la pared.

Valentin miró con aire de curiosidad al propietario. Este satisfizo su curiosidad con el siguiente relato:

—Sí, caballero, esa es la verdad, aunque no creo que tenga ninguna relación con esto de la sal y el azúcar. Dos sacerdotes vinieron muy temprano, en cuanto abrimos la casa, y pidieron una sopa. Parecían gente muy tranquila y respetable. Uno de ellos pagó la cuenta y salió. El otro, que era más pausado en sus movimientos, estuvo algunos minutos recogiendo sus cosas, y al cabo salió también. Pero antes de hacerlo tomó deliberadamente la taza (no se la había bebido toda), y arrojó la sopa a la pared. Yo y el camarero estábamos en el interior; así, apenas pudimos llegar a tiempo para ver la mancha en el muro y el salón ya completamente desierto. No es un daño muy grande, pero es una gran desvergüenza. Aunque quise alcanzar a los dos hombres, ya iban muy lejos. Sólo pude advertir que doblaban la esquina de Carstairs Street.

El policía se había levantado, puesto el sombrero y empuñado el bastón. En la completa oscuridad en que se movía, estaba decidido a seguir el único indicio anormal que se le ofrecía; y el caso era, en efecto, bastante anormal.

Pagó, cerró de golpe tras de sí la puerta de cristales, y pronto había doblado también la esquina de la calle.

Por fortuna, aun en los instantes de mayor fiebre conservaba alerta los ojos. Algo le llamó la atención frente a una tienda, y al punto retrocedió unos pasos para observarlo. La tienda era un almacén popular de comestibles y frutas, y al aire libre estaban expuestos algunos artículos con sus nombres y precios, entre los cuales destacaban un montón de naranjas y un montón de nueces. Sobre el montón de nueces había un tarjetón que ponía, con letras azules: «Naranjas finas de Tánger, dos por un penique.» Y sobre las naranjas una inscripción semejante e igualmente exacta, decía: «Nueces finas del Brasil, a cuatro la libra.» Valentin, considerando los dos tarjetones, pensó que aquella forma de humorismo no le era desconocida, por su experiencia de hacía poco rato. Llamó la atención del frutero sobre el caso. El frutero, con su carota bermeja y su aire estúpido, miró a uno y otro lado de la calle como preguntándose la causa de aquella confusión. Y, sin decir nada, colocó cada letrero en su sitio. El policía, apoyado con elegancia en su bastón, siguió examinando la tienda. Al fin exclamó:

—Perdone usted, señor mío, mi indiscreción: quisiera hacerle a usted una pregunta referente a la psicología experimental y a la asociación de ideas.

El caribermejo comerciante le miró de un modo amenazador. El detective, blandiendo el bastoncillo en el aire, continuó alegremente:

—¿Qué hay de común entre dos anuncios mal colocados en una frutería y el sombrero de teja de alguien que ha venido a pasar a Londres un día de fiesta? O, para ser más claro: ¿qué relación mística existe entre estas nueces, anunciadas como naranjas, y la idea de dos clérigos, uno muy alto y otro muy pequeño?

Los ojos del tendero parecieron salírsele de la cabeza, como los de un caracol. Por un instante se dijera que iba a arrojarse sobre el extranjero. Y al fin exclamó, iracundo:

—No sé lo que tendrá usted que ver con ellos, pero, si son amigos de usted, dígales de mi parte que les voy a romper la cabeza aunque sean párrocos, como vuelvan a tirarme las manzanas.

—¿De veras? —preguntó el detective con mucho interés—. ¿Le han tirado a usted las manzanas?

—Como que uno de ellos —repuso el enfurecido frutero— las echó a rodar por la calle. De buena gana le hubiera cogido, pero tuve que entretenerme en arreglar otra vez el montón.

—Y ¿hacia dónde se encaminaron los párrocos?

—Por la segunda calle, a mano izquierda, y después cruzaron la plaza.

—Gracias —dijo Valentin, y desapareció como por encanto.

A las dos calles se encontró con un guardia, y le dijo:

—Oiga usted, guardia, un asunto urgente: ¿Ha visto usted pasar a dos clérigos con sombrero de teja?

El guardia trató de recordar.

—Sí, señor, los he visto. Por cierto que uno de ellos me pareció ebrio: estaba en mitad de la calle como atontado…

—¿Por qué calle se fueron? —le interrumpió Valentin.

—Tomaron uno de aquellos ómnibus amarillos que van a Hampstead**[14]**.

Valentin exhibió su tarjeta oficial y dijo precipitadamente:

—Llame usted a dos de los suyos, que vengan conmigo en persecución de esos hombres.

Y cruzó la calle con una energía tan contagiosa, que el pesado guardia se echó a andar también con una obediente agilidad. Antes de dos minutos, un inspector y un hombre en traje de paisano se unieron al detective francés.

—¿Qué se ofrece, caballero? —comenzó el inspector, con una sonrisa de importancia.

Valentin señaló con el bastón.

—Ya se lo diré a usted cuando estemos en aquel ómnibus —contestó, escurriéndose y abriéndose paso por entre el tráfago de la calle. Cuando los tres, jadeantes, se encontraron en el imperial**[15]** del amarillo vehículo, el inspector dijo:

—Iríamos cuatro veces más de prisa en un «taxi».

—Es verdad —le contestó el jefe plácidamente—, siempre que supiéramos adonde íbamos.

—Pues, ¿dónde *quiere* usted que vayamos? —le replicó el otro, asombrado.

Valentin, con aire ceñudo, continuó fumando en silencio unos segundos, y después, apartando el cigarrillo, dijo:

—Si usted *sabe* lo que va a hacer un hombre, adelántesele. Pero si usted quiere descubrir lo que hace, vaya detrás de él. Extravíese donde él se extravíe, deténgase cuando él se detenga, y viaje tan lentamente como él. Entonces verá usted lo mismo que ha visto él y podrá usted adivinar sus acciones y obrar en consecuencia. Lo único que podemos hacer es llevar la mirada alerta para descubrir cualquier objeto extravagante o cualquier cosa que se salga de lo común.

—¿Qué clase de objeto extravagante?

—Cualquiera —contestó Valentin, y se hundió en un obstinado mutismo.

El ómnibus amarillo recorría las carreteras del Norte. El tiempo transcurría, inacabable. El gran detective no podía dar más explicaciones, y acaso sus ayudantes empezaban a sentir una creciente y silenciosa desconfianza. Acaso también empezaban a experimentar un apetito creciente y silencioso, porque la hora del almuerzo había pasado ya, y las inmensas carreteras de los suburbios parecían alargarse cada vez más, como las piezas de un infernal telescopio. Era aquél uno de esos viajes en que el hombre no puede menos de sentir que se va acercando al término del universo, aunque a poco se da cuenta de que simplemente ha llegado a la entrada del parque de Tufnell. Londres se deshacía ahora en miserables tabernas y en repelentes andrajos de ciudad, y más allá volvía a renacer en calles altas y deslumbrantes y hoteles opulentos. Parecía aquél un viaje a través de trece ciudades consecutivas. El crepúsculo invernal comenzaba ya a vislumbrarse —amenazador— frente a ellos; pero el detective parisiense seguía sentado sin hablar, mirando a todas partes, no perdiendo un rasgo de las calles que ante él se desarrollaban. Ya habían dejado atrás el barrio de Camden, y los policías iban medio dormidos. De pronto, Valentin se levantó y, poniendo una mano sobre el hombro de cada uno de sus ayudantes, dio orden de parar. Los ayudantes dieron un salto.

Y bajaron por la escalerilla a la calle, sin saber con qué objeto los habían hecho bajar. Miraron en torno, como tratando de averiguar la razón, y Valentin les señaló triunfalmente una ventana que había a la izquierda, en un café suntuoso lleno de adornos dorados. Aquél era el departamento reservado a las comidas de lujo. Había un letrero: *Restaurant*. La ventana, como todas las demás de la fachada, tenía una vidriera escarchada y ornamental. Pero en medio de la vidriera había una rotura grande, negra, como una estrella entre los hielos.

—¡Al fin hemos dado con un indicio! —dijo Valentin, blandiendo con furia el bastón—. Aquella vidriera rota…

—¿Qué vidriera? ¿Qué indicio? —preguntó el inspector—. ¿Qué prueba tenemos para suponer que eso sea obra de ellos?

Valentin casi rompió su bambú de rabia.

—¿Pues no pide prueba este hombre, Dios mío? —exclamó—. Claro que hay veinte probabilidades contra una de que no tenga *nada* que ver con ellos. Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿No ve usted que estamos en el caso de seguir la más nimia sospecha, o de renunciar e irnos a casa a dormir tranquilamente?

Empujó la puerta del café, seguido de sus ayudantes, y pronto se encontraron todos sentados ante un *lunch* tan tardío como helado. De tiempo en tiempo echaban una mirada a la vidriera rota. Pero no por eso veían más claro el asunto.

Al pagar la cuenta, Valentin le dijo al camarero:

—Veo que se ha roto esa vidriera, ¿eh?

—Sí, señor —dijo éste, muy preocupado con darle el cambio, sin hacer mucho caso de Valentin.

Valentin, en silencio, añadió una propina considerable. Ante esto, el camarero se puso comunicativo:

—Sí, señor; una cosa increíble.

—¿De veras? Cuéntenos usted cómo fue —dijo el detective, como sin darle mucha importancia.

—Verá usted: entraron dos curas, dos párrocos forasteros de esos que andan ahora por aquí. Pidieron alguna cosilla de comer, comieron muy quietecitos, uno de ellos pagó y se salió. El otro iba a salir también, cuando advertí que me habían pagado el triple de lo debido. «Oiga usted (le dije a mi hombre, que ya iba por la puerta), me han pagado ustedes más de la cuenta.» «¿Ah, sí?», me contestó con mucha indiferencia. «Sí», le dije, y le enseñé la nota… Bueno: lo que pasó es inexplicable.

—¿Por qué?

—Porque yo hubiera jurado por la santísima Biblia que había escrito en la nota cuatro chelines, y me encontré ahora con la cifra de catorce chelines.

—¿Y después? —dijo Valentin lentamente, pero con los ojos llameantes.

—Después, el párroco que estaba en la puerta me dijo muy tranquilamente: «Lamento enredarle a usted sus cuentas; pero es que voy a pagar por la vidriera.» «¿Qué vidriera?» «La que ahora mismo voy a romper»; y descargó allí la sombrilla.

Los tres lanzaron una exclamación de asombro, y el inspector preguntó en voz baja:

—¿Se trata de locos escapados?

El camarero continuó, complaciéndose manifiestamente en su extravagante relato:

—Me quedé tan espantado, que no supe qué hacer. El párroco se reunió con su compañero y doblaron por aquella esquina. Y después se dirigieron tan de prisa hacia Bullock Street, que no pude darles alcance, aunque eché a correr tras ellos.

—¡Rápido, a Bullock Street! —ordenó el detective.

Y salieron disparados hacia allá, tan veloces como sus perseguidos. Ahora se encontraron entre callecitas enladrilladas que tenían aspecto de túneles; callecitas oscuras que parecían formadas por la espalda de todos los edificios. La niebla comenzaba a envolverlos, y aun los policías londinenses se sentían extraviados por aquellos parajes. Pero el inspector tenía la seguridad de que saldrían por cualquier parte del parque de Hampstead.

Súbitamente, una vidriera iluminada por luz de gas apareció en la oscuridad de la calle como una linterna. Valentin se detuvo ante ella: era una confitería. Vaciló un instante y al fin entró, hundiéndose entre los brillos y los alegres colores de la confitería. Con toda gravedad y mucha parsimonia compró hasta trece cigarrillos de chocolate. Estaba buscando el mejor medio para entablar un diálogo; pero no necesitó comenzarlo.

Una señora de cara angulosa que le había despachado sin prestar más que una atención mecánica al aspecto elegante del comprador, al ver destacarse en la puerta el uniforme azul del policía que le acompañaba, pareció volver en sí, y dijo:

—Si vienen ustedes por el paquete, ya lo remití a su destino.

—¡El paquete! —repitió Valentin con curiosidad.

—El paquete que dejó ese señor, ese señor párroco.

—Por favor, señora —dijo entonces Valentin, dejando ver por primera vez su ansiedad—, por amor de Dios, díganos usted puntualmente de qué se trata.

La mujer, algo inquieta, explicó:

Pues verá usted: esos señores estuvieron aquí hará una media hora, bebieron un poco de menta, charlaron y después se encaminaron al parque de Hampstead. Pero a poco uno de ellos volvió y me dijo: «¿Me he dejado aquí un paquete?» Yo no encontré ninguno por más que busqué. «Bueno —me dijo él—, si luego aparece por ahí, tenga usted la bondad de enviarlo a estas señas.» Y con la dirección me dejó un chelín por la molestia. Y, en efecto, aunque yo estaba segura de haber buscado bien, poco después me encontré con un paquetito de papel de estraza, y lo envié al sitio indicado. No me acuerdo bien adonde era: era por Westminster[16]. Como parecía ser cosa de importancia, pensé que tal vez la policía había venido a buscarlo.

—Sí —dijo Valentin—, a eso vine. ¿Está cerca de aquí el parque de Hampstead?

—A unos quince minutos. Y por aquí saldrá usted derecho a la puerta del parque.

Valentin salió de la confitería precipitadamente, y echó a correr en aquella dirección; sus ayudantes le seguían con un trotecito de mala gana.

La calle que recorrían era tan estrecha y oscura, que cuando salieron al aire libre se asombraron de ver que había todavía tanta luz. Una hermosa cúpula celeste, color verde pavo, se hundía entre fulgores dorados, donde resaltaban las masas oscuras de los árboles, ahogadas en lejanías violetas. El verde fulgurante era ya lo bastante oscuro para dejar ver, como unos puntitos de cristal, algunas estrellas. Todo lo que aún quedaba de la luz del día caía en reflejos dorados por los términos de Hampstead y aquellas cuestas que el pueblo gusta de frecuentar y reciben el nombre de Valle de la Salud. Los obreros, endomingados, aún no habían desaparecido; quedaban, ya borrosas en la media luz, unas cuantas parejas por los bancos, y allá, a lo lejos, una muchacha se mecía gritando en un columpio. En torno a la sublime vulgaridad del hombre, la gloria del cielo se iba haciendo cada vez más profunda y oscura. Y, desde arriba de la cuesta, Valentin se detuvo a contemplar el valle.

Entre los grupitos negros que parecían irse deshaciendo a distancia, había uno, negro entre todos, que no parecía deshacerse: un grupito de dos figuras vestidas con hábitos clericales. Aunque estaban tan lejos que parecían insectos, Valentin pudo darse cuenta de que una de las dos figuras era más pequeña que la otra. Y aunque el otro hombre andaba algo inclinado, como hombre de estudio, y cual si tratara de no hacerse notar, a Valentin le pareció que bien medía seis pies de talla. Apretó los dientes y, cimbreando el bambú, se encaminó hacia aquel grupo con impaciencia. Cuando logró disminuir la distancia y agrandar las dos figuras negras cual con ayuda de microscopio, notó algo más, algo que le sorprendió mucho, aunque, en cierto modo, ya lo esperaba. Fuera quien fuese el mayor de los dos, no cabía duda respecto a la identidad del menor: era su compañero de tren de Harwich, aquel *curé*[17] pequeñín y regordete de Essex, a quien él había aconsejado no andar diciendo lo que traía en sus paquetitos de papel de estraza.

Hasta aquí todo se presentaba muy racionalmente. Valentin había logrado averiguar aquella mañana que un tal Padre Brown, que venía de Essex, traía consigo una cruz de plata con zafiros, reliquia de considerable valor, para mostrarla a los sacerdotes extranjeros que venían al Congreso. Aquél era, sin duda, el «objeto de plata con piedras azules», y el Padre Brown, sin duda, era el propio y diminuto paleto que venía en el tren. No había nada de extraño en el hecho de que Flambeau tropezara con la misma extrañeza en que Valentin había reparado. Flambeau no perdía nada de cuanto pasaba junto a él. Y nada

de extraño tenía el hecho de que, al oír hablar Flambeau de una cruz de zafiros, se le ocurriera robársela: aquello era lo más natural del mundo. Y de seguro que Flambeau se saldría con la suya, teniendo que habérselas con aquel pobre cordero de la sombrilla y los paquetitos. Era el tipo del hombre en quien todo el mundo puede hacer su voluntad, atarlo con una cuerda y llevárselo hasta el Polo Norte. No era de extrañar que un hombre como Flambeau, disfrazado de cura, hubiera logrado arrastrarlo hacia el parque de Hampstead. La intención delictiva era manifiesta. Y el detective compadecía al pobre curita desamparado, y casi desdeñaba a Flambeau por encarnizarse en víctimas tan indefensas. Pero cuando Valentin recorría la serie de hechos que le había llevado al éxito de sus pesquisas, en vano se atormentaba tratando de descubrir en todo el proceso el menor ritmo de razón. ¿Qué tenía de común el robo de una cruz de plata y piedras azules con el hecho de arrojar la sopa a la pared? ¿Qué relación había entre esto y el llamar nueces a las naranjas, o pagar de antemano los vidrios que se van a romper? Había llegado al término de la caza, pero no sabía por qué caminos. Cuando fracasaba —y pocas veces le sucedía—, solía dar siempre con la clave del enigma, aunque perdiera al delincuente. Aquí había cogido al delincuente, pero la clave del enigma se le escapaba.

Las dos figuras se deslizaban como moscas sobre una colina verde. Aquellos hombres parecían enfrascados en animada charla y no darse cuenta de adonde iban; pero ello es que se encaminaban a lo más agreste y apartado del parque. Sus perseguidores tuvieron que adoptar las poco dignas actitudes de la caza al acecho, ocultarse tras los matojos y aun arrastrarse escondidos entre la hierba. Gracias a este desagradable procedimiento, los cazadores lograron acercarse a la presa lo bastante para oír el murmullo de la discusión; pero no lograban entender más que la palabra «razón», frecuentemente repetida en una voz chillona y casi infantil. Una vez, la presa se les perdió en una profundidad y tras un muro de espesura. Pasaron diez minutos de angustia antes de que lograran verlos de nuevo, y después reaparecieron los dos hombres sobre la cima de una loma que dominaba un anfiteatro, el cual a estas horas era un escenario desolado bajo las últimas claridades del sol. En aquel sitio ostensible, aunque agreste, había debajo de un árbol un banco de madera, desvencijado. Allí se sentaron los dos curas, siempre discutiendo con mucha animación.



Todavía el suntuoso verde y oro era perceptible hacia el horizonte; pero ya la cúpula celeste había pasado del verde pavo real al azul pavo real, y las estrellas se destacaban más y más como joyas sólidas. Con señas, Valentin indicó a sus ayudantes que procuraran acercarse por detrás del árbol sin hacer ruido. Allí lograron oír las palabras de aquellos extraños clérigos.

Tras haber escuchado unos dos minutos, se apoderó de Valentin una duda atroz: ¿Si habría arrastrado a los dos policías ingleses hasta aquellos nocturnos campos para una empresa tan loca como lo sería la de buscar higos entre los cardos? Porque aquellos dos sacerdotes hablaban realmente como verdaderos sacerdotes, piadosamente, con erudición y compostura, de los más abstrusos enigmas teológicos. El curita de Essex hablaba con la mayor sencillez, de cara hacia las nacientes estrellas. El otro inclinaba la cabeza, como si fuera indigno de contemplarlas. Pero no hubiera sido posible

encontrar una charla más clerical e ingenua en ningún blanco claustro de Italia o en ninguna negra catedral española.

Lo primero que oyó fue el final de una frase del Padre Brown, que decía: «… que era lo que en la Edad Media significaban con aquello de: los cielos incorruptibles.»

El sacerdote alto movió la cabeza y repuso:

—¡Ah, sí! Los modernos infieles apelan a su razón; pero, ¿quién puede contemplar estos millones de mundos sin sentir que hay todavía universos maravillosos donde tal vez nuestra razón resulte irracional?

—No —dijo el otro—. La razón siempre es racional, aun en el limbo, aun en el último extremo de las cosas. Ya sé que la gente acusa a la Iglesia de rebajar la razón; pero es al contrario. La Iglesia es la única que, en la tierra, hace de la razón un objeto supremo; la única que afirma que Dios mismo está sujeto a la razón.

El otro levantó la austera cabeza hacia el cielo estrellado, e insistió:

—Sin embargo, ¿quién sabe si en este infinito universo…?

—Infinito sólo físicamente —dijo el curita agitándose en el asiento—; pero no es infinito en el sentido de que pueda escapar a las leyes de la verdad.

Valentin, detrás del árbol, crispaba los puños con muda desesperación. Ya le parecía oír las burlas de los policías ingleses a quienes había arrastrado en tan loca persecución, sólo para hacerles asistir al chismorreo metafísico de los dos viejos y amables párrocos. En su impaciencia, no oyó la elaborada respuesta del cura gigantesco, y cuando pudo oír otra vez, el Padre Brown estaba diciendo:

—La razón y la justicia imperan hasta en la estrella más solitaria y más remota: mire usted esas estrellas. ¿No es verdad que parecen como diamantes y zafiros? Imagínese usted la geología, la botánica más fantástica que se le ocurra; piense usted que allí hay bosques de diamantes con hojas de brillantes; imagínese usted que la luna es azul, que es un zafiro elefantino. Pero no se imagine usted que esta astronomía frenética pueda afectar a los principios de la razón y de la justicia. En llanuras de ópalo, como en escolleras de perlas, siempre se encontrará usted con la sentencia: «No robarás».

Valentin estaba para cesar en aquella actitud violenta y alejarse sigilosamente, confesando aquel gran fracaso de su vida; pero el silencio del sacerdote gigantesco le impresionó de un modo que quiso esperar su respuesta. Cuando éste se decidió, por fin, a hablar, dijo simplemente, inclinando la cabeza y apoyando las manos en las rodillas:

—Bueno; yo creo, con todo, que ha de haber otros mundos superiores a la razón humana. Impenetrable es el misterio del cielo, y ante él humillo mi frente.

Y después, siempre en la misma actitud, y sin cambiar de tono de voz, añadió:

—Vamos, deme usted ahora mismo la cruz de zafiros que trae. Estamos solos y puedo destrozarle a usted como a un muñeco.

Aquella voz y aquella actitud inmutables chocaban violentamente con el cambio de asunto. El guardián de la reliquia apenas volvió la cabeza. Parecía seguir contemplando las estrellas. Tal vez no entendió. Tal vez entendió, pero el terror le había paralizado.

—Sí —dijo el sacerdote gigantesco sin inmutarse—, sí, yo soy Flambeau.

Y, tras una pausa, añadió:

—Vamos, ¿quiere usted darme la cruz?

—No —dijo el otro; y aquel monosílabo tuvo una extraña sonoridad.

Flambeau depuso entonces sus pretensiones pontificales. El gran ladrón se retrepó en el respaldo del banco y soltó la risa.

—No —dijo—, no quiere usted dármela, orgulloso prelado. No quiere usted dármela, célibe borrico. ¿Quiere usted que le diga por qué? Pues porque ya la tengo en el bolsillo de mi pecho.

El hombrecillo de Essex volvió hacia él en la penumbra una cara que debió de reflejar el asombro, y con la tímida sinceridad del «Secretario Privado», exclamó:

—Pero, ¿está usted seguro?

Flambeau aulló con deleite:

—Verdaderamente —dijo— es usted tan divertido como una farsa en tres actos. Sí, hombre de Dios, estoy enteramente seguro. He tenido la buena idea de hacer una falsificación del paquete, y ahora, amigo mío, usted se ha quedado con el duplicado y yo con la alhaja. Una estratagema muy antigua, Padre Brown, muy antigua…

—Sí —dijo el Padre Brown alisándose los cabellos con el mismo aire distraído—, ya he oído hablar de ella.

El coloso del crimen se inclinó entonces hacia el rústico sacerdote con un interés repentino.

—¿*Usted* ha oído hablar de ella? ¿Dónde ha podido *usted* oír hablar de ella?

—Bueno —dijo el hombrecillo con mucha candidez—. Ya comprenderá usted que no voy a decirle el nombre. Se trata de un penitente, un hijo de

confesión. ¿Sabe usted? Había logrado vivir durante veinte años con gran comodidad, gracias al sistema de falsificar los paquetes de papel de estraza. Y así, cuando comencé a sospechar de usted, me acordé al punto de los procedimientos de aquel pobre hombre.

—¿Sospechar de mí? —repitió el delincuente con curiosidad cada vez mayor—. ¿Tal vez tuvo usted la perspicacia de sospechar cuando vio usted que yo le conducía a estas soledades?

—No, no —dijo Brown, como quien pide excusas—. No, verá usted: comencé a sospechar de usted en el momento en que por primera vez nos encontramos, debido al bulto que hace en su manga el brazalete de la cadena que suelen ustedes llevar.

—Pero, ¿cómo demonios ha oído usted hablar siquiera del brazalete?

—¡Qué quiere usted; nuestro pobre rebaño…! —dijo el Padre Brown, arqueando las cejas con aire indiferente—. Cuando yo era cura de Hartlepool[18] había allí tres con el brazalete… De modo que, habiendo desconfiado de usted desde el primer momento, como usted comprende, quise asegurarme de que la cruz quedaba a salvo de cualquier contratiempo. Y hasta creo que me he visto en el caso de vigilarle, ¿sabe usted? Finalmente, vi que usted cambiaba los paquetes. Y entonces, vea usted, yo los volví a cambiar. Y después, dejé el verdadero por el camino.

—¿Que lo dejó usted? —repitió Flambeau; y por primera vez el tono de su voz ya no fue tan triunfal.

—Vea usted cómo fue —continuó el curita con el mismo tono de voz—. Regresé a la confitería aquélla y pregunté si me había dejado por allí un paquete, y di ciertas señas para que lo remitieran si acaso aparecía después. Yo sabía que no me había dejado antes nada, pero cuando regresé a buscar lo dejé realmente. Así, en vez de correr tras de mí con el valioso paquete, lo han enviado a estas horas a casa de un amigo mío que vive en Westminster —y luego añadió amargamente—: También esto lo aprendí de un pobre sujeto que había en Hartlepool. Tenía la costumbre de hacerlo con las maletas que robaba de las estaciones; ahora el pobre está en un monasterio. ¡Oh, tiene uno que aprender muchas cosas!, ¿sabe usted? —prosiguió sacudiendo la cabeza con el mismo aire del que pide excusas—. No puede uno menos de portarse como sacerdote. La gente viene a nosotros y nos lo cuenta todo.

Flambeau sacó de su bolsillo un paquete de papel de estraza y lo hizo pedazos. No contenía más que papeles y unas barritas de plomo. Saltó sobre sus pies revelando su gigantesca estatura, y gritó:

—No le creo a usted. No puedo creer que un patán como usted sea capaz de eso. Yo creo que trae usted consigo la pieza, y si usted se resiste a dármela…, ya ve usted, estamos solos, la tomaré por fuerza.

—No —dijo con naturalidad el Padre Brown; y también se puso de pie—. No la tomará usted por fuerza. Primero, porque realmente no la llevo conmigo. Y segundo, porque no estamos solos.

Flambeau se quedó suspenso.

—Detrás de este árbol —dijo el Padre Brown señalándolo— hay dos forzudos policías, y con ellos el detective más notable de la Tierra. ¿Me pregunta usted que cómo vinieron? ¡Pues porque yo los atraje, naturalmente! ¿Que cómo lo hice? Pues se lo contaré a usted si se empeña. ¡Por Dios! ¿No comprende usted que, trabajando entre la clase criminal, aprendemos muchísimas cosas? Desde luego, yo no estaba seguro de que usted fuera un delincuente, y nunca es conveniente hacer un escándalo contra un miembro de nuestra propia Iglesia. Así, procuré antes probarle a usted, para ver si a la provocación se descubría usted de algún modo. Es de suponer que todo hombre hace algún aspaviento si se encuentra con que su café está salado; si no lo hace, es que tiene buenas razones para no llamar sobre sí la atención de la gente. Cambié, pues, la sal y el azúcar, y advertí que *usted* no protestaba. Todo hombre protesta si le cobran tres veces más de lo que debe. Y si se conforma con la cuenta exagerada, es que le importa pasar inadvertido. Yo alteré la nota, y *usted* la pagó sin decir palabra.

Parecía que todo el mundo estuviera esperando que Flambeau, de un momento a otro, saltara como un tigre. Pero, por el contrario, se estuvo quieto, como si le hubieran amansado con un conjuro; la curiosidad más aguda le tenía como petrificado.

—Pues bien —continuó el Padre Brown con pausada lucidez—, como usted no dejaba rastro a la policía, era necesario que alguien lo dejara en su lugar. Y adondequiera que fuimos juntos procuré hacer algo que diera motivo a que se hablara de nosotros para todo el resto del día. No causé daños muy graves, por lo demás; una pared manchada, unas manzanas por el suelo, una vidriera rota… Pero, en todo caso, salvé la cruz, porque hay que salvar siempre la cruz. A estas horas está en Westminster. Yo hasta me maravillo de que no lo haya usted estorbado con el «silbido del asno».

—¿El qué? —preguntó Flambeau.

—Vamos, me alegro de que nunca haya usted oído hablar de eso —dijo el sacerdote con una muequecilla—. Era una atrocidad. Ya estaba yo seguro de que usted era demasiado bueno, en el fondo, para ser un «silbador». Yo no

hubiera podido en tal caso contrarrestarlo, ni siquiera con el procedimiento de las «marcas»; no tengo bastante fuerza en las piernas.

—Pero, ¿de qué me está usted hablando? —preguntó el otro.

—Hombre, creí que conocía usted las «marcas» —dijo el Padre Brown agradablemente sorprendido—. Ya veo que no está usted tan envilecido.

—Pero, ¿cómo diablos está usted al cabo de tantos horrores? —gritó Flambeau.

La sombra de una sonrisa cruzó por la cara redonda y sencillota del clérigo.

—¡Oh, probablemente a causa de ser un borrico célibe! —repuso—. ¿No se le ha ocurrido a usted pensar que un hombre que casi no hace más que oír los pecados de los demás no puede menos de ser un poco entendido en la materia? Además, debo confesarle a usted que otra condición de mi oficio me convenció de que usted no era un sacerdote.

—¿Y qué fue ello? —preguntó el ladrón, alelado.

—Que usted atacó la razón; y eso es de mala teología.

Ycomo se volviera en este instante para recoger sus paquetes, los tres policías salieron de entre los árboles en penumbra. Flambeau era un artista, y también un deportista. Dio un paso atrás y saludó con una cortés reverencia a Valentin.

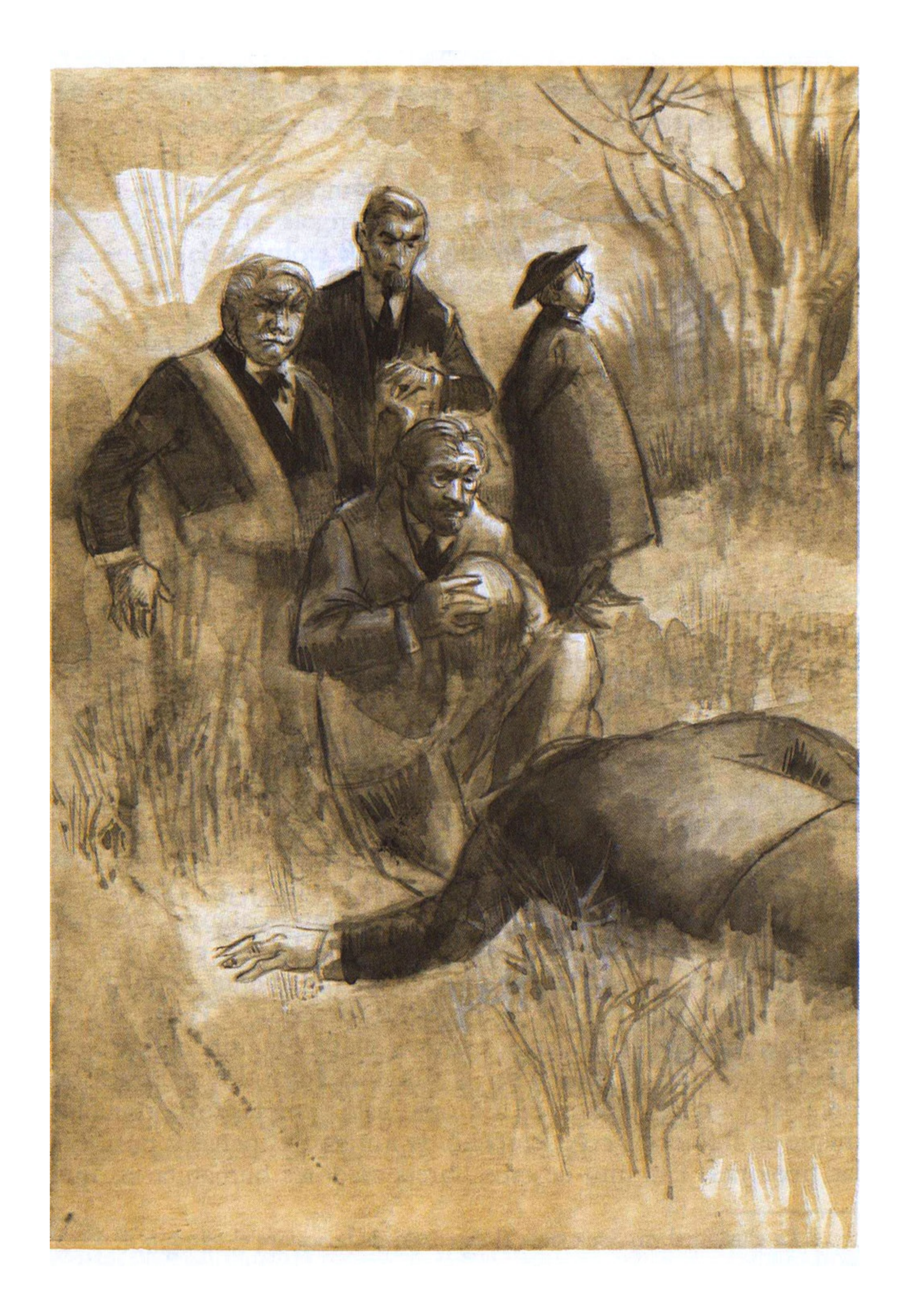
—No; a mí, no, *mon ami*[19] —dijo éste con nitidez argentina—. Inclinémonos los dos ante nuestro común maestro.

Yambos se descubrieron con respeto, mientras el curita de Essex hacía como que buscaba su sombrilla.

II
El jardín secreto

Aristide Valentin, Jefe de la Policía de París, llegó tarde a la cena, y algunos de sus huéspedes estaban ya en casa. Pero a todos los tranquilizó su criado de confianza, Ivan, un viejo que tenía una cicatriz en la cara y una cara tan gris como sus bigotes, y que siempre se sentaba tras una mesita que había en el vestíbulo; un vestíbulo tapizado de armas. La casa de Valentin era tal vez tan célebre y singular como el amo. Era una casa vieja, de altos muros y álamos tan altos, que casi sobresalían, vistos desde el Sena[20]; pero la singularidad —y acaso el valor policíaco— de su arquitectura estaba en esto: que no había más salida a la calle que aquella puerta del frente, resguardada por Ivan y por la armería. El jardín era amplio y complicado, y había varias salidas de la casa al jardín. Pero el jardín no tenía acceso al exterior, y lo circundaba un paredón enorme, liso, inaccesible, con púas en las barbas. No era un mal jardín para los esparcimientos de un hombre a quien cientos de criminales habían jurado matar.

Según Ivan explicó a los huéspedes, el amo había anunciado por teléfono que asuntos de última hora le obligaban a retrasarse unos diez minutos. En verdad, estaba dictando algunas órdenes sobre ejecuciones y otras cosas desagradables de este jaez. Y aunque tales menesteres le eran profundamente repulsivos, siempre los atendía con la necesaria exactitud. Tenaz en la persecución de los criminales, era muy suave a la hora del castigo. Desde que había llegado a ser la suprema autoridad policíaca de Francia, y en gran parte de Europa, había empleado honorablemente su influencia en el empeño de mitigar las penas y purificar las prisiones.



Era uno de esos librepensadores humanitarios que hay en Francia. Su única falta consiste en que su perdón suele ser más frío que su justicia.

Valentin llegó. Estaba vestido de negro; llevaba en la solapa el botoncito rojo. Era una elegante figura. Su barbilla negra tenía ya algunos toques grises. Atravesó la casa y se dirigió inmediatamente a su estudio, situado en la parte posterior. La puerta que daba al jardín estaba abierta. Muy cuidadosamente guardó con llave su estuche en el lugar acostumbrado, y se quedó unos segundos contemplando la puerta abierta hacia el jardín. La luna —dura— luchaba con los jirones y andrajos de nubes tempestuosas. Y Valentin la consideraba con una emoción anhelosa, poco habitual en naturalezas tan científicas como la suya. Acaso estas naturalezas poseen el don psíquico de prever los más tremendos trances de su existencia. Pero pronto se recobró de aquella vaga inconsciencia, recordando que había llegado con retraso y que sus huéspedes le estarían esperando. Al entrar en el salón, se dio cuenta al instante de que por lo menos su huésped de honor aún no había llegado. Distinguió a las otras figuras importantes de su pequeña sociedad: a lord Galloway, el embajador inglés —un viejo colérico con una cara roja como amapola, que llevaba la banda azul de la Jarretera[21]—; a lady Galloway, sutil como una hebra de hilo, con los cabellos argentados y la expresión sensitiva y superior. Vio también a su hija, lady Margaret Graham, pálida y preciosa muchacha, con cara de hada y cabellos color de cobre. Vio a la duquesa de Mont Saint-Michel, de ojos negros, opulenta, con sus dos hijas, también opulentas y ojinegras. Vio al doctor Simon, tipo del científico francés, con sus gafas, su barbilla oscura, la frente partida por aquellas arrugas paralelas que son el castigo de los hombres de ceño altanero, puesto que proceden del mucho levantar las cejas. Vio al Padre Brown, de Cobhole, en Essex, a quien había conocido en Inglaterra recientemente. Vio, tal vez con mayor interés que a todos los otros, aun hombre alto, con uniforme, que acababa de inclinarse ante los Galloway, sin que éstos contestaran a su saludo muy calurosamente, y que a la sazón se adelantaba al encuentro de su huésped para presentarle sus cortesías. Era el comandante O’Brien, de la Legión extranjera francesa[22]; tenía un aspecto entre delicado y fanfarrón, iba todo afeitado, el cabello oscuro, los ojos azules; y, como parecía propio en un oficial de aquel famoso regimiento de los victoriosos fracasos y los afortunados suicidios, su aire era a la vez atrevido y melancólico. Era, por nacimiento, un caballero irlandés, y en su infancia había conocido a los Galloway, y especialmente a Margaret Graham. Había abandonado su patria dejando algunas deudas, y ahora daba a entender su emancipación de la

etiqueta inglesa presentándose en uniforme, espada al cinto y espuelas calzadas. Cuando saludó a la familia del embajador, lord y lady Galloway le contestaron con rigidez y lady Margaret miró a otra parte.

Pero si las visitas tenían razones para considerarse entre sí con un interés especial, su distinguido huésped no estaba especialmente interesado en ninguna de ellas. A lo menos, ninguna de ellas era a sus ojos el convidado de la noche. Valentin esperaba, por ciertos motivos, la llegada de un hombre de fama mundial, cuya amistad se había ganado durante sus victoriosas campañas policíacas en Estados Unidos. Esperaba a Julius K. Brayne, el multimillonario cuyas colosales y aplastantes generosidades para favorecer la propaganda de las religiones no reconocidas habían dado motivo a tantas y tan fáciles burlas, y a tantas solemnes y todavía más fáciles felicitaciones por parte de la Prensa americana y británica. Nadie podía estar seguro de si Mr. Brayne era un ateo, un mormón o un partidario de la ciencia cristiana; pero él siempre estaba dispuesto a llenar de oro todos los vasos intelectuales, siempre que fueran vasos hasta hoy no probados. Una de sus manías era esperar la aparición del Shakespeare americano (cosa de más paciencia que el oficio de pescar). Admiraba a Walt Whitman[23], pero opinaba que Luke P. Tanner, de París (Filadelfia) era mucho más «progresista» que Whitman. Le gustaba todo lo que le parecía «progresista». Y Valentin le parecía «progresista», con lo cual le hacía una grande injusticia.

La deslumbrante aparición de Julius K. Brayne fue como un toque de campana que diera la señal de la cena. Tenía una notable cualidad de que podemos preciarnos muy pocos: su presencia era tan ostensible como su ausencia. Era enorme, tan gordo como alto; vestía traje de noche, de negro impecable, sin el alivio de una cadena de reloj o de una sortija. Tenía el cabello blanco, y lo llevaba peinado hacia atrás, como un alemán; roja la cara, fiera y angelical, con una barbilla oscura en el labio inferior, lo cual transformaba su rostro infantil, dándole un aspecto teatral y mefistofélico. Pero la gente que estaba en el salón no perdió mucho tiempo en contemplar al célebre americano. Su mucha tardanza había llegado a ser ya un problema doméstico, y a toda prisa se le invitó a tomar del brazo a lady Galloway para pasar al comedor.

Los Galloway estaban dispuestos a pasar alegremente por todo, salvo en un punto: siempre que lady Margaret no tomara el brazo del aventurero O’Brien, todo estaba bien. Y lady Margaret no lo hizo así, sino que entró en el comedor decorosamente acompañada por el doctor Simon. Con todo, el viejo lord Galloway comenzó a sentirse inquieto y a ponerse algo áspero. Durante

la cena estuvo bastante diplomático; pero cuando, a la hora de los cigarros, tres de los más jóvenes —el doctor Simon, el Padre Brown y el equívoco O'Brien, el desterrado con uniforme extranjero— empezaron a mezclarse en los grupos de las damas y a fumar en el invernadero, entonces el diplomático inglés perdió la diplomacia. A cada sesenta segundos le atormentaba la idea de que el bribón de O'Brien tratara por cualquier medio de hacer señas a Margaret, aunque no se imaginaba de qué manera. A la hora del café se quedó acompañado de Brayne, el canoso yanqui que creía en todas las religiones, y de Valentin, el peligrisáceo francés que no creía en ninguna. Ambos podían discutir mutuamente cuanto quisieran; pero era inútil que invocaran el apoyo del diplomático. Esta logomaquia «progresista» acabó por ponerse muy aburrida; entonces, lord Galloway se levantó también, y trató de dirigirse al salón. Durante seis u ocho minutos anduvo perdido por los pasillos; al fin oyó la voz aguda y didáctica del doctor, y después la voz opaca del clérigo, seguida por una carcajada general. Y pensó con fastidio que tal vez allí estaban también discutiendo sobre «ciencia y religión». Al abrir la puerta del salón[24] sólo se dio cuenta de una cosa: de quiénes estaban ausentes. El comandante O'Brien no estaba allí; tampoco lady Margaret.

Abandonó entonces el salón con tanta impaciencia como antes abandonara el corredor, y otra vez se metió por los pasillos. La preocupación por proteger a su hija del pícaro argelino-irlandés se había apoderado de él como una locura. Al acercarse al interior de la casa, donde estaba el estudio de Valentin, tuvo la sorpresa de encontrar a su hija, que pasaba rápidamente con una cara pálida y desdeñosa que era un enigma por sí sola. Si había estado hablando con O'Brien, ¿dónde estaba éste? Si no había estado con él, ¿de dónde venía? Con una sospecha apasionada y senil se internó más en la casa, y casualmente dio con una puerta de servicio que comunicaba al jardín. Ya la luna, con su cimitarra[25], había rasgado y deshecho toda nube de tempestad. Una luz de plata bañaba de lleno el jardín. Por el césped vio pasar una alta figura azul camino del estudio. Al reflejo lunar, sus facciones se revelaron: era el comandante O'Brien.

Desapareció tras la puerta vidriera en los interiores de la casa, dejando a lord Galloway en un estado de ánimo indescriptible, a la vez confuso e iracundo. El jardín de plata y azul, como un escenario de teatro, parecía atraerle tiránicamente con esa insinuación de dulzura tan opuesta al cargo que él desempeñaba en el mundo. La esbeltez y gracia de los pasos del irlandés le habían encolerizado como si, en vez de un padre, fuese un rival; y ahora la luz de la luna le enloquecía. Una especie de magia pretendía atraparlo,

arrastrándolo hacia un jardín de trovadores, hacia una tierra maravillosa de Watteau[26]; y, tratando de emanciparse por medio de la palabra de aquellas amorosas insensateces, se dirigió rápidamente en pos de su enemigo. Tropezó con alguna piedra o raíz de árbol, y se detuvo instintivamente a escudriñar el suelo, primero con irritación y después con curiosidad. Y entonces la luna y los álamos del jardín pudieron ver un espectáculo inusitado: un viejo diplomático inglés que echaba a correr, gritando y aullando.

A sus gritos, un rostro pálido se asomó por la puerta del estudio, y se vieron brillar los lentes y aparecer el ceño preocupado del doctor Simon, que fue el primero en oír las primeras palabras que al fin pudo articular claramente el noble caballero. Lord Galloway gritaba:

¡Un cadáver sobre la hierba! ¡Un cadáver ensangrentado!

Y ya no pensó más en O'Brien.

—Debemos decirlo al instante a Valentin —observó el doctor, cuando el otro le hubo descrito lo que apenas se había atrevido a mirar—. Es una fortuna tenerle tan a mano.

En este instante, atraído por las voces, el gran detective entraba en el estudio. La típica transformación que se operó en él fue algo casi cómico: había acudido al sitio con el cuidado de un huésped y de un caballero que se figura que alguna visita o algún criado se ha puesto malo; pero cuando le dijeron que se trataba de un hecho sangriento, al instante tornóse grave, importante, y tomó el aire de hombre de negocios; porque, después de todo, aquello, por abominable e insólito que fuera, era su negocio.

—Amigos míos —dijo, mientras se encaminaba hacia el jardín—, es muy extraño que, tras haber andado por toda la tierra a caza de enigmas, se me ofrezca uno en mi propio jardín. ¿Dónde está?

No sin cierta dificultad cruzaron el césped, porque había comenzado a levantarse del río una ligera niebla. Guiados por el espantado Galloway, encontraron al fin el cuerpo, hundido entre la espesa hierba. Era el cuerpo de un hombre muy alto y de robustas espaldas. Estaba boca abajo, vestido de negro, y era calvo, con un escaso vello negro aquí y allá que tenía un aspecto de alga húmeda. De su cara manaba una serpiente roja de sangre.

—Por lo menos —dijo Simon con una voz profunda y extraña—, no es ninguno de los nuestros.

—Examínele usted, doctor —ordenó con cierta brusquedad Valentin—. Bien pudiera no estar muerto.

El doctor se inclinó.

—No está enteramente frío, pero me temo que sí completamente muerto —dijo—. Ayúdenme ustedes a levantarlo.

Lo levantaron cuidadosamente hasta una pulgada del suelo, y al instante se disiparon, con espantosa certidumbre, todas sus dudas. La cabeza se desprendió del tronco. Había sido completamente cortada. El que había cortado aquella garganta había quebrado también las vértebras del cuello. El mismo Valentin se sintió algo sorprendido.

—El que ha hecho esto es tan fuerte como un gorila —murmuró.

Aunque acostumbrado a los horrores anatómicos, el doctor Simon se estremeció al levantar aquella cabeza. Tenía algún arañazo por la barba y la mandíbula, pero la cara estaba sustancialmente intacta. Era una cara amarilla, pesada, a la vez hundida e hinchada, nariz de halcón, párpados inflados: la cara de un emperador romano prostituido, con ciertos toques de emperador chino. Todos los presentes parecían considerarle con la mirada fría del que mira a un desconocido. Nada más había de notable en aquel cuerpo, salvo que, cuando le levantaron, vieron claramente el brillo de una pechera blanca manchada de sangre. Como había dicho el doctor Simon, aquel hombre no era de los suyos, no estaba en la partida, pero bien podía haber tenido el propósito de venir a hacerles compañía, porque vestía el traje de noche propio del caso.

Valentin se puso de rodillas, se echó sobre las manos, y en esa actitud anduvo examinando con la mayor atención profesional la hierba y el suelo, dentro de un contorno de veinte yardas, tarea en que fue asistido menos concienzudamente por el doctor, y sólo convencionalmente por el lord inglés. Pero sus penas no tuvieron más recompensa que el hallazgo de unas cuantas ramitas partidas o quebradlas en trozos muy pequeños, que Valentin recogió para examinar un instante, y después arrojó.

—Unas ramas —dijo gravemente—; unas ramas y un desconocido decapitado; es todo lo que hay sobre el césped.

Hubo un silencio casi humillante, y de pronto el agitado Galloway gritó:

—¿Qué es aquello? ¿Aquello que se mueve junto al muro?

A la luz de la luna se veía, en efecto, acercarse una figura pequeña con una como enorme cabeza; pero lo que de pronto parecía un duende, resultó ser el inofensivo curita, a quien habían dejado hacía un momento en el salón.

—Advierto —dijo con mesura— que este jardín no tiene puerta exterior, ¿no es verdad?

Valentin frunció el ceño con cierto disgusto, como solía hacerlo por principio ante toda sotana. Pero era hombre demasiado justo para disimular el valor de aquella observación.

—Tiene usted razón —contestó—; antes de preguntarnos cómo ha sido muerto, hay que averiguar cómo ha podido llegar hasta aquí. Escúchenme ustedes, señores. Hay que convenir en que —si ello resulta compatible con mi deber profesional— lo mejor será comenzar por excluir de la investigación pública algunos nombres distinguidos. En casa hay señoras y caballeros, y hasta un embajador. Si establecemos que este hecho es un crimen, como tal hemos de investigarlo. Pero mientras no lleguemos ahí, puedo obrar con entera discreción. Soy la cabeza de la policía: persona tan pública, que bien puedo atreverme a ser privado. Quiera el cielo que pueda yo solo y por mi cuenta absolver a todos y a cada uno de mis huéspedes, antes de que tenga que acudir a mis empleados para que busquen en otra parte al autor del crimen. Pido a ustedes, por su honor, que no salgan de mi casa hasta mañana a mediodía. Hay alcobas suficientes para todos. Simon, ya sabe usted dónde está Ivan, mi hombre de confianza: en el vestíbulo. Dígale usted que deje a otro criado de guardia, y venga al instante. Lord Galloway, usted es sin duda la persona más indicada para explicar a las señoras lo que sucede y evitar el pánico. También ellas deben quedarse. El Padre Brown y yo vigilaremos entretanto el cadáver.

Cuando el genio del capitán hablaba en Valentin, siempre era obedecido como un clarín de órdenes. El doctor Simon se dirigió a la armería y dio la voz de alarma a Ivan, el detective privado de aquel detective público. Galloway fue al salón y comunicó las terribles nuevas con bastante tacto, de suerte que cuando todos se reunieron allí, las damas habían pasado ya del espanto al apaciguamiento. Entretanto, el sacerdote y el ateo permanecían uno a la cabeza y otro a los pies del cadáver, inmóviles, bajo la luna, estatuas simbólicas de dos filosofías de la muerte.

Ivan, el hombre de confianza, de la gran cicatriz y los bigotazos, salió de la casa disparado como una bala de cañón, y vino corriendo sobre el césped hacia Valentin, como perro que acude a su amo. Su cara lívida parecía vitalizada con aquel suceso policíaco-doméstico, y con una solicitud casi repugnante pidió permiso a su amo para examinar los restos.

—Sí, Ivan, haz lo que gustes, pero no tardes: debemos llevar dentro el cadáver.

Ivan levantó aquella cabeza, y casi la dejó caer.

—¡Cómo! —exclamó—; eso…, eso no puede ser. ¿Conoce usted a este hombre, señor?

—No —repuso Valentin, indiferente—; más vale que entremos.

Entre los tres depositaron el cadáver sobre un sofá del estudio, y después se dirigieron al salón.

El detective, sin vacilar, se sentó tranquilamente junto a un escritorio; su mirada era la mirada fría del juez. Trazó algunas notas rápidas en un papel, y preguntó después concisamente:

—¿Están presentes todos?

—Falta Mr. Brayne —dijo la duquesa de Mont Saint-Michel, mirando en rededor.

—Sí —dijo lord Galloway, con áspera voz—, y creo que también falta Mr. Neil O’Brien. Yo lo vi pasar por el jardín cuando el cadáver estaba todavía caliente.

—Ivan —dijo el detective—, ve a buscar al comandante O’Brien y a Mr. Brayne. A éste lo dejé en el comedor acabando su cigarro. El comandante O’Brien creo que anda paseando por el invernadero, pero no estoy seguro.

El leal servidor salió corriendo, y antes de que nadie pudiera moverse o hablar, Valentin continuó con la misma militar presteza:

—Todos ustedes saben ya que en el jardín ha aparecido un hombre muerto, decapitado. Doctor Simon: usted lo ha examinado. ¿Cree usted que supone una fuerza extraordinaria el cortar de esta suerte la cabeza de un hombre, o que basta con emplear un cuchillo muy afilado?

El doctor, pálido:

—Me atrevo a decir que no puede hacerse con un simple cuchillo.

Y Valentin continuó:

—¿Tiene usted alguna idea sobre el utensilio o arma que hubo de emplearse para tal operación?

—Realmente —dijo el doctor arqueando las preocupadas cejas—, en la actualidad no creo que se emplee arma alguna que pueda producir este efecto. No es fácil practicar tal corte, aun con torpeza; mucho menos con la perfección del que nos ocupa. Sólo se podría hacer con un hacha de combate, o con una antigua hacha de verdugo, o con un viejo montante de los que se esgrimían a dos manos.

—¡Santos cielos! —exclamó la duquesa con voz histérica—; ¿y no hay aquí, acaso, en la armería, hachas de combate y viejos montantes?

Valentin, siempre dedicado a su papel de notas, dijo, mientras apuntaba algo rápidamente:

—Y dígame usted: ¿podría cortarse la cabeza con un sable francés de caballería?

En la puerta se oyó un golpecito que, quién sabe por qué, produjo en todos un sobresalto, como el golpecito que se oye en *Macbeth*[27]. En medio del silencio glacial, el doctor Simon logró, al fin, decir:

—¿Con un sable? Sí, creo que se podría.

—Gracias —dijo Valentin—. Entra, Ivan.

E Ivan, el confidente, abrió la puerta para dejar pasar al comandante O'Brien, a quien se había encontrado paseando otra vez por el jardín.

El oficial irlandés se detuvo desconcertado y receloso en el umbral.

—¿Para qué hago falta? —exclamó.

—Tenga usted la bondad de sentarse —dijo Valentin, procurando ser agradable—. Pero qué, ¿no lleva usted sable? ¿Dónde lo ha dejado?

—Sobre la mesa de la biblioteca —dijo O'Brien; y su acento irlandés se dejó sentir, con la turbación, más que nunca—. Me incomodaba, comenzaba a…

—Ivan —interrumpió Valentin—. Haz el favor de ir a la biblioteca por el sable del comandante —y cuando el criado desapareció—: Lord Galloway afirma que le vio a usted saliendo del jardín poco antes de tropezar él con el cadáver. ¿Qué hacía usted en el jardín?

El comandante se dejó caer en un sillón, con cierto desfallecimiento.

—¡Ah! —dijo, ahora con el más completo acento irlandés—. Admiraba la luna, comulgaba un poco con la naturaleza, amigo mío.

Se produjo un profundo, largo silencio. Y de nuevo se oyó aquel golpecito a la vez insignificante y terrible. E Ivan reapareció trayendo una funda de sable.

—He aquí todo lo que pude encontrar —dijo.

—Ponlo sobre la mesa —ordenó Valentin, sin verlo.

En el salón había una expectación silenciosa e inhumana, como ese mar de inhumano silencio que se forma junto al banquillo de un homicida condenado. Las exclamaciones de la duquesa habían cesado desde hacía rato. El odio profundo de lord Galloway se sentía satisfecho y amortiguado. La voz que entonces se dejó oír fue la más inesperada.

—Yo puedo deciros… —saltó lady Margaret, con aquella voz clara, temblorosa, de las mujeres valerosas que hablan en público—. Yo puedo deciros lo que Mr. O'Brien hacía en el jardín, puesto que él está obligado a callar. Estaba sencillamente pidiendo mi mano. Yo se la negué, y le dije que mis circunstancias familiares me impedían concederle nada más que mi estimación. El no pareció muy contento: mi estimación no le importaba gran cosa. Pero ahora —añadió con débil sonrisa—, ahora no sé si mi estimación le

importará tan poco como antes: vuelvo a ofrecérsela. Puedo jurar que este hombre no cometió el crimen.

Lord Galloway se adelantó hacia su hija y trató de intimidarla hablándole en voz baja:

—Cállate, Margaret —dijo con un cuchicheo perceptible a todos—. ¿Cómo puedes escudar a ese hombre? ¿Dónde está su sable? ¿Dónde su condenado sable de caballería…?

Y se detuvo ante la mirada singular de su hija, mirada que atrajo las de todos a manera de un fantástico imán.

—¡Viejo insensato! —exclamó ella con voz sofocada y sin disimular su impiedad—. ¿Acaso te das cuenta de lo que quieres probar? Yo he dicho que este hombre ha sido inocente mientras estaba a mi lado. Si no fuera inocente no por eso dejaría de haber estado a mi lado. Y si mató a un hombre en el jardín, ¿quién más pudo verlo? ¿Quién más pudo, al menos, saberlo? ¿Odias tanto a Neil, que no vacilas en comprometer a tu propia hija…?

Lady Galloway se echó a llorar. Y todos sintieron el escalofrío de las tragedias satánicas a que arrastra la pasión amorosa. Les pareció ver aquella cara orgullosa y lívida de la aristócrata escocesa, y junto a ella la del aventurero irlandés, como viejos retratos en la oscura galería de una casa. El silencio pareció llenarse de vagos recuerdos, de historias de maridos asesinos y de amantes envenenadores.

Y en medio de aquel silencio enfermizo se oyó una voz cándida:

—¿Era muy grande el cigarro?

El cambio de ideas fue tan súbito, que todos se volvieron a ver quién había hablado.

—Me refiero —dijo el diminuto Padre Brown—, me refiero al cigarro que Mr. Brayne estaba acabando de fumar. Porque ya me va pareciendo más largo que un bastón.

A pesar de la impertinencia, Valentin levantó la cabeza, y no pudo menos de demostrar en su cara la irritación mezclada con la aprobación.

—Bien dicho —dijo con sequedad—. Ivan, ve a buscar de nuevo a Mr. Brayne, y tráenoslo aquí al punto.

En cuanto desapareció el factótum, Valentin se dirigió a la joven con la mayor gravedad:

—Lady Margaret —comenzó—; estoy seguro de que todos sentimos aquí gratitud y admiración a la vez por su acto: ha crecido usted más en su ya muy alta dignidad al explicar la conducta del comandante. Pero todavía queda una laguna. Si no me engaño, lord Galloway la encontró a usted entre el estudio y

el salón, y sólo unos cuantos minutos después se encontró al comandante, el cual estaba todavía paseando por el jardín.

—Debe usted recordar —repuso Margaret con fingida ironía— que yo acababa de rechazarle; no era, pues, fácil que volviéramos del brazo. Él es, como quiera, un caballero. Y procuró quedarse atrás, ¡y ahora le achacan el crimen!

—En estos minutos de intervalo —dijo Valentin gravemente— muy bien pudo…

De nuevo se oyó el golpecito, e Iván asomó su cara señalada.

—Perdón, señor —dijo—; Mr. Brayne ha salido de casa.

—¡Que ha salido! —gritó Valentin, poniéndose en pie por primera vez.

—Que se ha ido, ha tomado las de Villadiego o se ha evaporado —continuó Ivan en lenguaje humorístico—. Tampoco aparecen su sombrero ni su gabán, y diré algo más para completar: que he recorrido los alrededores de la casa para encontrar sus rastros, y he dado con uno, y por cierto muy importante.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora se verá —dijo el criado; y ausentándose, reapareció a poco con un sable de caballería deslumbrante, manchado de sangre por el filo y la punta.

Todos creyeron ver un rayo. Y el experto Ivan continuó tranquilamente:

—Lo encontré entre unos matojos, a unas cincuenta yardas de aquí, camino de París. En otras palabras, lo encontré precisamente en el sitio en que lo arrojó el respetable mister Brayne en su fuga.

Hubo un silencio, pero de otra especie. Valentin tomó el sable, lo examinó, reflexionó con una concentración no fingida, y después con aire respetuoso dijo a O’Brien:

—Comandante, confío en que siempre estará usted dispuesto a permitir que la policía examine esta arma, si hace falta. Y entretanto —añadió, metiendo el sable en la funda—. Permítame usted devolvérsela.

Ante el simbolismo militar de aquel acto, todos tuvieron que dominarse para no aplaudir.

Y, en verdad, para el mismo Neil O’Brien, aquello fue la crisis suprema de su vida. Cuando, al amanecer del día siguiente, andaba otra vez paseando por el jardín, había desaparecido de su semblante la trágica trivialidad que de ordinario le distinguía: tenía muchas razones para considerarse feliz. Lord Galloway, que era todo un caballero, le había presentado la excusa más formal. Lady Margaret era algo más que una verdadera dama: una mujer, y tal

vez le había presentado algo mejor que una excusa cuando anduvieron paseando antes del almuerzo por entre los macizos de flores. Todos se sentían más animados y humanos, porque, aunque subsistía el enigma del muerto, el peso de la sospecha no caía ya sobre ninguno de ellos y había huido hacia París sobre el dorso de aquel millonario extranjero a quien apenas conocían. El diablo había sido desterrado de casa: él mismo se había desterrado.

Con todo, el enigma continuaba, O'Brien y el doctor Simon se sentaron en un banco del jardín, y este interesante personaje científico se puso a resumir los términos del problema. Pero no logró hacer hablar mucho a O'Brien, cuyos pensamientos iban hacia más felices regiones.

—No puedo decir que me interese mucho el problema —dijo francamente el irlandés—, sobre todo ahora que parece muy claro. Es de suponer que Brayne odiaba a ese desconocido por alguna razón: lo atrajo al jardín y lo mató con mi sable. Después huyó a la ciudad y por el camino arrojó el arma. Ivan me dijo que el muerto tenía en uno de los bolsillos un dólar yanqui: luego era un paisano de Brayne, y esto parece explicar bastante mejor las cosas. Yo no veo en todo ello la más mínima complicación.

—Pues hay cinco complicaciones colosales —dijo el doctor tranquilamente—, metidas la una dentro de la otra como cinco murallas. Entiéndame usted bien: yo no dudo que Brayne sea el autor del crimen, y me parece que su fuga es bastante prueba. Pero, ¿cómo lo hizo? He aquí la primera dificultad: ¿cómo puede un hombre matar a otro con un sable tan pesado como éste, cuando le es mucho más fácil emplear una navaja de bolsillo y volvérsela a guardar después? Segunda dificultad: ¿por qué no se oyó un grito ni el menor ruido? ¿Puede un hombre dejar de hacer alguna demostración cuando ve adelantarse a otro hombre blandiendo un sable? Tercera dificultad: toda la noche ha estado guardando la puerta un criado; ni una rata puede haberse colado de la calle al jardín de Valentin.

O'Brien miró a Simon, esperando su respuesta.

—¿Cómo pudo entrar ese individuo? Cuarta dificultad: ¿cómo pudo Brayne escaparse del jardín?

—¿Y quinta? —dijo Neil fijando los ojos en el sacerdote inglés, que se acercaba a pasos lentos.

—Tal vez sea una bagatela —dijo el doctor—; pero a mí me parece una cosa muy rara: al ver por primera vez aquella cabeza cortada, supuse desde luego que el asesino habría descargado más de un golpe. Y al examinarla más de cerca, descubrí muchos golpes en la parte cortada; es decir, golpes que fueron dados cuando ya la cabeza había sido separada del tronco. ¿Odiaba

Brayne en tal grado a su enemigo para estar macheteando su cuerpo una y otra vez a la luz de la luna?

—¡Qué horrible! —dijo O’Brien estremeciéndose.

A estas palabras, ya el pequeño Padre Brown se les había acercado, y con su habitual timidez esperaba a que acabaran de hablar. Al fin, dijo con embarazo.

—Siento interrumpirlos a ustedes. Me mandan a comunicar a ustedes las nuevas.

—¿Nuevas? —repitió Simon, mirándole muy extrañado a través de sus gafas.

—Sí; lo siento —dijo con dulzura el Padre Brown—. Sabrán ustedes que ha habido otro asesinato.

Los dos se levantaron de un salto, desconcertados.

—Y lo que todavía es más raro —continuó el sacerdote, contemplando con sus torpes ojos los rododendros—: El nuevo asesinato pertenece a la misma desagradable especie del anterior: es otra decapitación. Se encontraron la segunda cabeza sangrando en el río, a pocas yardas del camino que Brayne debió de tomar para París. De modo que suponen que éste…

—¡Cielos! —exclamó O’Brien—. ¿Será Brayne un monomaniaco?

—Es que también hay «vendettas» americanas —dijo el sacerdote, impasible. Y añadió—: Se desea que vengan ustedes a la biblioteca a verlo.

El comandante O’Brien siguió a los otros hacia el sitio de la averiguación, sintiéndose decididamente enfermo. Como soldado, odiaba las matanzas secretas. ¿Cuándo iban a acabar aquellas extravagantes amputaciones? Primero una cabeza y luego otra. Y se decía amargamente que en este caso falla la regla aquélla: dos cabezas valen más que una. Al entrar en el estudio, casi se tambaleó entre una horrible coincidencia: sobre la mesa de Valentin había un dibujo en colores que representaba otra cabeza sangrienta: la del propio Valentin. Pronto vio que era un periódico nacionalista llamado *Guillotina*, que acostumbraba todas las semanas a publicar la cabeza de uno de sus enemigos políticos, con los ojos saltados y los rasgos torcidos como después de la ejecución; porque Valentin era un anticlerical notorio. Pero O’Brien era un irlandés, que aun en sus pecados conservaba cierta castidad, y se sublevaba ante aquella brutalidad intelectual, que sólo en Francia se encuentra. En aquel momento le pareció sentir a todo París, en un solo proceso que, partiendo de las grotescas iglesias góticas, llegaba hasta las groseras caricaturas de los diarios. Recordó las burlas gigantescas de la Revolución. Y vio a toda la ciudad en un solo espasmo de horrible energía,

desde aquel boceto sanguinario que yacía sobre la mesa de Valentin, hasta la montaña y bosque de gárgolas por donde asoman, gesticulando, los enormes diablos de Notre Dame[28].

La biblioteca era larga, baja y penumbrosa; una luz escasa se filtraba por las cortinas corridas, y tenía aún el sonrojo de la mañana. Valentin y su criado Ivan estaban esperándolos junto a un vasto escritorio inclinado, donde estaban los mortales restos, que resultaban enormes en la penumbra. La carota amarillenta del hombre encontrado en el jardín no se había alterado. La segunda, encontrada entre las cañas del río aquella misma mañana, escurría un poco. La gente de Valentin andaba ocupada en buscar el segundo cadáver, que tal vez flotaría en el río. El Padre Brown, que no compartía la sensibilidad de O'Brien, acercóse a la segunda cabeza y la examinó con minucia de cegatón. Apenas era más que un montón de blancos y húmedos cabellos, irisados de plata y rojo en la suave luz de la mañana; la cara —un feo tipo sangriento y acaso criminal— se había estropeado mucho contra los árboles y las piedras, al ser arrastrada por la veloz corriente del río.

—Buenos días, comandante O'Brien —dijo Valentin con apacible cordialidad—. Supongo que ya tiene usted noticia del último experimento en carnicería de Brayne.

El padre Brown continuaba inclinado sobre la cabeza de cabellos blancos, y dijo, sin cambiar de actitud:

—Por lo visto, es enteramente seguro que también esta cabeza la cortó Brayne.

—Es cosa de sentido común, al menos —repuso Valentin con las manos en los bolsillos—. Ha sido arrancada de la misma forma, ha sido encontrada a poca distancia de la otra, y tal vez cortada con la misma arma, que ya sabemos que se llevó consigo.

—Sí, sí; ya lo sé —contestó sumiso el Padre Brown—. Pero usted comprenderá: yo tengo mis dudas sobre el hecho de que Brayne haya podido cortar esta cabeza.

—Y ¿por qué? —preguntó el doctor Simon con sincero asombro.

—Pues, mire usted, doctor —dijo el sacerdote, pestañeando como de costumbre—: ¿es posible que un hombre se corte su propia cabeza? Yo lo dudo.

O'Brien sintió como si un universo de locura estallara en sus orejas; pero el doctor se adelantó a comprobarlo, levantando los húmedos y blancos mechones.

—¡Oh! No hay la menor duda: es Brayne —dijo el sacerdote tranquilamente—. Tiene exactamente la misma verruga en la oreja izquierda.

El detective, que había estado contemplando al sacerdote con ardiente mirada, abrió su apretada mandíbula, y dijo con acritud:

—Parece que usted hubiera conocido mucho a ese hombre, Padre Brown.

—En efecto —dijo el hombrecillo con sencillez—. Lo he tratado algunas semanas. Estaba pensando en convertirse a nuestra Iglesia.

En los ojos de Valentin ardió el fuego del fanatismo; se acercó al sacerdote y, apretando los puños, dijo con candente desdén:

—¿Y tal vez estaba pensando también en dejarles a ustedes todo su dinero?

—Tal vez —dijo Brown con imparcialidad—. Es muy posible.

—En tal caso —exclamó Valentin con temible sonrisa—, usted sabía muchas cosas de él, de su vida y de sus…

El comandante O'Brien cogió por el brazo a Valentin.

—Abandone usted ese tono injurioso, Valentin —dijo—, o volverán a lucir los sables.

Pero Valentin ante la mirada humilde y tranquila del sacerdote, ya se había dominado, y dijo simplemente:

—Bueno; para las opiniones privadas siempre hay tiempo. Ustedes, caballeros, están todavía ligados por su promesa; manténganse dentro de ella y procuren que los otros también se mantengan. Ivan les contará a ustedes lo demás que deseen saber. Yo voy a trabajar y a escribir a las autoridades… No podemos mantener este secreto por más tiempo. Si hay novedad, estoy en el estudio escribiendo.

—¿Hay más noticias que comunicarnos, Ivan? —preguntó el doctor Simon cuando el jefe de Policía hubo salido del cuarto.

—Sólo una, me parece, señor —dijo Ivan, arrugando su vieja cara color ceniza—; pero no deja de tener interés. Es algo que se refiere a ése que se encontraron ustedes en el jardín —añadió, señalando sin respeto al enorme cuerpo negro—. Ya le hemos identificado.

—¿De veras? —preguntó el asombrado doctor—. ¿Y quién es?

—Su nombre es Arnold Becker —dijo el ayudante—, aunque usaba muchos apodos. Era un pícaro vagabundo, y se sabe que ha andado por América: tal es el hombre a quien Brayne decapitó. Nosotros no habíamos tenido mucho que ver con él, porque trabajaba, sobre todo, en Alemania. Nos hemos comunicado con la policía alemana. Y da la casualidad de que tenía un hermano gemelo, de nombre Louis Becker, con quien mucho hemos tenido

que ver tanto que, ayer apenas, nos vimos en el caso de guillotinarle. Bueno, caballero, la cosa es de lo más extraña; pero cuando vi anoche a este hombre en el suelo, tuve el mayor susto de mi vida. A no haber visto ayer con mis propios ojos a Louis Becker guillotinado, hubiera jurado que era Louis Becker el que estaba en la hierba. Entonces, naturalmente, me acordé del hermano gemelo que tenía en Alemania, y siguiendo el indicio…

Pero Ivan suspendió sus explicaciones, por la excelente razón de que nadie le hacía caso. El comandante y el doctor consideraban al Padre Brown, que había dado un salto y se apretaba las sienes, como presa de un dolor súbito.

—¡Alto, alto, alto! —exclamó al fin—. ¡Pare usted de hablar un instante, que ya veo a medias! ¿Me dará Dios bastante fuerza? ¿Podrá mi cerebro dar el salto y descubrirlo todo? ¡Cielos, ayudadme! En otro tiempo yo solía ser ágil para pensar, y podía parafrasear cualquier página del Santo de Aquino[29]. ¿Me estallará la cabeza o lograré, al fin, ver? ¡Ya veo la mitad, sólo la mitad!

Hundió la cabeza entre las manos, y se mantuvo en una rígida actitud de reflexión o plegaria, en tanto que los otros no hacían más que asombrarse ante aquella última maravilla de aquellas maravillosas doce horas.

Cuando las manos del Padre Brown cayeron al fin, dejaron ver un rostro serio y fresco cual el de un niño. Lanzó un gran suspiro, y dijo:

—Sea dicho y hecho lo más pronto posible. Escúchenme ustedes: ésta será la mejor manera de convencer a todos de la verdad. Usted, doctor Simon, posee un cerebro poderoso: esta mañana le he oído a usted proponer las cinco dificultades mayores de este enigma. Tenga usted la bondad de proponerlas otra vez, y yo trataré de contestarlas.

Al doctor Simon se le cayeron las gafas de la nariz, y dominando sus dudas y su asombro, contestó al instante:

—Pues bien; ya lo sabe usted, la primera cuestión es ésta: ¿cómo puede un hombre ir a buscar un enorme sable para matar a otro, cuando, en rigor, le basta con un alfiler?

—Un hombre —contestó tranquilamente el Padre Brown— no puede decapitar a otro con un alfiler, y para *este* asesinato especial era necesaria la decapitación.

—¿Por qué? —preguntó O’Brien con mucho interés.

—Venga la segunda cuestión —continuó el Padre Brown.

—Allá va: ¿por qué no gritó ni hizo ningún ruido la víctima? —preguntó el doctor—. La aparición de un sable en un jardín no es un espectáculo habitual.

Ramitas —dijo el sacerdote tétricamente, y se volvió hacia la ventana que daba al escenario del suceso—. Nadie ha visto de dónde procedían las ramitas. ¿Cómo pudieron caer sobre el césped (véanlo ustedes) estando tan lejos los árboles? Las ramas no habían estallado solas, sino que habían sido tajadas. El asesino estuvo distrayendo a su víctima jugando con el sable, haciéndole ver cómo podía cortar una rama en el aire, y otras cosas por el estilo. Y cuando la víctima se inclinó para ver el resultado, un furioso tajo le arrancó la cabeza.

—Bien —dijo lentamente el doctor—; eso parece muy posible. Pero las otras dos cuestiones desafían a cualquiera.

El sacerdote seguía contemplando el jardín reflexivamente, y esperaba, junto a la ventana, las preguntas del otro.

—Ya sabe usted que el jardín está completamente cerrado, como una cámara hermética —prosiguió el doctor—. ¿Cómo, pues, pudo el desconocido llegar al jardín?

Sin volver la cara, el curita contestó:

—Nunca hubo ningún desconocido en ese jardín.

Silencio. Y a poco se oyó el ruido de una risotada casi infantil. Lo absurdo de esta salida del Padre Brown movió a Ivan a enfrentarse con él abiertamente.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿De modo que no hemos arrastrado anoche hasta el sofá ese corpachón? ¿De modo que éste no entró al jardín? imposible el término medio.

—¿Entrar al jardín? —repitió Brown reflexionando—. No; no del todo.

—Pero, ¡señor! —exclamó Simon—: o se entra o no se entra al jardín: imposible el término medio.

—No necesariamente —dijo el clérigo con tímida sonrisa—. ¿Cuál es la cuestión siguiente, doctor?

—Me parece que usted desvaría —dijo el doctor Simon secamente—. Pero, de todos modos, le propondré la cuestión siguiente: ¿cómo logró Brayne salir del jardín?

—Nunca salió del jardín —dijo el sacerdote sin apartar los ojos de la ventana.

—¿Qué nunca salió del jardín? —estalló Simon.

—No completamente —dijo el Padre Brown.

Simon crispó los puños en rapto de lógica francesa.

—¡O sale uno del jardín o no sale! —gritó.

—No siempre —dijo el Padre Brown.

El doctor Simon se levantó con impaciencia.

—No quiero perder más tiempo en estas insensateces —dijo indignado—. Si usted no puede entender el hecho de que un hombre tenga necesariamente que estar de un lado u otro del muro, no discutamos más.

—Doctor —dijo el clérigo muy cortésmente—, siempre nos hemos entendido bien. Aunque sea en nombre de nuestra antigua amistad, espere usted un poco y propóngame la quinta cuestión.

El impaciente doctor se dejó caer sobre una silla que había junto a la puerta, y dijo simplemente:

—La cabeza y la espalda han recibido unos golpes muy raros; parecen dados después de la muerte.

—Sí —dijo el inmóvil sacerdote—, y se hizo así para hacerle suponer a usted el falso supuesto en que ha incurrido: para hacerle a usted dar por establecido que esa cabeza pertenece a ese cuerpo.

Aquella parte del cerebro en que se engendran todos los monstruos conmovióse espantosamente en el gaélico O'Brien. Sintió la presencia caótica de todos los hombres-caballos y mujeres-peces engendrados por la absurda fantasía del hombre. Una voz más antigua que la de sus primeros padres pareció decir a su oído: «Aléjate del monstruoso jardín donde crecen los árboles de doble fruto; huye del perverso jardín donde murió el hombre de las dos cabezas.» Pero mientras estas simbólicas y vergonzosas figuras pasaban por el profundo espejo de su alma irlandesa, su intelecto afrancesado se mantenía alerta, y contemplaba al extravagante sacerdote tan atenta y tan incrédulamente como los demás.

El Padre Brown había vuelto la cara, al fin; pero, contra la ventana, sólo se veía su silueta. Sin embargo, creyeron adivinar que estaba pálido como las cenizas. Con todo, fue capaz de hablar muy claramente, como si no hubiera en el mundo almas angélicas.

—Caballeros —dijo—: el cuerpo que encontraron ustedes en el jardín no es el de Becker. En el jardín no había ningún cuerpo desconocido. Y a despecho del racionalismo del doctor Simon, sigo afirmando que Becker sólo estaba parcialmente presente. Vean ustedes —señalando el bulto negro del misterioso cadáver—: nunca han visto ustedes a este hombre en su vida. ¿Acaso han visto a éste?

Y rápidamente separó la cabeza calva y amarilla del desconocido, y puso en su lugar, junto al cuerpo, la cabeza canosa. Y apareció completo, unificado, inconfundible, el cadáver de Julius K. Brayne.

—El matador —continuó Brown tranquilamente— cortó la cabeza de su enemigo, y arrojó el sable por encima del muro. Pero era demasiado ladino para sólo arrojar el sable. También arrojó la cabeza por encima del muro. Y después no tuvo más trabajo que el de ajustarle otra cabeza al tronco, y (según procuró sugerirlo insistentemente en una investigación privada) todos ustedes se imaginaron que sólo había un cadáver y que éste era el de un hombre totalmente nuevo.

—¡Ajustarle la cabeza! —dijo O'Brien espantado—. ¿Qué otra cabeza? Las cabezas no se dan en los arbustos del jardín, supongo.

—No —dijo el Padre Brown secamente, mirando sus botas—. Sólo se dan en un sitio. Se dan junto a la guillotina, donde Aristide Valentin, el jefe de la Policía, estaba apenas una hora antes del asesinato. ¡Oh, amigos míos! Escuchadme un instante antes de que me destrocéis. Valentin es un hombre honrado, si esto es compatible con estar loco por una causa disputable. Pero, ¿no habéis visto nunca en aquellos sus ojos fríos y grises que está loco? Lo hará todo, *todo*, con tal de destruir lo que él llama la superstición de la Cruz. Por eso ha combatido y ha sufrido, y por eso ha matado ahora. Los enormes millones de Brayne se habían dispersado hasta ahora entre tantas sectas, que no podían alterar la balanza. Pero hasta Valentin llegó el rumor de que Brayne, como tantos escépticos, se iba acercando hacia nosotros, y eso ya era cosa muy diferente. Brayne podía derramar abundantes provisiones para robustecer la empobrecida y combatida Iglesia de Francia; podía mantener seis periódicos nacionalistas como *La Guillotina*. La balanza iba ya a oscilar, y el riesgo incendió la llama del fanático. Se decidió, pues, a acabar con el millonario, y lo hizo como podía esperarse del más grande de los detectives resuelto a cometer su único crimen. Sustrajo la cabeza de Becker con algún pretexto criminológico, y se la trajo a casa en su estuche oficial. Se puso a discutir con Brayne, y lord Galloway no quiso esperar al fin de la discusión. Y cuando éste se alejó, condujo a Brayne al jardín cerrado, habló de la maestría en el manejo de las armas, usó de unas ramitas y un sable para poner algunos ejemplos, y…

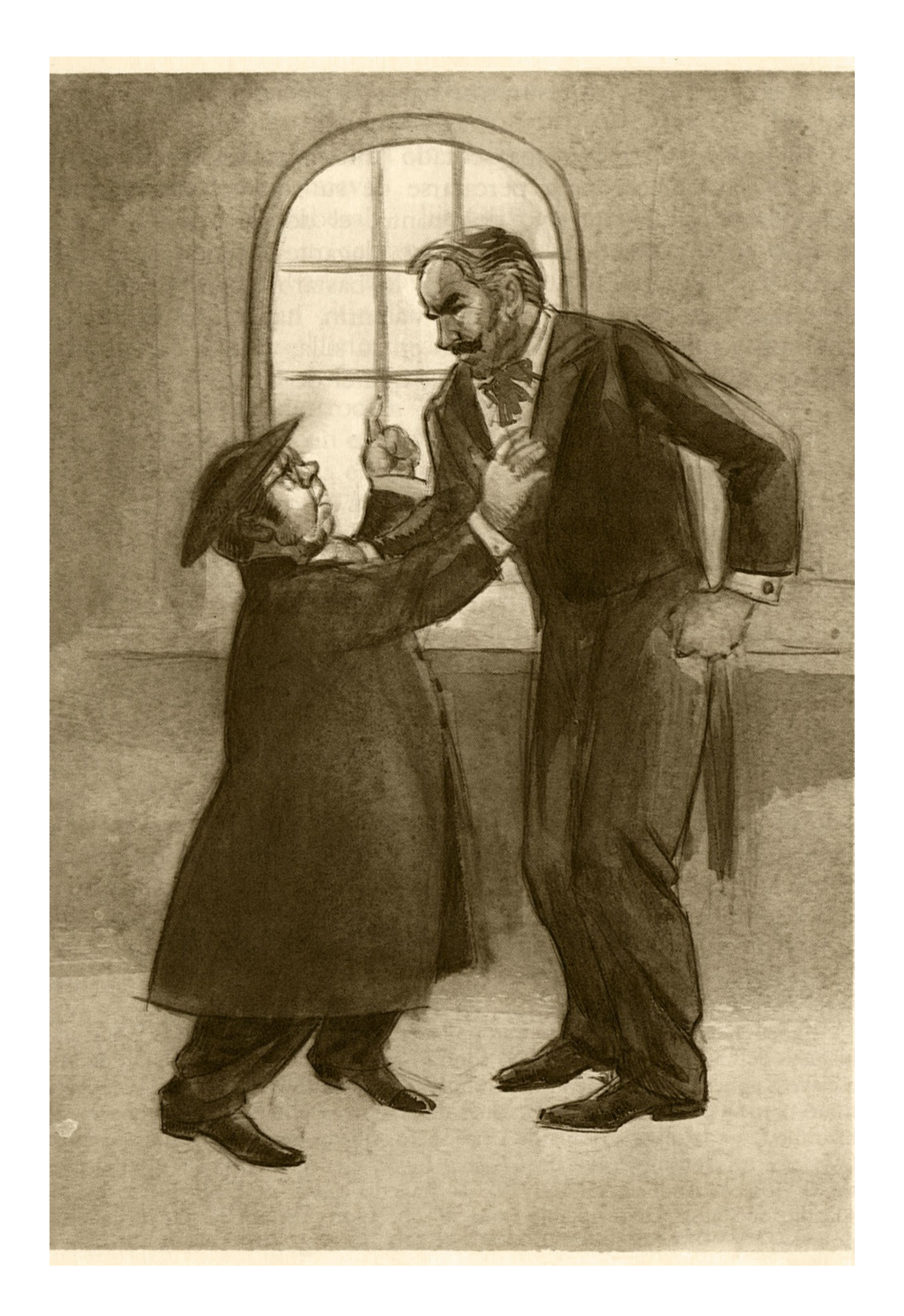
Ivan de la cicatriz se levantó:

—¡Loco! —aulló—. Ahora mismo le llevo a usted con mi amo; le voy a coger por…

—No; si allá voy yo —dijo Brown con aplomo—. Tengo el deber de pedirle que se confiese.

Llevando consigo al desdichado Brown como víctima al sacrificio, todos se apresuraron hacia el silencioso estudio de Valentin.

El gran detective estaba sentado junto a su escritorio, muy ocupado al parecer para percatarse de su ruidosa entrada. Se detuvieron un instante, y, de pronto, el doctor advirtió algo extraño en el aspecto de aquel dorso elegante y rígido, y corrió hacia él. Un toque y una mirada le bastaron para permitirle descubrir que, junto al codo de Valentin, había una cajita de píldoras, y que éste estaba muerto en su silla; y en la cara lívida del suicida había un orgullo mayor que el de Catón[30].



III
Las pisadas misteriosas

Si alguna vez, lector, te encuentras con un individuo de aquel selectísimo club de Los Doce Pescadores Legítimos, cuando se dirigen al Vernon Hotel a la comida anual reglamentaria, advertirás, en cuanto se despoje del gabán, que su traje de noche es verde y no negro. Si —suponiendo que tengas la inmensa audacia de dirigirte a él— le preguntas el porqué, contestará probablemente que lo hace para que no le confundan con un camarero, y tú te retirarás desconcertado. Pero te habrás dejado atrás un misterio todavía no resuelto y una historia digna de contarse.

Si —para seguir esta vena de conjeturas improbables— te encuentras con un curita muy suave y muy activo, llamado Padre Brown, y le interrogas sobre lo que él considera como la mayor suerte que ha tenido en su vida, tal vez te conteste que su mejor aventura fue la del Vernon Hotel, donde logró evitar un crimen y acaso salvar un alma, gracias al sencillo hecho de haber escuchado unos pasos por un pasillo. Está un poco orgulloso de la perspicacia que entonces demostró, y no dejará de referirte el caso. Pero como es de todo punto inverosímil que logres levantarte tanto en la escala social para encontrarte con algún individuo de Los Doce Pescadores Legítimos, o que te rebajes lo bastante entre los pillos y criminales para que el Padre Brown dé contigo, me temo que nunca conozcas la historia, a menos que la oigas de mis labios.

El Vernon Hotel, donde celebraban sus banquetes anuales Los Doce Pescadores Legítimos, era una de esas instituciones que sólo existen en el seno de una sociedad oligárquica, casi enloquecida de buenas maneras. Era algo de todo punto monstruoso; una empresa comercial «exclusiva». Quiere decir que no pagaba por atraer a la gente, sino por alejarla. En el corazón de una plutocracia los comerciantes acaban por ser bastante sutiles para sentirse más escrupulosos todavía que sus clientes. Crean positivas dificultades, a fin de que su clientela rica y aburrida gaste dinero y diplomacia en triunfar de ellos. Si hubiera en Londres un hotel elegante donde no fueran admitidos los hombres menores de seis pies, la sociedad organizaría dócilmente partidas de hombres de seis pies para ir a cenar al hotel. Si hubiera un restaurante caro que, por capricho de su propietario, sólo se abriera los jueves por la tarde,

lleno de gente se vería los jueves por la tarde. El Vernon Hotel se hallaba, como por casualidad, en la esquina de una manzana en Belgravia[31]. Era un hotel pequeño y muy inconveniente. Pero sus mismas inconveniencias servían de muros protectores para una clase particular. Uno de sus inconvenientes, sobre todo, era considerado como cosa de vital importancia: el hecho de que sólo podían comer simultáneamente en aquel sitio veinticuatro personas. La única mesa grande era la célebre mesa de la terraza, al aire libre, en una galería que daba sobre uno de los más exquisitos jardines del antiguo Londres. De modo que los veinticuatro asientos de aquella mesa sólo podían disfrutarse en tiempo de verano; y esto, dificultando aquel placer, lo hacía más deseable. El dueño actual del hotel era un judío llamado Lever, y le sacaba al hotel casi un millón mediante el procedimiento de hacer difícil su acceso. Cierto que esta limitación de la empresa estaba compensada por el servicio más cuidadoso. Los vinos y la cocina eran de lo mejor de Europa, y la conducta de los criados correspondía exactamente a las maneras estereotipadas de las altas clases inglesas. El amo conocía a sus criados como a los dedos de sus manos; no había más que quince en total. Era más fácil llegar a miembro del Parlamento que a camarero de aquel hotel. Todos estaban educados en el más terrible silencio y la mayor suavidad, como criados de caballeros. Y realmente, por lo general, había un criado para cada caballero de los que allí comían.

Y sólo allí podían consentir en comer juntos Los Doce Pescadores Legítimos, porque eran muy exigentes en materia de comodidades privadas; y la sola idea de que los miembros de otro club comieran en la misma casa los hubiera molestado mucho. Con ocasión de sus banquetes anuales, los Pescadores tenían la costumbre de exponer todos sus tesoros como si estuvieran en su casa, y especialmente el famoso juego de cuchillos y tenedores de pescado, que era, por decirlo así, la insignia de la Sociedad, y en la cual cada pieza había sido labrada en plata bajo la forma de pez, y tenía en el puño una gran perla. Este juego se reservaba siempre para el plato de pescado, y éste era siempre el más magnífico plato de aquellos magníficos banquetes. La Sociedad observaba muchas reglas y ceremonias, pero no tenía ni historia ni objeto; por eso era tan aristocrática. No había que hacer nada para pertenecer a Los Doce Pescadores; pero si no se era ya persona de cierta categoría, ni esperanza de oír hablar de ellos. Hacía doce años que la sociedad existía. Presidente, Mr. Audley; vicepresidente, el duque de Chester.

Si he logrado describir el ambiente de este extraordinario hotel, el lector experimentará un legítimo asombro al verme tan bien enterado de cosa tan

inaccesible, y mucho más se preguntará cómo una persona tan ordinaria como mi amigo el Padre Brown pudo tener acceso a aquel dorado paraíso. Pero en lo que a estos puntos se refiere, mi historia resulta sencilla y hasta vulgar. Hay en el mundo un agitador y demagogo, ya muy viejo, que se desliza hasta los más refinados interiores, contándoles a todos los hombres que son hermanos; y dondequiera que va este nivelador montado en su pálido bridón, el Padre Brown tiene por oficio seguirle. Uno de los criados, un italiano, sufrió una tarde un ataque de parálisis, y el amo, judío, aunque maravillado de tales supersticiones, consintió en mandar traer un sacerdote católico. Lo que el camarero confesó al Padre Brown no nos concierne, por el sencillísimo hecho de que el sacerdote se lo ha callado; pero, según parece, aquello le obligó a escribir cierta declaración para comunicar cierto mensaje o enderezar algún entuerto. El Padre Brown, en consecuencia, con un impudor humilde, como el que hubiera mostrado en el palacio de Buckingham, pidió que se le proporcionara un cuarto y recado de escribir. Mr. Lever sintió como si le partieran en dos. Era hombre amable, y tenía también esa falsificación de la amabilidad: el temor de provocar dificultades o «escenas». Por otra parte, la presencia de un extranjero en el hotel aquella noche era como un manchón sobre un objeto recién limpiado. Nunca había habido antesala o sitio de espera en el Vernon Hotel; nunca había tenido que aguardar nadie en el vestíbulo, puesto que los parroquianos no eran hijos de la casualidad. Había quince camareros; había doce huéspedes. Recibir aquella noche a un huésped nuevo sería tan extraordinario como encontrarse a la hora del almuerzo o del té con un nuevo hermano en la propia casa. Sin contar con que la apariencia del cura era de muy segundo orden, y su traje tenía manchas de lodo; sólo el contemplarle pudiera provocar una crisis en el club. Mr. Lever, no pudiendo borrar el mal, inventó un plan para disimularlo.

Según entráis (y nunca entraréis) al Vernon Hotel, se atraviesa un pequeño pasillo decorado con algunos cuadros deslucidos, pero importantes, y se llega al vestíbulo principal, que se abre a mano derecha en unos pasillos por donde se va a los salones, y a mano izquierda en otros pasillos que llevan a las cocinas y servicios del hotel. Inmediatamente a mano izquierda se ve el ángulo de una oficina con cancela de cristal que viene a dar hasta el vestíbulo: una casa dentro de otra, por decirlo así, donde tal vez estuvo en otro tiempo el bar del hotel precedente.

En esta oficina está instalado el representante del propietario (allí, hasta donde es posible, todos se hacen representar por otros), y algo más allá, camino de la servidumbre, está el vestuario, último término del dominio de

los señores. Pero entre la oficina y el vestuario hay un cuartito privado que el propietario solía usar para asuntos importantes y delicados, como el prestarle a un duque mil libras o excusarse por no poderle facilitar medio chelín. La mejor prueba de la magnífica tolerancia de Mr. Lever consiste en haber permitido que este sagrado lugar fuera profanado durante media hora por un simple sacerdote que necesitaba garrapatear unas cosas en un papel. Sin duda, la historia que el Padre Brown estaba trazando en aquel papel era mucho mejor que la nuestra; pero nunca podrá ser conocida. Me limitaré a decir que era casi tan larga como la nuestra, y que los dos o tres últimos párrafos eran los menos importantes y complicados.

Porque fue en el instante en que llegaba a estas últimas páginas cuando el sacerdote comenzó a consentir cierta errabundez a sus pensamientos, y permitió a sus sentidos animales, muy agudos por lo general, que despertaran. Oscurecía; llegaba la hora de la cena; aquel olvidado cuartito se iba quedando sin luz, y tal vez la oscuridad creciente, como a menudo sucede, afinó los oídos del sacerdote. Cuando el Padre Brown redactaba la última y menos importante parte de su documento, se dio cuenta de que estaba escribiendo al compás de un ruidito rítmico que venía del exterior, así como a veces piensa uno a tono con el ruido de un tren. Al darse cuenta de esto, comprendió también de qué se trataba: no era más que el ruido ordinario de los pasos, cosa nada extraña en un hotel. Sin embargo, conforme crecía la oscuridad se aplicaba con mayor ahínco a escuchar el ruido. Tras haberlo oído algunos segundos como en sueños, se puso en pie y empezó a oírlo de intento, inclinando un poco la cabeza. Después se sentó otra vez y hundió la cara entre las manos, no sólo para escuchar, sino para escuchar y pensar.

El ruido de los pasos era el ruido propio de un hotel; con todo, en el conjunto del fenómeno había algo extraño. Más pasos que aquéllos no se oían. La casa era de ordinario muy silenciosa, porque los pocos huéspedes habituales se recogían a la misma hora, y los bien educados servidores tenían orden de ser imperceptibles mientras no se los necesitase. No había sitio en que fuera más difícil sorprender la menor irregularidad. Pero aquellos pasos eran tan extraños, que no sabía uno si llamarlos regulares o irregulares. El Padre Brown se puso a seguirlos con sus dedos sobre la mesa, como el que trata de aprender una melodía de piano.

Primero se oyó un ruido de pasitos apresurados: diríase de hombre de peso ligero en un concurso de paso rápido. De pronto, los pasos se detuvieron, y recomenzaron lentos y vacilantes; este nuevo paso duró casi tanto como el anterior, aunque era cuatro veces más lento. Cuando éste cesó, volvió aquella

ola ligera y presurosa, y luego otra vez el golpe del andar pesado. Era indudable que se trataba de un solo par de botas, tanto porque —como ya hemos dicho— no se oía otro andar, como por cierto rechinido inconfundible que a éste acompañaba. El Padre Brown tenía un espíritu que no podía menos de proponerse interrogaciones; y ante aquel problema aparentemente trivial, se puso inquietísimo. Había visto hombres que corrían para dar un salto, y hombres que corrían para deslizarse. Pero, ¿era posible que un hombre corriera para andar, o bien que anduviera para correr? Sin embargo, aquel invisible par de piernas no parecía hacer otra cosa. Aquel hombre, o corría medio pasillo para andar después el otro medio, o andaba medio pasillo para darse después el gusto de correr el otro medio. En uno u otro caso, aquello era absurdo. Y el espíritu del Padre Brown se oscurecía más y más, como su cuarto.

Poco a poco la oscuridad de la celda pareció aclarar sus pensamientos. Y le pareció ver aquellos fantásticos pies haciendo cabriolas por el pasillo en actitudes simbólicas y no naturales. ¿Se trataba acaso de una danza religioso-pagana? ¿O era alguna nueva especie de ejercicio científico? El Padre Brown se preguntaba a qué ideas podían exactamente corresponder aquellos pasos. Consideró primero el compás lento: aquello no correspondía al andar del propietario. Los hombres de su especie, o andan con rápida decisión, o no se mueven. Tampoco podía ser el andar de un criado o mensajero que esperara órdenes; no sonaba a eso. En una oligarquía, las personas subordinadas suelen bambolearse cuando están algo ebrias, pero generalmente, y sobre todo en sitios tan imponentes como aquél, o se están quietas o adoptan una marcha forzada. Aquel andar pesado y, sin embargo, elástico, que parecía lleno de descuido y de énfasis no muy ruidoso, pero tampoco cuidadoso de no hacer mido, sólo podía pertenecer a un animal en la tierra. Era el andar de un caballero de la Europa occidental, y tal vez de un caballero que nunca había tenido que trabajar para ganarse la vida.

Al llegar el Padre Brown a esta certidumbre, el paso menudito volvió, y corrió frente a la puerta con la rapidez de una rata. Y el Padre Brown advirtió que este andar, mucho más ligero que el otro, era también menos ruidoso, como si ahora el hombre anduviera de puntillas. Sin embargo, no sugería la idea del secreto, sino de otra cosa —de otra cosa que Brown no acertaba a recordar—. Y luchaba en uno de esos estados de semirrecuerdo que lo hacen a uno sentirse semiperspicaz. En alguna otra parte había él oído ese andar menudo. Y de pronto volvió a levantarse poseído de una nueva idea, y se aproximó a la puerta. Su cuarto no daba directamente al pasillo, sino, por un

lado, a la oficina de las vidrieras, y por otro al vestuario. Intentó abrir la puerta de la oficina: estaba cerrada con llave. Se volvió a la ventana, que a aquella hora no era más que un cuadro de vidrio lleno de niebla rojiza al último destello solar; y por un instante le pareció oler la posibilidad de un delito, como un perro huele las ratas.

Su parte racional —fuera o no la mejor— acabó por imponerse en él. Recordó que el propietario le había dicho que cerraría la puerta con llave y después volvería a sacarle de allí. Y se dijo que aquellos excéntricos ruidos bien pudieran tener mil explicaciones que a él no se le habían ocurrido; y se dijo, además, que apenas le quedaba luz para acabar su tarea. Se acercó a la ventana para aprovechar las últimas claridades de la tarde, y se entregó por entero a la redacción de su memoria. Al cabo de unos veinte minutos, durante los cuales fue teniendo que acercarse cada vez más al papel para poder distinguir las letras, suspendió de nuevo la escritura; otra vez se oían aquellos inexplicables pies.

Ahora había en los pasos una tercera singularidad. Antes parecía que el desconocido andaba, a veces despacio y a veces muy de prisa, pero *andaba*. Ahora era indudable que *corría*. Ahora se oía claramente los saltos de la carrera a lo largo del pasillo, como los de una veloz pantera. El que pasaba parecía ser un hombre agitado y presuroso. Pero cuando desapareció como una ráfaga hacia la región en que estaba la oficina, volvió otra vez el andar lento y vacilante.

El Padre Brown arrojó los papeles, y, sabiendo ya que la puerta de la oficina estaba cerrada, se dirigió a la del vestuario. El criado estaba ausente por casualidad, tal vez porque los únicos huéspedes de la casa estaban cenando, y su oficio era una sinecura. Tras andar a tientas por entre un bosque de gabanes, se encontró con que el pequeño vestuario acababa, sobre el iluminado pasillo, en un mostrador de esos que hay en los sitios donde uno suele dejar sus paraguas o sombrillas a cambio de fichas numeradas. Sobre el arco semicircular de esta salida venía a quedar uno de los focos del pasillo. Pero apenas podía alumbrar la cara del Padre Brown, que sólo se distinguía como un bulto oscuro contra la nebulosa ventana de Poniente, a sus espaldas. En cambio, el foco iluminaba teatralmente al hombre que andaba por el pasillo.

Era un hombre elegante, vestido de frac; aunque alto, no parecía ocupar mucho espacio. Se diría que podía escurrirse como una sombra por donde muchos hombres más pequeños no hubieran podido pasar. Su cara, iluminada a plena luz, era morena y viva. Parecía extranjero. De buena presencia, era

atractivo e inspiraba confianza. El crítico sólo hubiera dicho de él que aquel traje negro era una sombra que oscurecía su cara y su aspecto, y que le hacía unos bultos y bolsas desagradables. Al ver la silueta negra de Brown, sacó un billete con un número, y dijo con amable autoridad:

—Deme mi sombrero y mi gabán; tengo que salir al instante.

El Padre Brown, sin chistar, tomó el billete y fue a buscar el gabán; no era la primera vez que hacía de criado. Trajo lo que le pedían, y lo puso sobre el mostrador. El caballero, que había estado buscando en el bolsillo del chaleco, dijo riendo:

—No encuentro nada de plata; tome usted esto.

Y dándole media libra esterlina, tomó su sombrero y su gabán.

La cara del Padre Brown permaneció impávida, pero él perdió la cabeza. Siempre el Padre Brown valía más cuando perdía la cabeza. En tales momentos sumaba dos y dos, y sacaba un total de cuatro millones. Esto, la Iglesia católica, que está prendada del sentido común, no siempre lo aprueba. Tampoco lo aprobaba siempre el Padre Brown. Pero ello era cosa de inspiración, muy importante en las horas críticas, horas en que sólo salvará su cabeza el que la haya perdido[32].

—Me parece señor —dijo con mucha cortesía—, que sí que lleva usted plata en los bolsillos.

—¡Hombre! —exclamó el caballero—. Si yo prefiero darle a usted oro, ¿de qué se queja?

—Porque la plata es, a veces, más valiosa que el oro —dijo el sacerdote —. Quiero decir, en grandes cantidades.

El desconocido le miró con curiosidad; después miró todavía con más curiosidad hacia la entrada del pasillo. Después contempló otra vez a Brown, y muy atentamente consideró la ventana que estaba a espaldas de éste, todavía coloreada en el crepúsculo de la tarde lluviosa. Y luego con súbita resolución, puso una mano en el mostrador, saltó sobre él con la agilidad de un acróbata, y se irguió ante el sacerdote, poniéndole en el cuello la poderosa garra.

—¡Quieto! —le dijo con un resoplido—. No quiero amenazarle a usted, pero…

—Pero yo sí quiero amenazarle a usted —dijo el Padre Brown, con voz que parecía un redoble de tambor—. Yo quiero amenazarle a usted con los calores eternos y con el fuego que no se extingue[33].

—Es usted —dijo el caballero— un extraño bicho de vestuario.

—Soy un sacerdote, monsieur Flambeau —dijo Brown—, y estoy dispuesto a escuchar su confesión.

El otro se quedó un instante desconcertado, y luego se dejó caer en una silla.

Los dos primeros servicios habían transcurrido en medio de un éxito placentero. No poseo copia del menú de Los Doce Pescadores Legítimos, pero si la poseyera, no aprovecharía a nadie; porque el menú estaba escrito en una especie de suprafrancés de cocinero, completamente ininteligible para los franceses. Una de las tradiciones del club era la abundancia y variedad abrumadora de los *hors d'oeuvres*[34]. Se los tomaba muy en serio, por lo mismo que son números *extras* inútiles, como aquellos mismos banquetes y como el mismo club. También era tradicional que la sopa fuera ligera y de pocas pretensiones: algo como una vigilia austera y sencilla, en previsión del festín del pescado que venía después. La conversación era esa conversación extraña, trivial, que gobierna al Imperio británico —que le gobierna en secreto—, y que sin embargo, resultaría poco ilustrativa para cualquier inglés ordinario, suponiendo que tuviera el privilegio de oírla. A los ministros del Gabinete se les aludía por su nombre de pila, con cierto aire de benignidad y aburrimiento. Al canciller real del Tesoro, a quien todo el partido *Tory*[35] maldecía a la sazón por sus exacciones continuas, le elogiaban por los versitos que solía escribir o por la montura que usaba en las cacerías. Al jefe de los *tories*, odiado como tirano por todos los liberales, le discutían, y, finalmente, le elogiaban por su espíritu liberal. Parecía, pues, que concedieran mucha importancia a los políticos, y que todo en ellos fuera importante menos su política. Mr. Audley, el presidente, era un anciano afable que todavía gastaba cuellos a lo Gladstone[36]: parecía un símbolo de aquella sociedad, a la vez fantasmagórica y estereotipada. Nunca había hecho nada, ni siquiera un disparate. No era derrochador, ni tampoco singularmente rico. Simplemente, estaba en el cotarro, y eso bastaba. Nadie en sociedad lo ignoraba; y si hubiera querido figurar en el Gabinete, lo habría logrado. El duque de Chester, vicepresidente, era un joven político en marea creciente. Quiere decir que era un joven muy agradable, con una cara llana y pecosa, de inteligencia moderada, y dueño de vastas posesiones. En público siempre tenía éxito, mediante un principio muy sencillo: cuando se le ocurría un chiste, lo soltaba, y todos opinaban que era muy brillante; cuando no se le ocurría ningún chiste, decía que no era tiempo de bromear, y todos opinaban que era muy juicioso. En lo privado, en el seno de un club de su propia clase, se conformaba con ser lo más francote y bobo, como un buen chico de escuela. Mr. Audley, que nunca se había metido en política, trataba estas cosas con una seriedad relativa. A veces, hasta ponía en embarazos a la compañía, dando a entender,

por algunas frases, que entre liberales y conservadores existía cierta diferencia. En cuanto a él, era conservador hasta en la vida privada. Le caía sobre la nuca una ola de cabellos grises, como a ciertos estadistas a la antigua; y visto de espaldas, parecía exactamente el hombre que necesitaba la patria. Visto de frente, parecía un solterón suave, tolerante consigo mismo, y con un lujoso aposento en el Albany, como era la verdad.

Como ya se ha dicho, la mesa de la terraza tenía veinticuatro asientos, y el club sólo constaba de doce miembros. De modo que éstos podían instalarse muy a sus anchas, del lado interior de la mesa, sin tener en frente nadie que les estorbara la vista del jardín, cuyos colores eran todavía perceptibles, aunque ya la noche se anunciaba, y algo tétrica por cierto para lo que hubiera sido propio de la estación. En el centro de la línea estaba el presidente, y el vicepresidente en el extremo derecho. Cuando los doce individuos se dirigían a sus asientos, era costumbre (quién sabe por qué razones) que los quince camareros se alinearan en la pared como tropa que presenta armas al rey, mientras que el obeso propietario se inclinaba ante los huéspedes, fingiéndose muy sorprendido por su llegada, como si nunca hubiera oído hablar de ellos. Pero, antes de que se oyera el primer tintineo de los cubiertos, el ejército de criados desaparecía, y sólo quedaban uno o dos, los indispensables para distribuir los platos con toda rapidez, y en medio de un silencio mortal. Mr. Lever, el propietario, desaparecía también entre zalemas y convulsiones de cortesía. Sería exagerado, y hasta irreverente, el decir que volvía a dejarse ver de sus huéspedes. Pero a la hora del plato de solemnidad, del plato de pescado, se sentía algo —¿cómo decirlo?—, se sentía en el ambiente una vívida sombra, una proyección de su personalidad, que anunciaba que el propietario andaba rondando por allí cerca. A los ojos del vulgo, aquel sagrado plato no era más que una especie de monstruoso budín, de aspecto y proporciones de un pastel de boda, donde considerable número de interesantísimos peces había venido a perder la forma que Dios les dio. Los Doce Pescadores Legítimos empuñaban sus famosos cuchillos y tenedores, y atacaban el manjar tan cuidadosamente cual si cada partícula del budín costara tanto como los mismos cubiertos con que se comía. Y, en efecto, creo que costaba tanto. Y el servicio de honor transcurría en el más profundo silencio de la devoción. Sólo cuando su plato estaba ya casi vacío, el joven duque hizo una observación de ritual:

—Sólo aquí saben hacer esto, no en todas partes.

—En ninguna parte —contestó Mr. Audley en voz de bajo profundo, volviéndose hacia el duque y agitando con convicción su venerable cabeza—.

En ninguna parte; sólo aquí. Me habían dicho que en el café Anglais…

Aquí fue interrumpido un instante por el criado que le cambiaba el plato, pero reasumió el hilo precioso de sus pensamientos:

—… Me habían dicho que en el café Anglais lo hacían lo mismo. Y nada, señor mío —añadió, sacudiendo la cabeza como un pelele—. Es cosa muy diferente.

—Sitio elogiado más de lo justo —observó un tal coronel Pound, a quien por primera vez oía hablar su interlocutor desde hacía varios meses.

—No sé, no sé —dijo el duque de Chester, que era un optimista—. Yo creo que es una cocina buena para algunas cosas. No es posible superarla, por ejemplo, en…

Un criado llegó en este instante, escurriéndose presuroso junto a la pared, y después se quedó inmóvil. Y todo con el mayor silencio. Pero aquellos caballeros vagos y amables estaban tan hechos a que la invisible maquinaria que rodeaba y sostenía sus vidas funcionara con absoluta suavidad, que aquel acto inesperado los sobresaltó como un chirrido. Y sintieron lo que tú y yo, lector, sentiríamos, si nos desobedeciera el mundo inanimado: si, por ejemplo, se echara a correr una silla.

El camarero se quedó inmóvil unos segundos, y en todas las caras apareció una expresión inexplicable de rubor, que es producto característico de nuestro tiempo: un sentimiento en que se combinan las nociones del humanitarismo moderno con la idea del enorme abismo que separa al rico del pobre. Un aristócrata genuino le hubiera tirado algo a la cabeza al triste camarero, comenzando por las botellas vacías y acabando probablemente por algunas monedas. Un demócrata genuino le hubiera preguntado al instante, con una claridad llena de crudo compañerismo, qué diablos se le había perdido allí. Pero estos plutócratas modernos no sabían tratar al pobre, ni como se trata al esclavo, ni como se trata al amigo. De modo que una equivocación de la servidumbre los sumergía en un profundo, bochornoso embarazo. No querían ser brutales, y temían verse en el caso de ser benévolos. Y todos, interiormente, desearon que «aquello» desapareciera. Y «aquello» desapareció. El camarero, tras haberse quedado unos instantes más rígido que un cataléptico, dio media vuelta y salió escapado.

Cuando reapareció en la galería, o más bien en la puerta, venía acompañado de otro, con quien secreteaba algo, gesticulando con animación meridional. Después, el primer camarero se fue, dejando en la puerta al segundo, y a poco reapareció acompañado de un tercero. Y cuando, un instante después, un cuarto camarero se aproximó al sínodo, Mr. Audley

creyó conveniente, en interés del tacto, romper el silencio. A guisa de mazo presidencial usó de una tos estrepitosa, y dijo:

—Es espléndido lo que hace en Birmania el joven Moocher. No hay otra nación en el mundo que pueda…

Un quinto camarero vino hacia él como una saeta, y le susurró al oído.

—¡Un asunto muy urgente! ¡Muy importante! ¿Puede el propietario hablar con el señor?

El Presidente se volvió muy desconcertado, y con ojos de pánico vio que venía hacia él Mr. Lever con aquella su difícil presteza. Aunque éste era su paso habitual, su cara estaba muy alterada: generalmente, su cara era de cobre oscuro, y ahora parecía de un amarillo enfermizo.

—Dispénseme usted, Mr. Audley —dijo con fatiga de asmático—. Estoy muy asustado. En los platos de pescado de los señores, ¿se fueron también los cubiertos?

—Sí, naturalmente —contestó el presidente con cierto calor.

—¿Y lo vieron ustedes? —jadeó el amo, espantado—. ¿Vieron ustedes al criado que se los llevó? ¿Le conocen ustedes?

—¿Conocer al camarero? —contestó indignado Mr. Audley—. No por cierto.

Mr. Lever abrió los brazos con ademán agónico:

—No lo mandé yo —exclamó—. No sé de dónde ni cómo vino. Cuando yo mandé a mi camarero a recoger el servicio, se encontró con que ya lo había recogido alguien antes.

Mr. Audley tenía un aire demasiado azorado para ser el hombre que le estaba haciendo falta a la patria. Nadie pudo articular una palabra, excepto el hombre de palo, el coronel Pound, que parecía galvanizado en una actitud artificial. Se levantó rígido, mientras los demás permanecían sentados, se afianzó el monóculo, y habló así, en un tono enronquecido, como si se le hubiera olvidado hablar:

—¿Quiere usted decir que alguien ha robado nuestro servicio de plata?

El propietario repitió el ademán de los brazos, todavía con más desesperación, y de un salto todos se pusieron en pie.

—¿Están presentes todos sus criados? —preguntó el coronel con su voz dura y fuerte.

—Sí, aquí están todos. Ya lo he advertido —dijo el joven duque adelantando la cara hacia el interior del coro—. Yo los cuento siempre al llegar, cuando están ahí formados junto a la pared.

—Con todo, no es fácil que uno se acuerde exactamente… —comenzó Mr. Audley.

—Sí, me acuerdo exactamente —gritó el duque—. Nunca ha habido aquí más de quince camareros, y los quince estaban hoy aquí, puedo jurarlo: ni uno más, ni uno menos.

El propietario se volvió a él con un espasmo de sorpresa, y tartamudeó:

—¿Dice usted…, dice usted que vio usted a mis quince camareros?

—Como de costumbre —asintió el duque—. ¿Qué tiene eso de extraño?

Nada —dijo Lever con profundo acento—, sino que es imposible: porque uno de ellos ha muerto hoy mismo en el piso alto.

¡Espantoso silencio! Es tan sobrenatural la palabra «muerte», que muy fácil es que todos aquellos ociosos caballeros consideraran su alma por un instante, y su alma les pareciera más miserable que un guisante marchito. Uno de ellos (tal vez el duque) hasta dijo, con la estúpida amabilidad de la riqueza:

—¿Podemos hacer algo por él?

Y el judío, a quien estas palabras conmovieron, contestó:

—Le ha auxiliado un sacerdote.

Y entonces, como al tañido de la trompeta del Juicio, se dieron todos cuenta de su verdadera situación. Por algunos segundos no habían podido menos de sentir que el camarero número quince era el espectro del muerto, que había venido a sustituirle. Y aquel sentimiento los ahogaba, porque los espectros eran para ellos tan incómodos como los mendigos. Pero el recuerdo de la plata rompió el sortilegio brutalmente, volviendo a todos a la realidad. El coronel arrojó su silla y se encaminó hacia la puerta.

—Amigos míos —dijo—, si hay un camarero número quince, ese es el ladrón. Todo el mundo a las puertas para impedir la salida, y después se hará otra cosa. Las veinticuatro perlas del club valen la pena de molestarse un poco.

Mr. Audley vaciló, pensando si sería propio de caballeros el darse prisa, aun en semejante circunstancia; pero al ver que el duque se lanzaba a las escaleras con juvenil ardor, le siguió, aunque con ímpetu más arreglado a sus años.

En este instante, un sexto camarero entró a decir que acababa de encontrar la pila de platos en un aparador, pero sin la menor huella de los cubiertos.

La multitud de huéspedes y criados, desbordada sin concierto por los pasillos, se dividió en dos grupos. Los más de los Pescadores siguieron al propietario a la puerta del frente, para averiguar si alguien había salido. El coronel Pound, con el presidente y el vicepresidente y uno o dos más, se

dirigieron al corredor, rumbo a los cuartos del servicio, por parecerles un camino más probable para la fuga. Y al pasar junto a la salita o caverna que servía de vestuario, vieron una figura de hombre pequeño, vestido de negro —un criado al parecer—, que estaba perdido en la sombra.

—¡Hola! ¡Aquí! —llamó el duque—. ¿Ha visto usted pasar a alguien?

El hombrecito no contestó directamente, pero dijo:

—Caballeros: tal vez he encontrado ya lo que ustedes buscan.

Se detuvieron todos, asombrados y dudosos, y el hombrecito se dirigió tranquilamente al interior del vestuario, y volvió de allá con las manos llenas de reluciente argentería, que depositó sobre el mostrador con la calma de un comerciante en plata. Y entonces se vio que aquella plata era una docena de pares de cubiertos de elegantísima forma.

—Usted…, usted… —balbuceó el coronel, perdido por primera vez el aplomo. Y se asomó al cuartito para observar mejor, y pudo descubrir dos cosas: la primera, que el hombrecillo vestido de negro llevaba un traje clerical; y la segunda, que la vidriera del fondo estaba rota, como si alguien hubiera escapado por ella.

—Cosas de mucho valor para depositarlas en un vestuario, ¿no es verdad? —observó el sacerdote con plácido comedimiento.

—¿Usted…, usted robó esto? —tartamudeo Mr. Audley con ojos relampagueantes.

—Si así fuera —dijo el clérigo en tono burlón—, por lo menos ya, lo he devuelto.

—Pero no fue usted… —dijo el coronel Pound, sin quitar los ojos de la vidriera rota.

—Para hablar claro de una vez —contestó el cura, humorísticamente— no he sido yo.

Y, con afectada gravedad, se sentó en un taburete que tenía al lado.

—En todo caso usted sabe quién fue —advirtió el coronel.

—Su verdadero nombre lo ignoro —continuó el otro plácidamente—; pero algo conozco de su fuerza para el combate y de sus problemas espirituales. Me formé idea de la primera cuando trató de estrangularme, y de los segundos, cuando se arrepintió.

—¡Hombre! ¿Conque se arrepintió? —gritó el joven Chester con un alarde de risa.

El Padre Brown se puso de pie, y llevando las manos a la espalda:

—Muy extraño, ¿verdad? —dijo—. ¿Es muy raro que un vagabundo aventurero se arrepienta, cuando tantos que viven entre la seguridad y las

riquezas continúan su vida frívola, estéril para Dios y para los hombres? Pero aquí, si usted me permite, le advertiré que invade usted mi campo. Si duda usted de la verdad de la penitencia, no tiene usted más que ver esos cuchillos y tenedores. Ustedes son Los Doce Pescadores Legítimos, y ahí tienen ya su servicio para el pescado. En cuanto a mí, El me hizo pescador de hombres[37].

—¿Ha ocultado usted a ese hombre? —preguntó el coronel arrugando el ceño.

El Padre Brown le miró a la cara abiertamente:

—Sí —contestó—. Yo lo he pescado con anzuelo invisible y con hilo que nadie ve, y que es lo bastante largo para permitirle errar por los términos del mundo, sin que por eso se liberte.

Hubo un largo silencio. Los presentes se alejaron para llevar a sus camaradas la plata recobrada, o consultar el caso con el propietario. Pero el coronel de la cara gesticulante se sentó en el mostrador, dejando colgar sus largas piernas y mordiéndose los bigotes.

Y al fin, dijo con mucha calma:

—Ese hombre ha de ser muy inteligente, pero yo creo conocer a otro que lo es más todavía.

—Sí; ese hombre es muy inteligente —contestó el cura—, pero, ¿el otro a quien usted se refiere…?

—Es usted —dijo el coronel sonriendo—. Yo no tengo especial empeño en ver al ladrón encarcelado: haga usted con él lo que guste. Pero de buena gana daría yo muchos tenedores de plata por saber cómo logró hacer esto, y cómo logró usted sacarle la prenda. Me está usted resultando más listo que el mismo demonio.

El Padre Brown supo saborear el candor algo saturnino del soldado.

—Bueno —le contestó sonriendo—. Yo no puedo decirle a usted todo lo que sé, por la confesión, sobre la persona y hechos de ese sujeto, pero no tengo razones para ocultarle lo que de él he descubierto por mi propia cuenta.

Y diciendo esto, saltó con agilidad sobre el mostrador, y sentóse junto al coronel Pound, moviendo sus piernecitas como un niño. Y comenzó su historia con tanta naturalidad como si contara cuentos a un viejo amigo junto a la hoguera de Navidad.

—Verá usted, coronel. Estaba yo encerrado en ese gabinetito, escribiendo, cuando oí unas pisadas por el corredor, tan misteriosas que parecían la danza de la muerte. Primero, unos pasitos rápidos y graciosos, como de hombre que anda de puntillas; después, unos pasos lentos, descuidados, crujientes, como de hombre que pasea fumando un cigarro. Pero ambos provenían de los

mismos pies, yo lo hubiera jurado, y se alternaban: primero la carrerita, y después el paseo, y otra vez la carrerita… Me llamó la atención, y, al fin, me llenó de inquietud el hecho de que un mismo hombre diera las dos especies de pasos. El paseo no me era desconocido: era el paseo de un hombre como usted, coronel, el paseo de un caballero bien nacido que está haciendo tiempo en espera de alguna cosa, y que anda de aquí para allá, más que por impaciencia, por exuberancia física. La carrerita tampoco me era desconocida, pero no podía yo precisar qué ideas evocaba en mi espíritu. ¿A quién, a qué extraña criatura había yo encontrado en mis andanzas que corriera así, de puntillas, de aquella manera extraordinaria? Después me pareció oír un ruido de platos, y la respuesta a mis interrogaciones me resultó tan clara como la de San Pedro[38]: aquél era el andar presuroso de un criado, el andar con el cuerpo echado hacia adelante y la mirada baja, de puntillas, la cola del frac y la servilleta flotando al aire. Medité un poco. Y creí descubrir y representarme el delito tan claramente como si yo mismo lo fuera a cometer.

El coronel Pound le miró con desconfianza, pero los mansos ojos grises del cura contemplaban el cielo raso con la mayor inocencia.

—Un delito —continuó lentamente— es como cualquier otra obra de arte[39]. No se extrañe usted de lo que digo: los crímenes y delitos no son las únicas obras de arte que salen de los talleres infernales. Pero toda obra de arte, divina o diabólica, tiene un elemento indispensable, que es la simplicidad esencial, aun cuando el procedimiento pueda ser complicado. Así, en *Hamlet*[40], por ejemplo, los elementos grotescos: el sepulturero, las flores de la doncella loca, la fantástica elegancia de Osric, la lividez del espectro, el cráneo verdoso, todo ello es como un remolino de extravagancias en torno a la sencilla figura de un hombre vestido de negro. Bien; pues aquí también —añadió dejándose resbalar suavemente del asiento y con una sonrisa—, aquí también se trata de la sencilla tragedia de un hombre vestido de negro. Sí —prosiguió ante el asombro del coronel—, sí; todo este enredo gira en torno a un frac negro. También aquí, como en *Hamlet*, hay tres excrecencias ridículas: que, en el caso, lo son usted y sus amigos. Hay un camarero muerto, que, a pesar de muerto, se presenta a servir la cena. Hay una mano invisible que limpia la argentería de la mesa y después se evapora. Pero todo delito inteligente está fundado en algún hecho simplísimo, en algún hecho no misterioso por sí mismo. Y la mixtificación ulterior no tiene más fin que encubrirlo, desviando de él los pensamientos de los hombres. Este delito sutil, generoso, y que en otras circunstancias hubiera resultado muy provechoso, estaba fundado en el hecho sencillísimo de que el frac de un caballero es igual

al frac de un camarero. Y todo lo demás fue ejecución y representación, aunque —eso sí—' de lo más fino.

—Alto —dijo el coronel, poniéndose en pie y contemplando, siempre con el ceño fruncido, sus relucientes botas—: no sé si he entendido bien.

—Coronel —dijo el Padre Brown—, le aseguro a usted que ese arcángel de impudor que le robó los cubiertos anduvo de aquí para allá por este corredor, y a plena luz, lo menos unas veinte veces y a la vista de todo el que quiso verle. No se ocultó en los rincones donde la sospecha pudo ir a buscarle, sino que anduvo paseando por los pasillos iluminados, y dondequiera que se le sorprendiera, parecía estar por su propio derecho. No me pregunte usted cómo era. Seis o siete veces le habrá usted visto, sin duda. Usted y sus amigos estaban en el salón vestíbulo que se encuentra entre este corredor y la terraza, ¿no es eso? Pues bien: cuando nuestro hombre se acercaba a ustedes, a los caballeros, iba con la ligereza de un criado, la cabeza baja, columpiando la servilleta y con pies presurosos. Entraba a la terraza, hacía algo sobre el mantel, y volvía otra vez hacia la oficina y a las regiones de la servidumbre. Y cuando caía bajo la mirada del empleado de la oficina y de los criados, ya era otro: se había transformado en todas y cada una de las pulgadas que su cuerpo mide, y hasta en sus ademanes y gestos instintivos. Y pasaba por entre los criados con la misma insolencia divagadora que los criados están acostumbrados a ver en los amos. Para la servidumbre no es cosa nueva el que los elegantes de los banquetes se pongan a pasear por toda la casa como un animal del jardín zoológico; nada es de mejor gusto y más distinción que el pasear donde a uno le da la gana. Cuando se sentía, pues, magníficamente aburrido de pasear por aquel lado, se volvía a la otra región, y cruzaba otra vez frente a la oficina. Y al rebasar la sombra de este arco, se metamorfoseaba como por toque de magia, y otra vez llegaba con su trotecito menudo adonde estaban los Pescadores, convertido en criado solícito. Naturalmente, los señores no reparaban en un criado. ¿Y qué podían sospechar los criados de aquel distinguido señor que paseaba de aquí para allá? Una o dos veces se dio el lujo de extremar su juego con la mayor serenidad: en los cuartos del propietario, por ejemplo, se asomó a pedir muy garbosamente un sifón de agua de soda, diciendo que tenía sed. Declaró, humorísticamente, que él mismo se lo llevaría, y así lo hizo en efecto: porque lo llevó al grupo de ustedes con la mayor corrección y rapidez convertido así en verdadero criado que cumple la orden de un huésped. Claro que esto no podía durar mucho, pero no era necesario que durara más allá del servicio de pescado.

»Su peor momento —agregó— fue cuando tuvo que alinearse junto a los demás criados al entrar los caballeros a la terraza. Pero aun entonces se las arregló para venir a quedar en el ángulo del muro, donde los criados pudieran figurarse que era uno de los caballeros, y los caballeros que era uno de los criados. Y lo demás se hizo sin la menor dificultad. Todo camarero que se encontró con él lejos de la mesa le tomó por un perezoso aristócrata. Y no tuvo más trabajo que acercarse a la mesa dos minutos antes de que acabaran de comer el pescado, transformarse en un activo camarero, y levantar los platos. Arrinconó los platos en cualquier aparador, se atiborró los bolsillos con los cubiertos, de modo que el traje le hacía unos bultos, y corrió como una liebre (yo le oí cuando se acercaba) en dirección hacia este vestuario. Aquí se transformó nuevamente en un plutócrata, en un plutócrata a quien acaban de llamar para algún asunto urgente. Y con dar su ficha al empleado del vestuario, pudo haberse escapado tan elegantemente como se había escurrido hasta aquí. Sólo que…, sólo que dio la picara casualidad de que, en ese instante, el empleado del vestuario fuera yo.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó el coronel con sobrexcitado interés—; ¿qué le dijo usted?

—Pido a usted mil perdones —dijo, imperturbable, el sacerdote—; pero en este punto acaba mi historia.

—Y es donde empieza la historia interesante —murmuró Pound—. Porque creo haber entendido los manejos profesionales de ese sujeto; pero los de usted, francamente, no los alcanzo.

—Tengo que marcharme —dijo el Padre Brown.

Y juntos se dirigieron, por el pasillo, al salón vestíbulo, donde se encontraron con la cara fresca y pecosa del duque de Chester, que ruidosamente venía hacia ellos.

—Venga usted acá, Pound —gritó jadeante—. Le he buscado a usted por todas partes. La cena se ha reanudado ya a toda prisa, y el viejo Audley ha dicho un discurso en honor de la recuperación de los cubiertos. Hay que inventar alguna nueva ceremonia para conmemorar el caso; ¿no le parece a usted? ¿Qué se le ocurre a usted?

—¡Cómo! —dijo el coronel, contemplándole con cierta sardónica aprobación—. Pues se me ocurre que, en adelante, nos presentemos siempre aquí de frac verde, en lugar del frac negro. Porque nunca sabe uno a lo que se expone por parecerse tanto a los camareros.

¡Calle usted! Un caballero no se parece nunca a un criado.

—Ni un criado a un caballero, ¿no es eso? —dijo el coronel Pound con una creciente ola de risa—. ¿Sabe su paternidad que su amigote ha de ser todo un elegante para haber podido pasar por caballero?

El Padre Brown se abrochó el humilde gabán hasta el cuello, porque la noche era tormentosa, y tomó su humilde paraguas.

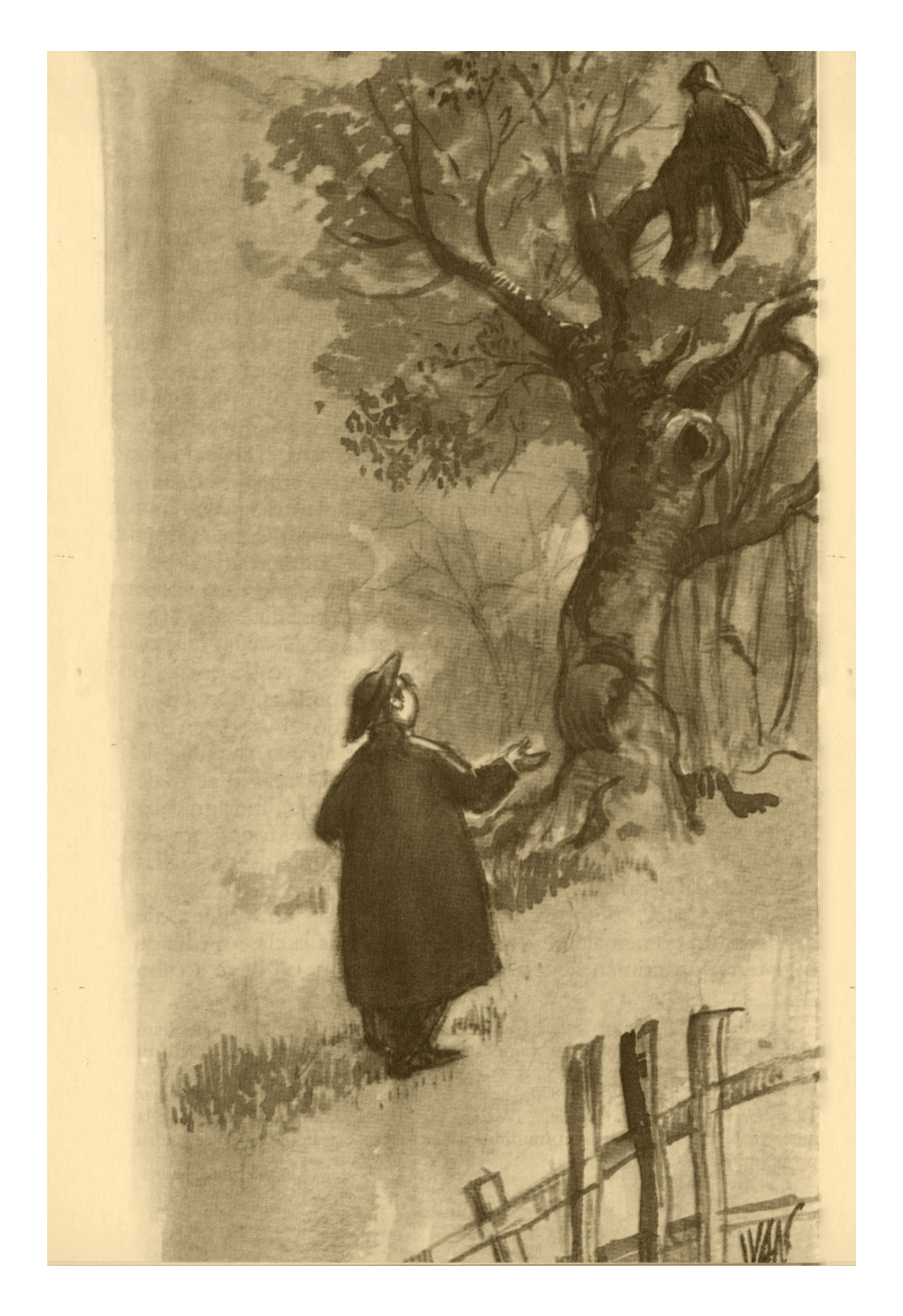
—Sí —dijo—. Representar de caballero ha de ser tarea muy ardua; pero, vea usted, yo he creído a veces que es igualmente difícil hacer de criado.

Y diciendo «Buenas noches», empujó las pesadas puertas del palacio de los placeres. Las puertas de oro se cerraron tras él, y él se echó a andar a toda prisa por esas calles húmedas y oscuras, en busca del ómnibus de a penique.

IV
Las Estrellas Errantes

—El más hermoso crimen que he conocido —dijo Flambeau un día, en la época de su edificante vejez— fue también, por singular coincidencia, mi último crimen. Era una Nochebuena. Como buen artista, yo siempre procuraba que los crímenes fueran apropiados a la estación del año o al escenario en que me encontraba, escogiendo esta terraza o aquel jardín para una catástrofe, como se pudieran escoger para un grupo estatuario. A los grandes señores, por ejemplo, había que estafarlos en vastos salones revestidos de roble; mientras que a los judíos convenía dejarlos sin blanca cuando menos se lo esperaran, entre las luces y biombos del café Riche. En Inglaterra, si quería yo despojar de sus riquezas a un deán (cosa no tan fácil como pudiera suponerse), trataba de colocarlo, para entender yo mismo el caso, en los verdes prados, junto a las torres grises de alguna catedral de provincia. Y cuando en Francia me proponía sacar dinero de algún pícaro labriego ricachón (cosa casi imposible), me agradaba la idea de ver destacarse su indigna cabeza contra el fondo gris de los álamos trasquilados, en esas solemnes llanuras de las Galias donde ronda el potente espíritu de Millet[41].

»Digo, pues, que mi último crimen fue un crimen de Navidad; un crimen alegre, cómodo, adecuado a la clase media de Inglaterra; un crimen género Charles Dickens[42].


IVAN

Lo llevé a cabo en una antigua y cómoda casa que hay junto a Putney[43], una casa también de clase media, frente a la cual se ve la curva de un paseo de coches, una casa con establo al lado, una casa con un nombre inscrito sobre las dos puertas de la reja exterior, una casa a cuya entrada se ve una araucaria. En fin: basta, ya conocen ustedes el género. Yo creo realmente que logré imitar con talento y literatura el estilo de Dickens. Casi es una lástima que esa misma noche se me ocurriera arrepentirme.

Y Flambeau se puso a contar la historia del crimen, visto «por dentro», y aun visto por dentro resultaba cosa extraordinaria. Que, por fuera, resultaba de todo punto incomprensible. Aunque es por fuera como debemos examinarlo los extraños. Desde este punto de vista, puede decirse que el drama comenzó en el instante en que las puertas de aquella casa, que daban al jardín donde estaba la araucaria, se abrieron para dejar salir a una joven que iba a echar migas a los pájaros en la tarde del día de aguinaldos. Era una muchacha de linda cara, con fieros ojos negros; pero del resto nada se podía averiguar, porque iba tan envuelta en pieles oscuras, que no era fácil distinguir sus pieles de sus cabellos. A no ser por la linda cara, se la hubiera tomado por un osito saltarín.

La tarde de invierno parecía enrojecerse al aproximarse a la noche, y ya sobre los macizos flotaba una luz de carmín en la que parecían vivir los espíritus de las rosas marchitas. A un lado de la casa se hallaba el establo; y al otro, una avenida de laureles, que conducía al vasto jardín del fondo. La muchacha, tras arrojar las migas a los pájaros (por cuarta o quinta vez sólo aquel día, porque el perro se adelantaba siempre a los pájaros), entró por la avenida de laureles y se dirigió a un sembrado de siemprevivas. Al llegar allí lanzó una exclamación de sorpresa, real o convencional; a horcajadas en el alto muro que circundaba el jardín había una fantástica figura.

—¡No, no salte usted, Mr. Crook! —dijo muy alarmada—. Está muy alto.

El hombre que cabalgaba en el muro como sobre un caballo gigantesco era alto, anguloso, de cabellos negros y erizados como cepillo, de aire inteligente y hasta distinguido, aunque algo desmedrado y cetrino, lo cual se notaba más porque llevaba una corbata de color rojo chillón, única prenda de que parecía cuidarse un poco. Tal vez aquella corbata era un símbolo. Sin preocuparse de los temores de la muchacha, saltó como un saltamontes y cayó junto a ella, a riesgo de romperse una pierna.

Yo creo que nací para ladrón —dijo sonriendo—. Y lo hubiera sido, a no haber nacido en la dichosa casa de al lado. Por lo demás, no creo que eso tenga nada de malo.

—¿Cómo puede usted decir eso? —le amonestó ella.

—Si usted —continuó el joven— hubiera nacido en el mal lado de esta pared, comprendería que está justificado saltar sobre ella.

Nunca entiendo lo que dice usted ni lo que hace.

—Ni yo tampoco muchas veces —replicó Mr. Crook—. Pero, por lo pronto, ya estoy del buen lado de la pared.

—Pues, ¿cuál es el buen lado de la pared? —preguntó la joven sonriendo.

—Dondequiera que usted se encuentre —dijo el llamado Crook.

Cuando, juntos, se encaminaban al jardín del frente por la avenida de laureles, se oyó sonar tres veces una bocina, cada vez más cerca, y un auto elegante, verde pálido, pasó a toda velocidad frente a ellos, como un gran pájaro, y se detuvo ante la puerta, jadeante.

—Vamos —dijo el joven de la corbata roja—. Ahí llega alguno de los que han nacido del buen lado del muro. Miss Adams: no sabía yo que el San Nicolás de su familia estaba tan a la moderna.

—Es mi padrino, sir Leopold Fischer. Todos los años viene la víspera de Nochebuena.

Y tras una pausa que inconscientemente revelaba una falta de convicción, Ruby Adams añadió:

—Es muy amable.

John Crook, que era periodista, había oído hablar de aquel magnate de la ciudad, y no era culpa suya si el magnate no había oído hablar de él, porque en algunos de sus artículos de *The Clarion* y *The New Age* había tratado duramente a sir Leopold. Pero no dijo nada, y se limitó a ver el largo proceso de descarga del automóvil. Un chófer atlético vestido de verde saltó del pescante, y de atrás saltó un lacayo pequeñín vestido de gris; entre ambos depositaron a sir Leopold en la escalinata y comenzaron a desenvolverlo cuidadosamente. Poco a poco, fueron quitándole de encima todo un bazar de mantas, toda una selva virgen de pieles y bufandas de todos los colores del arco iris, y al fin dejaron al descubierto un bulto vagamente humano: la figura de un anciano de aspecto amable, de aire extranjero, con una barbilla gris y una sonrisa plácida, que se frotaba las manos, metidas en unos guantes gordísimos.

Antes de que la figura humana acabara de revelarse, los dos batientes de la puerta del pórtico se abrieron de par en par, y el coronel Adams —padre de la joven de las pieles— salió a dar la bienvenida a su ilustre huésped. Era Adams un hombre alto, tostado por el sol, poco aficionado a hablar; llevaba un bonete rojo a la turca, y eso le daba aire de colonial inglés o bajá egipcio.

A su lado estaba su cuñado, recién venido del Canadá: joven hacendado, de humor bullanguero y cuerpo fornido, que tenía unas barbas amarillas y respondía al nombre de James Blount. Y también formaba parte de la compañía una figura algo insignificante: un sacerdote católico de la parroquia vecina. La difunta esposa del coronel había sido católica, y, como es costumbre, los hijos habían sido educados en la misma fe. Todo en aquel sacerdote era poco distinguido, hasta su vulgarísimo nombre: Brown. Pero el coronel le encontraba agradable, y solía invitarlo a sus reuniones familiares.

En el amplio vestíbulo había sitio bastante para que sir Leopold acabara de quitarse sus envolturas. En proporción con la casa, el pórtico y el vestíbulo eran enormes. Era éste un verdadero salón, que por el frente daba a la puerta de entrada, y por el fondo, a la escalera. Frente al gran fuego de la chimenea, sobre la cual pendía la espada del coronel, sir Leopold Fischer continuó desenvolviéndose, y toda la compañía, incluso el malhumorado Crook, fue presentada al ilustre visitante. El venerable financiero todavía seguía luchando con sus inacabables envolturas, y al fin sacó del bolsillo más escondido del chaqué una caja negra, ovalada, la cual, explicó radiante de orgullo, contenía el aguinaldo para su ahijada. Con inocente vanagloria que desarmaba a la crítica mostró la caja a todos; la tapa saltó al oprimir un resorte, y todos se sintieron deslumbrados como si hubiera brotado ante sus ojos una fuente de cristal. En un nido de terciopelo anaranjado, lucían, como tres huevos, tres claros y vividos diamantes que parecían encender el aire. Fischer triunfaba benévolamente, y bebía por todo su ser el asombro y éxtasis de la muchacha, la torva admiración y rudo agradecimiento del coronel, y el entusiasmo de todos.

—Y ahora me los vuelvo a guardar —dijo Fischer, volviendo el estuche a los faldones de su chaqué—. He tenido que traerlos con precauciones. Son nada menos que los tres famosos diamantes africanos llamados «Las Estrellas Errantes» por la frecuencia con que han sido robados. Cuantos ladrones de nota hay en el mundo andan en pos de ellos; cuantos vagabundos andan por las calles y los hoteles se sienten atraídos por ellos. Bien pudieron escapárseme en el camino. No tendría nada de extraño.

—Y añadiré que hasta sería muy natural —gruñó el de la corbata roja—. Tanto, que yo no censuraría al que los robase. Cuando la gente pide pan y no le dan ni una piedra[44] en cambio, hace bien en tomarse por sí misma las piedras.

—No me gusta oírle a usted hablar así —dijo la muchacha, que estaba muy excitada—. Sólo eso sabe usted hablar desde que se ha vuelto un odioso

yo no sé qué. Ya saben ustedes lo que quiero decir. ¿Cómo se llama eso? ¿Cómo llaman al que quisiera darle un beso al deshollinador?

—Un santo —dijo el Padre Brown.

—Creo —dijo sir Leopold con una sonrisa de importancia— que Ruby quiere decir «un socialista».

—Pero radical no quiere decir hombre que sólo se alimenta con raíces —observó Crook con cierta impaciencia—, así como conservador no significa hombre que conserva o preserva el jamón. Tampoco socialista, se lo aseguro a ustedes, significa hombre que desea pasarse una noche de tertulia con un deshollinador. Un socialista es un hombre que desea que todas las chimeneas sean deshollinadas, y todos los deshollinadores recompensados por su trabajo.

—Pero —completó el sacerdote en voz baja— que no le consiente a uno ser dueño siquiera de su propio hollín.

Crook le miró con respetuoso interés.

—¿Y qué necesidad tiene uno de poseer hollín? —preguntó.

—Alguna —contestó Brown, con aire pensativo—. He oído decir que los jardineros lo usan. Y yo una vez, por Navidad, habiendo faltado el prestidigitador que había de divertirlos, hice la felicidad de seis niños jugando a tiznarlos con hollín.

—¡Espléndido! ¡Espléndido! —exclamó Ruby—. ¿Por qué no lo hace usted para divertirnos a nosotros?

Mr. Blount, el ruidoso canadiense, alzó su estruendosa voz para aplaudir el proyecto, y también el asombrado financiero la suya, algo cascada, cuando alguien llamó a la puerta. El sacerdote fue a abrir, y los batientes plegados dejaron ver el jardín de siemprevivas, con su araucaria y demás encantos, destacándose como bultos negros sobre un opulento crepúsculo violeta. Aquel delicado fondo parecía una pintoresca decoración de teatro, y todos, por un momento, hicieron más caso del escenario que de la insignificante figura que en él apareció.

Era un hombre de aspecto descuidado, que llevaba un gabán raído: un mensajero, sin duda.

—¿Alguno de estos caballeros es Mr. Blount? —preguntó alargando una carta.

Mr. Blount se levantó y lanzó un grito de asentimiento. Rasgó el sobre y leyó el mensaje con evidente asombro; pareció turbarse un momento, después se tranquilizó y, dirigiéndose a su cuñado y huésped:

—Coronel —dijo con esa cortesía jovial propia de las colonias—, lamento tener que causar una molestia. ¿Le incomodaría a usted que se presentara por

aquí esta noche un conocido mío a tratar de negocios? Es el francés Florian, famoso acróbata y actor cómico. Le conocí hace años en el Oeste (es canadiense de nacimiento), y parece que tiene algún trato que proponerme, aunque no me imagino qué podrá ser.

—No faltaba más —replicó el coronel—. Cualquier amigo de usted tiene aquí entrada libre, querido mío. Estoy seguro de que nos resultará un compañero agradable.

—Quiere usted decir que se tiznará la cara para divertirnos, ¿verdad? —dijo Blount riendo—. No lo dudo, y también a los demás nos hará bromas. Yo, por mi parte, me divierto con esas cosas: no soy refinado. Me encantan las pantomimas a la antigua, en que un hombre se sienta sobre la copa de su sombrero.

—Pues que no se siente sobre el mío, ¿estamos? —dijo sir Leopold Fischer con dignidad.

—Bueno, bueno —dijo Crook alegremente—. Por eso no hay que reñir. Todavía hay burlas más pesadas que sentarse en la copa del sombrero.

Pero Fischer, a quien le disgustaba mucho el joven de la corbata roja, en razón de sus opiniones extremas y de su notoria intimidad con la linda ahijada, dijo con el tono más sarcástico y magistral del mundo:

—¿De modo que ha encontrado usted algo peor, más humillante, que sentarse uno en un sombrero de copa? ¿Y qué es ello, si puede saberse?

—¡Toma! Que el sombrero de copa se le siente a uno encima.

—Vamos, vamos —exclamó el hacendado canadiense con su benevolencia bárbara—. No echemos a perder la fiesta. Lo que yo digo es que hay que inventar alguna diversión para esta noche. Nada de tiznarse la cara con hollín ni sentarse en la copa del sombrero, si eso no les gusta a ustedes; pero alguna otra cosa por el estilo. ¿Por qué no una vieja pantomima inglesa, de esas en que aparecen el clown y Colombina y demás figuras[45]? Cuando salí de Inglaterra, a los doce años de edad, recuerdo haber visto una, y desde entonces me parece que la llevo adentro encendida como una hoguera. Regresé a la patria el año pasado, y me encuentro con que la costumbre se ha extinguido; con que ya no hay sino un montón de comedias fantásticas del género lacrimoso. No, señor: yo pido un diablo que atice el fogón y un policía hecho salchicha, y sólo me dan princesas moralizantes a la luz de la luna, pájaros azules y cosas así. El Barba Azul[46] está más en mi género, y nada me gusta tanto como verle transformado en Arlequín.

—Yo también estoy por ver a un policía hecho salchicha —dijo John Crook—. Es una definición del socialismo mucho mejor que la propuesta

antes. Pero será difícil encontrar los disfraces y montar la pieza.

—¡No! —exclamó Blount, casi con transporte—. Nada es más fácil que arreglar una arlequinada. Por dos razones: primera, porque todo lo que a uno se le antoja hacer sale bien, y segunda, porque todos los muebles y objetos son cosas domésticas: mesas, toalleros, cestos de ropa y cosas por el estilo.

—Cierto —asintió Crook, paseando por la estancia—. Pero, ¿de dónde sacar el uniforme de policía? Yo no he matado a ningún policía últimamente.

Blount reflexionó un poco, y luego, dándose con la mano en el muslo, gritó:

—¡Sí, podemos obtenerlo también! Aquí tengo las señas de Florian, y Florian conoce a todo *costumier*[47] de Londres. Voy a decirle por teléfono que traiga consigo un uniforme de policía.

Y se dirigió resuelto al teléfono.

—¡Qué gusto, padrino! —exclamó Ruby, casi bailando de alegría—. Yo haré de Colombina, y usted hará de Pantalón.

El millonario, muy rígido y con cierta solemnidad pagana, contestó:

—Hija mía, creo que debes buscar a otro para Pantalón.

—Si quieres, yo seré Pantalón —dijo el coronel Adams, quitándose el cigarro de la boca y decidiéndose a hablar por primera y última vez.

—¡Merecerá usted que le alcen una estatua! —gritó el canadiense, que volvía, radiante, del teléfono—. De suerte que todo está arreglado. Mr. Crook hará el clown: es periodista, y conocerá todos los chistes viejos. Yo seré Arlequín, para lo cual no hace falta más que tener largas piernas y saber saltar. Mi amigo Florian dice que traerá consigo el uniforme de policía y se mudará de traje en el camino. La representación puede hacerse en esta misma sala. El público se sentará en las gradas de la escalera, en varias filas. La puerta de entrada será el fondo del escenario, y, según esté cerrada o abierta, representará, ya un interior inglés, ya un jardín al claro de luna según deseemos. Todo como por obra de magia.

Y sacando del bolsillo un trozo de yeso, de esos con que se apuntan los tantos del billar, trazó una raya en mitad del suelo, entre la escalera y la puerta, para marcar el sitio de las candilejas.

Cómo se las arreglaron para preparar aquella mojiganga en tan poco tiempo, es inexplicable. Pero todos contribuyeron a ello, con esa mezcla de atrevimiento e industria que aparece siempre cuando hay juventud en casa; y aquella noche había juventud en casa, aunque no todos sabían precisar cuáles eran las dos caras, los dos corazones de donde irradiaba la juventud. Como siempre sucede, la invención, a pesar de la mansedumbre de las conveniencias

bourgeois[48] en que fue concebida, se fue poniendo cada vez más fantástica. Colombina estaba encantadora con una falda hueca que tenía un extraño parecido con la enorme pantalla que solía verse en la lámpara del salón. El clown y Arlequín se pusieron blancos con la harina que les dio el cocinero, y rojos con el rojo que les proporcionó alguna otra persona del servicio, la cual, como los verdaderos bienhechores cristianos, quiso permanecer anónima. A Arlequín, vestido con papel de plata de cajas de puros, costó trabajo impedirle que rompiera los viejos candelabros victorianos para adornarse con cristales resplandecientes. Y sin duda los hubiera roto, a no ser porque Ruby desenterró unas joyas falsas que había usado en un baile de máscaras para hacer de Reina de los Diamantes. Verdaderamente, su tío, James Blount, estaba en un estado de excitación increíble: parecía un muchacho. Hizo una cabeza de asno de papel y se la acomodó nada menos que al Padre Brown quien la aceptó pacientemente, y llevó su amabilidad hasta descubrir por su cuenta el medio de mover las orejas. Al propio sir Leopold Fischer en nada estuvo que le colgara en los faldones la cola del asno. Pero al caballero no le hizo mucha gracia.

—El tío está imposible —le había dicho Ruby a Crook al tiempo de acomodarle sobre los hombros, muy seriamente, un collar de salchichas—. ¿Qué le pasa?

—Nada: que es el Arlequín de tal Colombina —dijo Crook—. Yo sólo soy el pobre clown al que toca decir los chistes viejos.

—De veras yo hubiera querido que usted fuera el Arlequín —dijo ella, dejando colgar el collar de salchichas.

El Padre Brown, aunque estaba al tanto de todos los secretos de entre bastidores y hasta había merecido aplausos transformando una almohada en un bebé que parecía hablar, prefirió sentarse entre el público, demostrando la misma expectación solemne del niño que asiste por primera vez a un espectáculo. Los espectadores eran pocos: algunos parientes, uno o dos vecinos y los criados. Sir Leopold estaba en el asiento de honor al frente, tapando con su cuerpo, todavía envuelto en pieles, al curita, que estaba sentado detrás de él. Pero si el curita perdió mucho con eso, no lo han decidido nunca las autoridades artísticas. La representación fue de lo más caótica, aunque no por eso desdeñable. Por toda ella corrió una fecunda vena de improvisación, brotada sobre todo, del cerebro de Crook el «clown». Era siempre hombre muy ingenioso pero aquella noche parecía dotado de facultades omniscientes, con una locura más sabia que todas las sabidurías: esa que se apodera de un joven cuando cree descubrir por un instante una

expresión particular en un rostro particular. Aunque hacía de «clown», lo era todo o casi todo: era el autor (hasta donde había un autor en aquel caso), el apuntador, el pintor escenógrafo, el tramoyista, y, sobre todo, la orquesta. A intervalos inesperados, con disfraz y todo, corría hacia el piano y se soltaba tocando algún aire popular, tan absurdo como apropiado al caso.

Pero el instante supremo fue cuando se abrieron de par en par los batientes de la puerta del fondo, dejando ver el lindo jardín, bañado por la luz de la luna, y dejando ver, sobre todo, al famoso huésped profesional: al gran Florian vestido de policía. El «clown» se puso a tocar en el piano el coro de los alguaciles de *Los Piratas de Penzance*[49]; pero la música quedó ahogada bajo los ensordecedores aplausos, porque todos y cada uno de los ademanes del gran actor cómico eran una reproducción exacta y correcta de los modales corrientes de policía. Arlequín saltó sobre él y le dio un golpe en el casco. El pianista ejecutó entonces el aria *¿De dónde sacaste ese sombrero?*, y el guardia miró entonces alrededor con un asombro admirablemente fingido. Arlequín da otro salto, y vuelve a pegarle en el casco, mientras el pianista esbozaba unos compases de *Venga otro más*. Y entonces Arlequín se arroja entre los brazos del policía y le cae encima entre una salva de aplausos. Y fue aquí donde el actor extranjero hizo la célebre imitación del hombre muerto de que todavía cuenta la fama de los alrededores de Putney. Imposible creer que una persona viva pudiera afectar tal flaccidez.

El atlético Arlequín parecía volverle del revés como a un saco, o esgrimirle como a una cachiporra india, y todo esto al compás de los enloquecedores y caprichosos acordes del piano. Cuando Arlequín levantó del suelo, con esfuerzo, al cómico policía, el «clown» tocó el aire *Me despierto de soñar contigo*. Cuando se le echó a la espalda, el aire *Con mi fardo a la espalda*, y cuando después Arlequín le dejó caer con un estruendo convincente, el lunático del piano atacó una tonada de retintines, cuya letra era, según parece, *Una carta le escribí a mi amor y de camino la dejé caer*.

Al llegar a este límite de la anarquía mental, la vista del Padre Brown quedó oscurecida del todo: el magnate que estaba frente a él se había puesto de pie, y hurgaba con desesperación sus muchos y recónditos bolsillos. Sentóse después con aire inquieto y, siempre hurgándose, volvió a levantarse. Por un instante pareció de veras que iba a salvar la línea de las candilejas; después volvióse a mirar con ojos de fuego al «clown», que seguía manoteando incansable en el piano; y, al fin, sin decir palabra, salió de la habitación.

El cura pudo contemplar un rato a sus anchas la danza absurda, pero no inelegante, del Arlequín «amateur» sobre el cuerpo espléndidamente inconsciente de su enemigo vencido. Con un arte rudo y sincero, Arlequín danzaba ahora retrocediendo hacia la puerta que daba al jardín, lleno de silencio y de luna. El grotesco traje de plata y lentejuelas —demasiado resplandeciente a la luz de las candilejas— se veía más plateado y mágico a medida que el danzante se alejaba bajo los fulgores de la luna. Y el auditorio estalló en cataratas de aplausos. En este momento, el Padre Brown sintió un toquecito en el brazo, y oyó una voz que le invitaba, cuchicheando, a pasar al estudio del coronel.

Y siguió, muy intrigado, al que le llamaba, y la escena con que se encontró en el estudio, llena de solemne ridiculez, no hizo más que aumentar su curiosidad. Allí estaba el coronel Adams, todavía disfrazado de Pantalón, llevando en la cabeza la barba de ballena con la bolita en la punta que se balanceaba sobre sus cejas, pero con una expresión tal en sus tristes ojos de viejo, que hubiera enfriado hasta los entusiasmos de una fiesta saturnal. Sir Leopold Fischer, apoyado en el muro de la chimenea, jadeaba casi con toda la importancia del pánico.

—Se trata de algo muy penoso, Padre Brown —dijo Adams—. El caso es que esos diamantes que todos hemos admirado esta misma tarde han desaparecido de los faldones del chaqué de mi amigo. Y como da la casualidad de que usted…

—De que yo —completó el Padre Brown con una mueca expresiva— estaba sentado justamente detrás de él…

—Nadie se ha atrevido a hacer la menor suposición —dijo el coronel Adams, dirigiendo una mirada firme a Fischer, que más bien denunciaba que sí se había atrevido alguien a hacer suposiciones—. Yo sólo le pido a usted que me proporcione el auxilio que, en este caso, es de esperar de un caballero.

—Y que consiste, ante todo, en volverse del revés los bolsillos —dijo el Padre Brown.

Y procedió a hacerlo. En los bolsillos se encontraron siete peniques y un medio chelín, el billete de regreso, un pequeño crucifijo de plata, un pequeño breviario y una barrita de chocolate.

El coronel le miró atentamente, y después dijo:

—¿Sabe usted? Más que el contenido de sus bolsillos quisiera yo ver el contenido de su cabeza. Mi hija, lo sé, le interesa a usted como persona de su propia familia. Pues bien: mi hija, de un tiempo a esta parte, ha…

Y se detuvo. Pero el viejo Fischer continuó, rabioso:

—De un tiempo a esta parte ha abierto las puertas de la casa paterna a un socialista asesino, que declara cínicamente que no tendría empacho en robarle cualquier cosa a un rico. Y aquí está todo el asunto: aquí tiene usted al hombre rico… que ya no lo es tanto.

—Si quiere usted ver el interior de mi cabeza, no hay inconveniente —dijo Brown como con aburrimiento—. Ya verá usted si vale la pena. Yo, lo único que encuentro en ese bolsillo viejo de mi ser es esto: que los que roban diamantes no hablan nunca de socialismo, sino que más bien —añadió modestamente—, más bien denuncian al socialismo.

Sus dos interlocutores desviaron los ojos, y el sacerdote continuó:

—Vean ustedes: nosotros conocemos a esa gente más o menos bien. Este socialista es incapaz de robar un diamante, como es incapaz de robar una pirámide. Debemos, ante todo, pensar en el desconocido, en el que hizo de policía: en ese Florian. Y, a propósito, me pregunto dónde se habrá metido a estas horas.

El Pantalón se levantó entonces de un salto, y salió del estudio. Y hubo un paréntesis mudo, durante el cual el millonario se quedó mirando al sacerdote, y éste mirando su breviario. Después el Pantalón reapareció, y dijo con un *staccato*[50] lleno de gravedad:

—El policía yace todavía sobre el suelo: el telón se ha levantado seis veces, y él sigue todavía tendido.

El Padre Brown soltó su breviario y dejó ver una expresión como de mina mental completa. Poco a poco comenzó a brillar una luz en el fondo de sus ojos grises, y después dejó salir esta pregunta difícilmente oportuna:

—Perdone, coronel, ¿cuánto tiempo hace que murió su esposa?

—¡Mi esposa! —replicó el militar asombrado—. Murió hace un año y dos meses. Su hermano James, que venía a verla, llegó una semana más tarde.

El curita saltó como un conejo herido.

—¡Vengan ustedes! Hay que observar a ese policía.

Y entraron precipitadamente al escenario, cubierto ahora por el telón, y rompiendo bruscamente por entre Colombina y el «clown» —que a la sazón cuchicheaban muy alegres—, el Padre Brown se inclinó sobre el cuerpo derribado del policía.

—Cloroformo —dijo incorporándose—. Apenas ahora me he dado cuenta.

Hubo un silencio, y al fin, el coronel, con mucha lentitud, le dijo:

—Haga usted el favor de explicarnos lo que significa todo esto.

El Padre Brown soltó la risa; después se contuvo, y al hablar tuvo que esforzarse un poco para no reír otra vez.

—Señores —dijo—, no hay tiempo de hablar mucho. Tengo que correr en persecución del ladrón. Pero conste que este gran actor francés que tan admirablemente representó el policía, este inteligentísimo sujeto a quien nuestro Arlequín bamboleó y estrujó y arrojó al suelo, era…

Pero le faltó la voz, y se volvió como para echar a correr.

—¿Era…? —preguntó Fischer.

—Un verdadero policía —concluyó el Padre Brown, y echó a correr entre la oscuridad de la noche.

En el extremo de aquel exuberante jardín hay huecos y emparrados; los laureles y otros arbustos inmortales se destacan sobre el cielo de zafiro y la luna de plata, luciendo, aun en mitad de invierno, los cálidos colores del Sur. La verde alegría de los laureles cabeceantes, el rico tono morado e índigo de la noche, el cristal monstruoso de la luna, forman un cuadro «irresponsablemente» romántico. Y por entre las ramas más altas de los árboles se ve una extraña figura que no parece ya tan romántica cuanto imposible. Brilla de pies a cabeza, como si estuviera vestida con un millón de lunas. La luna real la ilumina a cada movimiento, haciendo centellear una nueva parte de su cuerpo. Y el bulto se columpia, relampagueante y triunfal, saltando del árbol más pequeño que está en este jardín al árbol más alto que sobresale en el vecino jardín; y sólo se detiene en sus saltos porque una sombra se ha deslizado hasta debajo del árbol menor y se ha dirigido a él inequívocamente:

—¡Eh, Flambeau! —dice la voz—. Que parece usted realmente una estrella errante. Lo cual, en definitiva, quiere decir una estrella que cae.

La relampagueante y argentada figura parece inclinarse, desde la copa del laurel, para escuchar a la pequeña figura de abajo, con la seguridad de poder escapar en todo caso.

—Flambeau: nunca ha hecho usted cosa más acabada. Ya hace falta ingenio para venir del Canadá (supongo que con un billete de París) justamente una semana después de la muerte de Mrs. Adams, es decir, cuando nadie estaba en ánimo de preguntarle a usted nada. Todavía es más inteligente el haber dado con la pista de las Estrellas Errantes y fijar el día de la visita de Fischer. Pero lo demás ya es más que talento: es verdadero genio. Supongo que el mero hecho de sustraer las piedras fue para usted una bagatela. Lo pudo usted hacer con mil distintos juegos de manos, sin contar con ese

subterfugio de empeñarse en prenderle a Fischer en el chaqué una cola de papel. Pero en lo demás, realmente se eclipsó usted a sí mismo.

La plateada figura que estaba entre las hojas verdes parece hipnotizada, y aunque el camino de la fuga está franco a sus pies, no se mueve: no hace más que contemplar con asombro al hombre que le habla desde abajo.

—¡Ah, naturalmente! —dice éste—. Ya estoy al cabo de todo. Sé que no sólo nos obligó usted a representar la pantomima, sino que la hizo servir para un doble uso. Usted no se proponía más que robar tranquilamente las piedras, pero un cómplice le envió a usted a decir que ya estaba usted descubierto, y que aquella misma noche un oficial de policía le iba a echar a usted la mano. Un ratero común se habría conformado con agradecer el soplo y ponerse a salvo; pero usted es todo un poeta. Ya a usted se le había ocurrido la sutil idea de esconder las joyas verdaderas entre el resplandor de las joyas falsas del teatro. Y ahora se le ocurrió a usted la idea, no menos sutil, de que si el disfraz adoptado era el de Arlequín, la aparición de un policía no tendría nada de extraordinario. El digno agente salía de la estación de policía de Putney para atraparle a usted, y cayó redondo en la trampa más ingeniosa que ha visto el mundo. Al abrirse ante él la puerta, se encontró sobre el escenario de una pantomima de Navidad, adonde fue posible que el danzante Arlequín le golpeara, le sacudiera, le aturdiera y le narcotizara, entre los alaridos de risa de la gente más respetable de Putney. ¡Oh, no! No será usted capaz de hacer nunca otra cosa mejor. Y ahora, de paso, conviene que me devuelva usted esos famosos diamantes.

La verde rama en que la figura centelleante estaba colgada se balanceó, acusando un movimiento de sorpresa. Pero la voz continuó, abajo:

—Quiero que me los devuelva usted, Flambeau, y quiero que abandone usted esta vida. Todavía tiene usted bastante juventud, buen humor y posibilidades de vida honrada. No crea usted que semejantes riquezas le han de durar mucho si continúa usted así. Los hombres han podido establecer una especie de nivel para el bien. Pero, ¿quién ha sido capaz de establecer el nivel del mal? Ese es un camino que baja y baja incesantemente. El hombre bondadoso que se embriaga se vuelve cruel; el hombre sincero que mata miente después de ocultarlo. Muchos hombres he conocido yo que comenzaron, como usted, por ser unos picarillos alegres, unos honestos ladronzuelos de gente rica, y acabaron hundidos en el cieno. Maurice Blum comenzó siendo un anarquista de principios, un padre de los pobres, y acabó siendo un sucio espía, un soplón de todos, que unos y otros empleaban y desdeñaban. Henry Bure comenzó su campaña por la libertad del dinero con

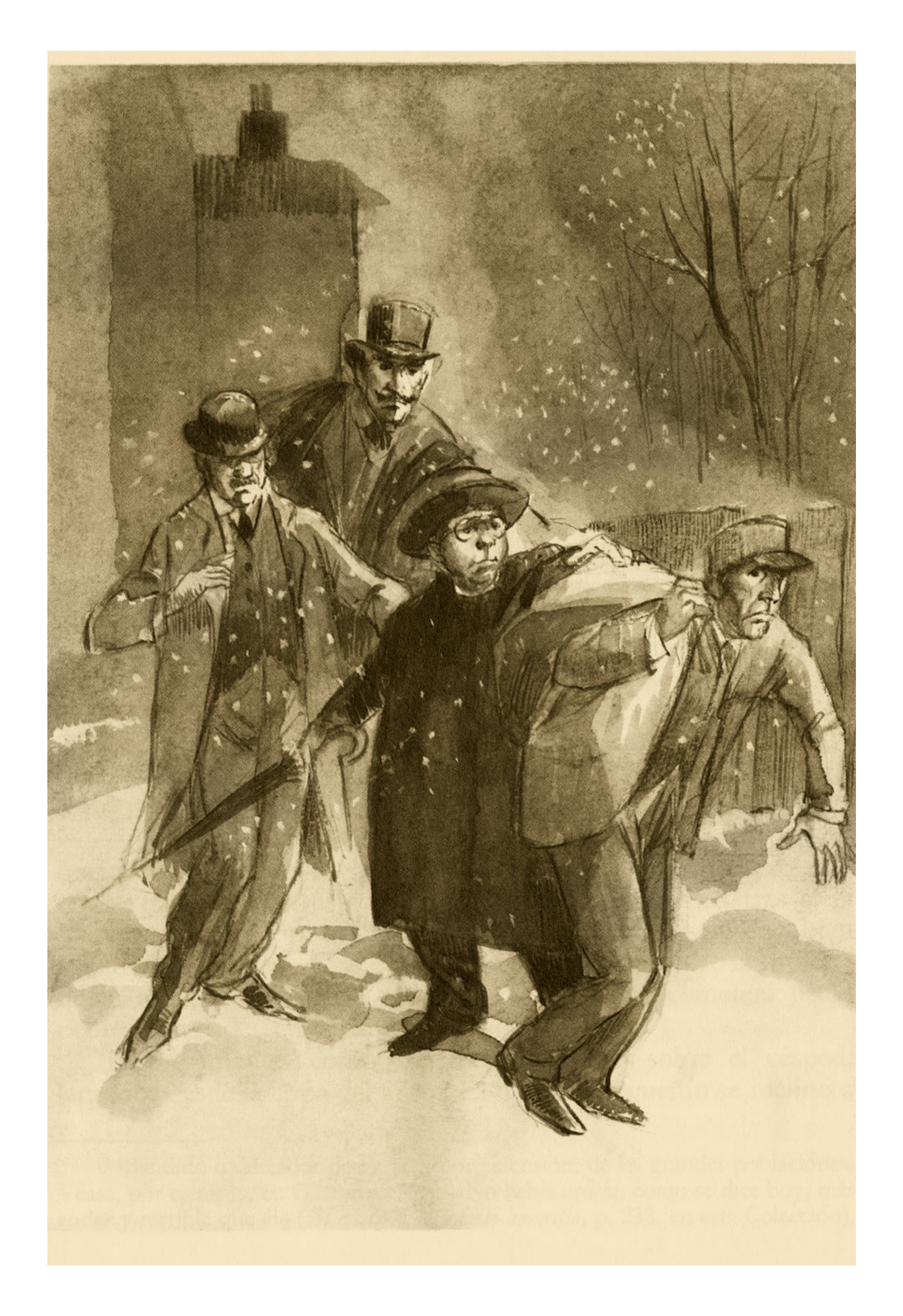
bastante sinceridad, y ahora vive estafando a una hermana medio arruinada para poder dedicarse incesantemente al «brandy and soda». Lord Amber entró en la sociedad ilegal con un rapto caballeresco, y a estas horas se dedica a hacer chantajes por cuenta de los más miserables buitres de Londres. El capitán Barillon era, antes del advenimiento de usted, el caballero apache[51] más brillante, y paró en un manicomio, aullando lleno de pavor contra los delatores y encubridores que le habían traicionado y perdido. Ya sé, Flambeau, que ante usted se abre muy libre el campo, ya sé que se puede usted meter por él como un mono. Pero un día se encontrará usted con que es un viejo mono gris, Flambeau. Y entonces, en su libre campo, se encontrará usted con el corazón frío y sintiendo próxima la muerte, y entonces las copas de los árboles estarán muy desnudas…

Todo permaneció inmóvil, como si el hombrecillo de abajo hubiera cogido al del árbol con un lazo invisible. Y la voz continuó:

—Ya ha comenzado también usted a decaer. Usted acostumbraba a jactarse de que nunca cometía una ruindad; pero esta noche ha incurrido usted en una ruindad: deja usted tras sí la sospecha contra un honrado muchacho que ya se tiene bien ganada la enemiga de los poderosos; usted le separa de la mujer a quien ama y de quien es amado. Pero todavía cometerá usted peores ruindades en adelante.

Tres diamantes como tres rayos cayeron sobre el césped, lanzados desde la copa del árbol. El hombre pequeñín se inclinó a recogerlos, y cuando volvió a alzar los ojos hacia la verde jaula del árbol, vio que ya el pájaro de plata la había abandonado.

La recuperación de las joyas —y le tocó realizarla al Padre Brown, de casualidad, como siempre— fue la causa de que aquella noche acabara en jubiloso triunfo. Sir Leopold, en un rapto de buen humor, hasta se atrevió a decirle al cura que aunque él, en lo personal, tenía miras mucho más amplias, no era incapaz de respetar a aquellos que, en razón de su credo, estaban obligados a vivir como enclaustrados e ignorantes de las cosas del mundo.



V
El Hombre Invisible

En la fresca penumbra azul, una confitería de Camden Town, en la esquina de dos empinadas calles, brillaba como brilla la punta del cigarro encendido. Como la punta de un castillo de fuegos artificiales mejor dicho, porque la iluminación era de muchos colores y de cierta complejidad, quebrada por variedad de espejos y reflejada en multitud de pastelillos y confituras doradas y de vivos tonos. Los chicos de la calle pegaban la nariz al escaparate de fuego, donde había unos bombones de chocolate envueltos en ese papel metálico, rojo, oro, verde, casi más apetitoso que el chocolate. Y la gigantesca tarta de boda que aparecía en el centro era blanca, remota, edificante, como un polo Norte digno de ser engullido. Era natural que este arco iris de tentaciones atrajera a toda la gente menuda de la vecindad que andaba entre los diez y los doce años. Pero aquel ángulo de la calle ejercía también una atracción especial sobre gente algo más crecida; en efecto: un joven, de hasta veinticuatro años al parecer, estaba también extasiado ante el escaparate. También para él la confitería ejercía un singular encanto; pero encanto que no provenía precisamente del chocolate, aunque nuestro joven estaba lejos de mirar con indiferencia esta golosina.

Era un hombre alto, corpulento, de cabellos rojizos, de cara audaz y de modales un tanto descuidados. Llevaba bajo el brazo una abultada cartera gris, y en ella dibujos en blanco y negro, que venía vendiendo con éxito vario a los editores desde el día en que su señor tío —un almirante— le había desheredado por razón de sus ideas socialistas, tras una conferencia pública que dio el joven contra las teorías económicas recibidas. Llamábase John Turnbull Angus.

Se decidió a entrar, atravesó la confitería y se dirigió al cuarto interior —especie de fonda y pastelería— y al pasar saludó, descubriéndose un poco, a la damita que atendía al público. Era ésta una muchacha elegante, vivaz, vestida de negro, morena, de lindos colores y de ojos negros. Tras el intervalo habitual, la muchacha siguió al joven al cuarto interior para ver qué deseaba.

El deseaba algo muy común y corriente:

—Deme, por favor —dijo con precisión—, un bollo de medio penique y una tacita de café solo.

Y antes de que la muchacha se volviera a otra parte añadió:

—Y también quiero que se case usted conmigo.

La damita contestó, muy altiva:

—Ese es un género de burlas que no consiento.

El rubio joven levantó con inesperada gravedad sus ojos grises, y dijo:

—Real y verdaderamente: es en serio, tan en serio como el bollo de a medio penique. Y tan costoso como el bollo: se paga por ello. Y tan indigesto como el bollo: hace daño.

La joven morena, que no había apartado de él los ojos, parecía estarle estudiando con trágica minuciosidad. Al acabar su examen, había en su rostro una como sombra de sonrisa; se sentó en una silla.

—¿No cree usted —observó Angus con aire distraído— que es una crueldad comerse estos bollos de a medio penique? ¡Todavía pueden llegar a bollos de a penique! Yo abandonaré esos brutales deportes en cuanto nos casemos.

La damita morena se levantó y se dirigió a la ventana con evidentes señales de preocupación, pero no disgustada. Cuando al fin volvió la cara con aire resuelto, se quedó desconcertada al ver que el joven estaba poniendo sobre su mesa multitud de objetos y golosinas que había en el escaparate: toda una pirámide de bombones de todos los colores, varios platos de bocadillos y los dos frascos de ese misterioso oporto y ese misterioso jerez que sólo se sirven en las pastelerías. Y en medio de todo ello había colocado el enorme bulto de aquella tarta empolvada de azúcar, que era el principal ornamento del escaparate.

—Pero, ¿qué hace usted?

—Mi deber, querida Laura —comenzó él.

—¡Oh, por Dios! Pare, pare: no me hable usted así. ¿Qué significa todo esto?

—Un banquete ceremonial, miss Hope.

—¿Y *eso*? —dijo ella, impaciente, señalando la montaña de azúcar.

—Eso es la tarta de bodas, señora Angus —contestó el joven.

La muchacha le arrebató la tarta y la volvió a su sitio de honor; después volvió adonde estaba el joven y, poniendo sobre la mesita sus elegantes codos, se quedó mirándolo cara a cara, aunque no con aire desfavorable, sí con evidente inquietud.

—Y ¿no me da usted tiempo de pensarlo? —preguntó.

—No soy tan tonto —contestó él—. ¡Tanta es mi humildad cristiana!

Ella seguía contemplándole; pero ahora, tras la máscara de su sonrisa, había una creciente gravedad.

—Mr. Angus —dijo con firmeza—; basta de niñerías: no pase un minuto más sin que usted me oiga. Tengo que decirle algo de mí misma, aunque sea en pocas palabras.

—¡Encantado! —replicó Angus gravemente—. Y ya que está usted en ello, también debería usted decirme algo sobre mí mismo.

—Ea, calle usted un poco y escuche. No es nada de que tenga que avergonzarme ni entristecerme siquiera. Pero, ¿qué diría usted si supiera que es algo que sin ser cosa mía, es mi pesadilla constante?

—En tal caso —dijo seriamente el joven—, le aconsejo a usted que traiga otra vez la tarta de boda.

—Bueno, ante todo, escuche usted mi historia —insistió Laura—. Y, para empezar, le diré que mi padre era propietario de la posada «El Pez Rojo», en Ludbury, y era yo quien servía en el bar a la parroquia.

—Ya decía yo —interrumpió él— que había no sé qué aire cristiano en esta confitería.

—Ludbury es un triste y soñoliento agujero de los condados del Este, y la única gente que aparecía por «El Pez Rojo» era, amén de alguno que otro viajante, de lo más abominable que usted haya visto, aunque usted no ha visto eso jamás. Quiero decir que eran unos haraganes, bastante acomodados para no tener que ganarse la vida, y sin más quehacer que pasarse el día en las tabernas y en apuestas de caballos, mal vestidos, aunque harto bien para lo que eran. Pero aun estos jóvenes pervertidos aparecían poco por casa, salvo un par de ellos que eran habituales, en todos los sentidos de la palabra. Vivían de su dinero y eran ociosos hasta decir basta, y excesivos en el vestir. Con todo, me inspiraban alguna lástima, porque se me figuraba que sólo frecuentaban nuestro desierto establecimiento a causa de cierta deformidad que cada uno de ellos padecía; esas leves deformidades que hacen reír precisamente a los burlones. Más que verdadera deformidad se trataba de una rareza. Uno de ellos era de muy baja estatura, casi enano, o por lo menos parecía *jockey*, aunque no en la cara y lo demás; tenía una cabezota negra y una barba negra muy cuidada, ojos brillantes, de pájaro; siempre andaba haciendo sonar las monedas en el bolsillo; usaba una gran cadena de oro, y siempre se presentaba tan ataviado a lo *gentleman*, que a las claras se veía que no lo era. Aunque ocioso, no era un tonto; hasta tenía un talento singular para todas las cosas inútiles; improvisaba juegos de manos, hacía arder quince cerillas a un tiempo como un castillo de artificio, cortaba un plátano o una

cosa así en forma de bailarina… Se llamaba Isidore Smythe. Todavía me parece verle con su carita trigueña acercarse al mostrador y formar con cinco cigarrillos la figura de un gracioso canguro.

»El otro era más callado y menos notable, pero me alarmaba más que el pequeño Smythe. Era muy alto y ligero, de cabellos claros, nariz muy aguileña, y tenía cierta belleza, aunque una belleza espectral, y un bizqueo de lo más espantoso que pueda darse. Cuando miraba de frente, no sabía uno dónde estaba uno mismo o qué era lo que él miraba. Yo creo que este defecto le amargaba un poco la vida al pobre hombre; porque, en tanto que Smythe siempre andaba luciendo sus habilidades de mono, James Welkin (que así se llamaba el bizco) nunca hacía más que empinar el codo en el bar y pasear a grandes trancos por los cenicientos llanos del contorno. Pero creo que también a Smythe le dolía el sentirse tan pequeñín, aunque lo llevaba con mayor gracia. Así que me quedé verdaderamente perpleja y del todo desconcertada y tristísima cuando ambos, en la misma semana, me propusieron casarse conmigo.

»El caso es que cometí tal vez alguna torpeza; al menos, eso me ha parecido a veces. Después de todo, aquellos monstruos eran mis amigos, y yo no quería por nada del mundo que se figuraran que los rehusaba por la verdadera razón del caso: su imposible fealdad. De modo que inventé un pretexto, y dije que me había prometido no casarme sino con un hombre que se hubiera abierto por sí mismo su camino en la vida, que para mí era cuestión de principios el no desposarme con hombre cuyo dinero procediera, como el de ellos, del beneficio de la herencia. Y a los dos días de haber expuesto yo mis bien intencionadas razones comenzó el conflicto. Lo primero que supe fue que ambos se habían ido a buscar fortuna, como en el más cándido cuento de hadas.

»Desde entonces no he vuelto a ver a ninguno de ellos. Pero he recibido dos cartas del hombrecillo llamado Smythe, y realmente son inquietantes.

—Y del otro, ¿no ha sabido usted más? —preguntó Angus.

—No; nunca me ha escrito —dijo la muchacha después de dudar un instante—. La primera carta de Smythe decía simplemente que había salido en compañía de Welkin con rumbo a Londres; pero, como Welkin es tan buen andarín, el hombrecillo se quedó atrás y tuvo que detenerse a descansar al lado del camino. Le recogió una compañía de saltimbanquis que casualmente pasaba por allí: y en parte porque el pobre hombre era casi un enano, y en parte por sus muchas habilidades, se arregló con ellos para trabajar en la próxima feria, y le destinaron para hacer no sé qué suertes en el Acuario. Esto

decía en su primera carta. En la segunda había ya más motivo de alarma. Esta segunda carta la recibí hace apenas una semana.

El llamado Angus apuró su taza de café y dirigió a su amiga una mirada cariñosa y paciente. Ella, al continuar torció un poco la boca, como esbozando una sonrisa:

—Supongo que en los anuncios habrá usted leído lo del «Servicio Silencioso de Smythe», o será usted la única persona que no lo haya leído. Por mi parte, no estoy enterada; sólo sé que se trata de la invención de algún mecanismo de relojería para hacer mecánicamente todo el trabajo de la casa. Ya conoce usted el estilo de esos anuncios: «Oprime usted un botón, y ya tiene a sus órdenes un mayordomo que nunca se emborracha.» «Da usted vuelta a una manivela, y eso equivale a una docena de criadas que nunca pierden el tiempo en coqueteos», etc. Ya habrá usted visto los anuncios. Bueno: las dichosas máquinas, sean lo que fueren, están produciendo montones de dinero, y lo están produciendo para los purísimos bolsillos del mismísimo duende con quien trabé conocimiento en Ludbury. No puedo menos de celebrar que el triste sujeto tenga éxito; pero el caso es que me aterra la idea de que, en cualquier momento, puede presentárseme aquí y decirme que ya ha logrado abrirse camino, como es la verdad.

—¿Y el otro? —preguntó Angus con cierta obstinada inquietud.

Laura Hope se puso en pie de un salto.

—Amigo mío —dijo—, usted es un brujo. Sí, tiene usted razón. Del otro no he llegado a recibir una sola línea. Y no tengo la menor idea de lo que será de él, o adonde habrá ido a parar. Pero es de él de quien tengo más miedo; es él quien se atraviesa en mi camino; él quien me ha vuelto medio loca. No; lo cierto es que ya me tiene loca del todo; porque figúrese usted que me parece encontrarle donde estoy segura de que no puede estar, y creo oírle hablar donde es de todo punto imposible que él esté hablando.

—Bueno, querida amiga —dijo alegremente el joven—; aun cuando sea el mismo Satanás, desde el momento en que usted le ha contado a alguien el caso, su poder se disipa. Lo que más enloquece, criatura, es estarse devanando a solas. Pero, dígame: ¿dónde y cuándo le ha parecido a usted ver u oír a su famoso bizco?

—Sepa usted que he oído reírse a James Welkin tan claramente como le oigo hablar a usted —dijo la muchacha con firmeza—. ¡Y no había un alma! Porque yo estaba allí, afuera, en la esquina, y podía ver a la vez las dos calles. Además, y aunque su risa era tan extraña como su bizqueo, ya se me había olvidado su risa. Y hacía como un año que ni siquiera pensaba en él. Y lo

curioso es que la primera carta de su rival (verdad absoluta) me llegó un instante después.

—Y ¿alguna vez ha hablado el espectro, o chillado o hecho alguna cosa? —preguntó Angus con interés.

Laura se estremeció, y después dijo tranquilamente:

—Sí. Precisamente cuando acabé de leer la segunda carta de Isidore Smythe, en que me anunciaba su éxito, en el mismo instante oí a Welkin decir: «Con todo, no será él quien se la gane a usted.» Tan claro como si hubiera hablado aquí dentro de la habitación. Es horrible: debo de estar loca.

—Si estuviera usted loca realmente —contestó el joven—, creería usted estar cuerda. Pero, en todo caso, la historia de este caballero invisible me resulta un tanto extravagante. Dos cabezas valen más que una (y ahorrémonos alusiones a los demás órganos), y así, si usted me permite que, en categoría de hombre robusto y práctico vuelva a traer la tarta de boda que está en el escaparate…

Pero al decir esto se oyó en la calle un rechinido metálico, y un motorcito, que traía una velocidad diabólica, llegó disparado hasta la puerta de la pastelería y paró. Casi al mismo tiempo, un hombrecito con un deslumbrante sombrero de copa saltó del motor y entró con ruidosa impaciencia.

Angus, que hasta aquí había conservado una fácil hilaridad por razón de higiene interior, desahogó la inquietud de su alma saliendo a grandes pasos hacia la otra sala al encuentro del recién llegado. La sospecha del enamorado joven quedó confirmada a primera vista. Aquel sujeto elegante, pero diminuto, con la barbilla negra, insolentemente erguido, los ojos vivaces y penetrantes, los dedos finos y nerviosos, no podía ser otro que el hombre a quien acababan de describirle: Isidore Smythe, en suma; el hombre que hacía muñecos con cáscara de plátano y cajas de fósforos; Isidore Smythe, el hombre que hacía millones con mayordomos metálicos que no se embriagan y criadas metálicas que no coquetean. Por un instante, los dos hombres, comprendiendo instintivamente el aire de posesión con que cada uno de ellos prentendía tener derecho a estar en aquel sitio, permanecieron contemplándose con esa generosidad fría y extraña que es la esencia de la rivalidad.

Pero Mr. Smythe, sin hacer la menor alusión a los motivos de antagonismo que podía haber entre ambos, dijo sencillamente, en una explosión:

—¿Ha visto miss Hope lo que hay en el escaparate?

—¿En el escaparate? —preguntó Angus asombrado.

—No hay tiempo de entrar en explicaciones —dijo con presteza el pequeño millonario—. Aquí sucede algo extraño, y hay que proceder a averiguarlo.

Señaló con su pulida caña el escaparate recientemente saqueado por los preparativos nupciales de Mr. Angus, y éste pudo ver con asombro una larga tira de papel de sellos postales pegada en la vidriera, que con toda certeza no estaba allí cuando él estuvo asomado al escaparate minutos antes. Siguiendo al enérgico Smythe a la calle, vio que una tira de papel engomado, como de un metro, había sido cuidadosamente pegada a la vidriera, y que en el papel se leía, con caracteres irregulares: «Si usted se casa con Smythe, Smythe morirá.»

—Laura —dijo Angus, asomando al interior de la tienda su carota roja—. No está usted loca, no.

—Es la letra de ese tal Welkin —dijo Smythe con aspereza—. Hace años que no lo veo, pero no por eso ha dejado de molestarme. En sólo estos quince días, cinco veces me ha estado echando cartas amenazadoras, sin que sepa yo quién las trae, como no sea Welkin en persona. El portero jura que no ha visto a ninguna persona sospechosa; y aquí ha estado pegando esa tira de papel en un escaparate público, mientras que gente de la confitería…

—Exactamente —concluyó Angus con modestia—, mientras la gente de la confitería se entretiene en tomar el té. Pues bien, señor mío: permítame declararle que admiro su buen sentido de atacar tan directamente lo único que por ahora importaba. De lo demás, ya tendremos tiempo de hablar. Nuestro hombre no puede estar muy lejos, porque le aseguro a usted que no había papel alguno hace unos diez o quince minutos, cuando me acerqué por última vez al escaparate. Por otra parte, tampoco es fácil darle caza, puesto que ignoramos el rumbo que habrá tomado. Si usted, Mr. Smythe, quisiera seguir mi consejo, yo pondría ahora mismo el asunto en manos de un investigador experto, o mejor de un investigador privado, que no de persona perteneciente a la policía pública. Yo conozco a un hombre inteligentísimo, que está establecido a cinco minutos de aquí yendo en el auto de usted. Su nombre es Flambeau y, aunque su juventud fue algo tormentosa, ahora es un hombre honrado a carta cabal y tiene un cerebro que vale oro. Vive en el edificio Lucknow, que está por Hampstead[52].

—¡Qué coincidencia! —dijo el hombrecillo frunciendo el ceño—. Yo vivo en el Himalaya, al volver la esquina. Supongo que usted no tendrá inconveniente en venir conmigo. Así, mientras yo subo a mi cuarto por los

extravagantes documentos de Welkin, usted puede ir a llamar a su amigo el detective.

—Es usted muy amable —dijo Angus cortésmente—. Bueno; cuanto antes, mejor.

Y ambos, con improvisada buena fe, se despidieron de la dama con la misma circunspección formal, y subieron al ruidoso y pequeño auto. Mientras Smythe movía palancas y hacía doblar la esquina al vehículo, Angus se divertía en ver un gigantesco cartelón del «Servicio Silencioso de Smythe», donde estaba pintado un enorme muñeco de hierro sin cabeza, llevando una cacerola, con un letrero que decía: *Un cocinero que nunca refunfuña*.

—*Yo mismo* los empleo en mi piso —dijo el hombrín de la barba negra, riendo—. En parte por anuncio y en parte por comodidad. Y, hablando en plata, crea usted que estos muñecos de relojería le traen a uno el carbón o le sirven el vino con más presteza que cualquier criado, simplemente con saber bien cuál es el botón que hay que oprimir en cada caso. Pero, aquí *inter nos*, no le negaré a usted que también tienen sus desventajas.

—¿De veras? —preguntó Angus—. ¿Hay alguna cosa que no pueden hacer?

—Sí —repitió fríamente Smythe—. No pueden decirme quién me echa esas cartas amenazadoras en casa.

El auto era tan pequeño y ágil como su dueño. Y es que lo mismo que su servicio doméstico, era un artículo inventado por él. Si aquel hombre era un charlatán de los anuncios, era un charlatán que creía en sus mercancías. Y el sentimiento de que el auto era algo frágil y volador se acentuó aún más cuando entraron por unas carreteras blancas y sinuosas a la muerta pero difusa claridad de la tarde. Las curvas blancas del camino se fueron volviendo cada vez más bruscas y vertiginosas: formaban ya unas verdaderas «espirales ascendentes», como dicen las religiones modernas. Trepaban ahora por un rincón de Londres, casi tan escarpado como Edimburgo[53], si no tan pintoresco. Las terrazas aparecían como encaramadas unas sobre otras, y la torre de pisos a que ellos se dirigían se levantaba sobre todas a una altura egipcia, dorada por el último sol. Al volver la esquina y entrar en la placita de casas conocidas por el nombre de Himalaya, el cambio fue tan súbito como el abrir una ventana de pronto: la torre de pisos se alzaba sobre Londres como sobre un verde mar de pizarra. Frente a las casas, al otro lado de la placeta de guijas, había una herbosa tapia que más parecía un vallado de zarzas o un dique que un jardín, y abajo corría un arroyo artificial, una especie de canal, foso de aquella hirsuta fortaleza. Cuando el auto cruzó la plaza, pasó junto al

puesto de un vendedor de castañas, y al otro extremo de la curva Angus pudo ver el bulto azul oscuro de un policía que paseaba tranquilamente. En la soledad de aquel apartado barrio no se veía más alma viviente. A Angus le pareció que expresaban toda la inexplicable poesía de Londres: como si fueran las estampas de un cuento.

El auto llegó, lanzado como una bala, a la casa en cuestión, y allí echó de sí a su dueño como una bomba que estalla. Smythe preguntó inmediatamente a un alto conserje lleno de deslumbrantes galones y a un criado diminuto en mangas de camisa, si alguien había venido a buscarle. Le aseguraron que nadie ni nada había pasado desde la salida del señor. Entonces, en compañía de Angus, que estaba un poco desconcertado, entró en el ascensor, que los transportó de un salto, como un cohete, hasta el último piso.

—Entre usted un instante —dijo Smythe casi sin resuello—. Voy a mostrarle a usted las cartas de Welkin. Después irá usted de una carrera a traer a su amigo.

Oprimió un botón disimulado en el muro, y la puerta se abrió sola.

Abrióse sobre una antesala larga y cómoda, cuyos únicos rasgos salientes, ordinariamente hablando, eran las filas de enormes muñecos mecánicos semihumanos que se veían a ambos lados como maniquíes de sastre. Como los maniquíes, no tenían cabeza, y al igual de ellos, tenían en la espalda una gibosidad tan hermosa como innecesaria, y en el pecho una hinchazón de buche de paloma. Fuera de esto, no tenían más de humano que esas máquinas automáticas de la altura de un hombre que suele haber en las estaciones. Dos ganchos les servían de brazos, adecuados para llevar una bandeja. Estaban pintados de verde claro, bermellón o negro, a fin de distinguirlos unos de otros. En lo demás eran como todas las máquinas, y no había para qué mirarlos dos veces. Al menos, nadie lo hizo entonces. Porque, entre las dos filas de maniquíes domésticos, había algo más interesante que la mayor parte de los mecanismos que hay en el mundo: había un papel garrapateado con tinta roja, y el ágil inventor lo había percibido al instante. Lo recogió y se lo mostró a Angus sin decir palabra. La tinta todavía estaba fresca. El mensaje decía así: «Si has ido hoy a verla, te mataré.»

Tras un instante de silencio, Isidore Smythe dijo tranquilamente.

—¿Quiere usted un poco de whisky? Yo tengo antojo por tomar una copita.

—Gracias. Prefiero un poco de Flambeau —dijo Angus poniéndose tétrico—. Me parece que esto se pone grave. Ahora mismo voy por mi hombre.

—Tiene usted razón —dijo el otro con admirable animación—. Tráigalo usted lo más pronto posible, amigo mío.

Al tiempo de cerrar la puerta tras sí, Angus vio que Smythe oprimía un botón, y uno de los muñecos se destacaba de la fila y, deslizándose por una ranura del piso, volvía con una bandeja en que se veían un sifón y un frasco. Esto de abandonar a aquel hombrecillo solo en medio de aquellos criados muertos, que habían de comenzar a animarse en cuando Angus cerrara la puerta, no dejaba de ser algo funambulesco.

Unos seis pisos más abajo del de Smythe, el hombre en mangas de camisa estaba haciendo algo con un cubo. Angus se detuvo un instante para pedirle —fortificando la petición con la perspectiva de una buena propina— que permaneciera allí hasta que él regresara acompañado del detective, y cuidara de no dejar pasar a ningún desconocido. Al pasar por el vestíbulo de la casa hizo el mismo encargo al conserje, y supo de labios de éste que la casa no tenía puerta posterior, lo cual simplificaba mucho las cosas. No contento con semejantes precauciones, dio alcance al errabundo policía y le encargó que se apostara frente a la casa, en la otra acera, y vigilara desde allí la entrada. Y, finalmente, se detuvo un instante a comprar castañas, y preguntó al vendedor hasta qué hora pensaba quedarse en aquella esquina.

El castañero, alzándose el cuello del gabán, le dijo que no tardaría mucho en marcharse, porque parecía que iba a nevar. Y, en efecto, la tarde se iba poniendo cada vez más oscura y triste. Pero Angus, apelando a toda su elocuencia, trató de clavar al vendedor en aquel sitio.

—Caliéntese usted con sus propias castañas —le dijo con la mayor convicción—. Cómaselas todas, yo se lo pagaré. Le daré a usted una libra esterlina si no se mueve de aquí hasta que yo vuelva, y si me dice si ha entrado en aquella casa donde está aquel conserje de librea algún hombre, mujer o niño.

Y echó un último vistazo a la torre sitiada.

«Como quiera que sea, le he puesto un cerco al piso de ese hombre —pensó—. No es posible que los cuatro sean cómplices de Welkin.»

El edificio Lucknow estaba en un plano más bajo de aquella colina de casas en la que el Himalaya representaba la cumbre.

El domicilio semioficial de Flambeau estaba en un bajo, y, en todos los sentidos, ofrecía el mayor contraste con aquella maquinaria americana y lujo frío de hotel del «Servicio Silencioso». Flambeau, que era amigo de Angus, recibió a éste en un rinconcillo artístico y abigarrado que estaba junto a un estudio, cuyo adorno eran multitud de espadas, arcabuces, curiosidades

orientales, botellas de vino italiano, cacharros de cocina salvaje, un peludo gato persa y un pequeño sacerdote católico romano de modesto aspecto, que parecía singularmente inadecuado para aquel sitio.

—Mi amigo el Padre Brown —dijo Flambeau—. Tenía muchos deseos de presentárselo a usted. Un tiempo excelente, ¿eh? Algo fresco para los meridionales como yo.

—Sí, creo que va a aclarar —dijo Angus, sentándose en una otomana a rayas violentas.

—No —dijo el sacerdote—. Ha comenzado a nevar.

Y, en efecto, como había previsto el castañero, a través de la nublada vidriera se podían ver ya los primeros copos.

—Bueno —dijo Angus con aplomo—. El caso es que yo he venido a negocios, y a negocios de suma urgencia. El hecho es, Flambeau, que a una pedrada de esta casa hay en este instante un individuo que necesita absolutamente los auxilios de usted. Un invisible enemigo le amenaza y persigue constantemente, un bribón a quien nadie ha logrado sorprender.

Y Angus procedió a contar todo el asunto de Smythe y Welkin, comenzando con la historia de Laura y continuando con la suya propia, sin omitir lo de la carcajada sobrenatural que oyó en la esquina de las dos calles solitarias, y las extrañas y distintas palabras que se oyeron en el cuarto desierto. Flambeau se fue poniendo más y más preocupado, y el curita pareció irse quedando fuera de la conversación, como un mueble. Al llegar al punto de la banda de papel pegada en el escaparate, Flambeau se puso de pie y pareció llenar la salita con su corpulencia.

—Si le da a usted lo mismo —dijo—, prefiero que me lo acabe de contar por el camino. Creo que no debemos perder un instante.

—Perfectamente —dijo Angus, levantándose también—. Aunque, por ahora, mi amigo está completamente seguro, porque tengo cuatro hombres vigilando el único agujero de su madriguera.

Salieron a la calle seguidos del curita, que trotaba en pos de ellos con la docilidad de un perro faldero. Como quien trata de provocar la charla, el curita decía:

—Parece mentira cómo va subiendo la capa de nieve, ¿eh?

Al entrar en la empinada calle vecina, ya toda espolvoreada de plata, Angus dio al fin término a su relato. Al llegar a la placita donde se alzaba la torre de habitaciones, Angus examinó atentamente a sus centinelas. El castañero, antes y después de recibir la libra esterlina, aseguró que había vigilado atentamente la puerta y no había visto entrar a nadie. El policía fue

todavía más elocuente: dijo que tenía mucha experiencia en toda clase de trampistas y picaros, ya disfrazados con sombrero de copa o ya disimulados entre harapos, y que no era tan bisoño para figurarse que la gente sospechosa se presenta con apariencias sospechosas; que había vigilado atentamente, y no había visto entrar un alma. Esta declaración quedó rotundamente confirmada cuando los tres llegaron adonde estaba el conserje de los galones.

—Yo —dijo aquel gigante de los deslumbradores lazos— tengo derecho a preguntar a todo el mundo, sea duque o barrendero, qué busca en esta casa, y aseguro que nadie ha aparecido por aquí durante la ausencia de este señor.

El insignificante Padre Brown, que estaba vuelto de espaldas y contemplando el pavimento modestamente, se atrevió a decir con timidez:

—¿De modo que nadie ha subido y bajado la escalera desde que empezó a nevar? La nieve comenzó cuando estábamos los tres en casa de Flambeau.

—Nadie ha entrado aquí, señor, puede usted confiar —dijo el conserje, con una cara radiante de autoridad.

—Entonces, ¿qué puede ser esto? —preguntó el sacerdote, mirando con absorta mirada al suelo.

Los otros hicieron lo mismo, y Flambeau lanzó un juramento e hizo un ademán francés. Era incuestionable que, por mitad de la entrada que custodiaba el de los lazos de oro, y pasando precisamente por entre las arrogantes piernas de este coloso, corría la huella gris de unos pies estampados en la reciente capa de nieve.

—¡Dios mío! —gritó Angus sin poder contenerse—. ¡El Hombre Invisible!

Y, sin decir más, se lanzó hacia la escalera, seguido de Flambeau. Pero el Padre Brown, como si hubiera perdido todo interés en aquella investigación, se quedó mirando a la calle cubierta de nieve.

Flambeau se disponía a derribar la puerta con los hombres; pero el escocés, con mayor razón, si bien con menos intuición, buscó por el marco de la puerta el botón escondido. Y la puerta se abrió lentamente.

Y apareció el mismo interior atestado de muñecos. El vestíbulo estaba algo más oscuro, aunque aquí y allá brillaban las últimas flechas del crepúsculo, y una o dos de las máquinas acéfalas habían cambiado de sitio, para realizar algún servicio, y estaban por allí, dispersas en la penumbra. Apenas se distinguía el verde rojo de sus casacas y, por lo mismo que los muñecos eran menos visibles, era mayor su aspecto humano. Pero en medio de todas, justamente en el sitio donde antes había aparecido el papel escrito

con tinta roja, había algo como una mancha de tinta caída del tintero. Pero no era tinta roja.

Con una mezcla, muy francesa, de reflexión y violencia, Flambeau dijo simplemente:

—¡Asesinato!

Y entrando decididamente en las habitaciones, en menos de cinco minutos exploró todo rincón y armario. Pero, si esperaba dar con el cadáver, su esperanza salió fallida. Lo único evidente era que allí no estaba Isidore Smythe, ni muerto ni vivo. Tras laboriosas pesquisas, los dos se encontraron otra vez en el vestíbulo, con caras llameantes y ojos espantados.

—Amigo mío —dijo Flambeau sin darse cuenta de que, en su excitación, se había puesto a hablar en francés—. El asesino no sólo es invisible, sino que hace invisibles a los hombres que mata.

Angus paseó la mirada por el penumbroso vestíbulo, lleno de muñecos, y en algún pliegue céltico de su alma escocesa hubo un estremecimiento de pánico. Uno de aquellos aparatos de «tamaño natural» estaba cerca de la mancha de sangre, como si el hombre atacado le hubiera hecho venir en su auxilio un instante antes de caer. Uno de los ganchos que le servían de brazos estaba algo levantado, y por la cabeza de Angus pasó la fantástica y espeluznante idea de que el pobre Smythe había muerto a manos de su hijo de hierro. La materia se había sublevado, y las máquinas habían matado a su dueño. Pero aun en este absurdo supuesto, ¿qué habían hecho del cadáver?

—¿Se lo habrán comido? —murmuró a su oído la pesadilla.

Y Angus se sintió desfallecer ante la imagen de aquellos despojos humanos desgarrados, triturados y absorbidos por aquellas relojerías sin cabeza.

Con gran esfuerzo logró recobrar su equilibrio y dijo a Flambeau:

—Bueno; así están las cosas. El pobre hombre se ha evaporado como una nube, dejando en el suelo una raya roja. Esto es cosa del otro mundo.

—Sea de éste o del otro —dijo Flambeau—, sólo una cosa puedo hacer: bajemos a llamar a mi amigo.

Bajaron y el hombre del cubo les aseguró, al pasar, que no había dejado subir a nadie, y lo mismo volvieron a asegurar el conserje y el errabundo castañero. Pero cuando Angus buscó la confirmación del cuarto vigilante, no pudo encontrarlo, y preguntó con inquietud:

—¿Dónde está el policía?

Mil perdones; es culpa mía —dijo el Padre Brown—. Acabo de enviarle a la carretera para averiguar una cosa…, una cosa que me parece que vale la

pena averiguar.

—Pues necesitamos que regrese pronto —dijo Angus con rudeza—, porque aquel desdichado no sólo ha sido asesinado, sino que su cadáver ha desaparecido.

—¿Cómo? —preguntó el sacerdote.

—Padre —dijo Flambeau tras una pausa—. Creo realmente que esto le corresponde a usted más que a mí. Aquí no ha entrado ni amigo ni enemigo, pero Smythe se ha eclipsado, lo han robado los fantasmas. Si esto no es cosa sobrenatural, yo…

Pero aquí llamó la atención de todos un hecho extraño: el robusto policía azul acababa de aparecer en la esquina y venía corriendo. Se dirigió a Brown y le dijo jadeando:

—Tenía usted razón, señor. Acaban de encontrar el cuerpo del pobre Mr. Smythe en el canal.

Angus se llevó las manos a la cabeza.

—¿Bajó el mismo? ¿Se echó al agua? —preguntó.

—No, señor; no ha bajado, se lo juro a usted —dijo el policía—. Tampoco se ha ahogado, sino que murió de una enorme herida en el corazón.

—¿Y nadie ha entrado aquí? —preguntó Flambeau con voz grave.

—Vamos a la carretera —dijo el cura.

Y al llegar al extremo de la plaza, exclamó de pronto:

—¡Necio de mí! Me he olvidado de preguntarle una cosa al policía: si encontraron también un saco gris.

—¿Por qué un saco gris? —preguntó sorprendido Angus.

—Porque si era un saco de otro color hay que comenzar otra vez —dijo el Padre Brown—. Pero si era un saco gris, entonces el caso está terminado.

—¡Hombre, me alegro de saberlo! —dijo Angus con acerba ironía—. Yo creí que ni siquiera habíamos comenzado, al menos por lo que a mí toca.

—Cuéntenos usted todo —dijo Flambeau con toda la candidez de un niño.

Inconscientemente habían apresurado el paso al bajar a la carretera, y seguían al Padre Brown, que los conducía rápidamente y sin decir palabra. Al fin abrió los labios, y dijo con una vaguedad casi conmovedora:

—Me temo que les resulte a ustedes muy prosaico. Siempre comienza uno por lo más abstracto, y aquí, como en todo, hay que comenzar con abstracciones.

»Habrán ustedes notado que la gente nunca contesta a lo que se le dice. Contesta siempre a lo que uno piensa al hacer la pregunta, o a lo que se figura que está uno pensando. Supongan ustedes que una dama le dice a otra, en una

casa de campo: «¿Hay alguien contigo?» La otra no contesta: «Sí, el mayordomo, los tres criados, la doncella, etc.», aun cuando la camarera esté en el otro cuarto y el mayordomo detrás de la silla de la señora, sino que contesta: «No; no hay *nadie* conmigo», con lo cual quiere decir: «No hay nadie de la clase social a que tú te refieres.» Pero si, en un caso de epidemia es el doctor el que hace la pregunta: «¿Quién más hay aquí?», entonces la señora recordará sin duda al mayordomo, a la camarera, etc. Y así se habla siempre. Nunca son literales las respuestas, sin que dejen por eso de ser verídicas. Cuando estos cuatro hombres honrados aseguraron que nadie había entrado en la casa, realmente no quisieron decir que no había entrado *ningún ser de la especie humana*, sino ninguno de quien se pudiera sospechar que era el hombre en quien pensábamos. Porque lo cierto es que un hombre entró y salió, aunque ellos no repararon en él.

—¿Un hombre invisible? —preguntó Angus, arqueando las cejas rojas.

—Mentalmente invisible —dijo el Padre Brown.

Y uno o dos minutos después continuó en el mismo tono, como quien medita en voz alta:

—Es un hombre en quien no se piensa, como no sea premeditadamente. En esto está su talento. A mí se me ocurrió pensar en él por dos o tres circunstancias del relato de Mr. Angus. La primera, que Welkin era un andarín. La segunda, la tira de papel pegada al escaparate. Después (y es lo principal), las dos cosas que contó la joven, y que pudieran no ser absolutamente exactas… No se incomode usted —añadió advirtiendo un movimiento de disgusto en el escocés—. Ella creyó que eran verdad, pero no era posible que fueran verdad. Un instante después de haber recibido una carta en la calle uno *no puede* estar completamente solo. Ella no estaba completamente sola en la calle al detenerse a leer una carta recién recibida. Alguien estaba a su lado, aunque ese alguien fuera mentalmente invisible.

—Y ¿por qué había de estar alguien junto a ella? —preguntó Angus.

—Porque —dijo el Padre Brown—, a no ser que fueran palomas mensajeras, alguien tiene que haberle llevado la carta.

—¿Quiere usted decir —preguntó Flambeau precisando— que Welkin le llevaba a la joven las cartas de su rival?

—Sí —dijo el sacerdote—. Welkin le llevaba a su dama las cartas de su rival. No puede haber sido de otro modo.

—No lo entiendo —estalló Flambeau—. ¿Quién es ese sujeto? ¿Cómo es? ¿Cuál es el disfraz o apariencia habitual de un hombre mentalmente invisible?

—Su disfraz es muy bonito. Rojo, azul y oro —dijo al instante el sacerdote—. Y con este disfraz notable y hasta llamativo, nuestro hombre invisible logró penetrar en el edificio Himalaya, burlando la vigilancia de ocho ojos humanos; mató a Smythe con toda tranquilidad, y salió otra vez llevando a cuestas el cadáver…

—Reverendo padre —exclamó Angus, deteniéndose—. ¿Se ha vuelto usted loco, o soy el loco yo?

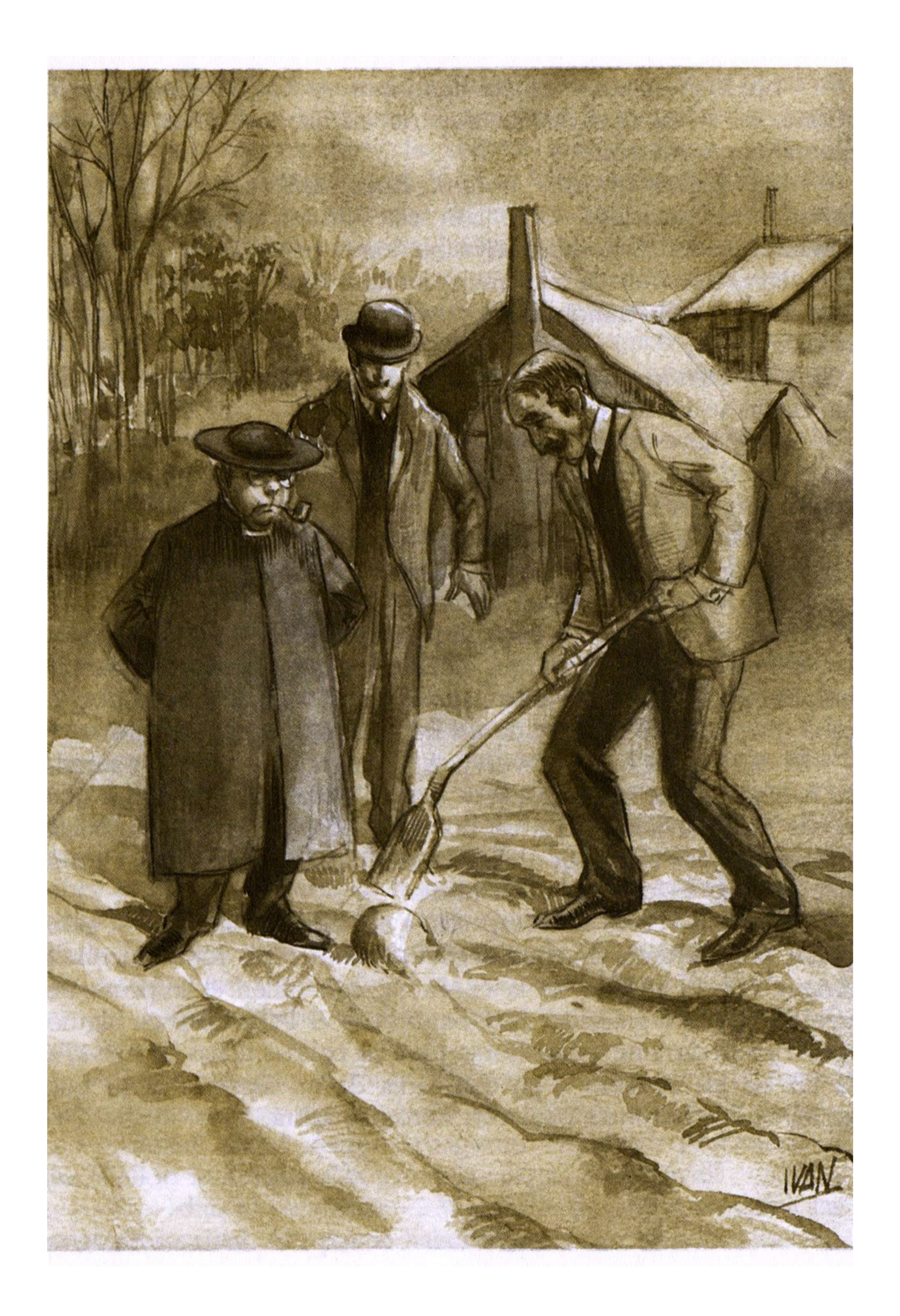
—No, no está usted loco —explicó Brown—. Simplemente, no es usted muy observador. Usted nunca se ha fijado en hombres como éste, por ejemplo.

Y diciendo esto, dio tres largos pasos y puso la mano sobre el hombro de un cartero que, a la sombra de los árboles, había pasado junto a ellos sin ser notado.

—Sí —continuó el sacerdote reflexionando—, nadie se fija en los carteros y, sin embargo, tienen pasiones como los demás hombres, y a veces llevan a cuestas unos sacos enormes donde cabe muy bien el cadáver de un hombre de pequeña estatura.

El cartero, en lugar de volverse, como hubiera sido lo natural, se había metido, chapuzando y dando traspiés, en la zanja que corría junto al jardín. Era un hombre flaco, rubio, de apariencia ordinaria; pero al volver a ellos el azorado rostro, los tres vieron que era más bizco que un demonio.

Flambeau volvió a sus espadas, a sus tapices rojos y a su gato persa, porque tenía muchos negocios pendientes. John Turnbull Angus volvió al lado de la confitera, con quien el imprudente joven logró arreglárselas muy bien. Pero el Padre Brown siguió recorriendo durante varias horas aquellas colinas llenas de nieve, a la luz de las estrellas y en compañía de un asesino. Y lo que aquellos dos hombres hablaron nunca se sabrá.


IVAN

VI
La honradez de Israel Gow

Caía la tarde —una tempestuosa tarde color aceituna y plata— cuando el Padre Brown, envuelto en una manta escocesa, llegó al término de cierto valle escocés y pudo contemplar el singular castillo de Glengyle. El castillo cerraba el paso de un barranco o cañada, y parecía el límite del mundo. Aquella cascada de techos inclinados y cúspides de pizarra verde mar, al estilo de los viejos *châteaux*[54] franco-escoceses, hacía pensar a un inglés en los sombreros en forma de campanarios que usaban las brujas de los cuentos de hadas. Y el bosque de pinos que se balanceaba en torno a sus verdes torreones parecía, por comparación, tan oscuro como una bandada innumerable de cuervos. Esta nota de diabolismo soñador y casi soñoliento no era una simple casualidad del paisaje. Porque en aquel paraje flotaba, en efecto, una de esas nubes de orgullo, locura y misteriosa aflicción que caen con mayor pesadumbre sobre las casas escocesas que sobre ninguna otra morada de los hijos del hombre. Porque Escocia padece una dosis doble del veneno llamado «herencia»; la tradición aristocrática de la sangre, y la tradición calvinista del destino.

El sacerdote había robado un día a sus trabajos en Glasgow[55], para ir a ver a su amigo Flambeau, el detective aficionado, que estaba a la sazón en el castillo de Glengyle, acompañado de un empleado oficial, haciendo averiguaciones sobre la vida y muerte del difunto conde de Glengyle. Este misterioso personaje era el último representante de una raza cuyo valor, locura y cruel astucia le habían hecho terrible aun entre la más siniestra nobleza de la nación allá por el siglo XVI. Ninguna familia estuvo más metida en aquel laberinto de ambiciones, en los secretos de los secretos de aquel palacio de mentiras que se edificó en torno a María, reina de los escoceses[56].

Una tonadilla local daba testimonio de las causas y resultados de sus maquinaciones, en estas cándidas palabras:

Como savia nueva para los árboles pujantes,
tal es el oro rubio para los Ogilvies.

Durante muchos siglos, el castillo de Glengyle no había tenido un amo digno, y era de creer que ya para la época de la reina Victoria, agotadas las

excentricidades, sería de otro modo. Sin embargo, el último Glengyle cumplió la tradición de su tribu, haciendo la única cosa original que le quedaba por hacer: desapareció. No quiero decir que se fuera a otro país; al contrario: si aún estaba en alguna parte, todos los indicios hacían creer que permanecía en el castillo. Pero, aunque su nombre constaba en el registro de la iglesia, como en el voluminoso libro de los Pares[57], nadie lo había visto bajo el sol.

A menos que le hubiera visto cierto servidor solitario, que era para él algo entre lacayo y hortelano. Era este sujeto tan sordo, que la gente apresurada lo tomaba por mudo, aunque los más penetrantes lo tenían por medio imbécil. Era un labriego flaco, pelirrojo, de fuerte mandíbula y barba, y de ojos azules casi lelos; respondía al nombre de Israel Gow, y era el único servidor de aquella desierta propiedad. Pero la diligencia con que cultivaba las patatas y la regularidad con que desaparecía en la cocina, hacía pensar a la gente que estaba preparando la comida a su superior, y que el extravagante conde seguía escondido en su castillo. Con todo, si alguien deseaba averiguarlo a ciencia cierta, el criado afirmaba con la mayor persistencia que el amo estaba ausente.

Una mañana, el director de la escuela y el ministro (los Glengyle eran presbiterianos) fueron citados en el castillo. Y allí se encontraron con que el jardinero, cocinero y lacayo había añadido a sus muchos oficios el de empresario de pompas fúnebres, y había metido en un ataúd a su noble y difunto señor. Si se aclaró o dejó de aclararse el caso, es asunto que todavía aparece algo confuso, porque nunca se procedió a hacer la menor averiguación legal hasta que Flambeau apareció por aquella zona del Norte. De esto, a la sazón, hacía unos dos o tres días. Y hasta entonces el cadáver de lord Glengyle (si es que de su cadáver se trataba) había quedado depositado en el cementerio de la colina.

Al pasar el Padre Brown por el oscuro y pequeño jardín y entrar en la sombra del castillo, había unas nubes opacas y el aire era húmedo y tempestuoso. Sobre el jirón de oro del último reflejo solar, vio una negra silueta humana: era un hombre con sombrero alto y una enorme azada al hombro. Aquella ridícula combinación hacía pensar en un sepulturero; pero el Padre Brown la encontró muy natural al recordar al criado sordo que cultivaba las patatas. No le eran desconocidas las costumbres de los labriegos de Escocia y sabía que eran lo bastante solemnes para creerse obligados a llevar traje «negro» durante una investigación oficial, y lo bastante económicos para no desperdiciar por eso una hora de laboreo. Y la mirada, entre sorprendida y desconfiada, con que vio pasar al sacerdote era también algo que convenía muy bien a su tipo de celoso guardián.

Flambeau en persona acudió a abrir la puerta, acompañado de un hombre de aspecto frágil, con cabellos color gris metálico y un rollo de papeles en la mano: era el inspector Craven, de Scotland Yard. El vestíbulo estaba completamente abandonado y casi vacío, y sólo las caras pálidas y burlonas de los perversos Ogilvie, desde sus pelucas negras y oscuros lienzos, parecían contemplar a sus huéspedes.

Siguiendo a los otros hacia una sala interior, el Padre Brown vio que se habían instalado en una larga mesa de roble llena de papeles garrapateados, de whisky y de tabaco en un extremo. Y el resto de la mesa lo ocupaban varios objetos, formando montones separados; objetos tan inexplicables como indiferentes. Un montoncito parecía contener los trozos de un espejo roto. Otro, era un montón de polvo moreno. El tercer objeto era un bastón.

—Esto parece un museo geológico —dijo el Padre Brown, sentándose y señalando con la cabeza los montones de cristal y de polvo.

—No es un museo geológico —aclaró Flambeau—, sino un museo psicológico.

—¡Por amor de Dios! —dijo el policía oficial riendo—. No empecemos con palabrotas.

—¿No sabe usted lo que quiere decir psicología? —preguntó Flambeau con amable sorpresa—. Psicología quiere decir poco más o menos que no está uno en sus cabales.

—No lo entiendo bien —insistió el oficial.

—Bueno —dijo Flambeau con decisión—. Lo que yo quiero decir es que sólo una cosa hemos puesto en claro respecto a lord Glengyle, y es que era un maniático.

La negra silueta de Gow con su sombrero de copa y su azada al hombro pasó ante la ventana, destacada confusamente sobre el cielo nublado. El Padre Brown la contempló mecánicamente y dijo:

—Ya me doy cuenta de que algo extraño le sucedía, cuando de tal modo permaneció enterrado en vida y tanta prisa se dio a enterrarse al morir. Pero, ¿qué razones especiales hay para suponerlo loco?

—Pues mire usted —contestó Flambeau—; vea usted la lista de objetos que Mr. Craven ha encontrado en la casa.

—Habrá que encender una vela —dijo Craven—. Va a caer una tormenta, y ya está muy oscuro para leer.

—¿Ha encontrado usted una vela entre sus muchas curiosidades? —preguntó Brown, sonriendo.

Flambeau levantó el grave rostro y miró a su amigo con sus ojazos negros:

—También esto es curioso —dijo—. Veinticinco velas, y ni un rastro de candelabro.

En la oscuridad creciente de la sala, en medio del creciente rumor del viento tempestuoso, Brown buscó en la mesa entre los demás despojos el montón de velas de cera. Al hacerlo se inclinó casualmente sobre el montón de polvo rojizo, y no pudo contener un estornudo.

—¡Achís! ¡Ajá! ¡Rapé!

Cogió una vela, la encendió con mucho cuidado, y después la metió en una botella de whisky vacía. El aire inquieto de la noche, que se colaba por la ventana desvencijada, agitaba la llama como una banderola. Y en torno del castillo podían oírse las millas y millas de pino negro, hirviendo como un negro mar en torno a una roca.

—Voy a leer el inventario —anunció Craven gravemente, tomando un papel—. El inventario de todas las cosas inconexas e inexplicables que hemos encontrado en el castillo. Antes conviene que sepa usted que esto está desmantelado y abandonado, pero que uno o dos cuartos han sido habitados, evidentemente, por alguien, por alguien que no es el criado Gow, y que llevaba sin duda una vida muy simple, aunque no miserable. He aquí la lista:

»Primero. Un verdadero tesoro en piedras preciosas, casi todas diamantes, y todas sueltas, sin ninguna montura. Desde luego, es muy natural que los Ogilvies poseyeran joyas de familia, pero, generalmente, las joyas de familia suelen aparecer montadas como objetos de adorno, y los Ogilvies parece que hubieran llevado sus piedras sueltas en los bolsillos, como moneda de cobre.

»Segundo. Montones y montones de rapé, pero no guardado en cuerno, tabaquera ni bolsa, sino por ahí sobre las repisas de las chimeneas, en los aparadores, sobre el piano, en cualquier parte, como si el caballero no quisiera darse el trabajo de abrir una bolsa o levantar una tapa.

»Tercero. Aquí y allá, por toda la casa, montoncitos de metal, una especie de resortes y ruedas microscópicas, como si hubieran destripado algún juguete mecánico.

»Cuarto. Las velas, que hay que ensartar en botellas por no haber un solo candelero. Y ahora fíjese usted en que esto es mucho más extravagante de lo que uno se imagina. Porque ya el enigma esencial lo teníamos descontado: a primera vista hemos comprendido que algo extraño había pasado con el difunto conde. Hemos venido aquí para averiguar si realmente vivió aquí, si realmente murió aquí, si este espantajo pelirrojo que lo inhumó tuvo algo que ver en su muerte. Ahora bien: supóngase usted lo peor, imagine usted una explicación extraña y melodramática. Suponga usted que el criado mató a su

amo, o que éste no ha muerto verdaderamente, o que el amo se ha disfrazado de criado, o que el criado ha sido enterrado en lugar del amo. Invente usted la tragedia que más le guste, al estilo de Wilkie Collins[58], y aun así le será a usted imposible explicarse esta ausencia de candeleros, o el hecho de que un anciano caballero de buena familia derramase el rapé sobre el piano. El corazón, el centro del enigma, está claro; pero no así los contornos y orillas. Porque no hay hilo de imaginación que pueda conectar el rapé, los diamantes, las velas y los mecanismos de relojería triturados.

—Yo creo ver la conexión —dijo el sacerdote—. Este Glengyle tenía la manía de odiar la Revolución francesa. Era un entusiasta del *ancien régime*[59], y trataba de reproducir al pie de la letra la vida familiar de los últimos Borbones. Tenía rapé, porque era un lujo del siglo XVIII; velas de cera, porque eran el procedimiento de alumbrado del siglo XVIII; los trocitos metálicos representaban la chifladura de cerrajero de Luis XVI; y los diamantes, el collar de diamantes de María Antonieta[60].

Los dos amigos le miraron con ojos sorprendidos.

—¡Qué suposición más extraordinaria y perfecta! —dijo Flambeau—. ¿Y cree usted realmente que es verdadera?

—Estoy enteramente seguro de que no lo es —contestó el Padre Brown —. Sólo que ustedes aseguran que no hay medio de relacionar el rapé, los diamantes, la relojería y las velas, y yo les propongo la primera relación que se me ocurre, para demostrarles lo contrario. Pero estoy seguro de que la verdad es más profunda, está más allá.

Calló un instante, y escuchó el aullar del viento en las torres. Y después soltó estas palabras:

—El difunto conde de Glengyle era un ladrón. Vivía una segunda vida oscura, era un condenado violador de cerraduras y puertas. No tenía ningún candelero, porque estas velas sólo las usaba, cortándolas en cabos, en la linternita que llevaba consigo. El rapé lo usaba como han usado de la pimienta algunos feroces criminales franceses: para arrojarlo a los ojos de sus perseguidores. Pero la prueba más concluyente es la curiosa coincidencia de los diamantes y las ruedecitas de acero. Supongo que ustedes también lo verán claro: sólo con diamantes o con ruedecitas de acero se pueden cortar vidrieras.

La rama rota de un pino azotó pesadamente sobre la vidriera que tenían a la espalda, como parodiando al ladrón nocturno, pero ninguno volvió la cara. Los policías estaban pendientes del Padre Brawn.

—Diamantes y ruedecitas de acero —rumió Craven—. ¿Y sólo en eso se funda usted para considerar verdadera su explicación?

—Yo no la juzgo verdadera —replicó el sacerdote plácidamente—. Pero ustedes aseguraban que era imposible establecer la menor relación entre esos cuatro objetos. La verdad tiene que ser mucho más prosaica. Glengyle había descubierto, o lo creía, un tesoro de piedras preciosas en sus propiedades. Alguien se había burlado de él, trayéndole esos diamantes y asegurándole que habían sido hallados en las cavernas del castillo. Las ruedecitas de acero eran algo concerniente a la talla de los diamantes. La talla tenía que hacerse muy en pequeño y modestamente, con ayuda de unos cuantos pastores o gente ruda de estos valles. El rapé es el mayor lujo de los pastores escoceses: lo único con que se los puede sobornar. Esta gente no usaba candeleras, porque no los necesitaba: cuando iban a explorar los sótanos, llevaban las velas en la mano.

—¿Y eso es todo? —preguntó Flambeau, tras larga pausa—. ¿Al fin ha llegado usted a la verdad?

—¡Oh, no! —dijo el Padre Brown.

El viento murió en los términos del pinar como con un murmullo de burla, y el Padre Brown, con cara impasible, continuó:

—Yo sólo he lanzado esa suposición porque ustedes afirmaban que no había medio de relacionar el tabaco, los pequeños mecanismos, las velas y las piedras brillantes. Fácil es construir diez falsas filosofías sobre los datos del Universo, o diez falsas teorías sobre los datos del castillo de Glengyle. Pero lo que necesitamos es la explicación verdadera del misterio del castillo y del Universo. Vamos a ver, ¿no hay más documentos?

Craven rió de buena gana, y Flambeau, sonriendo, se levantó, y recorriendo la longitud de la mesa, fue señalando:

—Documentos números cinco, seis, siete; y todos más variados que instructivos, seguramente. He aquí una curiosa colección, no de lápices, sino de trozos de grafito sacados de los lápices; más allá una insignificante caña de bambú, con el puño astillado: bien pudo ser el instrumento del crimen. Sólo que no sabemos si hay crimen. Y el resto, algunos viejos misales y cuadritos de asunto católico que los Ogilvies conservaban tal vez desde la Edad Media, porque su orgullo familiar era mayor que su puritanismo. Sólo los hemos incluido en nuestro museo porque parece que han sido cortados y mutilados de un modo singular.

Afuera la tercera tempestad arrastraba una nidada de nubes sobre Glengyle, y de pronto la amplia sala quedó sumergida en la oscuridad, al tiempo que el Padre Brown examinaba las páginas miniadas de los misales.

Antes de que aquella onda de curiosidad se disipara, el Padre Brown volvió a hablar; pero ahora su voz estaba notablemente alterada:

—Mr. Craven —dijo, como hombre a quien le quitan de encima diez años —, tiene usted autorización para examinar la sepultura, ¿verdad? Cuanto antes, mejor: así entraremos de lleno en este horrible misterio. Yo, en lugar de usted, procedería a ello ahora mismo.

—¿Ahora mismo? —preguntó, asombrado, el policía—. ¿Y por qué ahora?

—Porque esto es ya muy serio —contestó Brown—. Aquí no se trata ya de rapé derramado o piedras desmontadas por cualquier causa. Para *esto* sólo puede haber una razón, y la razón va a dar en las raíces del mundo. Estas estampas religiosas no están simplemente sucias ni han sido rasguñadas o rayadas por ocio infantil o por celo protestante, sino que han sido estropeadas muy cuidadosamente y de un modo muy sospechoso. Dondequiera que aparecía en las antiguas miniaturas el gran nombre ornamental de Dios, ha sido raspado laboriosamente. Y sólo otra cosa más ha sido raspada: el halo en torno a la cabeza del Niño Jesús. De modo que venga el permiso, venga la azada o el hacha, y vamos ahora mismo a abrir ese ataúd.

—¿Qué *quiere* usted decir? —preguntó el oficial londinense.

—Quiero decir —contestó el curita, y su voz pareció dominar el ruido de la tempestad—, quiero decir que el Diablo puede estar sentado en el torreón de este castillo en este mismo instante, el gran Diablo del Universo, más grande que cien elefantes, y aullando como un Apocalipsis. Hay en todo esto algo de magia negra.

—Magia negra —repitió Flambeau en voz baja, porque era hombre bastante ilustrado para no entender de eso—. ¿Qué significan, pues, esos últimos documentos?

—Algo horrible, me parece —dijo el Padre Brown con impaciencia—. ¿Cómo he de saberlo a ciencia cierta? ¿Cómo voy a adivinar todo lo que hay en este laberinto? Tal vez el rapé y el bambú son instrumentos de tortura. Tal vez la cera y las limaduras de acero representan aquí la manía de un loco. Tal vez con el grafito de los lápices se hace una bebida enloquecedora. Sólo hay un medio para irrumpir de una vez en el seno de estos enigmas, y es ir al cementerio de la colina.

Sus compañeros apenas se dieron cuenta de que le habían obedecido y seguido, cuando en el jardín un golpe de viento les azotó la cara. Ello es que le habían obedecido de un modo automático, porque Craven se encontró con un hacha en la mano y la autorización para abrir la tumba en el bolsillo.

Flambeau llevaba una azada del jardinero, y el mismo Padre Brown llevaba el librito dorado de donde había desaparecido el nombre de Dios.

El camino que sobre la colina conducía al cementerio de la parroquia era tortuoso, pero breve, aunque con la furia del viento resultaba largo y difícil. Hasta donde la vista alcanzaba, y cada vez más lejos conforme subían la colina, se extendía el mar inacabable de pinos, doblados por el viento. Y todo aquel orbe parecía tan vano como inmenso; tan vano como si el viento silbara sobre un planeta deshabitado e inútil. Y aquel infinito de bosques azulados y cenizas cantaba, estridente, el antiguo dolor que brota del corazón de las cosas paganas. Parecía que en las voces íntimas de aquel follaje impenetrable gritaran los perdidos y errabundos dioses gentiles, extraviados por aquella selva, e incapaces de hallar otra vez la senda de los cielos.

—Y a ven ustedes —dijo el Padre Brown en voz baja, pero no sofocada —. El pueblo escocés, antes de que existiera Escocia, era lo más curioso del mundo. Todavía lo es, por lo demás. Pero en tiempos prehistóricos yo creo que adoraban a los demonios. Y por eso —añadió con buen humor—, por eso después cayeron en la teología puritana.

—Pero amigo mío —dijo Flambeau amoscado—. ¿Qué significa todo ese rapé?

—Pues, amigo mío —replicó Brown con igual seriedad y siguiendo su tema—, una de las pruebas de toda religión verdadera es el materialismo. Ahora bien; la adoración de los demonios es una religión verdadera.

Había llegado al calvero de la colina, uno de los pocos sitios que dejaba libre el rumoroso pinar. Una pequeña cerca de palos y alambres vibraba al viento, indicando el límite del cementerio. El inspector Craven llegó al sitio de la sepultura, y Flambeau hincó la azada y se apoyó en ella para hacer saltar la losa; ambos se sentían sacudidos por la tempestad como los palos y alambres de la cerca. Junto a la tumba crecían unos cardos enormes, ya mustios, grises y plateados. Una o dos veces el viento arrancó unos cardos, lanzándolos como flechas frente a Craven, que se echaba atrás asustado.

Flambeau arrancaba la hierba y abría la tierra húmeda. De pronto se detuvo, apoyándose en la azada como en un báculo.

—Adelante —dijo cortésmente el sacerdote—. Estamos en el camino de la verdad. ¿Qué teme usted?

—Temo a la verdad —dijo Flambeau.

El detective londinense empezó a hablar ruidosamente, tratando de parecer muy animado:

—¿Por qué diablos se escondería tanto este hombre? ¿Sería repugnante tal vez? ¿Sería leproso?

—O algo peor —contestó Flambeau.

—¿Qué, por ejemplo? —continuó el otro—. ¿Qué peor que un leproso?

—No sé —dijo Flambeau.

Siguió cavando en silencio y, después de algunos minutos, dijo con voz sorprendida:

—Me temo que fuera deforme.

—Como aquel trozo de papel que usted recordará —dijo tranquilamente el Padre Brown—. Y, con todo, logramos triunfar de aquel papel[61].

Flambeau siguió cavando con obstinación. Entretanto, la tempestad había arrastrado poco a poco las nubes prendidas como humareda a los picos de las montañas, y comenzaban a revelarse los nebulosos campos de estrellas. Al fin, Flambeau descubrió un gran ataúd de roble y lo levantó un poco sobre los bordes de la fosa. Craven se adelantó con su hacha. El viento le arrojó un cardo al rostro y le hizo retroceder; después dio un paso decidido, y con una energía igual a la de Flambeau rajó y abrió hasta quitar la tapa. Y todo aquello apareció a la luz difusa de las estrellas.

—Huesos —dijo Craven. Y luego añadió como sorprendido—: ¡Y son de hombre!

Y Flambeau, con voz desigual:

—Y ¿no tienen… nada extraordinario?

—Parece que no —contestó el oficial con voz ronca, inclinándose sobre el esqueleto apenas visible—. Pero espere usted un poco.

Sobre la enorme cara de Flambeau pasó como una ola pesada:

—Y ahora que lo pienso. ¿Por qué había de ser deforme? El hombre que vive en estas malditas montañas, ¿cómo va a librarse de esa obsesión enloquecedora, de esa incesante sucesión de cosas negras, bosques y bosques, y sobre todo, ese horror profundo e inconsciente? ¡Si esto parece la pesadilla de un ateo! ¡Pinos y pinos y más pinos, y millones de…!

—¡Oh, Dios! —gritó el que estaba examinando el ataúd—; ¡no tenía cabeza!

Y mientras los otros se quedaban estupefactos, el sacerdote dejando ver por primera vez su asombro:

—¡Falta la cabeza! —repitió—. *¿Falta la cabeza?* —como si de antemano hubiera contado con que faltara otro miembro.

Y por la mente de aquellos hombres cruzaron inconscientemente las imágenes de un niño acéfalo nacido en la casa de los Glengyle, de un joven

acéfalo que se ocultara en los rincones del castillo, de un hombre acéfalo paseando por aquel antiguo vestíbulo o aquel frondoso jardín… Pero, a pesar del enervamiento que los dominaba, aquellas funestas imágenes se disiparon en un instante sin echar raíces en su alma. Y los tres se quedaron escuchando los ululatos del bosque y los gritos del cielo, como bestias fatigadas. El pensamiento parecía haberse escapado de sus garras, cual enorme y robusta presa.

—En torno a esta sepultura —dijo el Padre Brown— sí que hay tres hombres sin cabeza.

El pálido detective londinense abrió la boca para decir algo, y se quedó con la boca abierta. Un largo silbido del viento rasgó el cielo. El policía contempló el hacha que tenía en la mano, como si aquella mano no le perteneciera, y dejó caer el hacha.

—Padre —dijo Flambeau, con aquella voz grave e infantil que tan raras veces se le oía—. ¿Qué hacemos?

La respuesta de su amigo fue tan rápida como un disparo:

—Dormir —dijo el Padre Brown—. Dormir. Hemos llegado al término del camino. ¿Sabe usted lo que es el sueño? ¿Sabe usted que todo el que duerme cree en Dios? El sueño es un sacramento, porque es un acto de fe y es un acto de nutrición. Y necesitamos un sacramento, aunque sea de orden natural. Ha caído sobre nosotros algo que muy pocas veces cae sobre los hombres, y que es acaso lo peor que les puede caer encima.

Los abiertos labios de Craven se juntaron para preguntar:

—¿Qué quiere usted decir?

El sacerdote había vuelto ya la cara hacia el castillo cuando contestó:

—Hemos descubierto la verdad, y la verdad no tiene sentido.

Y echó a andar con paso inquieto y precipitado, muy raro en él. Y cuando todos llegaron al castillo, se acostó al instante y se durmió con tanta naturalidad como un perro.

A pesar de su místico elogio del buen sueño, el Padre Brown se levantó más temprano que los demás, con excepción del callado jardinero. Y los otros le encontraron fumando su pipa y observando la muda labor del experto jardinero en el jardinillo de junto a la cocina. Hacia el amanecer, la tormenta se había deshecho en lluvias torrenciales, y el día resultó muy fresco. Parece que el jardinero había estado charlando con Brown un rato, pero al ver a los detectives clavó con murria la azada en un surco, dijo quién sabe qué de su almuerzo, se alejó por entre las filas de berzas y se encerró en la cocina.

—Ese hombre vale mucho —dijo el Padre Brown—. Logra admirablemente las patatas. Pero —añadió con ecuánime compasión— tiene sus faltas. ¿Quién no las tiene? Por ejemplo, esta raya no la ha trazado derecha —y dio con el pie en el sitio—. Tengo mis dudas sobre el éxito de esta patata.

—Y ¿por qué? —preguntó Craven, divertido con la chifladura que le había entrado al hombrecito.

—Tengo mis dudas —continuó éste—, porque también las tiene el viejo Gow. Ha andado metiendo sistemáticamente la azada por todas partes, menos aquí. Aquí tiene que haber una patata colosal.

Flambeau arrancó la azada y la hincó impetuosamente en aquel sitio. Al revolver la tierra, sacó algo que no parecía patata, sino una seta monstruosa e hipertrofiada. Al dar sobre ella la azada, hubo un chirrido, y el extraño objeto rodó como una pelota, dejando ver la mueca de un cráneo.

—El conde de Glengyle —dijo melancólicamente el Padre Brown.

Y después le arrebató la azada a Flambeau.

—Conviene ocultarlo otra vez —dijo—. Y volvió a enterrar el cráneo.

Y reclinándose en la azada, dejó ver una mirada vacía y una frente llena de arrugas.

—¿Qué puede significar este horror?

Y, siempre apoyado en la azada como en un reclinatorio, hundió la cara en las manos.

El cielo brillaba, azul y plata; los pájaros charlaban, y parecía que eran los mismos árboles los que estaban charlando. Y los tres hombres callaban.

—Bueno, yo renuncio —exclamó Flambeau—. Esto no me entra en la cabeza, y esto se ha acabado. Rapé, devocionarios estropeados, interiores de cajas de música y qué sé yo qué más…

Pero Brown, descubriéndose la cara y arrojando la azada con impaciencia, le interrumpió:

—¡Calle, calle! Todo esto está más claro que el día. Esta mañana, al abrir los ojos, entendí todo eso del rapé y las rodajas de acero. Y después me he puesto a probar un poco al viejo Gow, que no es tan sordo ni tan estúpido como aparenta. No hay nada de malo en todos esos objetos encontrados. También me había yo equivocado en lo de los misales estropeados; no hay ningún mal en ello. Pero esto último me inquieta. Profanar sepulcros y robar las cabezas de los muertos, ¿puede no ser malo? ¿No estará en esto la magia negra? Y esto no tiene nada que ver con el sencillísimo hecho del rapé y la colección de velas.

Y se puso a pasear, fumando filosóficamente.

—Amigo mío —dijo Flambeau con un gesto de buen humor—. Tenga usted cuidado conmigo, recuerde usted que yo he sido en otro tiempo un bribón. La inmensa ventaja de ese estado consiste en que yo mismo forzaba la intriga y la desarrollaba al instante. Pero esta función policíaca de esperar y esperar sin fin es demasiado para mi impaciencia francesa. Toda mi vida, para bien o para mal, lo he hecho todo en un instante. Todo duelo que se me ofrecía había de ser para la mañana del día siguiente; toda cuenta, al contado; ni siquiera aplazaba una visita al dentista.

El Padre Brown dejó caer la pipa, que se rompió en tres pedazos sobre el suelo, y abrió unos ojazos de idiota.

—¡Dios mío, qué estúpido soy!; ¡pero qué estúpido, Señor!

Y soltó una risa descompuesta.

—¡El dentista! —repitió—. ¡Seis horas en el más completo abismo espiritual, y todo por no haber pensado en el dentista! ¡Una idea tan sencilla, tan hermosa, tan pacífica! Amigos míos: nos hemos pasado una noche en el infierno; pero ahora se ha levantado el sol, los pájaros cantan, y la radiante evocación del dentista restituye al mundo su tranquilidad.

—Declaro que ni con los tormentos de la Inquisición podría sacar el sentido de semejante logogrifo —dijo Flambeau, encaminándose al castillo.

El Padre Brown tuvo que contener un ímpetu de ponerse a bailar en mitad de la vereda, ya iluminada por el sol, y gritó después de un modo casi lastimoso y como un chiquillo:

—¡Por favor, déjenme ser loco un instante! ¡He padecido tanto con este misterio! Ahora comprendo que todo esto es de lo más inocente. Apenas un poco extravagante. Y eso, ¿qué más da?

Dio una vuelta en un pie como un chiquillo, y después se enfrentó con sus amigos y dijo gravemente:

—Aquí no hay crimen ninguno. Al contrario: se trata de un caso de honradez tan extraño, que es alambicado. Precisamente se trata quizá del único hombre en la tierra que no ha hecho más que su deber. Es un caso extremo de esa lógica vital y terrible que constituye la religión de esta raza.

»La vieja tonadilla local sobre la casa de Glengyle,

Como savia nueva para los árboles pujantes,
tal es el oro rubio para los Ogilvies,

es al mismo tiempo metafórica y literal. No sólo significa el anhelo de bienestar de los Glengyle; también significa, literalmente, que coleccionaban

oro, que tenían una gran cantidad de ornamentos y utensilios de este metal. Que eran, en suma, avaros con la manía del oro. Y a la luz de esta suposición recorramos ahora todos los objetos encontrados en el castillo: diamantes sin sortija de oro; velas sin sus candelabros de oro; rapé sin tabaquera de oro; minas de lápiz sin el lapicero de oro; un bastón sin su puño de oro; piezas de relojería sin las cajas de oro de los relojes, o, mejor dicho sin relojes. Y, aunque parezca locura, el halo del Niño Jesús y el nombre de Dios de los viejos misales sólo han sido raspados porque eran de oro legítimo.

El jardín pareció llenarse de luz. El sol era ya más vivo, y la hierba resplandecía. La verdad se había hecho. Flambeau encendió un cigarrillo mientras su amigo continuaba:

—Todo ese oro ha sido sustraído, pero no robado. Un ladrón nunca hubiera dejado rastros semejantes: se habría llevado las tabaqueras con rapé y todo, los lapiceros con mina y todo, etc. Tenemos que habérnoslas con un hombre que tiene una conciencia muy singular, pero que tiene conciencia. Este extraño moralista ha estado charlando conmigo esta mañana en el jardincillo de la cocina, y de sus labios oí una historia que me permite reconstruirlo todo:

»El difunto arzobispo Ogilvie era el hombre más cercano al tipo de hombre bueno que jamás haya nacido en Glengyle. Pero su virtud, amargada, se convirtió en misantropía. Las faltas de sus antecesores le abrumaban, y de ellas inducía la maldad general de la raza humana. Sobre todo tenía desconfianza de la filantropía o liberalidad. Y se prometió a sí mismo que, si encontraba un hombre capaz de tomar sólo lo que estrictamente le correspondía, ese sería el dueño de todo el oro de Glengyle. Tras este reto a la humanidad, se encerró en su castillo, sin la menor esperanza de que el reto fuera nunca contestado. Sin embargo, una noche, un muchacho sordo y al parecer idiota vino de una aldea distante a traerle un telegrama, y Glengyle, con un humorismo amargo, le dio un cuarto de penique nuevo que llevaba en el bolsillo entre las otras monedas. Mejor dicho, eso creyó haber hecho, porque cuando, un instante después, examinó las monedas, vio que aún conservaba el cuarto de penique, y echó de menos en cambio una libra esterlina. Este accidente fue para él un tema de amargas meditaciones. El muchacho había demostrado la codicia que era de esperar en la especie humana. Porque, si desaparecía, era un ratero vulgar que se embolsa una moneda. Y si volvía, haciéndose el virtuoso, era por la esperanza de la recompensa. Pero a la medianoche, lord Glengyle tuvo que levantarse a abrir la puerta —porque vivía solo— y se encontró con el sordo idiota. Y el sordo

idiota venía a devolverle, no la libra esterlina, sino la suma exacta de diecinueve chelines, once peniques y tres cuartos de penique. Es decir, que el muchacho había tomado para sí un cuarto de penique.

»La exactitud extravagante de este acto impresionó vivamente al desequilibrado caballero. Se dijo que, cual nuevo Diógenes afortunado, había descubierto al hombre honrado que deseaba[62]. Hizo entonces un nuevo testamento, que yo he visto esta mañana. Trajo a su enorme y abandonado caserón al muchacho, le educó, hizo de él su criado solitario y, a su manera, lo instituyó heredero de sus bienes. Esta criatura mutilada, aunque entienda poco, entendió muy bien las dos ideas fijas de su señor: primera, que en este mundo lo esencial es el derecho, y segunda, que él había de ser, por derecho, el dueño de todo el oro de Glengyle. Y esto es todo, y es muy sencillo. El hombre ha sacado de la casa todo el oro que había, y ni una partícula que no fuera de oro: ni siquiera un minúsculo grano de rapé. Y así levantó todo el oro de las viejas miniaturas convencido de que dejaba el resto intacto. Todo eso me era ya comprensible, pero no podía yo entender lo del cráneo, y me desesperaba el hecho de haberlo encontrado escondido entre las patatas. Me desesperaba… hasta que a Flambeau se le ocurrió decir la palabra dichosa.

»Todo está ya muy claro, y todo irá bien. Este hombre volverá el cráneo a la sepultura, en cuanto le haya extraído las muelas de oro.»

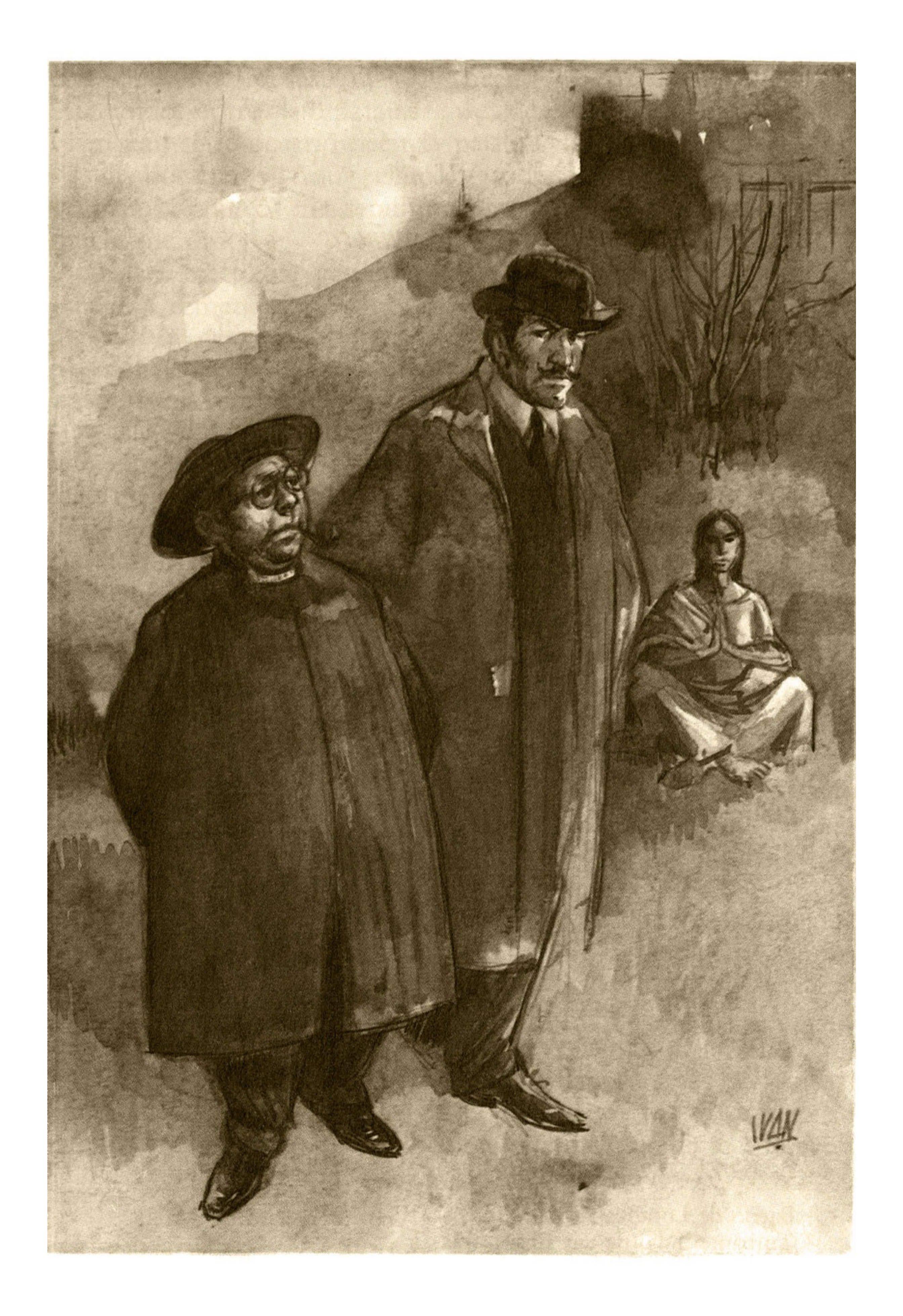
Y, en efecto, al pasar aquella mañana por la colina donde estaba el cementerio, Flambeau vio a aquel extraño ser, a aquel justo avaro, cavando en la sepultura profanada con la bufanda escocesa al cuello, agitada por el viento de la montaña, y el tétrico sombrero de copa en la cabeza.


IVAN

VII
La forma equívoca

Una de las carreteras que salen por el norte de Londres se prolonga hacia el campo en un remedo de calle, donde la línea se conserva, aunque haya muchos huecos de terreno sin edificar. Aquí aparece un grupo de tiendas que lindan con un solar cercano o una dehesa, y más allá una taberna famosa, y luego —tal vez— un mercado de hortalizas, o el jardín de un hospicio para niños, y después una espaciosa mansión privada, y a continuación vuelve al campo, y luego otra posada, etc. El que pase por esta carretera no dejará de reparar en cierta casa que le llamará la atención, sin que él mismo sepa por qué. Es una casa larga y más bien baja que corre paralela a la calle, pintada de blanco y verde pálido, con verja y persianas, y pórtico cubierto por una de esas lindas cúpulas que parecen sombrillas de madera, y que suelen verse en algunas casas anticuadas. Y es que, en efecto, se trata de una casa anticuada, muy inglesa y muy suburbana, en el bueno, en el viejo, en el cómodo sentido de la palabra, como corresponde al barrio de Clapham[63]. Sin embargo, la casa tiene aire de haber sido construida para clima caliente. Aquel color blanco, aquellas persianas, hacen pensar vagamente en *pagaree*[64], y hasta en palmeras; despiertan la idea de una procedencia que no acierto a describir. Tal vez la casa ha sido construida por ingleses de la India.

Todo el que pase por allí —he dicho—, sentirá cierta fascinación ante aquella casa, sentirá que aquella casa tiene historia. Y, como vais a ver, no se equivocará al suponerlo. Porque ésta es precisamente la historia: la extraña historia de las cosas sucedidas en esa casa, allá por la fiesta de Pentecostés del año mil ochocientos y pico.


IVAN

Todo el que pasara por allí el jueves anterior al domingo de Pentecostés, hacia las cuatro y media de la tarde, vería que se abría la puerta de la casa, y el Padre Brown, de la iglesia de San Mungo[65], salía fumando su enorme pipa, acompañado de un gigantesco amigo suyo, un francés llamado Flambeau, que fumaba también, aunque un cigarrillo diminuto. Estos personajes podrán o no tener interés a los ojos del lector, pero lo cierto es que no era la única cosa interesante que apareció, al abrirse la puerta de la verde y blanca mansión. La mansión ésta tenía otras peculiaridades que conviene describir, no sólo para que el lector entienda esta trágica historia, sino también para que entienda qué fue lo que se vio al abrirse la puerta.

La planta de la casa semejaba la forma de una T, pero una T de cruz transversal muy larga y de cola muy corta. La cruz transversal formaba la fachada, con su puerta en el centro; era de dos pisos, y contenía las salas y habitaciones más importantes. La cola muy corta, que salía precisamente del lado opuesto a la puerta de entrada, era de un solo piso, y sólo tenía dos largas salas consecutivas. La primera era el estudio, donde el famoso Mr. Quinton escribía sus poemas y novelas orientales. Y la segunda era un invernadero de cristales, lleno de plantas del trópico, de belleza única y casi monstruosa, las cuales, en tardes como aquella, centelleaban bajo la espléndida luz del sol. De modo que, al abrirse la puerta, más de un transeúnte se detuvo a ver, porque se descubría una perspectiva de ricas habitaciones que acababa en algo así como un escenario de comedia de magia: nubes de púrpura, soles dorados, estrellas carmesíes, a la vez vivos, abrasadores, transparentes y distantes.

Leonard Quinton, el poeta, había procurado con premeditación este efecto; y cabe dudar que en ninguno de sus poemas haya expresado mejor que en esto su personalidad. Porque era hombre que bebía los colores y se bañaba en los colores, y a quien la sed del color llevaba al descuido de las formas y aun de las buenas formas. Esta era la causa de que se hubiera entregado tan completamente al arte y a los temas orientales, y que tuviera tanta afición a aquellos tapices enloquecedores, a aquellos deslumbradores bordados, donde todos los colores parecían haber caído en un caos feliz, sin ningún propósito de formar tipos o dictar enseñanzas. Había intentado, acaso sin un completo éxito artístico, pero con innegables dotes de imaginación e invención, componer historias épicas y amorosas que reflejaran el tormento del color vivido y hasta cruel; cuentos en que se veían cielos tropicales de oro ardiente o cobre sangriento; o en que se hablaba de héroes orientales que pasaban con unos turbantes como mitras, sobre el lomo de elefantes pintados de púrpura o

verde pavo, o de joyas gigantescas que un centenar de negros no bastaba a cargar, y que ardían con un brillo arcaico y de mil colores.

En suma —para decirlo desde el punto de vista común—: que pintaba unos cielos orientales peores que los infiernos occidentales; unos monarcas orientales que parecían verdaderos maniáticos, y unas joyas orientales que un joyero de Bond Street (si los cien jadeantes negros se las trajeran hasta su joyería), probablemente declararía joyas falsas. Por lo demás, Quinton era un genio, aunque desequilibrado; y su desequilibrio se notaba más en su vida que en su obra. Era, por temperamento, débil e irritable, y su salud estaba muy resentida a causa de ciertos experimentos con el opio oriental. Su esposa —una mujer hermosa, laboriosa y evidentemente fatigada— tenía mucho que objetar al uso del opio, pero más todavía tenía que decir contra cierto ermitaño indostánico, criatura de carne y hueso, que vestía siempre de amarillo y blanco, y a quien su marido se empeñaba en mantener en la casa meses y más meses, a título de Virgilio que guiara su alma por entre los cielos y los avernos del Oriente[66].

De esta casa, pues, de esta aristocrática morada salían el Padre Brown y su amigo; y, a juzgar por su fisonomía, salían con una emoción de alivio. Flambeau había conocido a Quinton en los turbulentos días de la vida estudiantil en París, y hacía sólo una semana que había renovado la amistad. Pero, aparte de que la historia posterior de Flambeau fuera escabrosa, no se entendía bien con el poeta. No le parecía que para un caballero la mejor manera de darse al diablo fuera ahogarse con opio y escribir versitos eróticos en vitela. Al cruzar los dos amigos el umbral, antes de dar un paseíto por el jardín, la puerta de la verja se abrió de golpe, y un joven con un sombrero hongo echado hacia la nuca trepó a saltos la escalinata precipitadamente. Era un joven de aspecto disipado; llevaba una corbata de un rojo chillón, muy torcida, como si hubiera dormido con ella, y venía jugando y haciendo chasquear una de esas cañas flexibles y nudosas.

—Necesito —dijo casi sin resuello—, necesito ver a Quinton. Tengo que verle ahora mismo. ¿No está en casa?

—Mr. Quinton está en casa —dijo el Padre Brown vaciando su pipa—, pero no sé si podrá usted verlo, porque en este momento está con el doctor.

El joven, que parecía no estar muy católico, penetró en el vestíbulo dando traspiés. En el mismo instante el doctor salía del estudio de Quinton, cerraba tras sí la puerta y comenzaba a ponerse los guantes.

—¿Ver a Quinton? —dijo fríamente el doctor—. No, creo que no es posible. Mejor dicho: no debe usted verlo. Nadie debe verlo. Acabo

justamente de hacerle tomar narcótico.

—Pero oiga usted, compadre —dijo el joven de la corbata roja, tratando de coger al doctor por el brazo con la mayor confianza—. Escuche usted. Es que estoy muy entrampado, ¿está usted…?

—No, Mr. Atkinson, no es posible —dijo el doctor, obligándole a retroceder—. Cuando usted pueda alterar los efectos de una droga, entonces podré yo alterar mi decisión.

Y, poniéndose el sombrero, salió al jardín con los otros dos. Era un hombre de cuello de toro, baja estatura, buen natural, bigote corto, de apariencia inexpresiva, aunque daba cierta impresión de persona competente.

El joven del sombrero hongo, que parecía no poder hablar con alguien sin colgársele de la solapa, se quedó junto a la puerta, tan desconcertado como si le hubieran echado a empellones, y contempló en silencio a los otros tres, que se alejaron paseando por el jardín.

—Naturalmente, acabo de soltar una honrada mentira —dijo el médico riendo—. De hecho, el pobre de Quinton no ha de tomar el narcótico antes de media hora. Pero no es justo que entre a molestarlo esa bestia, que sólo viene a pedirle dinero, y dinero que no ha de restituir aun cuando pudiera. Aunque hermano de la señora Quinton, que es la mujer más buena del mundo, es un pícaro.

—Sí —dijo el Padre Brown—. Ella es una mujer excelente.

—De modo que propongo a ustedes que nos quedemos por aquí, en el jardín, hasta que se vaya ese tipo —continuó el doctor—, y entonces volveré yo a darle la medicina a Quinton. Como he cerrado la puerta con llave, Atkinson no podrá entrar.

—En tal caso, doctor Harris —dijo Flambeau—, vamos a dar una vuelta por el fondo del invernadero. No hay entrada por ese lado, pero vale la pena verlo desde fuera.

—Bien: así acecharé desde aquí a mi enfermo —dijo el doctor, siempre risueño—. Porque le gusta mucho tenderse en la otomana que está en el extremo del invernadero entre esas *poinsettias*[67] encarnadas; allí hay una buena atalaya. Pero, ¿qué hace usted?

El Padre Brown se había detenido, y acababa de recoger, de entre la hierba donde estaba escondido, un extraño cuchillo oriental, corvo, exquisitamente taraceado de metales y piedras de color.

—¿Qué es esto? —preguntó el Padre Brown examinándolo con desconfianza.

—Será de Quinton, supongo —dijo indiferente el doctor Harris—. Tiene toda una colección de baratijas chinas. O será tal vez de ese suave personaje indostánico a quien tiene Quinton atado de una cuerda.

—¿Qué personaje? —preguntó el Padre Brown, que seguía con la daga en la mano.

—Un hechicero indio —dijo el doctor con la misma sencillez—. Un listo, naturalmente.

—¿No cree usted en la magia? —preguntó el Padre Brown sin mirarlo.

—¡Cómo! ¿En la magia? —exclamó el doctor.

—Es muy hermoso —dijo el sacerdote con voz suave y soñadora—. Tiene muy lindos colores; pero la forma es defectuosa, inadecuada.

—¿Inadecuada para qué? —preguntó Flambeau.

—Para todo. Es la forma defectuosa, de un modo abstracto. ¿Nunca han sentido ustedes eso con el arte oriental? Los colores son de una belleza embriagadora, pero las formas son malas, mezquinas…, deliberadamente mezquinas y malas. En un tapiz turco, por ejemplo, yo he descubierto malas intenciones.

—*Mon Dieu!*[68] —dijo Flambeau soltando la risa.

—Sí: había unas letras y signos en lenguaje que yo desconozco, pero el solo aspecto de los signos es ya perverso —continuó el sacerdote con voz cada vez más baja—. Las líneas parece que se tuercen y se equivocan de propósito, como serpientes que se doblan para escaparse.

—Pero, ¿qué está usted diciendo ahí? —preguntó el doctor riendo de buena gana.

Y Flambeau le contestó por él:

—Es que a veces el Padre se pone místico, ¿sabe usted? Pero le garantizo a usted que siempre que lo he visto ponerse así es que algo malo va a suceder.

—¡Vamos hombre! —dijo con escepticismo el hombre de ciencia.

—Vean ustedes, vean ustedes —dijo el Padre Brown alargando el brazo con el cuchillo que parecía una culebra reluciente—. ¿No les parece a ustedes que es una forma equívoca? ¿No ven ustedes que hay algo en ella como falta de decisión, de propósito? Este cuchillo ni apunta como una pica ni arrasa como una guadaña, y ni siquiera *parece* un arma. Más bien parece un instrumento de tortura.

—Bueno, puesto que no le gusta a usted, se lo devolveremos a su dueño —dijo jovial Harris—. ¿Todavía no llegamos al fondo del dichoso invernadero? Esta casa sí que tiene la forma equívoca.

—No, no lo entiende usted —dijo el Padre Brown moviendo la cabeza—. La forma de esta casa es curiosa, y hasta risible, si usted quiere; pero no *equivoca*.

Al decir esto llegaron a la curva de cristales que estaba al término del invernadero, curva ininterrumpida, porque allí no había ni puerta ni ventana. Los cristales eran transparentes; el sol aún brillaba, aunque empezaba a declinar. Y no sólo era posible ver desde fuera las flores flameantes, sino también la delicada figura del poeta que yacía lánguidamente sobre el sofá, con su cazadora de terciopelo café y un libro al lado, como si se hubiera quedado dormido a media lectura. Era un hombre pálido, fino, de lacios cabellos castaños y un fleco de barba que era como la paradoja de su cara, porque le hacía aparecer menos varonil todavía. Los tres se sabían de memoria los rasgos de Quinton, y no se preocuparon mucho de contemplarlo. Difícilmente lo hubieran podido hacer; sus miradas fueron atraídas por otro objeto.

Ante ellos, al extremo de la curva de cristales, apareció un hombre alto, con unas blanquísimas vestiduras que lo cubrían hasta los pies, cuya cara, afeitada, morena, color de hueso, y cuyo cuello desnudo brillaban como bronce al sol poniente. Aquel hombre contemplaba desde allí al poeta dormido, y estaba tan inmóvil como una montaña.

—¿Qué es eso? —preguntó el Padre Brown, retrocediendo con un resuello de sobresalto.

—¡Oh, es el charlatán indio! —refunfuñó Harris—. Pero no sé qué diablos estará haciendo aquí.

—Parece cosa de hipnotismo —dijo Flambeau, mordiéndose el bigote negro.

—¡Qué afición tienen a hablar de hipnotismo los que no saben de medicina! —dijo el doctor—. Lo que parece realmente es cosa de latrocinio.

—Bueno: ya tendremos tiempo de discutirlo después —dijo Flambeau.

Y en dos saltos llegó al sitio en que estaba el indio. E inclinando entonces su enorme cuerpo, que era todavía mayor que el del oriental, dijo con plácido descaro:

—Buenas tardes, caballero. ¿Deseaba usted algo?

Muy lentamente, como un gran barco que evoluciona en la bahía, aquella gran cara amarilla se volvió a él y, hablando por encima del hombro, dijo en excelente inglés:

—Gracias. No quiero nada —y luego, entreabriendo las pestañas y dejando ver una vislumbre de ojos opalinos, repitió—: No quiero nada —y

después, abriendo completamente los ojos con una mirada tremenda, añadió —: No quiero nada.

Y se alejó presuroso por el jardín, que ya comenzaba a oscurecerse.

—Un cristiano contestaría con más humildad —murmuró el Padre Brown —. El cristiano desea siempre alguna cosa.

—¿Qué estaría haciendo aquí? —preguntó Flambeau, levantando la voz y arqueando las negras cejas.

—¡Qué sé yo! —dijo el Padre Brown.

Aunque la luz del sol era todavía una realidad innegable, se había convertido ya en esa claridad rojiza del crepúsculo, contra la cual los bultos frondosos del jardín se destacaban cada vez más negros.

Los tres amigos, después de pasar por el fondo del invernadero, se proponían dar la vuelta a la casa para entrar por la puerta del frente, cuando, al acercarse al ángulo que formaba el estudio con el cuerpo principal del edificio, tuvieron la sensación que experimenta el que asusta a un pájaro. Y otra vez vieron al faquir de la blanca túnica, que salió de la sombra y se encaminó también a la puerta del frente. Pero, con gran sorpresa suya, cayeron en que el faquir no había estado solo en aquel sitio, porque casi tropezaron —y se esforzaron por disimular su asombro— con la señora Quinton. Esta les salió al encuentro, a la luz incierta de la tarde, con su pesada cabellera de oro y su rostro pálido y ancho. Aunque los abordó con la mayor cortesía, se notaba en ella una extraña rigidez.

—Buenas tardes, doctor Harris —dijo simplemente.

—Buenas tardes, señora Quinton —dijo el pequeño doctor, siempre muy efusivo—. Ahora mismo voy a darle el narcótico a su marido.

—Sí —dijo ella con voz despejada—. Creo que ya es hora —y, saludando a todos con una sonrisa, desapareció en el interior de la casa.

—Esta mujer —observó el Padre Brown— está agotada. Es el tipo de esas mujeres que cumplen con su deber durante veinte años seguidos y luego hacen una atrocidad.

El doctorcito le contempló por primera vez con interés:

—¿Ha estudiado usted Medicina? —preguntó.

—No —contestó el sacerdote—; pero así como ustedes tienen que saber algo del alma para estudiar el cuerpo, nosotros necesitamos saber algo del cuerpo para entender el alma.

—Bien, bien —dijo el doctor—. Voy a darle a Quinton su menjurje.

Habían dado ya la vuelta al ángulo de la fachada y se acercaban a la puerta. Al penetrar en la casa se encontraron por tercera vez con el fantasma

blanco. Caminaba éste derechamente hacia la puerta, de tal forma que se diría que acababa de entrar por la puerta que daba del estudio al vestíbulo; pero ellos sabían bien que esa puerta estaba cerrada; la había cerrado el doctor.

El Padre Brown y Flambeau, aunque advirtieron esta singularidad, se guardaron para sí sus observaciones, y, en cuanto al doctor Harris, no era hombre para perder tiempo en enigmas. Dejó salir al omnipotente asiático y atravesó a toda prisa el vestíbulo. Pero todavía se encontró con otra persona a quien tenía completamente olvidada: allí estaba todavía el inane Atkinson, canturreando y pegando aquí y allá con el bastoncito. En la cara del doctor pudo verse un gesto de disgusto y resolución. El doctor cuchicheó rápidamente al oído de su compañero:

—Tendré que cerrar otra vez la puerta para que no entre esta rata. Pero no tardaré en salir dos minutos.

Y con gran presteza abrió la puerta y volvió a cerrarla con llave tras sí, a tiempo justamente para contener la carga del joven del sombrero hongo. Este se dejó caer entonces, desesperado, en una silla del vestíbulo. Flambeau se volvió a contemplar una miniatura persa que había en la pared. Y el Padre Brown, que parecía algo desconcertado, se quedó mirando la puerta del estudio. Cuatro minutos después la puerta volvió a abrirse. Esta vez Atkinson fue más rápido. Dio un salto, se quedó un instante en el quicio de la puerta entreabierta y dijo en voz alta:

—Oye, Quinton, necesito…

Con un tono de voz que era entre bostezo y aullido de risa se oyó decir a Quinton desde el otro extremo del estudio:

—Sí, ya sé lo que necesitas. Tómalo y déjame en paz. Estoy escribiendo una canción sobre los pavos reales.

Y antes de que se cerrara la puerta, una moneda de media libra cayó entre los pies de Atkinson. Este se bamboleó y cogió la moneda con singular destreza.

—Bueno; ya está eso arreglado —dijo el doctor apareciendo en la puerta, a la que echó la llave nuevamente. Después se encaminaron todos hacia el jardín—. Es necesario que descanse un poco el pobre Leonard —añadió, dirigiéndose al Padre Brown—, y lo dejo ahí encerrado sólo una o dos horas.

—Sí —dijo el sacerdote—; a juzgar por el tono de su voz, estaba muy contento, ¿verdad?

Después examinó con la mirada el jardín y distinguió la vaga figura de Atkinson que hacía sonar la moneda y se la guardaba en el bolsillo; y más

allá, en la penumbra, la figura del indio sentado sobre la hierba, inmóvil, de cara al Poniente. De pronto dijo:

—¿Dónde está la señora Quinton?

—Habrá subido a sus habitaciones —dijo el doctor—. Vea usted su sombra en los visillos.

El Padre Brown levantó la vista y contempló atentamente una silueta negra que se movía sobre la ventana, proyectada por la luz del gas.

—Sí, allí se ve su sombra —y anduvo unos pasos y se sentó en un banco.

Flambeau vino a sentarse a su lado, pero el doctor era uno de esos seres enérgicos que se pasan la vida sobre sus piernas. Se alejó por el penumbroso jardín fumando, y los dos amigos se quedaron solos.

—Padre —dijo Flambeau en francés—, ¿qué le pasa a usted?

El Padre Brown permaneció un momento mudo e inmóvil, y después dijo:

—La superstición es irreligiosa; pero no sé qué hay en el ambiente de esta casa… Puede que sea ese indio. Al menos, eso es en parte.

Y se puso a contemplar en silencio la distante silueta del indio, que continuaba todavía rígido, como entregado a sus oraciones. A primera vista, parecía inmóvil. Pero observándolo atentamente, el Padre Brown vio que se balanceaba un poco con movimiento rítmico, tal como se balanceaban las masas oscuras de los árboles con el vientecillo que había comenzado a barrer el jardín, revolviendo nuevamente las hojas caídas.

El paisaje se ennegrecía como amenazando tormenta. Pero todavía eran perceptibles las figuras. Atkinson estaba apoyado en un árbol con aire indiferente; la mujer de Quinton seguía junto a su ventana; el doctor andaba paseando por detrás del invernadero; podía verse su cigarro como un fuego fatuo; y el faquir continuaba rígido y balanceándose, mientras los árboles se balanceaban también y casi empezaban a gritar. La tormenta se aproximaba.

—Cuando ese indio nos habló —dijo Brown cuchicheando—, tuve una especie de visión, una visión de él y de su mundo. El no hizo más que repetir tres veces la misma frase. Pues bien: a la primera vez que dijo «No quiero nada», me pareció que quería decir que él era impenetrable, que Asia no se entrega. Cuando volvió a decir: «No quiero nada», me pareció que quería significar que él se bastaba a sí mismo, como un cosmos; que no necesitaba de Dios ni admitía la existencia del pecado. Y cuando por tercera vez dijo: «No quiero nada», abriendo aquellos ojos ardientes, que no tenía ningún deseo, ningún hogar, que estaba cansado de todas las cosas, que el aniquilamiento, la destrucción de todo lo…

Cayeron las primeras gotas, y Flambeau se levantó de un salto como si le hubieran quemado. En el mismo instante el doctor apareció corriendo hacia ellos y gritando algo que no entendieron.

Cuando llegó como disparado adonde ellos estaban, Atkinson pasaba también por allí, y el doctor lo cogió convulsivamente por el cuello y se puso a gritar:

¿Qué traición es ésta? ¿Qué le ha hecho usted, canalla?

El sacerdote se levantó, y con la férrea voz del soldado gritó:

—¡Alto! Somos aquí bastantes para sujetar a cualquiera. ¿Qué es lo que pasa, doctor?

Y el doctor, lívido:

—Que algo le pasa a Quinton. Acabo de verlo a través de los cristales y no me gusta la postura que tiene. En todo caso, no está como yo lo dejé.

—Vamos a verlo —dijo con precisión el Padre Brown—. Puede usted dejar en paz a Atkinson. Desde que oímos por última vez la voz de Quinton, no he perdido de vista a este joven.

—Yo me quedaré aquí vigilándolo —dijo Flambeau—. Vayan ustedes a ver qué pasa.

El doctor y el sacerdote llegaron corriendo a la puerta del estudio, dieron la vuelta a la llave y entraron de golpe en la habitación. Casi tropezaron contra la gran mesa de caoba en que el poeta acostumbraba a trabajar, porque el estudio sólo estaba alumbrado por un fuego suave que el estado del paciente obligaba a tener siempre encendido. En medio de la mesa había una hoja de papel que parecía puesta allí de propósito. El doctor la agarró nerviosamente, la miró, se la pasó al Padre Brown y, gritando: «¡Dios poderoso! ¡Vea usted esto!», corrió hacia el cuarto de los cristales, donde las terribles flores del trópico parecían conservar aún en su color carmesí un recuerdo del crepúsculo.

El Padre Brown tuvo que leer tres veces el papel. Decía así: «Muero por mi propia mano; sin embargo, muero asesinado.» Y aquello estaba escrito con la letra inimitable, por no decir ilegible, de Leonard Quinton.

El Padre Brown, sin soltar el papel, se dirigió entonces al invernadero; su amigo le salió al paso con una cara de certeza y desesperación:

—¡Muerto! —exclamó Harris.

Y juntos, por entre la pompa artificial de los cactos y las azaleas, se acercaron adonde el poeta y novelista Leonard Quinton yacía, con la cabeza colgando fuera de la otomana y los rizos rojos barriendo el suelo. Al lado

izquierdo tenía la extraña daga que aquella misma tarde se habían encontrado en el jardín, y su mano blanda descansaba todavía sobre el puño.

Afuera la tempestad había llegado, como la noche en Coleridge[69], de un solo paso. El jardín y el techo acristalado se habían nublado bajo el manto de lluvia. El Padre Brown parecía hacer más caso del papel que del cadáver; se lo acercaba a los ojos y parecía empeñado en leerlo en medio de aquella oscuridad. Después lo aproximó al reflejo del fuego, y en ese instante hubo un relámpago tan blanco, que el mismo papel pareció negro.

Después sobrevino la oscuridad llena de truenos y, cuando el ruido se apagó, se oyó la voz del Padre Brown que decía:

—Doctor, este papel tiene también la forma equívoca.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó muy intrigado el doctor Harris.

—Que no es cuadrado —contestó Brown—. Que le han cortado una esquina. ¿Qué puede significar esto?

—Y ¿qué voy a saber yo? —gruñó el doctor—. ¿Cree usted que debemos quitar de aquí a este desdichado? Está muerto del todo.

—No —contestó el sacerdote—. Debemos dejarlo tal como está y llamar a la policía.

Y seguía examinando el papel tenazmente.

Al pasar otra vez por el estudio, se detuvo junto a la mesa y cogió unas tijeritas de uñas que estaban allí.

—¡Ah! —dijo con un resuello de alivio—. Con esto han cortado el papel. No hay la menor duda. Pero, sin embargo…

Y frunció el ceño.

—Vamos, déjese usted de papeles —dijo el doctor—. Esa era una de sus manías. Tenía cientos de hojas así. Todas sus cuartillas las cortaba lo mismo.

Y señaló un montón de papel en blanco que había en una mesita de al lado. El Padre Brown se aproximó a ésta y cogió una hoja de papel. Tenía el mismo corte en el ángulo.

—En efecto —dijo—. Y aquí están los picos cortados.

Y, con gran escándalo del otro, comenzó a contarlos uno por uno.

—Perfectamente —dijo con una sonrisa de disculpa—. Veintitrés hojas cortadas y sólo veintidós picos cortados… Pero veo que está usted impaciente por hablar a los otros.

—¿Quién se lo dice a su esposa? —preguntó el doctor Harris—. ¿Quiere ir usted a decírselo mientras yo hago avisar a la policía?

—Como usted quiera —dijo el Padre Brown con indiferencia. Y se alejó por el vestíbulo.

Allí también tuvo que presenciar un drama, aunque éste del género grotesco. Sucedió, pues, que su gigantesco amigo Flambeau, en una actitud que durante mucho tiempo no había adoptado, aparecía al pie de la escalinata del pórtico lanzando por lo alto al amable Atkinson, quien, con los pies al aire, había dejado caer por cualquier lado el bastón y el hongo. Y es que Atkinson había acabado por cansarse de la vigilancia casi paternal de Flambeau y había intentado aporrearle, cosa algo difícil tratándose nada menos que del rey de los apaches[70], aun después de su abdicación.

Flambeau se disponía a saltar otra vez sobre su enemigo y asirlo de nuevo, cuando el sacerdote le dio un golpecito en el hombro:

—Deje usted en paz a Mr. Atkinson, amigo mío —dijo—. Pídanse ustedes perdón mutuamente y dense las buenas noches. No debemos detenerlo por más tiempo.

Y mientras Atkinson se levantaba como podía, recogía su sombrero y su bastón y se dirigía a la reja, el Padre Brown dijo con voz grave:

—¿Dónde está ese indio?

Y los tres —porque el doctor acababa de reunirse con ellos— volvieron la cabeza involuntariamente hacia el sitio en que lo habían dejado, sobre la hierba, entre los árboles cabeceantes y enrojecidos a la luz del crepúsculo, cabeceando también al compás de sus extrañas plegarias. Pero el indio ya no estaba allí.

—¡Demonio de hombre! —dijo el doctor, pateando con furia—. Ahora comprendo que fue él.

—Tenía entendido que no creía usted en la magia —observó el Padre Brown.

—Y no creo, en efecto —contestó el doctor, revolviendo ferozmente los ojos—, sino que ese diablo amarillo me repugna desde que sé que es un brujo fingido; y ahora, como descubra que es un verdadero brujo, mi odio será mayor.

—Bueno. En todo caso, da lo mismo que se haya escapado —dijo Flambeau—. Porque nada era posible probar ni hacer contra él. ¿Cómo va uno a presentarse al puesto de policía para denunciar un suicidio provocado por arte de hechicería o sugestión?

El Padre Brown, entretanto, había vuelto al interior de la casa, resuelto a comunicar la noticia a la viuda.

Cuando volvió a salir estaba algo pálido y trémulo, aunque nunca se ha sabido lo que hubo entre ambos durante aquella corta entrevista.

Flambeau, que estaba enfrascado en la charla con el doctor, se sorprendió un poco de ver que su amigo regresara tan pronto; pero Brown, sin hacerle caso, llevó aparte al doctor y le dijo:

—¿Han llamado ustedes a la policía?

—Sí —contestó Harris—. No tardarán diez minutos.

—¿Quiere usted hacerme un favor? —dijo el sacerdote con mucha calma —. Sepa usted que yo colecciono la historia de sucesos que, como esta hazaña del indio, contienen elementos que difícilmente pueden constar en un informe de la policía. Le ruego a usted que redacte un informe sobre este caso para mi uso privado. El oficio de usted es delicadísimo —añadió, mirando al doctor a los ojos, gravemente—. Se me figura que usted conoce algunos detalles del asunto que no ha creído usted discreto revelar. Mi oficio es también, como el de usted, un oficio confidencial, y de lo que usted me comunique guardaré impenetrable reserva. Pero no omita usted nada.

El doctor, que le había estado escuchando con aire reflexivo y la cabeza un poco inclinada, contempló un instante al sacerdote, y dijo después:

—Perfectamente.

Y fue a encerrarse en el estudio.

—Flambeau —dijo el Padre Brown—, allí, bajo el alero, hay un banco donde podemos fumar un poco, resguardados de la lluvia. Es usted mi único amigo en el mundo. Necesito hablar con usted, o, tal vez, callar junto a usted.

Fueron a sentarse en el sitio indicado. El Padre Brown, contra su costumbre, aceptó un buen cigarro que le ofreció el otro, y se puso a fumar en silencio y muy a conciencia. Y en tanto la lluvia sonaba y redoblaba sobre el alero.

—Amigo mío —dijo al fin Brown—. Este caso es muy extraño. De lo más extraño.

—¡Ya lo creo! —contestó Flambeau con un leve estremecimiento.

—Sí —continuó Brown—. Usted dice que es extraño y yo digo que es extraño, pero ambos queremos decir cosas opuestas. La mente moderna confunde siempre dos ideas diferentes: misterio, en el sentido de lo maravilloso, y misterio, en el sentido de lo complicado. En materia de milagros, esta confusión es la mitad del problema. Un milagro es admirable, pero simple. Simple, por lo mismo que es un milagro. Es la revelación de un poder que dimana directamente de Dios (o del diablo), en vez de proceder indirectamente a través de la naturaleza o la voluntad humana. Aquí usted dice que ese caso es maravilloso porque es milagroso, porque es una brujería obrada por ese indio malvado. Entiéndame usted bien: yo no niego que sea un

hecho espiritual o diabólico. Sólo el cielo y el infierno conocen las extrañas influencias que determinan los pecados humanos. Pero lo que yo digo es esto: si, como usted supone, es un caso de magia, claro es que será maravilloso, pero no será misterioso, es decir, no será complicado. La calidad del milagro es misteriosa, pero su procedimiento es simple. Y he aquí que, a mi modo de ver, el procedimiento de este asunto ha sido todo lo contrario de lo simple.

La tormenta, que por un instante pareció apaciguarse, redobló otra vez su vigor, y había en el aire unos movimientos como de truenos leves y lejanos. El Padre Brown sacudió la ceniza del cigarro y prosiguió:

—En este asunto hay algo retorcido, extraño, complicado, que en nada se parece a los rayos que bajan directamente del cielo o del infierno. Yo percibo aquí la tortuosa huella de la voluntad humana, como se percibe la tortuosa huella del caracol.

En un parpadeo, el relámpago abrió sus enormes ojos blancos. Cerróse otra vez el cielo. Y el sacerdote siguió diciendo:

—Y en este laberinto, lo más laberíntico de todo es la forma de esa cuartilla de papel. Más laberíntica, más alambicada que el cuchillo con que se mató ese hombre.

—¿Se refiere usted al papel en que Quinton confiesa su suicidio? —preguntó Flambeau.

—Me refiero al papel en que Quinton escribió: «Muero por mi propia mano» —contestó Brown—. La forma de ese trozo de papel, amigo mío, era la forma equívoca. Era la forma equívoca, si es que alguna vez me ha sido dado contemplarla en este pícaro mundo.

—¡Pero, si sólo tenía cortado un ángulo! —dijo Flambeau—. Y tengo entendido que todo el papel de Quinton está cortado de ese modo.

—Pues a fe mía que era un mal modo —dijo el Padre Brown—, muy malo para mi gusto. Mire usted, Flambeau: este Quinton (que Dios guarde) era tal vez un poco pillo, pero era un verdadero artista, tanto con el lápiz como con la pluma. Su letra era, aunque confusa, audaz y hermosa. Me es imposible demostrar lo que digo, no puedo probar nada. Pero le aseguro a usted con toda la fuerza de mi convicción que no fue él quien cortó tan mezquinamente esa puntita del papel. Si él lo hubiera hecho, por cualquier objeto, habría dado un tijeretazo muy distinto. ¿Tiene usted presente la forma del papel? El corte era mezquino, la forma era perversa, equívoca. Como éste, acuérdese usted.

Y, en la oscuridad, se puso a trazar en el aire con el ascua del cigarro unos cuadrados irregulares tan rápidamente, que Flambeau creyó ver, en efecto, unos jeroglíficos fantásticos: jeroglíficos como aquellos de que su amigo

había estado hablando, y que, aunque indescifrables, parecen sugerir ideas perversas.

—Pero —dijo Flambeau, cuando el sacerdote volvió el cigarro a la boca y, recostándose en el respaldo del banco, se puso a mirar el techo—, aun suponiendo que fue otro el del tijeretazo, ¿vamos a concluir que sólo por eso obligó a Quinton a suicidarse?

El Padre Brown, siempre recostado y mirando el techo, se sacó el cigarro de la boca para decir:

—Quinton no se ha suicidado.

Flambeau le miró sorprendido.

—Y entonces, ¿qué diablos significa esa confesión de suicidio?

El sacerdote se inclinó, apoyó los codos en las rodillas, contempló el suelo y con voz baja y clara murmuró al fin.

—Aquí no hay ninguna confesión de suicidio.

Flambeau dejó caer el cigarro.

—¿Quiere usted decir que ha habido una falsificación?

—No —continuó el Padre Brown—. Fue el mismo Quinton quien escribió eso.

—Pues ya lo ve usted —dijo el exasperado Flambeau—. Quinton escribió: «Muero por mi propia mano», y lo escribió con su propia mano en una hoja de papel.

—En una hoja de papel de forma equívoca —concluyó el sacerdote tranquilamente.

—¡Al diablo con la forma! —exclamó Flambeau—. ¿Qué tiene que ver la forma de papel?

—Había veintitrés cuartillas mutiladas —prosiguió Brown, inconmovible— y sólo veintidós esquinas de papel cortadas. Así, pues, uno de los recortes fue destruido: tal vez el de la hoja en cuestión. ¿No le hace eso pensar a usted en nada?

La cara de Flambeau se iluminó:

—Sí —dijo—: que bien pudo en ese recorte haber escrito algo como esto: «*Pretenderán que* muero por mi propia mano»; o bien: *«No creáis que…»*

—¡Caliente, caliente!, como dicen los niños —contestó su amigo—. Pero note usted que el recorte no es de media pulgada; no había sitio ni para una palabra. ¿Es posible que el hombre infernal que lo mató haya recortado algo no mayor que una coma, por considerarlo como un testimonio contra su crimen?

—No, no es posible —dijo Flambeau después de pensarlo un instante.

—¿Ni siquiera unas comillas, o un guión de diálogo? —dijo el sacerdote y arrojó el cigarro, que se hundió en las sombras como una estrella errante.

Las palabras huyeron de la boca de Flambeau. Y el Padre Brown dijo, yendo al fondo de la cuestión:

—Leonard Quinton era novelista, y estaba escribiendo ahora una novela cuyo tema principal versaba sobre brujería e hipnotismo. El…

En este instante la puerta se abrió con violencia, y salió el doctor con el sombrero puesto.

—He aquí el documento que usted desea —dijo, entregando al Padre Brown un sobre alargado—. Y ahora, señores, tengo que irme a casa. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo el Padre Brown, mientras el doctor se dirigía presurosamente a la reja.

Había dejado abierta la puerta, de modo que la luz del gas llegaba hasta ellos. Brown abrió el sobre, y leyó lo siguiente:

«QUERIDO PADRE BROWN:

Vicisti, Galilæe[71]*!* O en otros términos: tiene usted unos condenados ojos que todo lo ven y lo penetran. ¿Será, pues, posible que haya en nosotros algo más que materia?

Soy un hombre que ha creído desde la infancia en la naturaleza y en los instintos y funciones naturales, importándole poco que los hombres los declaren conformes o no con la moral. Mucho antes de llegar a doctor, cuando no era más que un chico de escuela y me entretenía en cazar ratones y arañas, ya pensaba yo que lo mejor es ser un buen animal. Pero heme aquí todo confuso: he creído en la naturaleza, y ahora me parece que la naturaleza puede traicionar a los hombres. De modo que, ¿puede haber otra cosa más allá de esta miseria? Siento que me vuelvo loco.

Yo amaba a la mujer de Quinton. ¿Qué había en ello de malo? La naturaleza me lo ordenaba, y el amor es lo que mueve al mundo. También me parecía que ella podía ser más feliz con un animal equilibrado, como yo, que con ese lunático atormentador. ¿Qué había de malo en ello? Yo no tenía que habérmelas sino con hechos, a título de hombre de ciencia. Ella hubiera sido más feliz conmigo.

De acuerdo con mi credo, yo era libre de matar a Quinton, puesto que era lo mejor para todos, incluso para él. Pero, como animal sano, lo que menos se me ocurría era matarme de paso a mí mismo. Así pues, decidí no obrar

mientras no se presentara una ocasión favorable, en que quedara yo libre de sospechas. Esta mañana creí ver la ocasión.

Para decirlo todo, hoy he estado tres veces en el estudio de Quinton. La primera vez no me habló más que de su cuento de brujería, titulado *La maldición de un Santo,* cuento que estaba a la sazón escribiendo y que trataba de cómo un ermitaño indio obligó a suicidarse a un coronel inglés por sugestión. Me mostró las últimas cuartillas y me leyó el párrafo final, que decía más o menos:

“El conquistador de Punjab —verdadero esqueleto amarillo, pero verdadero gigante— logró incorporarse sobre un codo y cuchichear al oído de su sobrino: —*Muero por mi propia mano; sin embargo, muero asesinado.*”

Por una casualidad, estas últimas palabras estaban escritas al principio de una hoja. Salí del estudio y anduve paseando por el jardín, embriagado por la perspectiva de una oportunidad tan admirable.



Comenzamos a dar juntos la vuelta a la casa, y he aquí que se presentan otras dos circunstancias favorables a mi proyecto. Usted tuvo sospechas del indio, y se encontró además una daga que bien podría ser del indio en cuestión. Aprovechando la oportunidad, me guardé la daga en el bolsillo, volví al estudio de Quinton, me encerré en él y le administré el narcótico. Él no quería contestar siquiera a la petición de Atkinson, pero yo volví a su lado y le insté para que hablara y diera gusto al cuñado porque yo necesitaba una prueba de que Quinton todavía estaba vivo cuando yo abandoné la estancia por segunda vez. Quinton se quedó, pues, en el invernadero, y yo atravesé el estudio. Soy hombre de manos ágiles, y en un instante hice mi prestidigitation: eché al fuego toda la primera parte de la novela de Quinton, que pronto quedó reducida a cenizas. Después vi que el guión de la frase del diálogo era inconveniente, y lo corté, y para hacer la cosa más verosímil,

corté del mismo modo todas las cuartillas en blanco que había a la vista. Y después salí del estudio, dejando sobre la mesa la confesión del suicidio de Quinton, y a éste vivo y dormido en el invernadero del fondo.

El último acto fue verdaderamente desesperado: ya lo comprenderá usted. Yo fingí que acababa de ver a Quinton muerto, y eché a correr para entrar en la habitación. A usted lo entretuve con ese papel y, con mi agilidad manual, di muerte a Quinton mientras usted se entregaba a examinar la confesión de suicidio.

Él seguía adormecido, y yo puse el cuchillo en su propia mano, y doblé su mano sobre su pecho. El cuchillo tiene una forma tan equívoca, que sólo un operador podía calcular el sitio conveniente para alcanzar el corazón. Me temí que usted lo sospechara.

»Hecho esto, sucedió la cosa extraordinaria. La naturaleza me abandonó, lo sentí. Sentí que había hecho un mal. Y ahora parece que se me abre el cerebro, y siento un extraño placer ante la idea de contárselo todo a alguien, y me digo confusamente que, si me caso y tengo hijos, ya no estaré a solas con ese horror. ¿Qué me sucede…? ¿Estoy loco? ¿O será posible que tenga uno remordimientos, como si viviera en los poemas de Byron? No puedo escribir más.

JAMES ERSKINE HARRIS.»

El Padre Brown dobló cuidadosamente la carta y se la guardó en el bolsillo del pecho en el preciso instante en que se oyó un gran repiqueteo en la reja y se vieron relucir en la calle los impermeables mojados de los guardias.

VIII
Los pecados del príncipe Saradine

Cuando Flambeau cerró su oficina de Westminster para disfrutar de un mes de vacaciones, decidió pasárselo a bordo de un bote de vela tan pequeño, que casi siempre lo manejaban a remo. Además, Flambeau navegaba por los ríos de las provincias orientales, ríos tan pequeños, que el bote parecía una embarcación mágica que flotara sobre la misma tierra, sobre las vegas y las mieses. El barco tenía sitio para dos pasajeros y capacidad estricta para las cosas más necesarias; Flambeau, pues, lo había llenado de todas las cosas que, según su filosofía, eran indispensables. Reducíanse éstas, al parecer, a cuatro capítulos esenciales: latas de salmón, para alimentarse; revólveres cargados, para caso de guerra; una botella de brandy, sin duda por si desmayaba, y un sacerdote, tal vez en caso de muerte. Y con este ligero equipaje empezó a recorrer los serpenteantes y pequeños ríos de Norfolk, tratando seguramente de llegar a las anchuras de los Broads[72], pero divirtiéndose de paso con los jardines y vegas, las mansiones y aldeas, que se reflejaban en el agua; deteniéndose a pescar en los estanques y recodos, y acariciando la playa en cierto modo.

Flambeau, como verdadero filósofo, no tenía ningún propósito para sus vacaciones; pero tenía, como verdadero filósofo, un pretexto. O más bien, tenía un semipropósito, y lo tomaba lo bastante en serio para que su éxito —si lo lograba— fuera la corona de sus vacaciones, y lo bastante en broma para que su fracaso —si tal acaecía— no las echara a perder. Hacía algunos años, cuando fue el Rey de los Ladrones y la figura más notable de París, solía recibir extraños mensajes de aprobación, denuncias y hasta declaraciones de amor; pero uno de estos mensajes, entre todos, sobrevivía en su memoria.


IVAN

No era más que una tarjeta de visita, metida en un sobre que llevaba el sello de Correos de Inglaterra. En el dorso de la tarjeta, escrito en francés y con tinta verde, se leía: «Si alguna vez se retira usted y se vuelve persona honrada, venga usted a verme. Tengo deseo de conocerle, porque he conocido a todos los grandes hombres de mi época. Esa jugada suya de coger a un detective para arrestar con él a otro, es la escena más espléndida de la historia francesa.» Y en el anverso de la tarjeta, con elegantes caracteres grabados, aparecía este nombre: «Príncipe Saradine, Casa Roja, Isla Roja, Norfolk.»

Flambeau no había vuelto a acordarse del príncipe, y sólo sabía que, en su tiempo, aquel hombre llegó a ser la actualidad mundana más brillante de toda la Italia meridional. Según aseguraban, en su juventud se había fugado con una mujer casada, de su mismo mundo, y, aunque en tal ambiente semejante aventura no tenía nada de inusitado, produjo una gran impresión por la tragedia a que dio lugar: el suicidio del marido injuriado, que, según parece, se arrojó por un precipicio de Sicilia. El príncipe se fue entonces a vivir a Viena por algún tiempo, pero se aseguraba que después se pasó la vida en continuos y agitados viajes. Y cuando también Flambeau, al igual que el príncipe, huyó de la celebridad europea y se estableció en Inglaterra, se le ocurrió hacer una visita de sorpresa al ilustre desterrado de los Broads de Norfolk. Cierto que no estaba seguro de dar con el sitio, harto insignificante y pequeño. Pero a la postre lo descubrió, y mucho antes de lo que se figuraba.

Una tarde amarraron el barco a una ribera llena de matojos y árboles podados. Tras las fatigas del mucho bogar, el sueño se apoderó de ellos muy temprano y, por lo mismo, despertaron al otro día antes de amanecer. Sobre ellos, sobre el bosque de arbustos, paseaba una ancha luna de limón, y el cielo tenía un vivo tinte violeta, nocturno, pero luminoso. Ambos se acordaron de su infancia, de esa era fantástica y misteriosa en que los montones de hierba se nos figuran bosques profundos. Al destacarse sobre el disco de la luna, las margaritas silvestres parecían margaritas gigantes, y los amargones, amargones gigantes. Y ambos, contemplando aquello, recordaban las cenefas de papel que tapizaban los muros del aposento infantil. La profundidad del lecho del río los hundía lo bastante entre las raíces de los arbustos y plantas para que la hierba les resultara muy alta.

—¡Por Júpiter! —exclamó Flambeau—. Esto parece un cuento de hadas.

El Padre Brown se sentó en el bote con un movimiento brusco y se santiguó. Tan brusco fue el movimiento, que su amigo le preguntó qué le sucedía.

—Los que escribieron las baladas medievales —contestó el sacerdote— entendían de cuentos de hadas más que usted. Según ellos, en el país de las hadas no siempre suceden cosas agradables.

—¡Ganas de hablar! —dijo Flambeau—. Bajo esta luna inocente sólo pueden suceder cosas encantadoras. Estoy por seguir adelante ahora mismo, para ver qué pasa. Ni en vida ni en muerte hemos de volver a disfrutar de otra ocasión y otra luna semejantes.

—Muy bien —dijo el Padre Brown—. Yo no he dicho que sea necesariamente malo penetrar en el país de las hadas; lo único que afirmo es que siempre hay peligro en ello.

Empujaron la barca lentamente sobre el río lleno de fulgores. El violeta luminoso del cielo y el oro pálido de la luna fueron desvaneciéndose, hasta decaer en ese cosmos vasto, difuso, que precede a los colores del alba. Había ya bastante luz, todos los objetos eran visibles, cuando divisaron los techos en declive y los puentes de aquella aldehuela ribereña. Las casas, con sus tejados largos, bajos, pendientes, parecían bajar a abrevarse al río, como un inmenso ganado pardo y rojo. La aurora, cada vez más blanca y radiante, había empezado ya a difundir la luz del día, antes de que los dos amigos vieran un alma viviente por los embarcaderos y puentes de la aldea. De pronto descubrieron a un hombre de aspecto muy plácido y próspero, en mangas de camisa, cara tan redonda como la luna que acababa de desaparecer y cruzada por las rayas rojas de las patillas, que estaba apoyado en un poste, contemplando la perezosa marea. Por inexplicable impulso, Flambeau se puso de pie haciendo mecerse el bote, y le gritó al hombre que si sabía dónde estaba la isla Roja o la Casa Roja. La sonrisa de satisfacción del hombre se hizo un poco más expresiva, y por respuesta señaló simplemente el próximo recodo del río.

Flambeau, sin hablar, siguió remando.

El bote tuvo que pasar aún por muchos rincones llenos de verdor y cruzar muchos silenciosos tramos del río; pero, antes de que la pesquisa se pusiera monótona, doblaron un recodo en ángulo agudo y entraron en un remanso o lago, cuyo solo aspecto instintivamente los atrajo. En mitad de las espaciosas aguas, rodeado de juncos, aparecía un islote bajo, alargado, sobre el cual se veía una casa también baja y alargada, construida al modo de las chozas indias, de bambú o alguna otra caña correosa de los trópicos. El bambú de los muros era de color amarillo pálido, y el de los techos inclinados era de un rojo o café oscuro. La casa daba una impresión de uniformidad, de monotonía. La

brisa matinal hacía cantar los cañaverales en torno a la isla, zumbando por las costillas de la casa como en una gigantesca flauta de Pan[73].

—¡Por San Jorge! —exclamó Flambeau—. Este es el sitio que buscamos. Esta, y no otra, es la isla Roja, y esa tiene que ser la Casa Roja. Ese hombre gordo y patilludo debe de ser el hada bienhechora de los cuentos.

—Es posible —observó el Padre Brown imparcialmente—. Ojalá no resulte un hada maléfica.

Pero ya el impetuoso Flambeau metía el bote por entre las cañas susurrantes y pronto estaban los dos sobre aquella isla tan curiosa y tan larga, junto a aquella casa tan singular y tan sola.

El fondo de la casa daba al río, sobre el único desembarcadero posible; la entrada principal daba al otro lado, sobre el jardín de la isleta. Los visitantes se adelantaron por una vereda que casi recorría tres lados de la casa, al amparo de los bajos aleros. Y a través de tres distintas ventanas que daban a tres muros distintos, vieron desde fuera la misma sala larga, clara, revestida de madera ligera, con muchos espejos, y dispuesta como para un almuerzo elegante.



La puerta principal, cuando al fin llegaron a ella, les apareció adornada con dos tiestos de flores de color azul turquesa. Acudió a abrir un mayordomo del tipo más seco —largo, flaco, entrecano, indiferente—, quien dijo que el

príncipe Saradine no estaba en casa, pero era esperado de un momento a otro, por lo cual la casa estaba preparada para recibirlo a él y a sus huéspedes. Al ver la tarjeta escrita con tinta verde, hubo un aleteo de vida en la cara apergaminada del exangüe servidor, y con cierta cortesía indecisa manifestó que los forasteros podían esperar en la casa.

—Su Alteza estará aquí de un momento a otro —dijo—, y sentiría mucho no haber podido ver a un caballero a quien ha invitado. Tenemos orden de preparar siempre algunos fiambres para él y para sus amigos, y estoy seguro de interpretar sus deseos invitando a los señores.

Incitado por la curiosidad de esta pequeña aventura, Flambeau aceptó muy agradecido, y siguió al anciano, que los introdujo con toda ceremonia en el salón artesonado. Allí lo único notable que había era la extraordinaria variedad de ventanas bajas con multitud de espejos bajos y oblongos, todo lo cual daba al sitio un aspecto singular de inconsciencia y ligereza. Almorzar allí era como almorzar al aire libre. Por los rincones había alguno que otro cuadro, figurando todos escenas tranquilas. Uno de ellos era la fotografía de un joven uniformado, y otro era un pastel rojo que representaba dos niños de cabellos largos. Flambeau preguntó si el joven militar era el príncipe, y el criado dijo al instante que no, que aquél era el hermano menor de Su Alteza, el capitán Stephen Saradine. Y, tras haberse dignado decir esto, el anciano pareció perder todo gusto por la conversación y quedarse mudo y seco.

Después del almuerzo, que acabó con exquisito café y licores, los huéspedes fueron conducidos al jardín y la biblioteca, y presentados al ama de llaves, una hermosa señora vestida de negro, no poco majestuosa, que tenía el aire de una madona plutónica[74]. Resultó que ella y el mayordomo era lo único que quedaba del antiguo *ménage*[75] extranjero del príncipe, y que el resto de la servidumbre era gente nueva, contratada por el ama en Norfolk. El ama respondía al nombre de Mrs. Anthony, pero hablaba con ligero acento italiano, y Flambeau no dudó un instante de que «Anthony» era una versión, para uso en Norfolk, de algún otro nombre más latino. Mr. Paul, el mayordomo, también tenía un leve acento extranjero, pero hablaba y se portaba muy a la inglesa, como la mayoría de los criados bien educados de la nobleza cosmopolita.

Con ser lindo y original, aquel lugar tenía cierta extraña tristeza luminosa. Las horas allí parecían días. Las salas largas y llenas de ventanas eran muy claras, pero su luz parecía luz muerta. Y por entre todos los rumores accidentales —el murmullo de la charla, el tintineo del vidrio, el paso de los criados— podía oírse incesantemente el melancólico susurro del río.

—Hemos dado un mal paso, y hemos llegado a mal sitio —dijo el Padre Brown, contemplando desde una ventana los juncos verdes y grisáceos y la corriente de plata—. Pero no importa: a veces hace uno bien con el simple hecho de ser la única persona buena en un mal sitio.

Aunque el Padre Brown era de suyo silencioso, era también un hombrecillo de lo más simpático, y, en aquellas pocas horas inacabables, logró inconscientemente penetrar en los secretos de La Casa Roja mucho más que su amigo el profesional. Poseía esa treta del silencio amistoso que es tan indispensable para provocar que le cuenten a uno las cosas; y, con hablar apenas una palabra, obtenía de los recién conocidos cuanto era posible obtener de ellos en cualquier otra circunstancia. Cierto que el mayordomo era de natural poco comunicativo. Se adivinaba en él un afecto obstinado y casi animal hacia su amo, quien, decía él, había tenido que sufrir muchas injusticias. Y el que más le había hecho sufrir era, según parece, el hermano de Su Alteza, cuyo solo nombre le alargaba al viejo la cara y le hacía arrugar la nariz de loro con desprecio. Por lo visto, el capitán Stephen era una mala cabeza; y le había sacado a su benévolo hermano cientos y miles, obligándolo a abandonar la vida elegante y a refugiarse tranquilamente en aquel retiro. Esto era todo lo que Paul, el mayordomo, podía decir, y Paul era evidentemente un testigo parcial.

El ama italiana era algo más comunicativa; acaso —pensó Brown— porque estaba menos contenta con su estado. El tono con que hablaba del amo era un si es o no es ácido, aunque no desprovisto de temor. Flambeau y su amigo estaban en el salón de los espejos examinando el pastel de los dos niños, cuando el ama entró, presurosa y callada, a cumplir alguna tarea doméstica. Una peculiaridad de aquel salón deslumbrante y revestido de espejos era que, cualquiera que entrara, se reflejaba en cuatro o cinco lunas a la vez. El Padre Brown, sin volver el rostro, se interrumpió en mitad de una frase de crítica sobre la familia. Pero Flambeau, con la cara pegada al cuadro, continuó en voz alta:

—Supongo que son los hermanos Saradine. Ambos parecen muy inocentes. Difícil sería saber cuál de los dos es el buen hermano y cuál el malo.

Después, percatándose de la presencia de la señora, compuso lo dicho con alguna trivialidad y salió al jardín. Pero el Padre Brown siguió contemplando atentamente el rojo boceto, y Mrs. Anthony se quedó a su vez contemplando atentamente al Padre Brown.

Tenía unas cejas negras, espesas y trágicas. Su cara, aceitunada, revelaba una oscura expresión de asombro, como el que duda sobre los propósitos o la identidad del huésped forastero. Sea que el traje y el credo del sacerdote despertaran en ella recuerdos meridionales del confesonario, o sea que se figurara que el sacerdote estaba más al tanto de lo que aparentaba sobre las interioridades de aquella casa, el caso es que se dirigió a él en voz baja, como a un cómplice, y le dijo:

—No le falta razón a su amigo. Dice que sería difícil distinguir al buen hermano del malo. Y, en efecto, muy difícil, muy difícil sería saber cuál es el bueno.

—No la entiendo a usted —dijo el Padre Brown, dando unos pasos para salir del salón.

La mujer se acercó a él con unas cejas tremendas y una especie de decisión salvaje, a la manera de un toro que baja la cornamenta.

—Es que ninguno es bueno —dijo con un cuchicheo silbante—. Porque si hay maldad en el modo de gastar el dinero que tenía el capitán, no creo que hubiera mucha bondad en las razones que movían al príncipe a proporcionarle cuanto el otro le pedía. No sólo el capitán merece reproches.

En la cara del clérigo, que estaba vuelto a otra parte, hubo un fulgor de interés, y su boca, en silencio, formuló la palabra chantaje. Pero en aquel instante volvió el rostro —un rostro lívido— y casi cayó de espaldas. La puerta se había abierto sin ruido, y en el umbral aparecía, como un duende, el pálido Paul. Y el juego fantástico de reflejos hizo aparecer cinco Pauls por cinco puertas al mismo tiempo.

—Su Alteza —anunció— acaba de llegar.

Al mismo tiempo, el bulto de un hombre pasó por la primera ventana como por un escenario iluminado. Un instante después pasó por la segunda ventana, y la multitud de espejos reflejó en imágenes sucesivas el mismo perfil aguileño y la figura en marcha. Era un hombre erguido y alerta, pero con el pelo enteramente blanco y un extraño tinte amarillo marfil. Tenía esa nariz romana, corta y corva, que generalmente va acompañada de unas mejillas enjutas y una barba alargada, aunque todo ello quedaba enmascarado en parte por el bigote y la perilla. El bigote era más oscuro que la barba, lo cual producía un efecto ligeramente teatral; y también su traje tenía algo de sainete, porque llevaba un sombrero de copa blanco, una orquídea en la solapa, un chaleco amarillo y unos guantes amarillos que sacudía y hacía sonar a su paso. Cuando llegó a la puerta principal oyeron que el rígido Paul salía a abrirle, y que el recién llegado decía alegremente:

—Bueno, ya ves: aquí me tienes.

El rígido Mr. Paul hizo una reverencia y contestó algo con aquella imperceptible voz. No se pudo oír lo que hablaron durante unos minutos. Después el mayordomo afirmó:

—Todo está dispuesto.

Y el príncipe, siempre sacudiendo los guantes, entró alegremente en el salón para dar la bienvenida a sus huéspedes. Y éstos presenciaron una vez más aquella escena espectral: cinco príncipes que entraban en el salón por cinco puertas.

El príncipe puso su sombrero blanco y sus guantes amarillos sobre la mesa, y alargó la mano cordialmente:

—Encantado de verlo a usted por aquí, Mr. Flambeau. Lo conocía yo a usted mucho por la fama, si es que esta observación no es indiscreta.

—No, para nada —dijo Flambeau riendo—. Yo no soy hombre puntilloso. Amén de que muy pocas reputaciones se logran a costa de la virtud inmaculada.

El príncipe le disparó una mirada, preguntándose si en aquella respuesta habría intención. Después rió también y ofreció sillas a todo el mundo, incluso a sí mismo.

—Creo que éste es un sitio agradable —dijo con aire desenvuelto—. No hay mucho en que divertirse, pero la pesca es de lo mejor.

El sacerdote, que había estado observándolo con la gravedad propia de un bebé, empezó a sentir que se apoderaba de él una idea indefinible. Miraba aquellos cabellos grises cuidadosamente rizados, aquella cara amarillenta, aquella figura sutil y un tanto afectada. Nada de aquello era extraordinario, aunque todo ello algo acentuado, algo *prononcé*[76], como de personaje que se prepara para salir a las candilejas. Pero la mayor curiosidad de aquel hombre estaba en otra cosa: estaba en el armazón mismo de su cara. Brown se sentía atormentado por un vago recuerdo, y le parecía haberlo visto ya en otra parte. Aquel hombre se le figuraba un antiguo amigo disfrazado. Pero de pronto, pensando en los espejos, se dijo que quizá todo ello era efecto psicológico de la multiplicación de las máscaras humanas.

El príncipe Saradine distribuía sus atenciones entre ambos huéspedes con la mayor alegría y tacto. El detective le resultó aficionado a los deportes y dispuesto a emplear bien sus vacaciones, y el príncipe lo condujo, con su bote y todo, al mejor sitio para la pesca, y en veinte minutos estuvo de regreso, con ayuda de su propia canoa, para reunirse con el Padre Brown en la biblioteca, y sumergirse en el filosófico divertimiento del sacerdote con una cortesía

ecuánime y perfecta. Parecía entender tanto de pesca como de lectura, aunque en punto a libros no conocía cosas muy edificantes. Hablaba cinco o seis lenguas diferentes; o, mejor dicho, hablaba el dialecto popular de todas ellas. Era evidente que había vivido en muchas ciudades y en sociedades muy mezcladas, porque sus más divertidas historias se referían a los infiernos del juego y a los antros del opio, a los campesinos de Australia o a los bandidos italianos. El Padre Brown sabía ya que el en otro tiempo célebre Saradine se había pasado los últimos años viajando, pero no tenía idea de que estos viajes hubieran sido tan inconvenientes, o, por lo menos, tan divertidos.

Porque, en efecto, el príncipe Saradine con toda su dignidad de hombre de mundo irradiaba hacia sus observadores, y especialmente si eran tan sensibles como el sacerdote, una atmósfera de inquietud y hasta de algo sospechoso… Su cara era pulcra, pero su mirada era salvaje; padecía ciertos tics nerviosos, como de hombre aficionado a la bebida o las drogas, y ni tenía ni se preciaba de tener la mano sobre el timón de los asuntos domésticos. Estos quedaban confiados a los dos antiguos servidores, y sobre todo al mayordomo, que era sencillamente la columna central de la casa. Mr. Paul, en efecto, era, más que un mayordomo, un senescal o chambelán; comía aparte, pero casi con tanta pompa como el amo; era temido de los criados, y consultaba todo con el príncipe, con mucho respeto pero no con humildad, como si fuera el procurador del príncipe. A su lado, la oscura ama era una sombra; y, en verdad, pareció borrarse como si fuera tan sólo la servidora del criado principal; de suerte que el Padre Brown no volvió ya a oír aquellos cuchicheos volcánicos sobre los chantajes del hermano menor al mayor. Por lo demás, aunque no era enteramente seguro que el príncipe hubiera sido robado por el ausente capitán mediante el procedimiento del chantaje, lo cierto es que ello parecía muy probable, por aquella cosa equívoca, aquella cosa sospechosa que había en la presencia de Saradine.

Cuando volvieron al largo salón de las ventanas y los espejos, la luz amarilla de la tarde reverberaba en el agua y en las riberas llenas de mimbres; a lo lejos se oyó el sonido de un avetoro como el tamborcillo diminuto de un elfo. Y otra vez por la mente del sacerdote, como una nubecilla turbia, voló el sentimiento singular de que aquél era un sitio funesto, triste, embrujado.

—Ojalá regrese pronto Flambeau —dijo.

—¿Cree usted en los agüeros? —preguntó de súbito el inquieto príncipe Saradine.

—No —contestó su huésped—. Yo sólo creo en el Juicio Final.

El príncipe se volvió hacia él desde la ventana y lo contempló de un modo extraño. Sobre la luz crepuscular, su cara era una sombra chinesca.

—¿Qué quiere usted decir? —interrogó.

—Quiero decir que aquí vivimos en el revés del tapiz. Que lo que aquí acontece no tiene ninguna significación; pero que después, en otra parte, todo cobra sentido. Que en alguna parte el verdadero culpable tendrá su merecido, aunque aquí la justicia parezca equivocarse y caer sobre el inocente.

El príncipe hizo un ruido animal, inexplicable. En su sombría cara, sus ojos parecieron brillar de un modo inverosímil. Y en el espíritu del sacerdote estalló, silenciosamente; otro pensamiento funesto. ¿Qué significaba aquella mezcla de brillo y sorpresa en la conducta del príncipe Saradine? ¿Acaso el príncipe… no estaba enteramente cuerdo? El príncipe se había quedado repitiendo: «¡El inocente, el inocente!», con una persistencia algo exagerada para ser una simple exclamación convencional.

Pero no; no era locura. Más tarde el Padre Brown descubriría la verdad.

En los espejos vio que la silenciosa puerta se abría, y en ella se dibujaba el silencioso Mr. Paul, con su impavidez y lividez habituales.

—Creo conveniente anunciar —dijo con una energía respetuosa, como de viejo abogado de la familia— que un barco de seis hombres, con un caballero en la popa, acaba de llegar al desembarcadero.

—¿Un barco? —repitió el príncipe—. ¿Un caballero?

Y se puso de pie.

Hubo un silencio, puntuado solamente por el rumor del ave entre los juncos. Y poco después, antes de que ninguno hubiera proferido una palabra, una figura nueva, un perfil nuevo, pasó frente a cada una de las tres ventanas, como una o dos horas antes pasara el príncipe. Pero salvo por la coincidencia de que ambos perfiles eran aguileños, ningún parecido tenían. En lugar del sombrero blanco de Saradine, el nuevo personaje traía un sombrero negro de forma anticuada y extranjera, bajo el cual se veía una fisonomía solemne y juvenil, una cara completamente afeitada, algo azulada en la mandíbula —mandíbula dura y voluntariosa—, y que recordaba un poco la cara de Napoleón cuando joven. Esta semejanza aumentaba aún por el aire de vejez y extrañeza del traje: se diría que aquel joven no se había tomado el trabajo de cambiar las modas de sus padres. Llevaba una levita azul raída, un chaleco rojo de aspecto militar y uno de aquellos pantalones blancos que se usaban a principios de la era victoriana, pero que ahora resultan muy ridículos. Y de aquel conjunto de vejeces salía una cara aceitunada llena de juventud y monstruosamente sincera.

—¡Diantre! —dijo el príncipe Saradine, y dándose una palmada en el sombrero fue en persona a abrir la puerta. La puerta se abrió sobre un jardín crepuscular.

El recién llegado y sus acompañantes se habían extendido por la vereda como un pequeño ejército de teatro. Los seis remeros habían arrastrado el bote a la playa, y parecían guardarlo con aire amenazador, embrazando como lanzas los remos. Eran unos hombres atezados, y algunos llevaban aretes. Uno de ellos estaba junto al joven de la cara aceitunada y el chaleco rojo, y llevaba consigo una caja negra muy sospechosa.

—¿El nombre de usted —preguntó el joven— es Saradine?

Saradine asintió como de mala gana.

El recién llegado tenía unos ojos absortos y negros, unos ojos de perro, antípodas de los ojitos grises y relampagueantes del príncipe, y también esta vez el Padre Brown tuvo la fantástica idea de haber visto ya en otra parte un ejemplar de aquella cara; pero también esta vez recordó los espejos multiplicadores como causa posible de esta ilusión.

—¡Vaya con el palacio de cristal! —se dijo—. Ve uno todo repetido tantas veces, que todo le parece un sueño.

—Si usted es el príncipe Saradine —continuó el joven—, sepa usted que mi nombre es Antonelli.

—Antonelli —repitió el príncipe con languidez—. Sí…, me parece recordar ese nombre.

—Permítame que me presente a mí mismo —dijo el joven italiano.

Con la mano izquierda se descubrió cortésmente, y con la derecha descargó una bofetada tan sonora en la cara del príncipe, que el sombrero blanco de éste cayó rodando por las gradas, y uno de los tiestos de flores azules se bamboleó en su pedestal.

El príncipe podría ser persona sospechosa, pero no era cobarde. Saltó al cuello de su enemigo y casi lo derribó sobre la hierba. Pero éste logró desasirse con una cortesía presurosa, y dijo jadeante y en un inglés trabajoso:

—Perfectamente. He cometido una injuria. Ahora debo dar satisfacción. Marco, abre la caja.

El hombre de las arracadas abrió la caja negra. Sacó de ella dos espadas italianas, de espléndida guarda y hoja de acero, y las clavó en el suelo. Junto a la puerta, el extraño joven, con aquella cara amarilla y vindicativa, las dos espadas que parecían cruces de cementerio, y en el fondo la línea de remeros, todo ello producía un singular efecto de tribunal de justicia bárbara. Pero lo demás continuaba igual: tan súbito había sido el incidente. El aro del sol

crepuscular relucía aún, y el avetoro seguía redoblando como para anunciar alguna fatalidad.

—Príncipe Saradine —dijo el llamado Antonelli—. Cuando yo estaba en pañales, usted mató a mi padre y robó a mi madre. Mi padre fue el más afortunado. Pero usted no lo mató airosamente, como voy yo a matarlo a usted. Usted y mi perversa madre lo condujeron a un solitario paraje de Sicilia, lo arrojaron por un precipicio y continuaron tranquilamente su paseo. Yo, si quisiera podría imitarlo a usted; pero el procedimiento me resulta muy vil. Lo he seguido por todo el mundo: usted ha huido siempre de mí. Pero hemos llegado al término del mundo y de la existencia de usted. Ya lo tengo a usted, y le doy todavía una posibilidad que usted no concedió a mi padre. Escoja una espada.

El príncipe Saradine, fruncido el ceño, pareció vacilar un instante, pero todavía zumbaba en sus orejas el ruido de la bofetada. De un salto empuñó una de las armas. El Padre Brown saltó también tratando de interponerse en la disputa; pero pronto se convenció de que su presencia empeoraba las cosas. Saradine era un francmasón, un feroz ateo, y la presencia del sacerdote lo provocaba en vez de refrenarlo. En cuanto al otro, ni clérigo ni laico hubieran podido conmoverlo. Aquel joven de cara a lo Bonaparte y ojos negros era algo mucho más duro que un puritano: era un pagano. Era un matador de los que había en el albor de la Tierra; era un hombre de la Edad de Piedra, un hombre de piedra.

Quedaba todavía una esperanza: acudir al ama. Y el Padre Brown entró corriendo por las habitaciones. Y se encontró con que todos los criados se habían ido de asueto por orden del autócrata Paul y sólo la sombra de Mrs. Anthony vagaba por las desiertas salas. En el instante en que la mujer volvió hacia él el rostro azorado, el sacerdote descubrió uno de los enigmas de la casa de los espejos. Las espesas cejas y los ojos negros de Antonelli eran una reproducción de los ojos negros y espesas cejas de Mrs. Anthony. Y al instante comprendió la mitad de la historia.

Su hijo está ante la puerta —dijo sin perder el tiempo en rodeos—. El o el príncipe van a morir. ¿Dónde está Mr. Paul?

—En el embarcadero —dijo la mujer con desmayo—. Está… haciendo señales para pedir socorro.

—Mrs. Anthony —dijo el Padre Brown gravemente—, no es hora de hacer disparates. Mi amigo está con su bote pescando en el río. El bote de su hijo está guardado por la gente que le acompaña. No queda más que la canoa del príncipe. ¿Qué se propone hacer con ella Mr. Paul?

—¡Santa María! ¡No lo sé! —dijo ella, y cayó desvanecida sobre la estera.

El Padre Brown la levantó y acostó en un sofá, le volcó encima un jarro de agua, gritó pidiendo socorro, y después se lanzó a todo correr rumbo al desembarcadero de la islita. Pero ya la canoa iba a media corriente, y el viejo Paul la empujaba río arriba con una energía increíble en sus años.

—Voy a salvar a mi amo —gritó con ojos llameantes—. ¡Todavía puedo salvarlo!

El Padre Brown no pudo más que mirar de lejos la canoa combatida por la corriente y hacer votos por que el viejo llegara a tiempo de dar la alarma en el pueblo.

—Mala cosa es un duelo —dijo para sí, rascándose los cabellos color de tierra—. Pero en este duelo hay algo todavía peor que el duelo. Lo adivino, aunque ignoro qué podrá ser.

Y mientras contemplaba el agua, convertida en agitado espejo del crepúsculo, oyó al otro lado del jardín un ruido breve, pero inequívoco: el golpe frío del acero. Y volvió la cabeza.

Al otro lado, en el cabo o saliente mayor del islote, sobre la zona de hierba que corría más allá del último sembrado de rosas, los duelistas acababan de cruzar los hierros. La tarde era una cúpula de oro virgen, y así, aunque estaban distantes, se podía apreciar hasta el menor detalle de la escena. Los combatientes estaban en mangas de camisa, pero el chaleco amarillo y la cabeza blanca de Saradine, y el chaleco rojo y los pantalones blancos de Antonelli, brillaban a la luz igual que los colores de dos muñecos mecánicos danzantes. Las dos espadas centelleaban de la punta al pomo como dos alfileres de diamantes. Y había algo de terrible en el hecho mismo de que las dos figuras aparecieran tan diminutas y alegres. Se dirían dos mariposas tratando de clavarse en un corcho.

El Padre Brown corrió con todas sus fuerzas, y sus piernecitas giraban como ruedas. Pero al llegar al campo de combate comprendió que había llegado demasiado tarde y demasiado pronto a la vez: demasiado tarde para detener la lucha, que se había empeñado ya tenazmente al amparo de los tétricos sicilianos apoyados en sus remos; demasiado pronto para prever el resultado desastroso. Porque los dos combatientes eran de igual fuerza, y el príncipe usaba su agilidad con cierta cínica confianza, mientras que el siciliano se portaba con una minuciosidad asesina. Pocos encuentros más hermosos hubieran podido verse en salones y anfiteatros llenos de público que aquel combate, retiñente y brillante, sobre el islote olvidado en el riachuelo. Y la vertiginosa lucha se fue alargando de tal modo, que la esperanza volvió a

alentar en el corazón del cuitado sacerdote; muy probable era, en efecto, que Paul no tardara en llegar con la policía. Tampoco sería malo que volviera de su pesca Flambeau, porque Flambeau, físicamente hablando, valía por cuatro hombres. Pero ni señales de Flambeau se veían; y, lo que era más extraño, tampoco de Paul y la policía. Y ni balsa ni leño aparecía flotando sobre las aguas; en aquella isla perdida, en aquel lago innominado, los hombres estaban tan abandonados como en una roca del Pacífico.

De pronto, el timbreo de las espadas se transformó en un rechinido, el príncipe abrió los brazos, y la punta disparada del arma enemiga le salió por la espalda, entre los omoplatos. El príncipe giró sobre sí mismo. La espada se escapó de su mano como una estrella errante, y derivó sobre el río. Y el príncipe cayó tan pesadamente, que rompió un rosal con su cuerpo y levantó una nube de tierra roja, como el humo de un sacrificio pagano. El siciliano acababa de consumar una ofrenda de sangre ante los manes paternos.

El sacerdote se arrodilló al instante junto al cuerpo, sólo para confirmar que era ya cadáver. Y mientras todavía intentaba las últimas pruebas desesperadas, oyó unas voces en el río, y vio un bote de la policía que arribaba al embarcadero, del cual salieron agentes y personajes del pueblo, y con ellos el espantado Paul. El curita se levantó entonces con un gesto amargo y dudoso.

—¿Por qué —murmuró—, por qué no han venido antes?

Siete minutos más tarde la isla estaba invadida de aldeanos y policías; éstos arrestaron al vencedor y le recordaron ritualmente que cualquier cosa que declarara sería aprovechada en contra suya.

—No tengo nada que declarar —dijo el monomaniaco con admirable serenidad—. Nada más he de decir. Soy muy dichoso y sólo deseo que me ahorquen.

Después enmudeció, y es tan asombroso como cierto que desde que fue conducido por los agentes no volvió a abrir la boca, salvo para decir la palabra «convicto», cuando se abrió el proceso.

El Padre Brown había visto desde el jardín, tan repentinamente poblado, el arresto del homicida y la conducción del cadáver después del examen médico, como quien asiste al desenlace de un drama repugnante. Y estaba inmóvil, como quien ve visiones. Dio su nombre y señas para servir de testigo, pero no aceptó el ofrecimiento de pasar el río en el bote, y se quedó solo en el jardín de la isleta, contemplando el rosal quebrado y el verde campo de aquella súbita e inexplicable tragedia. La luz iba muriendo en el río. La

niebla ascendía de las pantanosas riberas. Revoloteaban los pájaros retardados.

En la subconsciencia del sacerdote —que era tan vívida—, estaba clavada la idea de que algo quedaba por explicar. Y este sentimiento de misterio que todo el día le había dominado, no podía explicarse sólo por el efecto de los espejos. Le parecía que no había visto un verdadero suceso, sino una máscara o simulacro. Con todo, no se acarrea un cadáver ni se cuelga a un hombre por mera pantomima.

Rumiaba todo esto sentado en las gradas del embarcadero, cuando vio venir la mancha alta y negra de una vela que avanzaba silenciosamente por el río lleno de fulgores. Se puso en pie de un salto, poseído de una emoción tan súbita que estuvo a punto de llorar.

—¡Flambeau! —exclamó, y con ambas manos saludaba efusivamente a su amigo, con gran asombro de éste, que salía del bote con sus aparejos de pescar—. ¡Amigo Flambeau! ¿De modo que a usted no lo han matado?

—¡Matado! —repitió el pescador con el mayor asombro—. ¿Y por qué me habían de matar?

—¡Ay, porque casi han matado a todo el mundo! —dijo el otro sin saber lo que decía—. Saradine ha sido asesinado, y Antonelli sólo desea que lo cuelguen, y su madre se ha desmayado, y yo ya no sé si estoy en este mundo o en el otro. Pero, gracias a Dios, usted está a mi lado.

Y, como si tuviera miedo, se cogió del brazo del sorprendido Flambeau.

Abandonaron el embarcadero, y al pasar bajo los aleros de la casa de bambú miraron por la ventana como lo habían hecho al llegar. Y descubrieron un interior iluminado digno de atraer sus miradas. Cuando el matador de Saradine cayó sobre aquella isla como una bomba, ya habían dispuesto la mesa para cenar en el salón largo. Y he aquí que ahora la cena había comenzado plácidamente, porque a un lado de la mesa estaba sentada Mrs. Anthony, algo azorada, y al otro lado Mr. Paul, el *major domo*[77], comiendo y bebiendo con muy buen apetito, y los ojos cegatones y azulencos saliéndosele de la cara, con un semblante indescifrable, pero no exento de satisfacción.

Con un ademán de poderosa impaciencia, Flambeau llamó a la ventana, la abrió y asomó una cara indignada:

—¡Muy bien! —exclamó—. Comprendo que ustedes necesiten algún alimento; pero, realmente, esto de robar la cena del amo cuando el amo yace muerto en el jardín…

—Yo he robado ya muchas cosas durante mi alegre vida —replicó el misterioso anciano plácidamente—, pero esta cena es una de las pocas cosas que no he robado. Esta cena y esta casa y este jardín son de mi pertenencia.

Una idea cruzó por la mente de Flambeau.

—Quiere usted decir —empezó— que el testamento del príncipe Saradine…

—El príncipe Saradine soy yo —dijo el viejo, masticando una almendra salada.

El Padre Brown, que estaba distraído con el revoloteo de los últimos pájaros, saltó como herido, y asomó también por la ventana una cara tan pálida como un nabo.

—¿Usted es *qué*? —preguntó con voz chillona.

—Paul, príncipe Saradine, *à vos ordres*[78] —dijo el venerable personaje muy cortésmente, levantando un vaso de jerez—. Aquí vivo muy contento, porque soy hombre de hábitos muy domésticos; y por modestia me dejo llamar Mr. Paul, para distinguirme de mi infortunado hermano Mr. Stephen. Según me han contado, éste acaba de morir… en el jardín. Naturalmente, yo no tengo la culpa de que sus enemigos vengan a buscarlo hasta aquí. Esto se debe a la lamentable irregularidad de su vida. No tenía un carácter doméstico.

Calló y se quedó contemplando el muro, justamente por encima de la cabeza inclinada de la mujer. Y los huéspedes apreciaron entonces aquel aire de familia que ya les había impresionado al ver al otro hermano. Y de pronto el viejo comenzó a agitar los hombros, como si se asfixiara, pero su rostro permaneció impávido.

—¡Dios mío! —exclamó Flambeau—. ¡Si está riendo!

—Vámonos —dijo el Padre Brown, que estaba completamente lívido—. Vámonos de esta casa infernal. Vámonos otra vez a nuestro honrado bote.

Cuando se alejaron de la isla, la noche había envuelto ya la tierra y el río. Se dejaron ir río abajo, calentándose con dos enormes cigarros que ardían como dos rojas linternas de barco. El Padre Brown dijo:

—Supongo que entenderá usted ahora toda la historia. Después de todo, es una historia muy primitiva: un hombre tenía dos enemigos; era hombre perspicaz, y comprendió que tener dos enemigos era mejor que tener uno solo.

—No lo entiendo —dijo Flambeau.

—Pues muy sencillo —le contestó su amigo—. Sencillo hasta la candidez. Ambos Saradine son unos picaros; pero el príncipe, el mayor, era el pícaro que llega a la cumbre, y el menor, el capitán, era el pícaro que se hunde en el

abismo. Este escuálido oficial descendió de mendigo a chantajista, y un triste día se apoderó de su hermano el príncipe. Sin duda, la causa no era leve, porque el príncipe Paul Saradine era francamente derrochador por una parte, y por otra no tenía ya reputación que perder en cuanto a los meros pecados convencionales de la buena sociedad. La verdad es que la causa era causa de horca, y que Stephen tenía cogido a su hermano literalmente con una cuerda alrededor del cuello. De algún modo, en efecto, había descubierto la verdad respecto al asunto de Sicilia, y podía probar que Paul había asesinado a Antonelli en las montañas. El capitán estuvo haciéndose pagar su silencio espléndidamente durante diez años, hasta que la fortuna del príncipe, con ser inmensa, comenzó a escasear.

»Pero el príncipe Saradine, además de este hermano sanguijuela, tenía otros cuidados. Sabía que el hijo de Antonelli, que era un pequeñuelo en los días del asesinato, había sido educado en la salvaje lealtad siciliana, y sólo vivía para vengar a su padre, y no con la horca, porque carecía de las pruebas legales que poseía Stephen, sino con las antiguas armas de la *vendetta*[79]. El muchacho había practicado las armas hasta alcanzar una terrible perfección; y, cuando llegó a la edad de usarlas, el príncipe Saradine comenzó, como decían las crónicas sociales, a viajar. Lo cierto es que comenzó a huir de un lugar a otro como un criminal perseguido; pero en su busca iba siempre un hombre incansable. Tal era la situación del príncipe Paul: una situación poco envidiable. Cuanto más dinero gastaba en huir de Antonelli, menos le quedaba para hacer callar a Stephen. Y cuanto más le daba a Stephen, menos probabilidades le quedaban de escapar definitivamente de Antonelli. Y entonces fue cuando demostró ser un gran hombre, un genio como Napoleón.

»En lugar de resistir a sus dos antagonistas, se rindió de pronto a los dos. Como un luchador japonés, se echó fuera, y sus dos enemigos cayeron postrados ante él. Paró su arrebatada carrera por el mundo, y dio sus señas al joven Antonelli; después, hizo a su hermano entrega de todo lo que poseía. Le envió dinero bastante para que se vistiera con elegancia y viajara con lujo, y le puso una carta en estos o parecidos términos: «Esto es todo lo que me queda. Me has desposeído. Todavía tengo una casita en Norfolk, con criados y bodega, y si todavía me pides más, sólo eso me falta darte. Ven y toma posesión de ello, si quieres, y déjame vivir a tu lado tranquilamente en calidad de amigo o agente, o cualquier cosa.» El príncipe sabía que el siciliano nunca había visto a los hermanos Saradine sino, a lo sumo, en retrato. El siciliano, pues, sólo sabía que se parecían un poco y que ambos tenían una barbita gris. Entonces el príncipe se afeitó y esperó. La trampa obró sola. El desdichado

capitán, con su traje nuevo, entró en casa en calidad de príncipe, y caminó derecho hacia la espada del siciliano.

»Pero hay siempre una dificultad, una dificultad que es la honra de la humana naturaleza. Los hombres perversos como Saradine suelen equivocarse por el solo hecho de que no cuentan con la virtud humana. El príncipe daba por hecho que el golpe del italiano, cuando viniera, había de ser oscuro, violento y anónimo, como la acción que se proponía vengar; que la víctima sería acuchillada de noche o muerta a tiros desde su vallado, y así moriría sin proferir una palabra. El príncipe Paul pasó, pues, un mal rato cuando Antonelli propuso caballerescamente un duelo, con todas sus posibles aclaraciones. En ese momento le descubrí a bordo de la canoa con ojos espantados: trataba de huir sin sombrero en un barco, antes que Antonelli averiguara quién era.

»Pero, aunque temeroso, no estaba desesperado. Conocía al aventurero y conocía al fanático. Era más que probable que Stephen, el aventurero, se callara, sólo por el histriónico gusto de desempeñar un papel, por el empeño de salir en defensa de su recién adquirida situación de príncipe, por su confianza en el azar, propia de pícaro, y por su pericia en el manejo de las armas. Era seguro que Antonelli, el fanático, también callaría, y preferiría dejarse colgar a contar la historia de su familia. Paul anduvo navegando en el río hasta que comprendió que el combate había terminado. Entonces dio la alarma en el pueblo, trajo a la policía, vio a sus dos enemigos vencidos desaparecer para siempre, y se sentó a cenar muy contento.

—¡Y riéndose, por Dios! —dijo Flambeau estremecido de ira—. ¿Le inspiraría el mismo Satanás?

—No; le inspiró usted —contestó el sacerdote.

—¡Dios me libre! —gritó Flambeau—. ¿Yo? ¿Qué quiere usted decir?

El sacerdote sacó del bolsillo una tarjeta, y a la luz del cigarro la mostró al otro. Estaba escrita con tinta verde.

—¿No recuerda usted los términos de su invitación? —preguntó—. ¿Y la felicitación que le hace a usted por su hazaña? «Esa jugada suya —dice— de coger a un detective para arrestar con él a otro, etc.» No ha hecho más que copiar la jugada. Con un enemigo a cada lado, se echó de pronto fuera del camino e hizo así que sus enemigos chocaran y se mataran entre sí.

Flambeau arrancó de manos del sacerdote la tarjeta del príncipe Saradine y la hizo pedazos.

—Acabemos con este veneno —dijo, mientras los pedazos desaparecían arrastrados por las olas del río—. Aunque todavía me temo que envenene a

los peces.

El último trozo de la tarjeta desapareció al fin en la sombra. Un primer tinte matinal, pálido y vibrante, transformó el cielo. La luna empezó a desvanecerse tras los arbustos de la orilla. La barca derivaba en silencio.

—Padre —dijo Flambeau de pronto—. ¿No cree usted que todo fue un sueño?

El sacerdote sacudió la cabeza, no se sabe si para negar o dudar, pero no dijo nada. Entre las sombras, un olor a espino y a pomar llegó hasta ellos, haciéndoles comprender que el viento se había despertado. Poco después, el viento balanceó la barca, hinchó la vela, y los fue llevando sobre el río hacia sitios más venturosos donde moraban hombres inofensivos…

IX
El martillo de Dios

El pueblecito de Bohun Beacon estaba tendido sobre una colina tan pendiente, que la alta aguja de su iglesia parecía la cima de una montaña diminuta. Al pie de la iglesia había una fragua, casi siempre enrojecida por el fuego, y siempre llena de martillos y fragmentos de hierro. Frente a ésta, en la cruz de dos calles empedradas, se veía «El Jabalí Azul», la única posada del pueblo. En aquella bocacalle, pues, al romper el alba —un alba plateada y plomiza—, dos hermanos acababan de encontrarse y estaban charlando. Uno de ellos comenzaba la jornada; el otro, la acababa. El reverendo y honorable Wilfred Bohun era hombre muy piadoso, y se dirigía con la aurora a algún austero ejercicio de oración o contemplación. El honorable coronel Norman Bohun, su hermano mayor, no era piadoso en manera alguna, y, vestido de frac, se hallaba sentado en el banco que está junto a la puerta de «El Jabalí Azul», apurando lo que un observador filosófico podría indiferentemente considerar como su última copa del jueves o su primera copa del viernes. El coronel era hombre sin escrúpulos.

Los Bohun eran una de las contadas familias aristocráticas que realmente datan de la Edad Media[80], y su pendón había flotado en Palestina. Pero es un gran error suponer que estas familias mantienen la tradición; salvo los pobres, muy pocos conservan las tradiciones. Los aristócratas no viven de tradiciones, sino de modas.


IVAN

Los Bohun habían sido picaros bajo la reina Ana y petimetres bajo la reina Victoria. Pero, al igual que muchas antiguas casas, durante estos últimos tiempos habían degenerado en simples borrachos y gomosos perversos, y al fin se produjeron en la familia ciertos vagos síntomas de locura. Realmente había algo de inhumano en la feroz sed de placeres del coronel, y aquella su resolución crónica de no volver a casa hasta la madrugada tenía mucho de la horrible lucidez del insomnio. Era un animal esbelto y hermoso y, aunque entrado en años, su cabello era de un rubio admirable. Era blanco y leonado, pero sus ojos azules, a fuerza de hundidos, resultaban negros. Además, los tenía muy juntos. Tenía unos bigotazos amarillos, y, junto a las guías, desde las fosas nasales hasta las quijadas, unos pliegues o surcos; de suerte que su cara parecía cortada por una risa burlona. Sobre el frac llevaba un gabán amarillo pálido, tan ligero, que casi parecía una bata, y echado hacia la nuca un sombrero de alas anchas color verde claro, sin duda una curiosidad oriental comprada por ahí casualmente. Estaba muy orgulloso de su elegancia incongruente, porque se jactaba de hacerla parecer congruente.

Su hermano, el cura, tenía también los cabellos rubios y el tipo elegante, pero iba vestido de negro, abrochados todos los botones, completamente afeitado; era muy pulcro y algo nervioso. Parecía vivir sólo para la religión; pero algunos aseguraban (particularmente el herrero, que era presbiteriano) que aquello, más que amor a Dios era amor a la arquitectura gótica, y que si andaba siempre como una sombra rondando por la iglesia, eso no era más que un nuevo aspecto, superior sin duda, de la misma enloquecedora sed de belleza que arrojaba al otro hermano a la vorágine de las mujeres y el vino. El cargo no parecía justo: la piedad práctica del sacerdote era innegable. En verdad esta acusación provenía de la ininteligencia por el amor a la soledad y al secreto de la oración, y se fundaba sólo en que solían encontrar al sacerdote arrodillado, no ante el altar, sino en sitios como criptas o galerías y hasta en el campanario.

El sacerdote se dirigía a la iglesia, pasando por el patio de la fragua, cuando se detuvo, arrugando el ceño, al ver a su hermano, que con sus cavernosos ojos estaba mirando en la misma dirección. Ni por un momento se le ocurrió que el coronel se interesara por la iglesia. Sólo quedaba, pues, la fragua, y aunque el herrero, como puritano, no pertenecía a su rebaño, Wilfred Bohun había oído hablar de ciertos escándalos y de cierta mujer del herrero, célebre por su belleza. Miró el soportal de la fragua con desconfianza, y el coronel se levantó, riendo, a hablar con él.

—Buenos días, Wilfred —dijo—. Aquí me tienes, como buen señor, desvelado por cuidar a mi gente. Vengo a buscar al herrero.

Wilfred, mirando al suelo, contestó:

—El herrero está ausente. Ha ido a Greenford.

—Lo sé —dijo el otro, sonriendo—. Por eso precisamente vengo a buscarlo.

—Norman —dijo el clérigo, siempre mirando las piedras de la calle—, ¿no has temido nunca que te mate un rayo?

—¿Qué quieres decir? ¿Te ha dado ahora por la meteorología?

—Quiero decir —contestó Wilfred sin alzar los ojos— que si no has temido nunca que te castigue Dios en mitad de una calle.

—¡Ah, perdona! Ahora caigo: te ha dado por el folklore.

—Y a ti por la blasfemia —dijo el religioso, herido en lo más vivo de su ser—. Pero si no temes a Dios, no te faltarán razones para temer a los hombres.

El mayor arqueó las cejas cortésmente.

—¿Temer a los hombres?

—Barnes, el herrero —dijo el clérigo, precisando—, es el hombre más robusto y fuerte en cuarenta millas a la redonda. Y sé que tú no eres cobarde ni endeble, pero él podría arrojarte por encima de esa pared.

Como esto era verdad, hizo efecto. Y en la cara de su hermano la línea de las fosas nasales a la mandíbula se hizo más profunda y negra. La mueca burlona duró un instante, pero pronto el coronel Bohun recobró su cruel buen humor, y rió, dejando ver bajo sus bigotes amarillos dos hileras de dientes de perro.

—En tal caso, mi querido Wilfred —dijo con indiferencia—, será prudente que el último de los Bohun ande revestido de armaduras, aunque sea en parte.

Y, quitándose el extravagante sombrero verde, hizo ver que estaba forrado de acero. Wilfred reconoció en el forro de acero un ligero casco japonés o chino arrancado de un trofeo que adornaba los muros del salón familiar.

—Es el primer sombrero que encontré a mano —explicó su hermano alegremente—. Yo estoy siempre por el primer sombrero y por la primera mujer que encuentro a mano.

—El herrero salió para Greenford —dijo Wilfred gravemente—. No se sabe cuándo volverá.

Y siguió su camino hacia la iglesia con la cabeza inclinada, santiguándose como quien desea libertarse de un mal espíritu. Estaba ansioso de olvidar las

groserías de su hermano en la fresca penumbra de aquellos altísimos claustros góticos. Pero estaba de Dios que aquella mañana el ciclo de sus ejercicios religiosos había de ser interrumpido constantemente por pequeños incidentes. Al entrar en la iglesia, que siempre estaba desierta a aquellas horas, vio que una figura arrodillada se levantaba precipitadamente y corría hacia la puerta, por donde entraba ya la luz del día. El cura, al verla, se quedó rígido de sorpresa: aquel feligrés madrugador era nada menos que el idiota del pueblo, un sobrino del herrero, un infortunado incapaz de preocuparse de la iglesia ni de ninguna cosa. Le llamaban Juan Loco, y parece que no tenía otro nombre. Era un muchacho moreno, fuerte, cargado de hombros, con una carota pálida, cabellos negros e insípidos, y siempre boquiabierto. Al pasar junto al sacerdote, su monstruosa cara no dejó adivinar lo que podía haber estado haciendo allí. Hasta entonces nadie lo había visto rezar. ¿Qué extraños rezos podían esperarse de aquel hombre?

Wilfred Bohun se quedó como clavado en el suelo largo rato contemplando al idiota, que salió a la calle, bañada ya por el sol, y a su hermano, que lo llamó al verlo venir con una familiaridad alegre de tío que se dirige a un sobrino. Finalmente vio que su hermano lanzaba piezas de a penique a la boca abierta de Juan Loco, como quien tira al blanco.

Aquel horrible cuadro de la estupidez y la crueldad de la Tierra hizo que el asceta se apresurara a consagrarse a sus plegarias, para purificarse y cambiar de ideas. Se dirigió a un banco de la galería, bajo una vidriera de colores que tenía el don de tranquilizar su ánimo: era una vidriera azul donde había un ángel con un ramo de lirios. Aquí el sacerdote comenzó a olvidarse del idiota de la cara lívida y la boca de pez. Fue pensando cada vez menos en su perverso hermano, león hambriento que anda buscando presa[81]. Cada vez se entregó más a los halagadores y frescos tonos del cielo de zafiro y flores de plata de la vidriera.

Una media hora más tarde lo encontró allí Gibbs, el zapatero del pueblo, que venía a buscarle muy apresurado. El sacerdote se levantó al instante, comprendiendo que sólo algo grave podía obligar a Gibbs a buscarlo en aquel sitio. El remendón, en efecto, como en muchos pueblos acontece, era ateo, y su aparición en la iglesia resultaba todavía más extraña que la de Juan Loco. Aquélla era decididamente una mañana de enigmas teológicos.

—¿Qué pasa? —preguntó Wilfred Bohun, aparentando serenidad, pero cogiendo el sombrero con mano temblorosa.

El ateo contestó con una voz que, para ser suya, era extraordinariamente respetuosa y hasta denotaba cierta simpatía:

—Perdóneme usted, señor —dijo—; pero nos pareció indebido que no lo supiera usted de una vez. El caso es que ha pasado algo horrible. El caso es que su hermano…

Wilfred juntó sus flacas manos, y, sin poderse reprimir, exclamó:

—¿Qué nueva atrocidad está haciendo?

—No, señor —dijo el zapatero, tosiendo—. Ya no le es dable hacer nada, ni desear nada, porque ya rindió cuentas. Lo mejor es que venga usted y lo vea.

El cura siguió al zapatero. Bajaron una escalerilla de caracol y llegaron a una puerta que estaba a nivel más alto que la calle. Desde allí Bohun pudo apreciar al primer vistazo toda la tragedia, como en un panorama. En el patio de la fragua había unos cinco o seis hombres vestidos de negro, y entre ellos un inspector de Policía. Allí estaban el doctor, el ministro presbiteriano, el sacerdote católico, en cuya feligresía contaba la mujer del herrero. El sacerdote católico hablaba aparte con ésta en voz baja. Ella —una magnífica mujer de cabellos de oro— sollozaba sentada en un banco. Entre los dos grupos, y junto a un montón de martillos y mazos, yacía un hombre vestido de frac, abierto de brazos y piernas, y vuelto boca abajo. Wilfred, desde su altura, reconoció todos los detalles de su traje y apariencia, y vio en su mano los anillos de la familia Bohun. Pero el cráneo no era más que una horrible masa aplastada, como una estrella negra y sangrienta.

Wilfred Bohun no hizo más que mirar aquello y bajar corriendo al patio de la fragua. El doctor, el médico de la familia, vino a saludarlo, pero Wilfred no se dio cuenta. Sólo pudo balbucear:

—¡Mi hermano muerto! ¿Qué ha pasado? ¿Qué horrible misterio es éste?

Nadie contestó una palabra. Al fin el remendón, el más atrevido de los presentes, dijo así:

—Sí, señor; muy horrible; pero misterio, no.

—¿Por qué? —preguntó el lívido Wilfred.

—La cosa es muy clara —contestó Gibbs—. En cuarenta millas a la redonda sólo hay un hombre capaz de asestar un golpe como éste, y precisamente es el único hombre que tenía razón para hacerlo.

—No hay que prejuzgar más —dijo nerviosamente el doctor, que era hombre alto, de barba negra—. Pero me corresponde corroborar lo que dice Mr. Gibbs sobre la naturaleza del golpe: es realmente un golpe increíble. Mr. Gibbs dice que en el distrito sólo hay un hombre capaz de haberlo dado. Yo me atrevo a afirmar que no hay ninguno.

Por el cuerpo frágil del cura pasó un estremecimiento supersticioso.

—Apenas entiendo —dijo.

—Mr. Bohun —continuó el doctor en voz baja—, me faltan imágenes para explicarlo; decir que el cráneo ha sido destrozado como un cascarón de huevo, todavía es poco. Dentro del cuerpo mismo han entrado algunos fragmentos óseos, y también han entrado en el suelo, como entrarían las balas en una pared blanda. Esto parece obra de un gigante.

Calló un instante. Tras las gafas relumbraban sus ojos. Después prosiguió:

—Esto tiene una ventaja: que, por lo menos, deja libre de toda sospecha a mucha gente. Si usted, o yo, o cualquier persona normal del pueblo fuera acusada de este crimen, se nos pondría libres al instante, como se pondría libre a un niño acusado de robar la columna de Nelson[82].

—Eso es lo que yo digo —repitió el obstinado zapatero—. Sólo hay un hombre capaz de haberlo hecho, y es también el que pudo verse en el caso de hacerlo. ¿Dónde está Simeon Barnes, el herrero?

—Está en Greenford —tartamudeó el cura.

—Más fácil es que esté en Francia —gruñó el zapatero.

—No; ni en uno ni en otro sitio —dijo una vocecita descolorida, la voz del pequeño sacerdote católico, que acababa de reunirse al grupo—. Evidentemente, ahora mismo viene por el camino.

El sacerdote no era hombre de aspecto interesante. Tenía unos cabellos opacos y una cara redonda y vulgar. Pero, así hubiera sido tan bello como Apolo, nadie habría vuelto la cabeza a mirarlo. Todos la volvieron hacia el camino que atravesaba el llano. En efecto; por allí se veía venir, con sus grandes trancos y su martillo al hombro, a Simeon el herrero. Era hombre huesudo y gigantesco; tenía unos ojos profundos, negros, siniestros, y una barba negra. Venía acompañado de dos hombres, con quienes charlaba tranquilamente, y, aunque no era de suyo alegre, parecía contento.

—¡Dios mío! —gritó el ateo remendón—. ¡Y trae al hombro el martillo asesino!

—No —dijo el inspector, hombre de aspecto sensible, que usaba un bigote pardo y hablaba ahora por vez primera—. El martillo que sirvió para el crimen está allí, junto al muro de la iglesia. Lo mismo que el cadáver, lo hemos dejado en el sitio en que lo encontramos.

Todos buscaron el martillo con la mirada. El sacerdote pequeño dio unos pasos y fue a examinar el instrumento de cerca. Era uno de los martillos más ligeros, más pequeños que hay en las fraguas, y sólo por eso llamaba la atención. Pero en el hierro podía verse una mancha de sangre y un mechón de cabellos amarillos.

Tras una pausa, el pequeño sacerdote, sin alzar los ojos, comenzó a hablar, por cierto con voz algo alterada:

—No tenía razón Mr. Gibbs —dijo— al asegurar que aquí no hay misterio. Porque, cuando menos, queda el misterio de cómo ese hombre tan fuerte pudo emplear para semejante golpe un martillo tan pequeño.

—Eso no importa —dijo Gibbs, febril—. ¿Qué hacemos con Simeon Barnes?

—Dejadlo —dijo el sacerdote tranquilamente—. El viene aquí por su propio pie. Conozco a sus dos acompañantes. Son buenos vecinos de Greenford. Ahora estarán ya a la altura de la capilla presbiteriana.

Y en este momento el fornido herrero dobló la esquina de la iglesia y entró en su patio. Se detuvo, se quedó inmóvil: cayó de su mano el martillo. El inspector, que había conservado una corrección impenetrable, fue hacia él al instante.

—Yo no le pregunto a usted, Mr. Barnes —dijo—, si sabe lo que ha sucedido aquí. No está usted obligado a declararlo. Espero y deseo que lo ignore usted y que pueda probar su ignorancia. Pero tengo la obligación de arrestarlo a usted en nombre del Rey por la muerte del coronel Norman Bohun.

—No está usted obligado a confesar nada —dijo el zapatero con oficiosa diligencia—. A otros toca probar. Todavía no está probado que ese cuerpo con la cabeza aplastada sea el del coronel Bohun.

—Eso no tiene duda —dijo el doctor, aparte, al sacerdote—. Este asunto no da lugar a historias detectivescas. Yo he sido el médico del coronel y conozco el cuerpo de este hombre mejor que lo conocía él mismo. Tenía unas manos hermosas, pero con una singularidad: que los dedos segundo y tercero, el índice y el medio, eran de igual tamaño. No hay duda de que éste es el coronel.

Y echó una mirada al cadáver. Los ojos de hierro del inmóvil maestro de fragua siguieron su mirada, y fueron a dar también al cadáver.

—¿Que ha muerto el coronel Bohun? —dijo el herrero tranquilamente—. Quiere decir que a estas horas está ya condenado.

—¡No diga usted nada! ¡No diga usted nada! —gritó el zapatero ateo, bailando casi en un éxtasis de admiración por el sistema legal inglés. Porque no hay legistas como los descreídos.

El herrero volvió hacia él una cara augusta de fanático.

—A vosotros, los infieles, os está bien escurriros como ardillas donde las leyes del mundo lo consienten —dijo—. Pero a los suyos Dios los guarda[83].

Ahora mismo lo vas a ver.

Y después, señalando el cadáver del coronel, preguntó:

—¿Cuándo murió este perro pecador?

—Modere usted su lenguaje —dijo el médico.

—Que modere su lenguaje la Biblia y yo moderaré el mío. ¿Cuándo murió?

—A las seis de la mañana todavía estaba vivo —balbuceó Wilfred Bohun.

—Dios es bueno —dijo el herrero—. Señor inspector: no tengo el menor inconveniente en dejarme arrestar. Usted es quien debe tener inconvenientes para arrestarme. A mí no me aflige salir del juicio limpio de mancha. A usted sí le afligirá, sin duda, salir del juicio con un contratiempo en su carrera.

Por primera vez el robusto inspector miró al herrero con ojos terribles. Lo mismo hicieron los demás, menos el singular y pequeño sacerdote, que seguía contemplando el martillo que había servido para asestar aquel golpe tan tremendo.

—A la puerta de la fragua hay dos hombres —continuó el herrero con grave lucidez—. Son buenos comerciantes de Greenford, a quienes todos ustedes conocen. Ellos jurarán que me han visto desde antes de la medianoche hasta el amanecer, y aun mucho después, en la sala de sesiones de nuestra Misión Religiosa, que ha trabajado toda la noche en salvar almas. En Greenford hay otros veinte que jurarán lo mismo. Si yo fuera un gentil, señor inspector, lo dejaría a usted precipitarse a su ruina. Pero como cristiano, estoy obligado a ofrecerle la salvación y preguntarle si quiere usted recibir la prueba de mi coartada antes de llevarme a juicio.

El inspector, algo desconcertado, repuso:

—Naturalmente que preferiría absolverlo a usted de una vez.

El herrero, con aire desembarazado, salió del patio y se reunió a sus dos amigos de Greenford, que, en efecto, eran amigos de todos los presentes. Y ambos, en efecto, dijeron unas cuantas palabras que nadie pensó siquiera poner en duda. Cuando los testigos hubieron declarado, la inocencia de Simeon quedó establecida tan sólidamente como la misma iglesia que servía de fondo al cuadro.

Y entonces sobrevino uno de esos silencios más angustiosos que todas las palabras. El cura, sólo por hablar algo, dijo al sacerdote católico:

—Padre Brown: parece que a usted le intriga mucho el martillo.

—Es verdad —contestó éste—. ¿Cómo es posible que sea un objeto tan pequeño el instrumento del crimen?

El doctor volvió la cabeza.

—¡Cierto, por San Jorge! —exclamó—. ¿Quién pudo servirse de un martillo tan ligero, habiendo a la mano tantos martillos más pesados y fuertes?

Después, bajando la voz, dijo al oído del cura:

—Sólo una persona incapaz de manejar uno más pesado. La diferencia entre los sexos no es cuestión de valor o fuerza, sino de robustez para levantar pesos en los músculos de los hombres. Una mujer atrevida puede cometer cien asesinatos con un martillo ligero, y ser incapaz de matar un escarabajo con uno pesado.

Wilfred Bohun se le quedó mirando como hipnotizado de horror; mientras que el Padre Brown escuchaba muy atentamente, con la cabeza inclinada a un lado. El doctor continuó explicándose con más énfasis:

—¿Por qué suponen estos imbéciles que la única persona que odia al amante de una mujer es el marido de ésta? Nueve veces, de cada diez, quien más odia al amante es la mujer misma. ¿Quién sabe qué insolencias o traiciones habrá descubierto el amante a los ojos de ella…? Miren ustedes eso.

Y con un ademán señaló a la rubia, que seguía sentada en el banco. Al fin había levantado la cabeza, y las lágrimas comenzaban a secarse en sus hermosas mejillas. Pero los ojos parecían prendidos con un hilo eléctrico al cadáver del coronel, con una fijeza que tenía algo de idiotismo.

El reverendo Wilfred Bohun hizo un ademán, como dando a entender que renunciaba a averiguar nada. Pero el Padre Brown, sacudiéndose algunas cenizas de la fragua que acababan de caerle en la manga, dijo con su característico tono indiferente:

—A usted le pasa lo que a muchos otros médicos. Su ciencia del espíritu es arrebatadora: pero su ciencia física es completamente imposible. Yo convengo con usted en que la mujer suele tener más deseos de matar al cómplice que los que pudiera tener el mismo injuriado. Y también acepto que una mujer prefiera siempre un martillo ligero a uno pesado. Pero aquí el problema está en una imposibilidad física absoluta. No hay mujer en el mundo capaz de aplastar un cráneo de un golpe de esta forma.

Y, tras una pausa reflexiva, continuó:

—Esta gente no se ha dado cuenta del caso. Note usted que este hombre llevaba un casco de hierro debajo del sombrero, y que el golpe lo ha destrozado como se rompe un vidrio. Observe usted a esa mujer: vea usted sus brazos.

Hubo un nuevo silencio, y después dijo el doctor, amoscado:

—Bueno, puede ser que me engañe. En este mundo todo tiene su pro y su contra. Pero vamos a lo esencial: sólo un idiota, teniendo a la mano estos martillos, pudo escoger el más ligero.

Al oír esto, Wilfred Bohun se llevó a la cabeza las flacas y temblorosas manos, como si quisiera arrancarse los ralos cabellos amarillos. Después, dejándolas caer de nuevo, exclamó:

—Esa era la palabra que me estaba haciendo falta. Usted la ha dicho.

Y, dominándose, continuó:

—Usted ha dicho: «Sólo un idiota».

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que, en efecto, sólo un idiota lo ha hecho —concluyó el cura.

Los otros lo miraron desconcertados, mientras él proseguía con una agitación femenina y febril:

—Yo soy sacerdote; un sacerdote no puede derramar sangre. Quiero decir que no puede llevar a nadie a la horca. Y doy gracias a Dios porque ahora veo bien quién es el delincuente, y es un delincuente que no puede ser llevado a la horca.

—¿Se propone usted no denunciarlo? —preguntó el doctor.

—No le podrán colgar aun cuando lo denuncie —contestó Wilfred con una sonrisa llena de extraña alegría—. Esta mañana, al venir a la iglesia, me encontré allí a un loco rezando, a ese desdichado Juan, el idiota. Dios sabe lo que habrá rezado: pero no es inverosímil suponer en un loco que las plegarias fueran al revés de lo debido. Es muy posible que un loco rece antes de matar a un hombre. Cuando vi por última vez al pobre Juan, éste estaba con mi hermano. Mi hermano estaba burlándose de él.

—¡Por Júpiter! —gritó el doctor—. ¡Al fin! ¡Esto es hablar claro! Pero, ¿cómo explicarse entonces…?

El reverendo Wilfred temblaba casi, al sentirse cerca de la verdad:

—¿No ve usted, no ve usted —dijo— que es lo único que puede explicar estos dos enigmas? Uno, el martillo ligero; el otro, el golpe formidable. El herrero pudo asestar el golpe, pero no hubiera empleado ese martillo. Su mujer pudo emplear ese martillo, pero nunca asestar semejante golpe. Pero un loco pudo hacer las dos cosas. ¿Que el martillo era pequeño? Él es un loco: como asió ese martillo pudo asir cualquier otro objeto. Y en cuanto al golpe, ¿no sabe usted, acaso, doctor, que un loco en un paroxismo tiene la fuerza de diez hombres?

El doctor, contemplando asombrado al reverendo y lanzando un profundo suspiro, contestó:

—¡Diantre! Creo que ha dado usted en el clavo.

El Padre Brown había estado contemplando a Bohun con tanta atención como si quisiera demostrarle que sus grandes ojos grises, ojos de buey, no eran tan insignificantes como el resto de su persona. Cuando los otros callaron, se asomó y dijo con el mayor respeto:

—Mr. Bohun, la teoría que usted propone es la única que resiste un examen atento y, como hipótesis, lo explica todo. Merece usted, pues, que le diga, fundado en mi conocimiento de los hechos, que es completamente falsa.

Y, dicho esto, el hombrecillo se alejó un poco, para dedicarse otra vez al famoso martillo.

—Este sujeto parece saber más de lo que le convendría saber —murmuró el malhumorado doctor al oído de Bohun—. Estos sacerdotes papistas son unos socarrones probados.

—No, no —dijo Bohun con expresión de fatiga—. Fue el loco, fue el loco.

El grupo formado por el doctor y los dos clérigos se había quedado aparte del grupo oficial, en que figuraban el inspector y el herrero. Pero, al disolverse a su vez, el primer grupo se puso en contacto con el segundo. El sacerdote alzó y bajó los ojos tranquilamente al oír al maestro herrero que decía en alta voz:

—Creo que lo he convencido a usted, señor inspector. Soy, como usted dice, hombre bastante fuerte, pero no tanto que pueda lanzar mi martillo desde Greenford hasta aquí. Mi martillo no tiene alas para venir volando sobre valles y montañas.

El inspector rió amistosamente y dijo:

—No; usted puede considerarse libre de toda sospecha, aunque verdaderamente es una de las coincidencias más singulares que he visto en mi vida. Sólo le ruego a usted que nos ayude con todo empeño a buscar otro hombre tan fuerte y talludo como usted. ¡Por San Jorge!; usted podrá sernos muy útil, aunque sea para coger al criminal. ¿No sospecha usted de ningún hombre?

—Sí, tengo una sospecha; pero no de un hombre —dijo pálido, el herrero. Y viendo que todos los ojos, asustados, se dirigían hacia el banco en que estaba su mujer, puso sobre el hombro de ésta su robusta mano y añadió:

—Tampoco de una mujer.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el inspector, muy risueño—. Supongo que no creerá usted que las vacas son capaces de manejar un martillo, ¿no es cierto?

—Yo creo que ningún ser de carne y hueso ha movido ese martillo —continuó el herrero con voz ahogada—. Hablando en términos humanos, creo que ese hombre ha muerto solo.

Wilfred hizo un movimiento hacia adelante y miró al herrero con ojos ardientes.

—¿Quiere usted decir, entonces, Barnes —dijo con voz áspera el zapatero—, que el martillo saltó sólo y le aplastó la cabeza?

—¡Oh, caballeros! —exclamó Simeon—. Bien pueden ustedes extrañarse y burlarse; ustedes, sacerdotes, que nos cuentan todos los domingos cuán misteriosamente castigó el Señor a Senaquerib[84]. Yo creo que Aquel que ronda invisiblemente todas las casas quiso defender la honra de la mía e hizo perecer al corruptor frente a mi puerta. Yo creo que la fuerza de este martillazo no es más que la fuerza de los terremotos.

Wilfred, con indescriptible voz, dijo entonces:

—Yo mismo le había dicho a Norman que temiera el rayo de Dios.

A cuyas palabras el inspector contestó con leve sonrisa:

—Sólo que ese agente queda fuera de mi jurisdicción.

—Pero usted no queda fuera de la suya —contestó el herrero—. Recuérdelo bien.

Y, volviendo la robusta espalda, entró en su casa.

El Padre Brown, con aquella su amable facilidad de maneras, alejó de allí al conmovido Bohun:

—Vámonos de este horrible sitio, Mr. Bohun —le dijo—. ¿Puedo asomarme un poco a su iglesia? Me han dicho que es una de las más antiguas de Inglaterra. Y, ya comprende usted… —añadió con un gesto cómico—, nosotros nos interesamos mucho por las iglesias antiguas de Inglaterra.

Wilfred Bohun no pudo sonreír, porque el humorismo no era su fuerte; pero asintió con la cabeza, sintiéndose más que dispuesto a mostrar los esplendores del gótico a quien podría apreciarlos mejor que el herrero presbiteriano o el zapatero anticlerical.

—Naturalmente —dijo—. Entremos por aquí.

Y lo condujo a la entrada lateral, donde se abría la puerta con escalones al patio. Iba en la primera grada el Padre Brown, cuando sintió una mano sobre su hombro y, volviéndose, vio la figura negra y esbelta del doctor, cuyo rostro estaba también negro de sospechas.

—Señor —dijo el médico con brusquedad—, usted parece conocer algunos secretos de este feo negocio. ¿Puedo preguntarle a usted si se propone guardárselos para sí?

—¡Cómo, doctor! —contestó el sacerdote, sonriendo plácidamente—. Hay una razón decisiva para que un hombre de mi profesión se calle las cosas cuando no está seguro de ellas, y es lo acostumbrado que está a callárselas cuando está cierto de ellas. Pero si le parece a usted que he sido reticente hasta la descortesía con usted o con cualquiera, violentaré mi costumbre todo lo que me sea posible. Le voy a dar a usted dos indicios.

—¿Y son? —preguntó el doctor, muy solemne.

—Primero —contestó el Padre Brown—, algo que le compete a usted: es un punto de ciencia física. El herrero se equivoca, no quizá en asegurar que se trate de un acto divino, sino en figurarse que es un milagro. Aquí no hay milagro, doctor, sino hasta donde el hombre mismo, dotado como está de un corazón extraño, perverso y, con todo, semiheroico, es un milagro. La fuerza que destruyó ese cráneo es una fuerza bien conocida de los hombres de ciencia: una de las leyes de la Naturaleza más frecuentemente discutidas.

El doctor, que lo contemplaba con sañuda atención, preguntó simplemente:

—¿Y el otro?

—El otro indicio es éste —contestó el sacerdote—. ¿Recuerda usted que el herrero, aunque cree en el milagro, habla con burla de la posibilidad de que su martillo tuviera alas y hubiera venido volando por el campo desde una distancia de media milla?

—Sí —dijo el doctor—: lo recuerdo.

—Bueno —añadió el Padre Brown con una sonrisa llena de sencillez—. Pues esa suposición fantástica es la más cercana a la verdad de cuantas hoy se han propuesto.

Y dicho esto, subió las gradas para reunirse con el cura.

El reverendo Wilfred le había estado esperando, pálido e impaciente, como si esta pequeña tardanza agotara la resistencia de sus nervios. Le condujo derechamente a su rincón favorito, a aquella parte de la galería que estaba más cerca del techo labrado, iluminada por la admirable ventana del ángel. Todo lo vio y admiró con el mayor cuidado el sacerdote latino, hablando incesantemente, aunque en voz baja. Cuando, en el curso de sus exploraciones, dio con la salida lateral y la escalera de caracol por donde Wilfred bajó para ver a su hermano muerto, el Padre Brown, en lugar de bajar, trepó con la agilidad de un mono, y desde arriba se dejó oír su clara voz:

—Suba usted, Mr. Bohun. Este aire le hará a usted bien.

Bohun subió, y se encontró en una especie de galería o balcón de piedra, desde el cual se dominaba la ilimitada llanura donde se alzaba la colinilla del pueblo, llena de vegetación hasta el término rojizo del horizonte, y salpicada aquí y allá de aldeas y granjas. Bajo ellos, como un cuadro blanco y pequeño, se veía el patio de la fragua, donde el inspector seguía tomando notas, y el cadáver yacía aún como una mosca aplastada.

—Esto parece un mapamundi, ¿no es verdad? —observó el Padre Brown.

—Sí —dijo Bohun gravemente, y movió la cabeza.

Debajo y alrededor de ellos las líneas del edificio gótico se hundían en el vacío con una agilidad vertiginosa y suicida. En la arquitectura de la Edad Media hay una energía titánica que, bajo cualquier aspecto que se la vea, siempre parece precipitarse como un caballo furioso. Aquella iglesia había sido labrada en roca antigua y silenciosa, barbada de musgo y manchada con los nidos de los pájaros. Pero cuando se la contemplaba desde abajo, parecía saltar hasta las estrellas como una fuente; y cuando, como ahora, se la contemplaba desde arriba, caía como una catarata en un abismo sin ecos. Así, aquellos dos hombres se encontraban solos frente al aspecto más terrible del gótico: la contracción y desproporción monstruosas, las perspectivas vertiginosas, la vislumbre de la grandeza de las cosas pequeñas y la pequeñez de las grandes: un torbellino de piedra en mitad del aire. Detalles de la piedra, enormes por su proximidad, se destacaban sobre campos y granjas, que a la distancia aparecían diminutos. Un pájaro o fiera labrado en un ángulo resultaba un enorme dragón capaz de devorar todos los pastos y las aldeas del contorno. La atmósfera misma era embriagadora y peligrosa, y los hombres se sentían como suspendidos en el aire sobre las alas vibradoras de un genio colosal. La iglesia toda, enorme y rica como una catedral, parecía caer cual un aguacero sobre aquellos campos asoleados.

—Creo que andar por estas alturas, aun para rezar, es arriesgado —observó el Padre Brown—. Las alturas fueron hechas para ser admiradas desde abajo, no desde arriba.

—¿Quiere usted decir que puede uno caer? —preguntó Wilfred.

—Quiero decir que, aunque el cuerpo no caiga, se le cae a uno el alma —contestó el otro.

—No le entiendo a usted —dijo Bohun.

—Pues considere usted, por ejemplo, al herrero —continuó Brown—. Es un buen hombre, pero no un cristiano: es duro, imperioso, incapaz de perdonar. Su religión escocesa es la obra de hombres que oraban en lo alto de las montañas y los precipicios, y se acostumbraron más a considerar el mundo

desde arriba que a ver el cielo desde abajo. La humildad es madre de los gigantes. Desde el valle se aprecian muy bien las eminencias y las cosas grandes. Pero desde la cumbre sólo se ven las cosas minúsculas.

—Pero, en todo caso, él no lo hizo —dijo Bohun con tremenda inquietud.

—No —dijo el otro con un acento singular—. Bien sabemos que no fue él.

Y después de un instante, contemplando tranquilamente la llanura con sus pálidos ojos grises, continuó:

—Conocí a un hombre que comenzó por arrodillarse ante el altar como los demás, pero que se fue enamorando de los sitios altos y solitarios para entregarse a sus oraciones, como, por ejemplo, los rincones y nichos de los campanarios y chapiteles. Una vez allí, donde el mundo todo le parecía girar a sus pies como una rueda, su mente también se trastornaba, y se figuraba ser Dios. Y así, aunque era un hombre bueno, cometió un gran crimen.

Wilfred tenía vuelto el rostro a otra parte, pero sus huesudas manos, cogidas al parapeto de piedra, se pusieron blancas y azules.

—Ese hombre creyó que a *él* tocaba juzgar al mundo y castigar al pecador. Nunca se le hubiera ocurrido eso si hubiera tenido la costumbre de arrodillarse en el suelo como los demás hombres. Pero, desde arriba, los hombres le parecían insectos. Un día distinguió a sus pies, justamente debajo de él, a uno que se pavoneaba muy orgulloso y que era muy visible porque llevaba un sombrero verde: ¡era casi un insecto ponzoñoso!

Las cornejas graznaban por los rincones del campanario, pero no se oyó ningún otro ruido.

El Padre Brown continuó:

—Había algo más para tentarle: tenía en su mano uno de los instrumentos más terribles de la Naturaleza; quiero decir, la ley de la gravedad, esa energía loca y feroz en virtud de la cual todas las criaturas de la tierra vuelan hacia el corazón de la tierra en cuanto pueden hacerlo. Mire usted: el inspector pasea ahora precisamente allá abajo, por el patio de la fragua. Si yo le tiro una piedrecita desde este parapeto, cuando llegue a él llevará la fuerza de una bala. Si le dejo caer un martillo, aunque sea un martillo pequeño…

Wilfred Bohun pasó una pierna por encima del parapeto, y el Padre Brown le saltó al cuello para retenerlo.

—No por esa puerta —le dijo con mucha dulzura—. Esa puerta lleva al infierno.

Bohun, tambaleándose, se recostó en el muro y miró a Brown con ojos de espanto.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —gritó—. ¿Es usted el diablo?

—Soy un hombre —contestó gravemente el Padre Brown—. En consecuencia, todos los diablos residen en mi corazón. Escúcheme usted.

Y, tras una pausa, prosiguió:

—Sé lo que usted ha hecho, o, al menos, adivino lo esencial. Cuando se separó usted de su hermano, estaba poseído de ira, una ira no injustificada, al extremo que cogió usted al paso un martillo, sintiendo un deseo sordo de matarlo en el sitio mismo del pecado. Pero, dominándose, se lo guardó usted en su levita abotonada y se metió usted en la iglesia. Estuvo usted rezando aquí y allá sin saber lo que hacía: bajo la vidriera del ángel en la plataforma de arriba, en otra de más arriba, desde donde podía usted ver el sombrero oriental del coronel como el verde dorso de un escarabajo rampante. Algo estalló entonces dentro de su alma y dejó usted caer el rayo de Dios.

Wilfred se llevó una mano a la cabeza —una mano temblorosa— y preguntó con voz sofocada:

—¿Cómo sabe usted que su sombrero parecía un escarabajo verde?

—¡Oh, eso es cosa de sentido común! —dijo el otro con una sombra de sonrisa—. Pero escúcheme usted un poco más. He dicho que sé todo esto, pero nadie más lo sabrá. El próximo paso es usted quien tiene que darlo; yo no doy más pasos: yo sello esto con el sello de la confesión. Si me pregunta usted por qué, me sobran razones, y sólo una le importa a usted. Lo dejo a usted en libertad de obrar, porque no está usted aún muy corrompido, como suelen estarlo los asesinos. Usted no quiso contribuir a la acusación del herrero, cuando era la cosa más fácil, ni a la de su mujer, que tampoco era difícil. Usted trató de echar la culpa al idiota, sabiendo que no se lo podía castigar. Y ese solo hecho es una vislumbre de salvación, y el encontrar tales vislumbres en los asesinos lo tengo yo por oficio propio. Y ahora baje usted al pueblo, haga usted lo que quiera, que está usted tan libre como el viento. Porque yo ya he dicho mi última palabra.

Bajaron la escalera de caracol en el mayor silencio, y salieron frente a la fragua, a la luz del sol. Wilfred Bohun levantó cuidadosamente la aldaba, abrió la puerta de la cerca de palo, y, dirigiéndose al inspector, dijo:

—Me entrego a la justicia: he matado a mi hermano.



X
El ojo de Apolo

Esa extraña bruma centelleante, confusa y transparente a la vez, que es el secreto del Támesis, iba pasando del tono gris al luminoso a medida que el sol ascendía hacia el cénit de Westminster, cuando dos hombres cruzaron el puente de Westminster. Uno muy alto, otro muy bajo, podía comparárselos caprichosamente al arrogante campanario del Parlamento junto a las humildes corcovas de la Abadía; tanto más cuanto que el hombre pequeño llevaba hábito sacerdotal. La descripción oficial del hombre alto era ésta: M. Hercule Flambeau, detective privado, quien se dirigía a su nuevo despacho, que estaba en un rimero de pisos recién construidos, frente a la entrada de la Abadía. La descripción oficial del hombre pequeño era ésta: el reverendo J. Brown, de la iglesia de San Francisco Javier, en Camberwell, quien acaba de venir derechamente de un lecho mortuorio de Camberwell para conocer la nueva oficina de su amigo.

El edificio era de aspecto americano por su altura de rascacielos, y también por la pulida elaboración de su maquinaria de teléfonos y ascensores. Pero estaba recién acabado y todavía con andamios. Sólo había tres inquilinos: la oficina de arriba de Flambeau estaba ocupada y lo mismo la de abajo; los dos pisos de más arriba y los tres de más abajo estaban vacíos. A primera vista, algo llamaba la atención en aquella torre de pisos, amén de los restos de andamios: era un objeto deslumbrador que se veía en las ventanas del piso superior al de Flambeau: una imagen, dorada, enorme, del ojo humano, circuida de rayos de oro, que ocupaba el sitio de dos o tres ventanas.

—¿Qué puede ser esto? —dijo, asombrado, el Padre Brown.

—¡Ah! —dijo Flambeau, riendo—. Es una nueva religión: una de esas religiones nuevas que le perdonan a uno los pecados asegurando que nunca los ha cometido. Creo que es algo como la llamada Ciencia Cristiana. Ello es que un tipo llamado Kalon (no sé lo que significa este nombre, aunque claro se ve es postizo) ha alquilado el piso que está encima del mío. Debajo tengo dos mecanógrafas, y arriba ese viejo charlatán. Se llama a sí mismo el Nuevo Sacerdote de Apolo, y adora al sol.

—Pues que tenga cuidado —dijo el Padre Brown—; porque el sol fue siempre el más cruel de todos los dioses. Pero, ¿qué significa ese ojo

gigantesco?

—Tengo entendido —explicó Flambeau— que, según la teoría de esta gente, el hombre puede soportarlo todo, siempre que su espíritu sea firme. Sus dos símbolos principales son el sol y el ojo alerta, porque dicen que el hombre enteramente sano puede mirar al sol de frente.

—Un hombre enteramente sano —observó el Padre Brown— no se molestaría en eso.

—Bueno: eso es todo lo que sé de la nueva religión —prosiguió Flambeau —. Naturalmente, se jactan también de curar todos los males del cuerpo.

—¿Podrán curar el único mal del alma? —preguntó con curiosidad el Padre Brown.

—¿Y cuál es el único mal del alma? —dijo el otro, sonriendo.

—¡Oh! Pensar que está uno enteramente sano y perfecto —dijo a su amigo.

A Flambeau le interesaba más el silencioso despachito de abajo que el templo llameante de arriba. Era un meridional muy claro, incapaz de sentirse más que católico o ateo; y las nuevas religiones, así fueran más o menos brillantes, no eran su género. Pero la humanidad sí lo era, sobre todo cuando tenía buena cara. Además, las damas del piso inferior eran en su clase de lo más interesante. Dos hermanas manejaban la oficina, ambas tenues y morenas, una de ellas esbelta y atractiva. Tenía un perfil aguileño y anheloso, y era uno de esos tipos que recuerda uno siempre de perfil como recortados en el filo de un arma. Parecía capaz de abrirse paso en la vida. Tenía unos ojos brillantes, pero más con brillo de acero que de diamante; su figura rígida y delgada convenía poco a la gracia de sus ojos. La hermana menor era como una contracción de la otra, algo más borrada, más pálida y más insignificante. Ambas usaban un traje negro adecuado al trabajo, con unos cuellecitos y puños masculinos. Por este estilo hay cientos de mujeres enérgicas en las oficinas de Londres; pero el interés de éstas estaba, más que en su situación aparente, en su situación real.

Porque Pauline Stacey, la mayor, era heredera de un blasón y medio condado y una verdadera riqueza; había sido educada en castillos y entre jardines antes de que una frígida fiereza —característica de la mujer moderna — la arrastrara a lo que ella consideraba como una vida más intensa y más alta. No había renunciado a su dinero, no: eso hubiera sido un abandono romántico o monástico, ajeno por completo a su utilitarismo imperioso. Conservaba su dinero, como diría ella, para usarlo en objetos prácticos y sociales. Parte había invertido en el negocio, núcleo de un emporio

mecanográfico modelo; parte estaba distribuido en varias Ligas y Asociaciones para el adelanto del trabajo femenino. Hasta dónde Joan, su hermana y asociada, compartía este idealismo, algo prosaico, nadie lo sabía a punto fijo. Pero seguía a su mayor con un afecto de perro fiel, que en cierto modo era más atractivo, por tener un toque patético, que el ánimo altivo y rígido de la otra. Porque Pauline Stacey no entendía de cosas patéticas, tal vez negaba su existencia.

Su rígida presteza, su impaciencia fría, habían divertido mucho a Flambeau cuando vino por primera vez a ver los pisos. Él se había quedado en el vestíbulo esperando al chico del ascensor que acompañaba a los visitantes de piso en piso. Pero la falcónida muchacha de ojos brillantes se había negado abiertamente a soportar aquel plazo oficial. Había dicho con mucha rudeza que ella sabía bien manejar un ascensor, y no necesitaba de chicos… ni de hombres. Y aunque su habitación sólo estaba en el tercer piso, en los pocos segundos de la ascensión se las arregló para enterar a Flambeau de sus opiniones fundamentales del modo más intempestivo; opiniones que tendían todas a producir el efecto general de que ella era una mujer moderna y trabajadora y le gustaba el maquinismo moderno. Y sus ojos negros ardían en ira contra los que rechazan la ciencia mecánica y anhelan el retorno a la era romántica. Todo el mundo debiera ser capaz de manejar una máquina, tal como ella el ascensor. Y hasta parece que no le agradó que Flambeau abriera la puerta para cederle el paso. Y el caballero continuó la ascensión hacia su departamento, sonriendo con un sentimiento complejo al recuerdo de tanta independencia y fogosidad.

Sin duda era una mujer de temperamento, un temperamento inquieto y práctico; los ademanes de aquellas manos frágiles y elegantes eran súbitos y hasta destructores. Flambeau entró una vez en la oficina de la muchacha para encargar alguna copia, y se encontró con que la muchacha acababa de arrojar en mitad de la estancia unas gafas de su hermana y estaba pateándolas con furia. Se despeñaba por los rápidos de una tirada ética contra las «enfermizas nociones medicinales» y la morbosa aceptación de la debilidad que el uso de tales aparatos supone; conminaba a su hermana a no volver a presentarse por allí con aquel chisme artificial y dañino; le preguntaba si acaso le hacían falta piernas de palo, cabellos postizos u ojos de cristal y, mientras decía todo aquello, sus ojos fulguraban más que el cristal.

Flambeau, desconcertado ante semejante fanatismo, no pudo menos de preguntar a miss Pauline, con la directa lógica francesa, por qué un par de gafas había de ser un signo de debilidad más morboso que un ascensor, y por

qué la ciencia, que nos ayuda para un esfuerzo, no ha de ayudarnos para el otro.

—Eso es *muy* distinto —dijo Pauline Stacey pomposamente—. Las baterías, los motores y cosas por el estilo son signos de la fuerza del hombre… ¡sí, Mr. Flambeau!, y también de la fuerza de la mujer. Ya tomaremos nuestro turno en esas grandes máquinas que devoran la distancia y desafían al tiempo. Eso es superior y espléndido… Eso es verdadera ciencia. Pero estos miserables parches y auxilios que venden los doctores… Bueno, son insignias de cobardía. Los doctores andan prendiéndole a uno los brazos y las piernas como si fuéramos mutilados o cojos de nacimiento, esclavos de nacimiento. ¡Pero yo he nacido libre, Mr. Flambeau! La gente se figura que necesita todo eso porque ha sido educada en el miedo, en vez de ser educada en el poder y el valor; así también las estúpidas niñeras dicen a los niños que no miren al sol, de suerte que los niños no pueden ya mirarlo sin pestañear. Pero ¿cuál es, entre todas las estrellas, la estrella que yo no puedo mirar de frente? El sol no es mi señor, y yo abro los ojos y lo miro siempre que me da la gana.

—Los ojos de usted —dijo Flambeau haciendo una reverencia completamente extranjera— bien pueden deslumbrar al sol.

Flambeau se complació en dirigir un piropo a aquella belleza extraña y arisca, en parte porque estaba seguro de que eso la haría perder su aplomo. Pero cuando subía la escalera para regresar a su oficina dio un resoplido y dijo para sí:

—De modo que ésta ha caído en las manos del brujo de arriba y se ha dejado embaucar por su teoría del ojo de oro.

Porque aunque poco sabía y poco se cuidaba de la nueva religión de Kalon, ya había oído hablar de la teoría aquella de contemplar de frente al sol.

Pronto se dio cuenta de que la liga espiritual entre el piso de arriba y el de abajo era cada vez más estrecha. El llamado Kalon era un tipo magnífico y muy digno, en el sentido físico, de ser el pontífice de Apolo. Era casi de la estatura de Flambeau y de mejor presencia, con unas barbas de oro, bellos ojos azules y una melena de león. Era, por la estructura, la bestia blonda de Nietzsche[85]; pero toda su belleza animal resultaba aumentada, iluminada y suavizada por una inteligencia y una espiritualidad genuinas. Parecía, en verdad, uno de aquellos grandes reyes sajones, pero de aquellos que fueron santos. Y esto, a pesar de la incongruencia más que popular y londinense del ambiente en que vivía: el tener una oficina en un edificio de Victoria Street; el tener un empleado, un muchacho común y corriente, vestido como hijo de

vecino, sentado en la primera habitación entre el corredor y la que él ocupaba; el que su nombre estuviera grabado en una placa de bronce y el dorado emblema de su credo colgara sobre la calle como un anuncio de oculista… toda esa vulgaridad no podía evitar que el llamado Kalon ejerciera, con su cuerpo y su alma, una emoción opresora inspiradora. Para decirlo todo: cualquiera, en presencia de aquel charlatán se sentía en presencia de un gran hombre. Hasta con aquel traje de lino ligero que usaba como traje de taller, era una figura fascinadora y formidable. Y cuando se envolvía en sus vestiduras blancas y se coronaba con una rueda de oro para hacer sus diarias salutaciones al sol, se veía realmente tan espléndido que muchas veces la gente de la calle no se atrevía a reír. Porque, tres veces al día, este nuevo adorador del sol salía al balcón, frente a la fachada de Westminster, y recitaba una letanía a su radiante señor: una al amanecer, otra al ponerse el sol y otra al toque del mediodía. Precisamente daban las doce en las torres del Parlamento y la parroquia cuando el Padre Brown, el amigo de Flambeau, alzó los ojos y vio al blanco sacerdote de Apolo en el balcón.

Flambeau, cansado de admirar estas salutaciones diarias a Febo[86], entró en la casa sin cuidarse siquiera de ver si su amigo lo seguía. Pero el Padre Brown, sea en virtud de su interés profesional por los ritos, o de su interés personal por las extravagancias, se detuvo a ver el balcón del idólatra, como se hubiera detenido a ver una representación guiñolesca del *Punch and Judy*[87]. Kalon el profeta, erguido, lleno de adornos de plata, alzadas las manos, dejaba oír su voz penetrante recitando las letanías solares por encima del trajín de la calle. Estaba en mitad de su letanía; sus ojos estaban fijos en el disco llameante. No es fácil saber si veía a alguien o algo de este mundo, pero es seguro que no vio a un sacerdote pequeñín, carirredondo, que entre la multitud de la calle lo miraba pestañeando. Tal vez nunca se vio mayor diferencia entre dos hombres ya de suyo tan diferentes: el Padre Brown no podía ver nada sin pestañear, y el sacerdote de Apolo contemplaba el astro del mediodía sin un temblor en los párpados.

—¡Oh, sol! —gritaba el profeta—. ¡Oh, estrella demasiado grande para convivir con las demás! ¡Oh, fuente que fluyes mansamente en los secretos del espacio! ¡Padre blanco de toda blancura: de las llamas blancas, las blancas flores y las cumbres albeantes…! ¡Padre más inocente que la más inocente de tus criaturas! ¡Oh, pureza primitiva, en cuya serenidad perenne…!

En aquel momento se oyó un estrépito y hubo como una fuga y un estallido de cohete, entre estridencias y alaridos. Cinco hombres entraban precipitadamente en la casa al tiempo que otros tres salían de ella a toda prisa.

Y por un instante todos se estorbaron el paso. Un sentimiento de horror pareció llenar de pronto la mitad de la calle con un aleteo de alarma, alarma todavía mayor por el hecho de que nadie sabía lo que había pasado. Y tras esta súbita conmoción, dos hombres permanecieron impávidos: en el balcón de arriba, el hermoso sacerdote de Apolo; abajo, el triste sacerdote de Cristo.

Por fin apareció en la puerta, dominando el tumulto, la enorme y titánica figura de Flambeau. A voz en cuello, como una sirena, gritó pidiendo que llamaran inmediatamente a un cirujano. Y como volviera a desaparecer en el interior de la casa, abriéndose paso por entre la gente, su amigo el Padre Brown se escurrió tras él, aprovechándose de su insignificancia. Mientras chapuzaba y se zambullía en la muchedumbre, todavía pudo oír la salmodia magnífica y monótona del sacerdote solar, que seguía invocando al dios venturoso, amigo de las fuentes y las flores.

El Padre Brown se encontró a Flambeau y a otros seis individuos en torno al espacio cercado del ascensor. El ascensor no había bajado, pero en su lugar había bajado otra cosa que debió bajar en el ascensor.

Flambeau había estado examinando aquello; había identificado la cara sanguinolenta de la linda muchacha que negaba la existencia de todo elemento trágico en la vida. Nunca dudó de que fuera Pauline Stacey, y aunque había pedido los auxilios a un médico, tampoco tenía la menor duda de que la muchacha estaba muerta.

Flambeau no se acordaba exactamente de si la muchacha le había agradado o desagradado. ¡Abundaban razones para lo uno y lo otro! Pero, en todo caso, su existencia no le había sido indiferente, y el sentimiento indomeñable de la costumbre le hacía padecer ahora las mil pequeñas dolencias de una pérdida irreparable. Recordaba su linda cara y sus jactanciosos discursos con esa viveza secreta en que está toda la amargura de la muerte. En un instante, como con una flecha del cielo, como con un rayo caído quién sabe de dónde, aquel cuerpo hermoso y audaz se había derrumbado por el hueco del ascensor para encontrar abajo la muerte. ¿Sería un suicidio? ¡Imposible, dado el optimismo insolente de la muchacha! ¿Un asesinato? ¡Pero si en aquellos pisos casi no había nadie todavía! Con un chorro de palabras roncas, que él quiso formular con la mayor energía y resultaron singularmente débiles, preguntó dónde estaba Kalon. Una voz habitualmente pesada, tranquila, plena, le aseguró que durante el último cuarto de hora Kalon había estado adorando a su divinidad en el balcón. Cuando Flambeau oyó la voz y sintió la mano del Padre Brown, volvió la atezada cara y dijo sin rodeos:

—Entonces, ¿quién ha sido?

—Deberíamos subir para averiguarlo —dijo el otro—. Antes de que la policía aparezca por aquí, podemos disponer de media hora, cuando menos.

Dejando el cadáver de la rica heredera en manos del facultativo, Flambeau trepó a saltos la escalera, y se encontró con que en la oficina de las mecanógrafas no había un alma. Entonces subió a su despacho. Entró, y volvió a salir con la cara lívida:

—La hermana —dijo a su amigo con una seriedad de mal agüero—, la hermana parece que ha salido a dar un paseíto.

—O bien —dijo el Padre Brown moviendo la cabeza— puede haber subido al piso del hombre solar. Yo, en el caso de usted, comenzaría por averiguar esto. Después podremos hablar de ello aquí, en su despacho.

Y de pronto, como quien recuerda algo olvidado:

—¡No! —exclamó—. ¿Cómo se me pudo ocurrir esta estupidez? No: hablaremos de ello abajo, en la oficina de las muchachas.

Flambeau no entendió, pero siguió al sacerdote al piso desierto de las Stacey, y allí el impenetrable pastor de gentes se sentó en un sillón de cuero rojo junto a la puerta, desde donde podía ver la escalera, y descansó y esperó. No tuvo que esperar mucho tiempo. Antes de tres minutos, tres personas bajaban la escalera, sólo semejantes en su aspecto de solemnidad. La primera, Joan Stacey, la hermana de la muerta: evidentemente, Joan *estaba* en el templo de Apolo cuando la catástrofe; la segunda era el mismo sacerdote de Apolo, que, concluida su letanía, bajaba barriendo la escalera envuelto en su magnificencia: su túnica blanca, su barba y el cuello partido hacían pensar en el Cristo de Doré[88] saliendo del Pretorio; la tercera persona era Flambeau, con sus cejas negras y su cara desconcertada.

Miss Joan Stacey, vestida de negro, el ceño contraído, con algunos toques grises prematuros en los cabellos, se dirigió al escritorio y arregló los papeles con un golpe seco y práctico. Este solo acto devolvió a todos al sentimiento de la realidad. Si miss Joan Stacey era una criminal, era una criminal serena. El Padre Brown la contempló con una sonrisita extraña, y sin dejar de mirarla habló así, dirigiéndose al otro:

—Profeta —probablemente se dirigía a Kalon—. Quisiera que me contestara usted algunas preguntas sobre su religión.

—Muy honrado —dijo Kalon inclinando la cabeza, todavía coronada Pero no sé si he entendido bien.

—Mire usted, se trata de esto —dijo el Padre Brown con su manera francamente recelosa—. Dicen que si un hombre tiene malos principios, es en

parte por su culpa. Pero conviene distinguir al que decididamente ofende a su buena conciencia de aquel cuya conciencia está nublada por el sofisma. Ahora bien: ¿usted cree realmente que el asesinato es un acto malo?

—¿Es esto una acusación? —preguntó Kalon tranquilamente.

—No —contestó Brown con igual corrección—. Es el alegato de la defensa.

En la vasta y misteriosa quietud del salón, el profeta de Apolo se levantó lentamente, y se diría que aquello era el levantarse del sol. Llenó el salón con su luz y vida de tal modo, que lo mismo hubiera podido llenar con la fuerza de su presencia toda la llanura de Salisbury[89]. Su forma, envuelta en ropajes, pareció adornar toda la habitación con tapices clásicos; su ademán épico pareció alargarla en perspectivas indefinidas, de suerte que la figurita negra del clérigo moderno resultó allí como una falta, como una intrusión, como una mancha negra y redonda sobre la esplendorosa túnica de la Hélade[90].

—Al fin nos hemos encontrado, Caifás[91] —dijo el profeta—. Tu Iglesia y la mía son las únicas realidades en esta tierra. Yo adoro al sol, y tú la puesta del sol. Tú eres el sacerdote del Dios moribundo, y yo del Dios en plena vida. Tu calumniosa sospecha es digna de tu sotana y de tu credo. Tu Iglesia no es más que una policía negra. No sois más que espías y detectives que tratan de arrancar a los hombres la confesión de sus pecados, ya por la traición, ya por la tortura. Vosotros haréis que los hombres confiesen su crimen; yo los sacaré convictos de inocencia. Vosotros los convenceréis de su pecado; yo, de su virtud.

»¡Oh, lector de los libros nefandos! Una palabra más antes de que para siempre disipe tus pesadillas miserables: no eres capaz de entender hasta qué punto me es indiferente el que intentes o no convencerme. Lo que tú llamas desgracia y horror, es para mí lo que para el adulto es el ogro pintado en los libros para los niños. Dices que me ofreces el alegato de mi defensa. Yo ya me cuido tan poco de las tinieblas de esta vida, que voy a ofrecerte el discurso de mi acusación. Sólo una cosa se puede decir en contra mía, y yo mismo la revelaré. La mujer que acaba de morir era mi amor, mi desposada, no según las farsas legales de vuestras mezquinas capillas, sino en virtud de una ley más pura y más severa de lo que vosotros sois capaces de concebir. Ella y yo recorríamos una órbita muy extraña a la vuestra, y andábamos por palacios de cristal, mientras vosotros movíais tráfago por entre túneles y pasadizos de tosco ladrillo. Harto sé yo que la policía, teológica o no, supone que dondequiera que ha habido amor puede haber odio, y aquí está la primera base para la acusación. Pero el segundo punto es todavía más importante, y yo

lo ofrezco por eso de buena gana; no sólo es verdad que Pauline me amaba, sino que es cierto también que esta misma mañana, antes de que ella muriera, escribió en esa mesa su testamento, haciendo para mí y mi nueva iglesia un legado de medio millón. ¡Ea, pues! ¿Dónde están las esposas? ¿Os figuráis que me afligen las miserias a que pudierais someterme? Toda servidumbre penal será para mí como el esperar a mi amada en una estación del camino. Y la horca misma será para mí como un viaje hacia el país donde está ella, un rápido viaje en un carro despeñado.

Todo esto lo dijo con gran autoridad oratoria, agitando la cabeza, mientras Flambeau y Joan Stacey lo escuchaban llenos de asombro. La cara del Padre Brown sólo expresaba el más profundo dolor, y miraba al suelo con una angustiosa arruga pintada en la frente. El profeta se recostó gallardamente en la chimenea y continuó:

—En pocas palabras le he dado a usted los elementos de mi acusación, de la única acusación posible contra mí. En menos palabras voy a destrozarla hasta no dejar una sola huella. En cuanto al hecho concreto del crimen, la verdad queda encerrada en una simple frase: yo no he cometido este crimen. Pauline Stacey cayó desde este piso a las doce y cinco minutos. Un centenar de personas podrá acudir a la prueba testimonial y declarar que yo estuve en el balcón de mi piso desde poco antes de las doce hasta las doce y cuarto, que es la hora habitual de mis oraciones. Mi empleado (un honrado joven de Clapham[92] que nada tiene que ver conmigo) jurará que él estuvo sentado en el vestíbulo toda la mañana y que no vio salir a nadie. El jurará asimismo que me ha visto entrar diez minutos antes de la hora indicada, quince minutos antes del accidente, y que durante ese tiempo yo no he salido de la oficina ni me he movido del balcón. Jamás pudo haber coartada más perfecta. Puedo citar a declaración a medio barrio de Westminster. Quítenme otra vez las esposas; será lo mejor. Esto se ha acabado.

»Pero todavía, para que no quede ni el menor asomo de tan estúpida sospecha, le diré a usted todo lo que quiere saber de mí. Creo estar al tanto de cómo vino a morir mi infortunada amiga. Si usted quiere, podrá echármelo en cara, o acusar por lo menos a mi religión y a mi fe, pero no encerrarme en la cárcel por ello. Es bien sabido de cuantos se consagran a las verdades superiores que algunos adeptos o *illuminati*[93] han alcanzado realmente el poder de la levitación, es decir, la facultad de suspenderse en el aire. Este hecho no es más que una parte de la general conquista de la materia que constituye el elemento principal de esta nuestra sabiduría oculta. La pobre Pauline tenía un temperamento impulsivo y ambicioso. A decir verdad, yo

creo que ella se figuraba haber profundizado los misterios mucho más de lo que en efecto había conseguido. A menudo me decía, cuando bajábamos juntos en el ascensor, que teniendo voluntad firme podría uno bajar flotando sin mayor daño que una pluma ligera. Pues bien: creo solemnemente que en un éxtasis de noble arrebato ella intentó el milagro. Su voluntad, o su fe, flaquearon seguramente a la hora decisiva, y las bajas leyes de la materia se vengaron horriblemente. Esta es, señores, la verdadera historia; muy triste, y para vosotros muy llena de presunción y maldad, pero no criminal en manera alguna; en todo caso, no se trata de cosa que me pueda ser imputada. En el estilo abreviado de los tribunales de policía vale más llamarle suicidio; en cuanto a mí, yo le llamaré siempre heroico fracaso en la senda del adelanto científico y el escalamiento del cielo.

Terminada la peroración hubo un profundo silencio.

Aquella fue la primera vez que Flambeau veía al Padre Brown derrotado. Seguía éste mirando el suelo con el penoso ceño arrugado, como si estuviera lleno de vergüenza. Era imposible desvanecer la impresión causada por las aladas palabras del profeta de que allí había un tétrico acusador profesional del género humano, aniquilado por un espíritu lleno de salud y libertad naturales, mucho más puro y eminente. Por fin, el Padre Brown logró hablar, pestañeando y con un marcado aire de sufrimiento físico.

—Bueno; puesto que es así, caballero, no tiene usted más que tomar el testamento y marcharse. ¿Dónde lo habrá dejado la pobre señora?

—Debe de estar por ahí, en el escritorio, junto a la puerta —dijo Kalon con esa sólida candidez que, desde luego, parecía absolverlo—. Ella me había dicho que hoy lo redactaría, y al pasar en el ascensor a mi departamento la vi escribiendo.

—¿Estaba la puerta abierta? —preguntó el sacerdote mirando distraídamente el ángulo de la estera.

—Sí —dijo Kalon.

—¡Ah! —contestó el otro—. Desde entonces ha estado abierta. Y continuó estudiando la trama de la estera.

—¡Aquí hay un papel! —dijo la triste miss Joan con voz alterada.

Se había acercado al escritorio de su hermana, que estaba junto a la puerta, y tenía en la mano una hoja de papel azul. En su rostro había una acre sonrisa, de lo más inoportuno en momentos como aquél. Flambeau no pudo por menos de mirarla con extrañeza.

Kalon, el profeta, no manifestó curiosidad alguna por el papel, manteniendo siempre su regia indiferencia. Pero Flambeau lo tomó de manos

de la muchacha y lo leyó con la más profunda sorpresa. Comenzaba el papel, en efecto, con los términos sacramentales de un testamento, pero después de las palabras: «Hago donación de todo cuanto he poseído», la escritura se interrumpía de pronto con unos trazos y rayas en seco donde ya no era posible leer el nombre del legatario. Flambeau, asombrado, mostró a su amigo el clérigo aquel testamento truncado; el clérigo le echó una mirada y se lo pasó, sin decir palabra, al sacerdote del sol.

Un instante después, el pontífice con sus espléndidos ropajes talares cruzó la estancia en dos brincos e irguiéndose cuan largo era frente a Joan Stacey, con unos ojazos azules que parecían salírsele de la cara:

—¿Qué trampa endiablada es ésta? —gritó—. Esto no es todo lo que escribió Pauline.

Todos se quedaron sorprendidos al oírle hablar en otro tono de voz tan diferente del primero. En su habla se notaba ahora un gangueo yanqui no disimulado. Toda su grandeza y su buen inglés se le cayeron de encima como una capa.

—Esto es lo único que hay en el escritorio —dijo Joan, y se le quedó mirando con la misma sonrisa perversa.

De pronto aquel hombre se soltó profiriendo blasfemias y echando de sí cataratas de palabras incrédulas. Aquella manera de abandonar la máscara era realmente penosa; era como si a un hombre se le cayera la cara que Dios le dio.

Cuando se cansó de maldecir, gritó en pleno dialecto americano:

—¡Oiga usted! Yo seré un aventurero, pero me está pareciendo que usted es una asesina. Sí, caballeros; aquí tienen ustedes explicado su enigma y sin recurrir a la levitación. La pobre muchacha escribe un testamento en mi favor; llega su malvada hermana, lucha por arrancarle la pluma, la arrastra hasta la reja del ascensor, y la precipita antes de que haya podido terminarlo. ¡Voto a tal! ¡Traigan otra vez las esposas!

—Como usted ha dicho muy bien —replicó Joan con horrible calma—, el ayudante de usted es un joven muy honrado que sabe bien lo que vale el juramento, y jurará sin duda ante cualquier tribunal que yo estaba arriba, en el piso de usted, preparando ciertos papeles que había que copiar a máquina, desde cinco minutos antes hasta cinco minutos después de que mi hermana cayera. También Mr. Flambeau le dirá a usted que me encontró arriba.

Hubo un silencio.

—¡Cómo! —exclamó Flambeau—. ¿Entonces, Pauline estaba sola cuando cayó, y se trata de un suicidio?

—Estaba sola cuando cayó —dijo el Padre Brown—, pero no se trata de un suicidio.

—Entonces, ¿cómo murió? —preguntó Flambeau con impaciencia.

—Asesinada.

—¡Pero si estaba sola! —objetó el detective.

—¡Fue asesinada cuando estaba sola! —contestó el sacerdote.

Todos se quedaron mirándolo, pero él conservó su actitud de desaliento, su arruga en la frente y aquella sombra de pena o vergüenza impersonal que parecía invadirlo. Su voz era descolorida y triste.

—Lo que yo necesito saber —gritó Kalon, lanzando otro voto— es a qué hora viene la policía por esta hermana sanguinaria y perversa; han matado a uno de su sangre, y a mí me ha robado medio millón que era tan sagrado y tan mío como…

—Pero oiga usted, oiga usted, profeta —interrumpió Flambeau con ironía —. Recuerde usted que todo este mundo es ilusión vana.

El hierofante del áureo sol hizo un esfuerzo para volver a su pedestal y dijo:

—¡Si no se trata del dinero! Aunque esa suma bastaría para propagar la causa en todo el mundo. Se trata de los anhelos de mi amada. Para Pauline todo esto era santo. En los ojos de Pauline…

El Padre Brown se levantó de un salto, tan bruscamente que derribó el sillón. Estaba mortalmente pálido, pero parecía encenderlo una esperanza: sus ojos llameaban.

—¡Eso es! —gritó con voz clara—. Por ahí hay que comenzar. En los ojos de Pauline…

El esbelto profeta retrocedió espantado ante el diminuto clérigo y grito:

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué pretende usted hacer?

—En los ojos de Pauline… —repitió el sacerdote, con los suyos cada vez más ardientes—. ¡Continúe usted, continúe usted, en nombre de Dios! El más horrible crimen que puedan inventar los demonios es más leve después de la confesión. Confiese usted, se lo imploro. ¡Continúe usted, continúe usted! En los ojos de Pauline…

—¡Déjeme usted en paz, demonio! —tronó Kalon, luchando como un gigante amarrado—. ¿Quién es usted, usted, espía maldito, para envolverme en sus telarañas y atisbar así y escudriñarme el alma? ¡Déjeme usted irme en paz!

—¿Debo detenerlo? —preguntó Flambeau, saltando hacia la puerta, que ya Kalon tenía entreabierta.

—No; déjelo usted salir —dijo el Padre Brown con un suspiro hondo y extraño que parecía salir del fondo del Universo—. Deje usted salir a Caín, porque pertenece a Dios.

Cuando aquel hombre hubo salido, sobrevino un largo silencio, que fue, para la impaciencia de Flambeau, una agonía de interrogaciones. Miss Joan Stacey se puso con la mayor frialdad a arreglar unos papeles de su escritorio.

—Padre —dijo al fin Flambeau—, es mi deber, no sólo es cuestión de curiosidad, es mi deber averiguar, si es posible, quién cometió el crimen.

—¿Qué crimen? —preguntó el Padre Brown.

—El crimen de que tratamos, naturalmente —replicó su amigo con impaciencia.

—Es que tratamos de dos crímenes —explicó el Padre Brown—, crímenes de muy distinta condición, y también de dos criminales distintos.

Miss Joan Stacey, habiendo juntado sus papeles, echó la llave al cajón. El Padre Brown prosiguió, haciendo de ella tan poco caso como ella parecía hacer de él.

—Los dos crímenes —observó— fueron cometidos aprovechándose de la misma debilidad de la misma persona y luchando por arrebatarle su dinero. El autor del crimen mayor tropezó en su camino con el crimen menor; el autor del crimen menor fue el que se quedó con el dinero.

—¡Oh, no hable usted como un conferenciante! —gritó Flambeau—. Dígalo usted en pocas palabras.

—Puedo decirlo en una sola palabra —contestó su amigo.

Miss Joan Stacey, con una muequecilla de persona ocupada, se puso ante el espejo su sombrero negro de trabajo y, mientras la conversación continuaba, tomó su bolsa y su sombrilla y salió de la habitación rápidamente.

La verdad —dijo el Padre Brown— está en una sola y breve palabra: Pauline Stacey era ciega.

—¡Ciega! —repitió Flambeau, se irguió lentamente su enorme estatura.

—Estaba condenada a ello por nacimiento —continuó Brown—. Su hermana la hubiera obligado a usar gafas, si ella lo hubiera consentido. Pero su filosofía o su capricho era que no debe uno aumentar estos males sometiéndose a ellos. No admitía, pues, la nebulosidad de su vista, o trataba de disiparla a fuerza de voluntad. Su vista, sometida a semejante esfuerzo, fue empeorando. Pero todavía faltaba el último y agotador esfuerzo. Y sobrevino con ese precioso profeta, o como se llame, que la enseñó a mirar de frente al sol. A esto llamaban «la aceptación de Apolo». ¡Ay, si estos nuevos paganos fueran siquiera antiguos paganos, serían un poco mejores! Los antiguos

paganos sabían que la simple y cruda adoración de la naturaleza tiene sus lados crueles. Sabían bien que el ojo de Apolo ciega y consume.

Hubo una pausa, y el sacerdote continuó con voz suave y algo quebrada:

—No es seguro que este hombre infernal la haya vuelto ciega a propósito; pero no cabe duda de que se aprovechó deliberadamente de su ceguera para matarla. La sencillez misma del crimen es abrumadora. Ya sabe usted que tanto él como ella subían y bajaban en el ascensor sin ayuda del empleado.



También sabe usted que este ascensor se desliza sin el menor ruido. Kalon subió en el ascensor hasta este piso, y pudo ver por la puerta abierta a la muchacha, que escribía, con toda la lentitud del que ha perdido la vista, el testamento prometido. El entonces le dijo amablemente que allí le dejaba el ascensor a su disposición, y que cuando acabara no tenía más que salir. Dicho esto, oprimió el botón y subió sigilosamente hasta su piso, entró en su oficina, salió a su balcón, y estaba orando tranquilamente ante la muchedumbre

callejera cuando la pobre muchacha, acabada su obra, corrió alegremente adonde su amante y el ascensor habían de recibirla; dio un paso…

—¡No! —gritó Flambeau.

—Con sólo haber oprimido ese botón —continuó el curita con la voz descolorida que usaba para describir las cosas horribles— debió haber ganado medio millón. Pero el negocio se frustró. Se frustró porque dio la picara casualidad de que otra persona codiciaba también ese dinero, persona que también conocía el secreto de la ceguera de Pauline. En ese testamento había algo de que ninguno se ha dado cuenta: aunque incompleto y sin firma de la autora, ya lo habían firmado como testigos alguna empleada y la otra miss Stacey. Joan había firmado anticipadamente, diciendo, con un desdén de las formas legales típicamente femenino, que ya lo acabaría Pauline después. Es decir, que Joan quería que su hermana firmara el testamento sin ningún testigo en el momento de la firma. ¿Por qué? Pensó en la ceguera de Pauline y creo seguro que Joan lo que se proponía al desear que Pauline firmara sin testigos era sencillamente que Pauline fuera incapaz de firmarlo, según voy a explicar.

»Esta gente acostumbra siempre usar plumas estilográficas. Para Pauline era una verdadera necesidad. Ella, por el hábito y la fuerza de voluntad, era capaz todavía de escribir como si conservara ilesa la vista, pero le era imposible darse cuenta de cuándo había que mojar la pluma en el tintero. De suerte que era su hermana la encargada de llenar las plumas, y todas las llenaba con el mayor cuidado, menos una, que dejó de llenar también con el mayor cuidado. Y sucedió que el resto de la tinta bastó para trazar una línea, y luego se agotó. Y el profeta perdió quinientas mil libras esterlinas y cometió, para nada, uno de los asesinatos más brutales que registra la historia.

Flambeau se dirigió a la puerta y oyó los pasos de la Policía que venía por la escalera.

—Para poder en diez minutos reconstruir el crimen de Kalon —dijo, volviendo al lado de su amigo— habrá usted tenido que hacer un esfuerzo endemoniado.

El Padre Brown se agitó en su asiento:

—¿El crimen de Kalon? —repuso—. No. Más trabajo me ha costado poner en claro el de miss Joan y la estilográfica. Yo comprendí que Kalon era el criminal antes de entrar en esta casa.

—No exagere usted —dijo Flambeau.

—No; lo digo en serio —contestó el sacerdote—. Le aseguro a usted que comprendí que era él quien lo había hecho aun antes de saber qué era lo que

había hecho.

—¿Cómo así?

—Estos estoicos paganos —dijo el Padre Brown, reflexivo— siempre fracasan por su exceso de energía. Hubo un ruido, hubo una gritería en la calle y, a pesar de todo, el sacerdote de Apolo no se inmutó, ni siquiera miró a la calle. Yo no sabía de qué se trataba, pero comprendí que era algo que a él no lo cogía de sorpresa.

XI
La muestra de «La espada rota»

Grises se veían los millares de brazos de aquella selva; plateados sus millones de dedos. En un cielo de pizarra verde azulosa, las frías y lúcidas estrellas resultaban briznas de hielo. Toda aquella tierra tan feraz y poco habitada aparecía como endurecida bajo la tenue escarcha. Los huecos negros que alternaban con los troncos de los árboles semejaban cavernas negras e infinitas de aquel despiadado infierno escandinavo, infierno de insoportable frío. Aun la piedra cuadrangular de la torre de la iglesia parecía ser cosa de origen septentrional y de carácter pagano, cual si fuera una torre bárbara entre las rocas marinas de Islandia[94]. Mala noche para venir a explorar el camposanto de la iglesia. Pero tal vez valía la pena.

Levantábase el camposanto al lado de las cenicientas orillas del bosque, sobre una corcova o dorso del césped verde que, a la luz de las estrellas, era grisáceo. Casi todas las sepulturas estaban en una pendiente, y el camino que llevaba a la iglesia era tan empinado como una escalera. En lo alto de la colina, en el plano, aparecía el monumento al que debía su fama el lugar. Contrastaba con las sepulturas informes que lo rodeaban, porque era obra de uno de los más célebres escultores de la moderna Europa. Con todo, su celebridad había pasado al olvido ante la celebridad del hombre cuya imagen representaba la escultura. Al lápiz plateado de la luz estelar se veía la sólida imagen metálica de un soldado moribundo, alzadas las manos en una perenne plegaria, la cabeza sobre la dura almohada del cañón. La cara, venerable y barbada, más bien patilluda, según la antigua y pasada moda del coronel «Newcome».



El uniforme, aunque tratado en unos cuantos toques sencillos, era el de la guerra moderna. A la derecha, una espada con la punta rota; a la izquierda, la sagrada Biblia. En las luminosas tardes veraniegas llegaban coches llenos de americanos y gente culta de los alrededores que venían a admirar el sepulcro. Aun entonces, todos sentían que aquella vasta región forestal, con su colina del cementerio y su iglesia, era un sitio muy abandonado y oculto. En las heladas negruras del invierno, ya se comprenderá que era el sitio más solitario bajo las estrellas. Sin embargo, en la quietud de aquellos bosques inmóviles rechinó una reja. Y he aquí que dos vagas figuras negras entraron por el camino que conducía al cementerio.

El resplandor frío de las estrellas era tan tenue que nada se podía saber de aquellos hombres sino que ambos iban de negro, que uno de ellos era gigantesco y el otro, como contraste, casi enano. Se dirigieron hacia la gran tumba esculpida del guerrero histórico, y la contemplaron un rato. En todo el contorno no se veía un hombre ni una cosa viviente, y aun podía dudarse, en un parpadeo de fantasía, de si aquellos hombres eran hombres. En todo caso, su conversación comenzó con frases muy extrañas. El hombre pequeño rompió el silencio y dijo así:

—¿Dónde esconderá una arenita un sabio?

—En la playa —dijo el hombre alto, en voz baja.

El pequeño movió la cabeza, y tras corto silencio dijo:

—¿Dónde esconderá una hoja el sabio?

Y el otro contestó:

—En el bosque.

Nueva pausa. Y luego el mayor continuó:

—¿Quiere usted decir que cuando el sabio trata de ocultar un diamante verdadero, está probado que lo esconderá entre diamantes falsos[95]?

—No, no —dijo el pequeño, soltando la risa—. Lo pasado, pasado.

Pateó unos segundos para calentarse los pies, y luego:

—No estoy pensando en eso, sino en algo muy diferente —dijo— y muy peculiar. ¿Quiere usted encender una cerilla?

El gigantón se hurgó los bolsillos, y pronto se oyó un chasquido, y una llama pintó de oro todo un paño del monumento. Allí, en letras negras, estaban talladas las conocidas palabras que tantos americanos leyeron con el mayor respeto:

Consagrado a la memoria
del General Sir Arthur St. Clare,
héroe y mártir,

que siempre venció a sus enemigos
y siempre supo perdonarlos,
y al fin murió por la traición
a manos de ellos.
Plegue a Dios
—en quien él puso su confianza—
recompensarlo y vengarlo.

La cerilla le quemó al fin los dedos al gigante, se apagó y cayó. Iba el hombre a encender otra cuando su compañero lo detuvo.

—Muy bien, amigo Flambeau. Ya he visto lo que quería. O más bien: no he visto lo que deseaba no ver. Y ahora, a caminar una milla y media hasta la próxima posada. Porque sabe el cielo la necesidad de estar junto al fuego y echar un trago de cerveza que experimenta quien se atreve con semejante historia.

Bajaron por la escarpada senda, cerraron otra vez la rústica reja, y con paso firme y ruidoso se internaron por el congelado camino de la selva. Anduvieron un cuarto de milla en silencio antes de que el pequeño dijera:

—Sí; el sabio esconde un grano de arena en la playa. Pero si no hay playa por allí cerca, ¿qué hace? ¿Ignora usted los trabajos que pasó este gran St. Clare?

—Yo no sé una palabra sobre los generales ingleses, Padre Brown —contestó el otro riendo—. Aunque algo sé de los policías ingleses. Sólo sé que, sea quien fuere ese personaje, me ha arrastrado usted de aquí para allá por todos los sitios donde quedan reliquias de él. Se diría que murió, por lo menos, en seis lugares distintos. Yo he visto una placa conmemorativa del general St. Clare en la abadía de Westminster. He visto una saltarina estatua ecuestre del general St. Clare en el muelle. He visto un medallón del general St. Clare en la calle donde nació y otro en la calle donde vivió, y ahora me arrastra usted al cementerio de esta aldea para ver el sitio en que se conserva su ataúd. La verdad es que comienzo a cansarme de este magnífico personaje, sobre todo porque ignoro completamente quién fue. ¿Qué anda usted buscando en todas estas criptas y efigies?

—Una palabra, y nada más —dijo el Padre Brown—. Una palabra que no puedo encontrar.

—Bueno —dijo Flambeau—; ¿quiere usted explicarme eso?

—Lo dividiré en dos partes —dijo el sacerdote—. Primero, lo que todos saben, y después lo que yo sé. Lo que todos saben es muy sencillo y breve de contar. Además, es una completa equivocación.

—¡Bravo! —dijo el gigantesco Flambeau alegremente—. Comencemos por la equivocación, comencemos por lo que todo el mundo sabe y que no es verdad.

—Si no todo es mentira, por lo menos está muy mal entendido —continuó Brown—. Porque, en rigor, todo lo que el público sabe se reduce a esto: el público sabe que Arthur St. Clare fue un gran general inglés victorioso. Sabe que, tras espléndidas y concienzudas campañas en la India y en África, mandaba la expedición contra el Brasil cuando el gran patriota brasileño Olivier lanzó su ultimátum[96]. Sabe que entonces St. Clare atacó a Olivier con escasas fuerzas y que éste le opuso un ejército poderoso. Que tras heroica resistencia cayó prisionero. Y sabe que después de caer en manos enemigas, y con escándalo del mundo civilizado, St. Clare fue colgado de un árbol. Así lo encontraron tras la retirada de los brasileños, con la espada rota colgada al cuello.

—¿Y es falsa esta versión popular? —preguntó Flambeau.

—No —dijo su amigo—; hasta aquí, la versión es exacta.

—Es que la historia no puede ir más allá —advirtió Flambeau—. Y si todo esto es verdadero, ¿dónde está el misterio?

Habían pasado ya muchos centenares de árboles grises y fantásticos antes de que al curita le diera la gana de contestar. Al fin, mordiéndose un dedo, explicó:

—Mire usted: el misterio es un misterio psicológico. O, mejor dicho, es un misterio de dos psicologías. En esa cuestión del Brasil, dos de los más famosos hombres de la historia moderna obraron en absoluta contradicción con su respectivo carácter. Recuerde usted que ambos, Olivier y St. Clare, eran héroes; lo de siempre: la lucha entre Héctor y Aquiles[97]. ¿Y qué diría usted de un combate en que Aquiles se portara tímidamente y Héctor como traidor?

—Prosiga usted —dijo el otro con impaciencia, viendo que su interlocutor volvía a morderse un dedo y callaba.

—Sir Arthur St. Clare era un soldado religioso a la antigua, el tipo de militares que nos salvó cuando los motines de los cipayos[98] —continuó Brown—. Siempre estaba más por el deber que por el ataque, y con todo su valor y acometividad personales era un jefe prudente, a quien indignaba todo gasto inútil de fuerzas. Sin embargo, en esa última batalla parece haber intentado algo que aun a los ojos de un niño resulta absurdo. No hace falta ser un estratega para comprender que aquello era un disparate. No hace falta ser un estratega para echarse a un lado cuando pasa un automóvil. Este es el

primer misterio. ¿Dónde tenía la cabeza el general inglés? Y el segundo enigma es éste: ¿dónde tenía el corazón el general brasileño? El presidente Olivier habrá sido un visionario, o, si se quiere, un obstáculo; pero aun sus enemigos admiten que era magnánimo como un caballero andante. Casi todos sus prisioneros quedaban libres y hasta recibían de él beneficios. Los que se lo figuraban de otro modo, después de tratarlo, se quedaban encantados de su sencillez y su bondad. ¿Cómo es posible admitir que sólo una vez en la vida se le haya ocurrido vengarse tan diabólicamente? ¿Y esto precisamente el día en que ningún daño había recibido? Ya lo ve usted. Uno de los hombres más sabios del mundo obra un día como un idiota, sin ninguna razón. Uno de los hombres más buenos del mundo obra un día como un demonio, sin ninguna razón. Y toda la cuestión está en eso. Conciérteme usted esas medidas, amigo mío.

—No, no —dijo el otro dando un resoplido—. Conciértemelas usted. Y haga el favor de explicármelo todo muy claro.

—Bueno —continuó el Padre Brown—. No sería justo decir que la versión pública es tal cual yo la he descrito, sin añadir que de entonces acá han sucedido dos cosas. No puedo decir que traigan nueva luz a nuestro enigma, porque nadie ha acertado aún a entenderlas. Pero, por lo menos, traen una nueva especie de oscuridad: desvían hacia otro punto la oscuridad. La primera cosa fue ésta: el médico de la familia de St. Clare rompió con la familia y se puso a publicar una serie de violentos artículos, en que afirmaba que el difunto general había sido un maniático religioso, pero, según los hechos por él alegados, el general resultaba sencillamente un hombre religioso. Así, la campaña del médico fracasó. Todos sabían, por lo demás, que St. Clare compartía ciertas excentricidades de la piedad puritana. El segundo incidente es más importante. En el infortunado y desamparado regimiento que hizo aquel temerario ataque en Río Negro, había un tal capitán Keith que estaba comprometido por aquella sazón con la hija de St. Clare y que después se casó con ella. Cayó prisionero en manos de Olivier, y como todos los demás prisioneros, con excepción del general, parece que fue tratado muy bondadosamente y pronto fue puesto en libertad. Unos veinte años después este hombre, entonces teniente coronel, publicó una especie de autobiografía titulada: *Un oficial inglés en Birmania y en el Brasil*. Y en la página que el lector ansioso busca afanosamente para dar con el relato del misterioso fin de St. Clare, aparecen más o menos, estas palabras: «En todo este libro he contado todos los sucesos tal como han ocurrido, porque comparto la antigua opinión de que la gloria de Inglaterra es lo bastante adulta

para cuidarse sola. Pero en ese punto de la derrota de Río Negro tengo que hacer una excepción, y las razones que me obligan a ello, aunque de orden privado, son enteramente honorables y también bastante imperiosas. Sin embargo, para hacer justicia a la memoria de dos hombres eminentes debo decir algunas palabras. Se ha acusado al general St. Clare de haberse portado con torpeza en aquella ocasión; yo soy testigo, al menos, de que aquella jornada, bien entendida, fue una de las más brillantes y sagaces de su historia. También sobre el presidente Olivier ha caído la acusación de que se portó con una injusticia salvaje. Debo al honor de un enemigo el manifestar que en esa ocasión extremó aún más que nunca su característica bondad. Y para decirlo en pocas palabras, puedo asegurar a mis compatriotas que ni St. Clare fue tan necio ni Olivier tan bárbaro como parece. Y es cuanto puedo decir, y ninguna otra consideración humana me obligará a añadir una palabra.»

Una enorme luna de hielo[99], como reluciente bola de nieve, se había levantado por entre la maraña de árboles que quedaba frente a ellos, y a su fulgor el narrador pudo refrescar sus recuerdos del texto del capitán Keith con una hoja de papel impreso que llevaba consigo.



La dobló, se lo guardó de nuevo, y Flambeau alargó la mano para decir:

—Espere un poco, espere un poco. Creo adivinar algo al primer intento.

Y siguió caminando, resollando fuerte, con la negra cabeza y cuello de toro algo doblados, como un corredor en pos de la meta. El curita, divertido e interesado, tuvo que esforzarse para trotar en pos de su amigo. Frente a ellos, los árboles comenzaron a abrirse a derecha e izquierda, y el camino desembocó en un valle claro y bañado de luna, y después volvió a escurrirse

como un conejo por entre los vericuetos de otro bosque. La entrada de este otro bosque se veía pequeña y redonda como la boca de un túnel lejano. Pero estaba a menos de cien metros, y antes de que Flambeau volviera a hablar se descubrió ante ellos como una caverna.

—¡Ya lo tengo! —exclamó, dándose en el muslo, con entusiasmo—. Todo ha sido pensarlo cuatro minutos. Óigame usted.

—Venga —asintió el otro.

Flambeau levantó la cabeza, pero bajó la voz.

—El general sir Artur St. Clare —dijo— proviene de una familia en quien la locura era hereditaria, y todo su anhelo era ocultar esto a su hija y, a ser posible, también a su futuro yerno. Con razón o sin ella, creyó un día estar cerca de la crisis fatal y prefirió antes suicidarse. Pero un suicidio ordinario hubiera provocado sospechas de lo que él deseaba ocultar. Al acercarse el momento de la campaña, sintió que su cerebro se iba nublando cada vez más, y en un momento de desesperación sacrificó su deber público a su deber privado. Se arrojó al combate precipitadamente, con la esperanza de caer a la primera bala. Al ver que sólo había logrado el fracaso y la prisión, la bomba oculta en su cerebro estalló, rompió su espada, y se colgó de un árbol.

Quedóse mirando la gris fachada del bosque que se movía frente a ellos con la boca negra en el centro, como boca de sepultura por donde se precipitaba el sendero. Tal vez ese vago aspecto amenazador de un bosque que se traga un camino reforzó su visión de la tragedia del desdichado general, porque se estremeció un poco.

—¡Terrible historia! —dijo.

—¡Terrible historia! —repitió el sacerdote con la cabeza ladeada—. Pero falsa.

Después echó hacia atrás la cabeza con desesperación y exclamó:

—¡Ojalá hubiera sido así!

El talludo Flambeau se quedó mirándolo.

—La historia que usted acaba de forjar es limpia, por lo menos —explicó el pequeño—. Es una historia grata, pura, honrada, tan blanca y tan franca como esa luna. Después de todo, la locura y la desesperación son cosas harto inocentes. Hay cosas mucho peores.

Flambeau se puso a contemplar la luna, que el otro acababa de invocar y que, vista desde allí, aparecía cruzada por la rama negra de un árbol en forma de cuerno…

—Padre…, padre —dijo Flambeau, gesticulando a la francesa y apresurando el paso—, ¿dice usted que pudo ser peor?

—Peor —repitió Brown como un eco.

Y penetraron en el negro túnel del bosque, que a uno y otro lado ofrecía un tapiz corrido de troncos, como en los confusos corredores de un sueño.

Pronto se encontraron en las más secretas entrañas de la selva, sintiendo que pasaban rozando sus caras unos follajes que ni siquiera podían ver. El sacerdote dijo otra vez:

—¿Dónde ocultará el sabio una hoja? En el bosque. Pero… ¿si no tiene a mano ningún bosque…?

—Bueno, bueno —gritó el irritable Flambeau—. ¿Qué hará entonces?

—Sembrará y formará un bosque para ocultarla —dijo el sacerdote con voz opaca—. ¡Un grave pecado!

—¡Oiga usted! —gritó su impaciente amigo, excitados sus nervios por la oscuridad de aquel enigma como por la oscuridad del bosque—. ¿Quiere usted explicarme eso o no? ¿Hay algún otro dato?

—Hay otros tres amagos de datos —dijo el otro— que he desenterrado por ahí en rincones y agujeros. Voy a presentárselos a usted en un orden lógico más que cronológico. En primer término, nuestra autoridad para establecer el resultado de la batalla son los despachos del propio Olivier, que son bastante claros. Dice que se encontraba atrincherado con dos o tres regimientos en las alturas que dominan Río Negro, y al otro lado del cual el terreno es más bajo y pantanoso. Más allá el campo se levanta ligeramente, y allí está el puesto avanzado de los ingleses, soportado por fuerzas que se han quedado muy atrás. En conjunto, las fuerzas inglesas son muy superiores a las suyas, pero ese regimiento avanzado se encuentra tan lejos de sus bases, que Olivier considera posible el plan de cruzar el río para cortar dicho regimiento. Al anochecer, sin embargo, se ha decidido a no abandonar sus posiciones, que son singularmente ventajosas. Al amanecer del día siguiente ve con asombro que aquel puñado de ingleses, sin recibir auxilio ninguno de sus reservas de retaguardia, se ha atrevido a cruzar el río, en parte por un puente que hay a la derecha y en parte por un vado que hay más allá, y se encuentra ya a este lado del río justamente debajo de él.

»Es increíble que, siendo tan pocos y teniendo el enemigo posiciones tan ventajosas, intenten un ataque. Pero Olivier advierte otra circunstancia todavía más inexplicable: que, en lugar de procurarse terreno sólido, aquel regimiento de locos, dejando el río a su espalda mediante un avance desconsiderado, no hace más que meterse en el fango como un puñado de moscas que se mete en la miel. Inútil decir que los brasileños abren grandes claros en sus filas con el fuego de la artillería y que ellos sólo pueden

contestar con un fuego de fusilería tan ineficaz como animoso. Con todo, no cejan. Y el breve despacho de Olivier termina con un gran tributo de admiración por el místico valor de aquellos imbéciles. «Finalmente —dice—, nuestras líneas avanzan y los impelen hacia el río. Hemos hecho prisionero al mismo general St. Clare y a varios oficiales. El coronel y el mayor han muerto en la acción. No puedo menos de manifestar que la historia ofrece pocos espectáculos más hermosos que la resistencia final de este regimiento extraordinario; allí se vio a los oficiales heridos arrebatar el arma a los soldados muertos, y al mismo general enfrentarse al enemigo, a caballo, descubierta la cabeza y con una espada rota en la mano.» Sobre lo que después sucedió con el general, Olivier guarda el mismo silencio que el capitán Keith.

—Bueno —gruñó Flambeau—. Vengan más datos.

—El siguiente dato —dijo el Padre Brown— me costó algún tiempo descubrirlo, pero queda expuesto en dos palabras. En un hospicio que hay entre los pantanos de Lincolnshire[100] me encontré con un veterano herido en la batalla de Río Negro y que, además, había asistido al coronel del regimiento en los instantes de su muerte. Era éste un tal coronel Clancy, un irlandés de pura cepa, y parece que, más que de sus heridas, murió de la rabia que tuvo. El pobre coronel, en todo caso, no era responsable de aquel avance desatentado; el general lo había obligado a ello. Según el veterano, sus últimas y edificantes palabras fueron éstas: «Y allá va el asno de hombre con la espada rota; ¡así le rompieran la cabeza!» Notará usted que todos han advertido este detalle de la espada rota, aunque todos lo han considerado con más respeto que el difunto coronel Clancy. Y ahora vamos al tercer indicio.

El camino comenzó a empinarse, y Brown tuvo que callar un poco para tomar aliento. Después prosiguió en igual tono:

—Hará apenas uno o dos meses murió en Inglaterra un oficial brasileño que salió de su país por ciertas dificultades con Olivier. Era persona bien conocida, tanto aquí como en el continente: un español, de nombre Espada. Yo lo conocí también; era un viejo «dandy» de cara amarillenta que tenía una nariz ganchuda. Por razones de orden privado tuve ocasión de examinar los documentos que dejó a su muerte. Era católico, desde luego, y yo lo ayudé a bien morir. Entre sus cosas no había nada que sirviera para aclarar el misterio del general St. Clare, salvo cinco o seis breviarios que habían sido de un soldado inglés y estaban llenos de notas. Supongo que los brasileños los recogieron de algún cadáver que quedó en el campo. Las notas se interrumpían en la noche anterior a la batalla.

»Pero el relato que dejó ese soldado sobre la víspera de la acción era digno de leerse. Lo llevo conmigo, pero aquí no puedo leerlo; está esto muy oscuro. Le haré a usted un resumen de lo que dice. Comienza con una colección de frases burlescas que, por lo visto, dirigían todos a algún individuo apodado el *Buitre*. Pero este *Buitre* no parece haber sido uno de los suyos, ni siquiera un inglés. Tampoco es seguro que fuera un enemigo. Parece que fuera algún acompañante, un no combatiente, quizá un guía, quizá un corresponsal de guerra de algún periódico. Andaba junto al coronel Clancy, pero, a través de las notas, más a menudo se le ve aparecer junto al mayor. El mayor es una figura prominente en el relato del soldado: se lo representa allí como un hombre encorvado, de cabellos negros, llamado Murray, irlandés del Norte y puritano. Y se habla mucho del contraste cómico entre la austeridad de este hombre de Ulster[101] y la jovialidad del coronel Clancy. También hay un chiste sobre los colorines del traje del llamado *Buitre*.

»Pero todas estas insignificancias desaparecen ante algo que podemos comparar a un toque de clarín. Detrás del campamento inglés, y casi paralelo al río, corre uno de los escasos caminos que atraviesan aquel distrito. Al Oeste el camino tuerce sobre el río y pasa el puente de que ya he hablado. Al Este el camino se mete por los matorrales, y a unas dos millas más allá llega al otro campamento inglés. De aquel punto se oyó venir aquella tarde un ruido y tintineo de caballería ligera, y hasta este simple narrador pudo comprender con asombro que llegaba el general con su estado mayor. Venía en ese soberbio caballo blanco que habrá usted visto en las revistas ilustradas y en los retratos de la Academia. Y puede usted estar seguro de que la tropa lo saludó con verdadero entusiasmo. Pero él, sin gastar tiempo en ceremonias, saltó del caballo, se mezcló en el grupo de oficiales y les endilgó un discurso solemne, aunque confidencial. Lo que más impresionó a nuestro narrador fue el singular empeño que el general mostraba en discutirlo todo con el mayor Murray; sin embargo, esta preferencia, con tal de no ser exagerada, no tenía nada de extraño. Ambos estaban hechos para entenderse; ambos eran gente que «lee y practica su Biblia»; ambos pertenecían al viejo tipo del militar evangelista. Ello es que cuando el general montó otra vez a caballo todavía estaba discutiendo sus planes muy seriamente con Murray, y que al echar a andar el caballo lentamente hacia el río el hombre de Ulster caminaba a su lado en animado debate. Los soldados los vieron alejarse y, por fin, desaparecer tras una masa de árboles donde el camino tuerce hacia el río. El coronel volvió a su tienda; la tropa, a sus puestos. El narrador se quedó por ahí unos minutos, y de pronto vio algo extraordinario.

»El soberbio caballo blanco, que se había alejado a paso lento por el camino como en las muchas paradas militares a que había concurrido, volvía a todo galope como si corriera en una pista. Al principio la tropa se figuró que el caballo, con el jinete encima, se había desbocado; pero pronto pudieron darse cuenta de que era el mismo general, el gran caballista, quien lo hacía correr. Caballo y jinete llegaron hasta donde estaba la tropa como un huracán, y allí, refrenando al caracoleante corcel, el general volvió hacia ellos la encendida cara y preguntó por el coronel con una voz como la trompeta del Juicio.

»Me figuro que los vertiginosos sucesos de esta catástrofe se mezclaron desordenadamente en el alma de aquellos hombres, como le pasó a nuestro diarista. Con el sobresalto de una pesadilla cayeron todos, cayeron literalmente, en sus filas y se enteraron de que era menester dar un ataque cruzando el río. El general y el mayor parece que habían descubierto quién sabe qué en el puente, y apenas quedaba tiempo de luchar a la desesperada. El mayor iba camino de la retaguardia para traer las reservas, pero aunque se dieran mucha prisa era dudoso que pudiera llegar a tiempo. Como quiera, había que cruzar el río aquella noche y tomar las alturas al amanecer. Y el diario se interrumpe con el barullo y la palpitación de la romántica marcha nocturna.

El Padre Brown caminaba ahora delante de su compañero, porque el camino se había hecho angosto y más pendiente y más intrincado, al extremo de que ya les parecía ir trepando por una escalera de caracol. Desde arriba, entre las tinieblas, bajaba la voz del sacerdote:

—Y todavía hay una circunstancia tan minúscula como enorme. Al azuzarlos el general a aquella carga caballeresca, desenvainó a medias la espada, y después la envainó otra vez como avergonzado de aquel ademán melodramático. Ya ve usted: otra vez la espada.

Una semiluz comenzó a filtrarse por entre la maraña de arbustos, echando a sus pies la sombra de una red. Comenzaban a subir de nuevo hacia la tenue luminosidad del campo abierto. Flambeau sintió que la verdad lo rodeaba más como una atmósfera que como una idea. Y contestó a tientas:

—Y ¿qué tiene de extraño? ¿No llevan espada generalmente los oficiales?

—En la guerra moderna no es frecuente mencionar las espadas —dijo el otro—. Pero en esta historia topamos a cada instante con la dichosa espada.

—¿Y qué? —gruñó Flambeau—. Eso es un incidente insignificante y que tiene cierto color: el viejo general rompe su espada en su último combate. Todo el que se haya asomado a la Historia caerá en ello. Por eso en todas esas

tumbas y conmemoraciones lo representan con la espada rota. Supongo que no me ha arrastrado usted a esta expedición polar sólo porque dos hombres, estudiando la manera de hacer sus respectivos cuadros, hayan reparado en este detalle de la espada rota de St. Clare.

—No —gritó el Padre Brown con una voz como un pistoletazo—; pero ¿quién es, de todos, el único que ha visto su espada incólume?

—¿Qué quiere usted decir? —dijo el otro, deteniéndose bajo las inciertas estrellas, porque acababan de salir del túnel del bosque.

—Digo que ¿quién fue el que vio su espada incólume? —repitió, obstinado, el Padre Brown—. No fue seguramente el autor del diario de guerra, porque el general había ocultado la espada a tiempo.

Flambeau contempló la lejanía lunar como contempla el sol un ciego; y, por primera vez, su amigo dejó ver su ansia de hablar.

—¡Flambeau! —gritó—; no puedo demostrarlo ni después de andar buscando las tumbas. Pero estoy seguro de ello. Voy a añadir otra cosa que corona todo el edificio de sospechas. El coronel, por suerte fatal, fue uno de los primeros blancos del enemigo. Fue herido mucho antes de que las fuerzas se encontraran. Pero él vio ya la espada rota de St. Clare. ¿Por qué estaba ya rota? ¿Cómo y cuándo se había roto? amigo mío, la espada se había roto antes de la batalla.

—¡Oh! —exclamó su amigo con lúgubre jocosidad—; ¿y en dónde habrá caído el otro pedazo?

Puedo decírselo a usted —contestó el otro precipitadamente—. Está en el ángulo Nordeste del cementerio de la catedral protestante de Belfast.

—¿De veras? —preguntó el otro—. ¿Ha ido usted a buscarlo allá?

—No he podido —repuso el otro, lamentándolo sinceramente—. Tiene encima un enorme monumento de mármol; un monumento al heroico mayor Murray, que cayó peleando gloriosamente en la famosa batalla de Río Negro.

Flambeau se quedó galvanizado.

—¿Quiere usted decir —preguntó al fin con voz áspera— que el general St. Clare odiaba a Murray y lo mató en el mismo campo de batalla porque…?

—Todavía sigue usted lleno de buenos y nobles pensamientos —dijo Brown—. Lo que pasó fue mucho peor.

—Bueno —dijo el gigantón—; mis recursos de imaginación perversa se han agotado.

El sacerdote pareció vacilar, no sabiendo cómo abordar su desenlace, y al fin dijo:

—¿Dónde esconderá el sabio una hoja? En el bosque.

El otro no contestó.

—Y si no hay bosque, fabricará uno. Y si se trata de esconder una hoja marchita, fabricará un bosque marchito.

No hubo respuesta, y el sacerdote añadió con voz muy suave y tranquila:

—Y, si se trata de esconder un cadáver, formará un campo de cadáveres para esconderlo.

Flambeau comenzó a alargar sus zancadas, como si quisiera a toda costa abreviar el tiempo o el espacio. Y el Padre Brown continuó, como reanudando su última frase:

—Ya le he dicho a usted que sir Arthur St. Clare era un gran lector de su biblia. Esto es lo que *le pasó*. ¿Cuándo entenderán los hombres que a nadie le aprovecha leer su biblia, mientras no lea al mismo tiempo la biblia de los demás? El impresor lee su biblia y encuentra erratas de imprenta. El mormón lee su biblia, y da con la poligamia. El partidario de la Ciencia Cristiana lee la suya, y descubre que no es verdad que tengamos brazos y piernas. St. Clare era un viejo soldado protestante angloindio. Hágase usted cargo de lo que esto significa; y, por favor, vaya usted al fondo. Esto significa que estamos en presencia de un hombre formidable físicamente, que pasa la mayor parte de su vida bajo un sol tropical, en el seno de la sociedad oriental, y que se hunde sin ninguna guía ni preparación en el abismo de un libro oriental. Naturalmente, este hombre lee, más que el Nuevo, el Antiguo Testamento.



Y en el Antiguo, naturalmente, encuentra todo lo que quiere: lujuria, tiranía, traición. Sí; ya sé que era lo que suelen llamar un hombre honrado. Pero ¿qué

bondad hay en ser honrado en la adoración de la maldad?

»En cada uno de los países cálidos y lejanos en que vivió este hombre pudo disponer de un harén, torturar a los demás, amasar oro con vergüenza; pero siempre pudo decir con mirada altiva que lo hacía para la mayor gloria de Dios. Y creo explicar suficientemente mi propia teología preguntando: ¿De qué Dios? Con estos pecados sucede que van abriendo sucesivamente las puertas del infierno e internándose en cuartos cada vez más pequeños. Este es el principal argumento contra el crimen: que, aunque el hombre no se vaya haciendo más malo, se va haciendo cada vez más débil. St. Clare se encontró pronto embarazado en un dédalo de soborno y chantaje, y cada vez le hizo más falta el dinero en efectivo. Y para la época de la batalla de Río Negro, ya, devino en otro mundo. St. Clare había venido a caer al sitio que Dante considera como el piso más bajo del Universo[102].

—¿Qué quiere decir usted?

—Quiero decir *esto* —replicó el clérigo, y señaló un charco congelado que brillaba a la luna—: ¿Recuerda usted a quiénes pone Dante en el último círculo de hielo?

—A los traidores —dijo Flambeau estremeciéndose.

Y al contemplar aquel inhumano paisaje de árboles, de contornos insolentes y casi obscenos, pudo figurarse que él mismo era Dante, y el sacerdote, con su hilito de voz, era, seguramente, un Virgilo que lo conducía por la zona del eterno pecado.

La voz continuó:

—Olivier, como ya usted sabe, era hombre quijotesco y no hubiera consentido un servicio secreto de espías. Pero el servicio, como tantas otras cosas, se estableció sin que él lo supiera. Y el que lo estableció fue mi amigo Espada. Era Espada el pisaverde vestido de colorines a quien la gente de tropa, por lo narigón, apodaba el *Buitre*. Habiéndose escurrido hasta el frente a título de filántropo, se coló en las filas inglesas, y al fin dio con el único hombre corrompido que había en las filas. Y este hombre era —¡Dios poderoso!— el jefe. St. Clare necesitaba dinero, montañas de dinero. El desacreditado médico de la familia amenazaba con contar esas indiscreciones, que después salieron a la luz: historias de cosas monstruosas y prehistóricas en Park Lane; actos de un evangelista inglés que más parecían sacrificios humanos y actos propios de hordas de esclavos. También hacía falta dinero para dotar a la hija; porque amaba tanto la fama de la riqueza como la riqueza misma. Rompió la última amarra, dio el soplo a los brasileños, y los enemigos de Inglaterra lo colmaron de oro. Pero había otro hombre que había hablado

con Espada *el Buitre*, y que también tenía acceso al general. Quién sabe cómo, el austero y joven mayor de Ulster sospechó la horrible verdad; y cuando paseaban lentamente por aquel camino, rumbo al paso del río, Murray le dijo al general que debía renunciar al mando en ese instante, so pena de ser procesado y fusilado. El general se mostró contemporizador hasta que llegaron al bosquecillo del recodo; y en llegando allí, entre las aguas rumorosas y las palmas doradas de sol (casi veo el cuadro), el general desenvainó e hincó la hoja en el cuerpo del mayor.

Aquí el camino serpeaba un poco, costeando una colina llena de escarcha donde aparecían crueles bultos negros de ramaje y maleza; pero a Flambeau se le antojó ver como una aureola luminosa, que, más que reflejo de la luna y estrellas, parecía resplandor de una hoguera hecha por los hombres. Y estuvo contemplándola atentamente, en tanto que la historia se acercaba a su fin.

—St. Clare era un canalla; pero de casta. Nunca, puedo jurar, nunca fue tan dueño de sí como cuando el pobre Murray yacía, inerte, a sus pies. Nunca, en ninguna de sus victorias, según dijo bien el capitán Keith, fue tan grande aquel grande hombre como en esta derrota que el mundo considera desdeñosamente. Contempló fríamente su arma, limpió la sangre; vio que la punta se había roto en el pecho de su víctima. Y todo lo que había de suceder lo consideró tan serenamente como quien ve la calle tras las vidrieras del casino. Comprendió que aquel cadáver inexplicable sería encontrado; que aquella inexplicable punta de espada sería extraída; que se darían cuenta de la inexplicable espada rota que él ceñía, o notarían su falta si la ocultaba. Comprendió que había matado, pero no había hecho callar. Entonces su imperioso espíritu se irguió ante los obstáculos; sólo quedaba un camino, que era hacer menos inexplicable aquel cadáver: alzar una montaña de cadáveres para esconderlo. Y antes de veinte minutos, ochocientos soldados ingleses marchaban a la muerte.

El cálido resplandor fue creciendo tras el helado cortinaje del bosque, y Flambeau se apresuró otra vez. El Padre Brown se esforzó por seguirle el paso. Y continuó, entregado a su historia:

—Tal era el valor de aquel millar de ingleses, y tal el genio de su comandante, que, si hubieran atacado de una vez la colina, otra hubiera sido su suerte. Pero el mal espíritu, que jugaba con ellos como si fueran peones de ajedrez, tenía otros intentos. Era necesario que se quedaran empantanados junto al puente, para que la presencia de cadáveres en aquel sitio no llamara la atención más tarde. Y después, en la gran escena final, el santo soldado de cabellos de plata desenvainaría su espada rota como para conjurar la matanza.

Como espectáculo improvisado, no estuvo mal. Pero creo (probarlo no puedo), creo que precisamente mientras estaban por ahí atascados en aquel lodazal sangriento, hubo alguien que dudó… y sospechó.

Calló un instante, y después prosiguió:

—No sé de dónde me llega una voz que me dice: el hombre que sospechó fue el enamorado…, el que se iba a casar con la hija del viejo general.

—Pero, ¿qué paso con Olivier y cómo colgaron al general? —preguntó Flambeau.

—Olivier, en parte por espíritu caballeresco, en parte por buena política, no gustaba de entorpecer sus marchas con el estorbo de los prisioneros. Casi siempre daba la libertad a todos. Y así lo hizo entonces.

—Con todos, menos con el general —dijo el gigante.

—Con todos —insistió el sacerdote.

Flambeau frunció el ceño:

—No veo claro —dijo.

—Hay otra escena, Flambeau —dijo Brown en un tono místico y profundo—, otra escena cuya realidad no puedo probar, pero puedo hacer algo mejor: la veo claramente. Veo un campo, de mañana, unas colinas áridas, tórridas, unos uniformes brasileños formados en columnas de marcha. Veo la camisa roja, la larga barba negra de Olivier agitada por el viento: Olivier tiene el sombrero de ancha halda en la mano. Está despidiéndose del gran enemigo a quien concede la libertad; del sencillo veterano inglés de cabellos blancos que, en nombre de su gente, le da las gracias. Detrás de él permanece, en espera, el grupo de ingleses. A un lado, hay vehículos y provisiones para la partida. Redoblan los tambores. Los brasileños se ponen en marcha. Los ingleses están inmóviles como estatuas, y así permanecen hasta que el último destello y rumor de las columnas enemigas se borran en el horizonte tropical. Entonces se agitan todos como muertos que resucitan, y cincuenta rostros se vuelven hacia el general: ¡rostros inolvidables!

Flambeau dio un salto:

—¡No! —gritó—. No querrá usted decir…

—Sí —dijo el Padre Brown con voz profunda y patética—. Fue una mano inglesa la que puso el nudo corredizo al cuello de St. Clare, y creo que fue la misma que puso el anillo en el dedo de su hija. Manos inglesas fueron las que lo izaron en el árbol abominable: las manos de aquellos que lo habían adorado y seguido en sus victorias. Y fueron almas inglesas (¡Dios nos perdone a todos!) las que, mientras él se mecía bajo un sol extraño en la verde horca de la palmera, pidieron en su justa ira que se abrieran para él los infiernos.

Al llegar a lo alto de la colina, los deslumbró la luz escarlata de una posada inglesa llena de cortinas rojas en las ventanas. Se alzaba al lado del camino en amplio ademán de hospitalidad. Tres puertas se abrían para invitar al caminante. Y hasta ellos llegó el rumor y la risa de los hombres que pasaban una noche feliz.

—Inútil decirle a usted más —continuó el Padre Brown—. Lo juzgaron en mitad del desierto y lo ejecutaron; y después, por el honor de Inglaterra y de la hija del general, juraron callar para siempre la historia del dinero, de la traición y de la espada asesina. Tal vez (¡Dios los perdone!) todos procuraron olvidarla. Tratemos nosotros de hacer lo mismo. He aquí la posada.

—Con toda el alma —dijo Flambeau, y se adelantó presuroso hacia el bar ruidoso e iluminado; cuando se detuvo, retrocedió y estuvo a punto de caer en mitad del camino.

—¡Mire usted, en nombre del diablo! —gritó, señalando la tabla que colgaba sobre la puerta de la posada. En la tablilla se veía, toscamente pintado, el puño de una espada y una hoja rota. Debajo, en caracteres anticuados, había un letrero: *La espada rota*.

Pero, ¿no lo esperaba usted? —preguntó el Padre Brown—. ¡Si es el dios de la provincia! La mitad de las posadas y calles de por aquí han tomado el nombre de él o de su leyenda.

—Creí que habíamos acabado ya con ese leproso —dijo Flambeau, escupiendo con disgusto.

—No, no se libertará usted de él en Inglaterra —dijo el sacerdote— mientras el bronce sea duro y la piedra resistente. Sus estatuas de mármol han de entusiasmar por siglos y siglos las almas inocentes y orgullosas de los niños; su tumba olerá a lealtad, como huele a lirios. Millones de hombres que no lo conocieron amarán como a un padre a ese hombre que fue tratado como un andrajo por los pocos que lo conocieron. Será tenido por un santo, y nunca se sabrá la verdad, porque yo estoy decidido. Hay tanto bien y tanto mal en violar un secreto, que prefiero poner a prueba mi conducta. Todos esos periódicos se acabarán. Ya pasó el ruido de la cuestión brasileña. Ya Olivier es honrado por todo el mundo. Pero yo me dije que si alguna vez en palabras, en metal o en mármol que puedan durar como las pirámides, el coronel Clancy, el capitán Keith, el presidente Olivier o cualquiera otro inocente recibía el menor denuesto, entonces hablaría yo. Y en tanto que sólo se tratara de cantar equivocadamente las glorias de St. Clare, callaría. Y así lo haré.

Entraron en la taberna de las cortinas rojas, que no sólo era cómoda, sino casi lujosa. Sobre una mesa se veía una reproducción en plata de la tumba de

St. Clare, con la cabeza de plata recostada sobre el cañón, y la espada de plata, rota. En los muros se veían fotografías en colores del sitio y la explicación del sistema de coches para los turistas. Los dos amigos se sentaron en los confortables bancos acolchados.

—Venga usted, que hace frío —dijo el Padre Brown—. Que nos sirvan algo de vino o cerveza.

—O brandy —dijo Flambeau.


IVAN

XII
Los tres instrumentos de la muerte

Tanto por profesión como por convicción, el Padre Brown sabía, mejor que casi todos nosotros, que la muerte dignifica al hombre. Con todo, tuvo un sobresalto cuando, al amanecer, vinieron a decirle que sir Aaron Armstrong había sido asesinado. Había algo de incongruente y absurdo en la idea de que una figura tan agradable y popular tuviera la menor relación con la violencia secreta del asesinato. Porque sir Aaron Armstrong era agradable hasta el punto de ser cómico, y popular hasta ser casi legendario. Era aquello tan imposible como figurarse que Sunny Jim se había colgado, o que el pacífico Mr. Pickwick[103] había muerto en el manicomio de Hanwell. Porque, aunque sir Aaron, como filántropo que era, tenía que conocer los oscuros fondos de nuestra sociedad, se enorgullecía de hacerlo de la manera más brillante posible. Sus discursos políticos y sociales eran cataratas de anécdotas y carcajadas; su salud era tremenda; su ética, el optimismo más completo. Y trataba el problema de la embriaguez (su tópico favorito) con aquella alegría perenne y monótona que es, a veces, la señal de una absoluta abstinencia.

La historia corriente de su conversión era muy conocida en los círculos y púlpitos más puritanos: cómo de niño había sido arrastrado de la teología escocesa al whisky escocés; cómo se había redimido de lo uno y lo otro, y había llegado a ser (según él modestamente decía) lo que era. La verdad es que su barba blanca y bellida, su cara de querubín, sus gafas deslumbradoras, y las innúmeras comidas y congresos a que asistía, hacían difícil creer que hubiera sido nunca persona tan tétrica como un borrachín o un calvinista. No: aquél era el más seriamente alegre de todos los hijos de los hombres.

Vivía por los rústicos alrededores de Hampstead, en una hermosa casa, alta, pero no ancha: una de esas modernas torres tan prosaicas. La más estrecha de sus estrechas fachadas daba sobre la verde pendiente de la vía férrea, y hasta la casa llegaban las trepidaciones del tren. Sir Aaron Armstrong, como él decía con turbulenta manera, no tenía nervios. Pero si a menudo el tren hacía trepidar la casa, aquella mañana se cambiaron los papeles y fue la casa la que hizo trepidar al tren.

La máquina disminuyó la velocidad, y finalmente paró justo frente al sitio en que un ángulo de la casa se adelantaba sobre la pendiente de pasto.

Generalmente los mecanismos paran poco a poco, pero la causa viviente de aquella parada fue muy rápida. Un hombre vestido rigurosamente de negro, sin omitir (como recordaron los testigos de la escena) el temeroso detalle de los guantes negros, apareció en lo alto del terraplén frente a la máquina y agitó las negras manos como un negro molino de viento. Esto no hubiera bastado siquiera para detener a un tren lentísimo. Pero de aquel hombre salió un grito que después todos repetían como si hubiera sido algo nuevo y sobrenatural. Fue uno de esos gritos hórridamente claros, aun cuando no se entienda qué dicen. Las palabras articuladas por aquel hombre fueron: «¡Un asesinato!»

Pero el conductor asegura que si sólo hubiera oído aquel grito penetrante y horrible, sin entender las palabras, hubiera parado igualmente.

Una vez detenido el tren, bastaba un vistazo para advertir las circunstancias del incidente. El hombre de luto era Magnus, el lacayo de sir Aaron Armstrong. El baronet[104], con su habitual optimismo, solía burlarse de los guantes negros de su lúgubre criado; pero ahora toda burla hubiera sido inoportuna.

Dos o tres curiosos bajaron, cruzaron la ahumada cerca, y vieron casi al pie del templo el cuerpo de un anciano con una bata amarilla que tenía un forro de rojo vivo. En una pierna se veía un trozo de cuerda enredado tal vez en la confusión de una lucha. Había una o dos manchas de sangre: muy poca. Pero el cuerpo estaba doblado o quebrado en una postura imposible para un cuerpo vivo. Era sir Aaron Armstrong. A poco apareció un hombre robusto de hermosa barba, en quien algunos viajeros reconocieron al secretario del difunto, Patrick Royce, un tiempo muy célebre en la sociedad bohemia, y aún famoso en el arte bohemio. El secretario manifestó la misma angustia del criado, de un modo más vago, aunque más convincente. Cuando, un instante después, apareció en el jardín la tercera figura del hogar, Alice Armstrong, la hija del muerto, vacilante e indecisa, el conductor se decidió a obrar: oyóse un silbido, y el tren, jadeando, corrió a pedir auxilio a la próxima estación.

Y así, a petición de Patrick Royce, el enorme secretario ex bohemio; vinieron a llamar a la puerta del Padre Brown. Royce era irlandés de nacimiento y pertenecía a esa casta de católicos accidentales que sólo se acuerdan de su religión en los malos trances. Pero el deseo de Royce no se hubiera cumplido tan de prisa, si uno de los detectives oficiales que intervinieron en el asunto no hubiera sido amigo y admirador del detective no oficial llamado Flambeau… Porque, claro está: imposible ser amigo de Flambeau sin oír contar mil historias y hazañas del Padre Brown. Así,

mientras el joven detective Merton conducía al sacerdote, a campo traviesa, a la vía férrea, su conversación fue más confidencial de lo que hubiera sido entre dos desconocidos.

—Según me parece —dijo ingenuamente Mr. Merton— hay que renunciar a desenredar este lío. No se puede sospechar de nadie. Magnus es un loco solemne, demasiado loco para asesino. Royce, el mejor amigo del baronet durante años. Su hija lo adoraba sin duda. Además, todo es absurdo. ¿Quién puede haber tenido empeño en matar a este viejo tan simpático? ¿Quién en mancharse las manos con la sangre del amable señor de los Brindis? Es como matar a San Nicolás.

—Sí: era un hogar muy simpático —asintió el Padre Brown—. Mientras él vivió, al menos, así fue siempre. ¿Cree usted que seguirá siendo lo mismo de alegre?

Merton, asombrado, le dirigió una mirada interrogadora.

—¿Ahora que ha muerto él?

—Sí —continuó impasible el sacerdote—. Él era muy alegre. Pero, ¿comunicó a los demás su alegría? Francamente, ¿había en esa casa alguna persona alegre, fuera de él?

En la mente de Merton pareció abrirse una ventana, dejando penetrar esa extraña luz de sorpresa que nos permite darnos cuenta de lo que siempre hemos estado viendo. A menudo había estado en casa de Armstrong para cumplir, en sus funciones policíacas, ciertos caprichos del viejo filántropo. Y ahora que pensaba en ello se dio cuenta de que, en efecto, aquella casa era deprimente. Los cuartos, muy altos y fríos; el decorado, mezquino y provinciano; los pasillos, llenos de corrientes de aire, alumbrados con una luz eléctrica más fría que la luz de la luna. Y aunque, a cambio de esto, la cara escarlata y la barba plateada del viejo ardieran como hogueras en todos los cuartos y pasillos, no dejaban ningún calor tras sí. Sin duda aquella incomodidad de la casa se debía a la vitalidad misma, a la misma exuberancia del propietario. A él no le hacían falta estufas ni lámparas, llevaba consigo su luz y su calor. Pero, recordando a las otras personas de la casa, Merton tuvo que confesar que no eran más que las sombras del señor. El extravagante lacayo, con sus guantes negros, era una pesadilla. Royce, el secretario, hombre sólido, hombrachón o muñecón de trapo con barbas, tenía las barbas de paja llenas de sal gris —como de trapo tricolor—, y la ancha frente surcada de arrugas prematuras. Era de buen natural, pero su bondad era triste y lánguida, y tenía ese aire vago de los que se sienten fracasados. En cuanto a la hija de Armstrong, parecía increíble que lo fuera: tan pálida era y de un

aspecto tan sensitivo. Graciosa, pero con un temblor de álamo temblón. Y Merton a veces se preguntaba si habría adquirido ese temblor con la trepidación continua del tren.

—Ya ve usted —dijo el Padre Brown pestañeando modestamente—. No es seguro que la alegría de Armstrong haya sido alegre… para los demás. Usted dice que a nadie se le puede haber ocurrido dar muerte a un hombre tan feliz. No estoy muy seguro de ello: *ne nos inducas in tentationem*[105]. Si alguna vez me hubiera yo atrevido a matar a alguien —añadió con sencillez— hubiera sido a un optimista.

—¿Cómo? —exclamó Merton, risueño—. ¿A usted le parece que la alegría de uno es desagradable a los demás?

—A la gente le agrada la risa frecuente —contestó el Padre Brown—; pero no creo que le agrade la sonrisa perenne. La alegría sin humorismo es cosa muy cansada.

Caminaron un rato en silencio bajo las ráfagas por el herboso terraplén de la vía y, al llegar al límite de la larguísima sombra que proyectaba la casa de Armstrong, el Padre Brown dijo de pronto, como el que echa de sí un mal pensamiento, mejor que ofrecerlo a su interlocutor:

—Claro es que la bebida en sí misma no es buena ni mala. Pero no puedo menos de pensar que a los hombres como Armstrong les convendría tomar de tiempo en tiempo un trago para entristecerse un poco.

El jefe de Merton, un detective muy apuesto, de pelo entregrís, llamado Gilder, estaba en la verde loma de la vía esperando al médico forense y hablando con Patrick Royce, cuyas anchas espaldas y erizados pelos lo dominaban por completo. Y esto se notaba más porque Royce siempre andaba combado de una manera hercúlea, y discurría por entre sus pequeños deberes domésticos y secretadles con un aire de pesada humildad, como un búfalo que arrastra un carro.

Al ver al sacerdote, levantó la cabeza con evidente satisfacción y se apartó con él unos pasos. Entretanto, Merton se dirigía a su superior con evidente respeto, pero con cierta impaciencia de muchacho.

—Y qué, Mr. Gilder, ¿ha descubierto usted este misterio?

—Aquí no hay misterio —replicó Gilder, contemplando con soñolientas pestañas el vuelo de las cornejas.

—Bueno; para mí al menos sí lo hay —dijo Merton, sonriendo.

—Todo está muy claro, muchacho —dijo su superior, acariciando su puntiaguda barba gris—. Tres minutos después de que tú te fuiste a buscar al

párroco de Mr. Royce todo se aclaró. ¿Conoces a ese criado de cara de palo que lleva unos guantes negros, el que detuvo el tren?

—¡Ya lo creo! Como que me produce hormigueo.

—Bien —articuló Gilder—; cuando el tren partió, ese hombre había partido también. Un criminal muy frío, ¿verdad? ¡Mira tú que escapar en el mismo tren que va a avisar a la policía!

—Pero ¿está usted seguro —observó el joven— de que fue él quien mató a su amo?

—Sí, hijo mío, completamente seguro —replicó Gilder secamente—; por la sencilla razón de que ha escapado llevándose veinte mil libras en acciones que estaban en el escritorio de su amo. No; aquí lo único que merece el nombre de misterio es cómo cometió el asesinato. El cráneo se diría roto con un arma potente, pero no aparece arma ninguna, y no es fácil que el asesino se la haya llevado consigo, a menos que fuera lo bastante pequeña para no advertirse.

—O quizá lo bastante grande para no advertirse —dijo el sacerdote, dominando una risita.

Gilder volvió la cabeza y le preguntó a Brown secamente qué quería decir.

—Nada, una necedad, ya lo sé —dijo el Padre Brown—. Algo que parece cuento de hadas. Pero se me figura que el pobre Mr. Armstrong fue muerto con una cachiporra gigantesca, una enorme cachiporra verde demasiado grande para ser notada, y que se llama la tierra. En suma, que se rompió la cabeza contra esta misma loma verde en que estamos.

—¿Cómo? —preguntó el detective con vivacidad.

El Padre Brown volvió su cara de luna hacia la casa y pestañeó como un desesperado. Siguiendo su mirada, los otros vieron que en lo alto de aquel muro, y como ojo único, había una ventana abierta.

—¿No ven ustedes? —explicó, señalándola con una torpeza infantil—. Cayó o fue arrojado desde allí.

Gilder consideró la ventana con arrugado ceño y dijo después:

—En efecto, es muy posible. Pero no entiendo cómo habla usted de ello con tanta seguridad.

Brown abrió sus grises ojos vacíos.

—¿Cómo? —exclamó—. En la pierna de ese hombre hay un trozo de cuerda enredado. ¿No ve usted otro trozo allí, en el ángulo de la ventana?

A aquella altura, la cuerda parecía una brizna o una hebra de cabello, pero el astuto y viejo investigador se declaró satisfecho:

—Muy cierto, caballero. Creo que ha acertado usted.

En aquel instante un tren especial de un solo coche entró por la curva que hacía la línea a la izquierda y, deteniéndose, dejó salir otro contingente de policías, entre los cuales aparecía la carota de Magnus, el sirviente evadido.

—¡Por Júpiter! ¡Lo han cogido! —gritó Gilder; y se adelantó a recibirlos con mucha precipitación—. ¿Y el dinero? ¿También lo traen ustedes? —preguntó a uno de los gendarmes.

El gendarme, con una expresión singular, contestó:

—No —y luego añadió—: Por lo menos, aquí no.

—¿Quién es el inspector? —preguntó Magnus.

Y al oír su voz, todos comprendieron que aquel hombre hubiera podido detener el tren. Era un hombre de aspecto torpe, negros cabellos lacios, cara descolorida, a quien los ojos y la boca, que eran unas verdaderas rajas, daban cierto aire oriental. Su procedencia y su nombre habían sido siempre un misterio. Sir Aaron lo había redimido del oficio de camarero, que desempeñaba en una fonda de Londres, y malas lenguas aseguran que de otros oficios más infames. Su voz era tan viva como su cara era muerta. Sea por esfuerzo de exactitud para emplear una lengua que le era extranjera, sea por deferencia a su amo (que había sido algo sordo), la voz de Magnus había adquirido una sonoridad, una extraña penetración. Cuando habló Magnus, todos se estremecieron.

—Siempre me lo había temido —dijo en voz alta con una suavidad ardorosa—. Mi pobre amo se reía de mi traje de luto, y yo siempre me dije que con este traje estaba preparado para sus funerales.

E hizo un ademán con sus manos enguantadas de negro.

—Sargento —dijo el inspector, mirando con furia aquellas manos—. ¿Cómo es que no le ha puesto usted las esposas a este individuo, que parece tan peligroso?

—Señor —dijo el sargento desconcertado—; no sé si debo hacerlo.

—¿Cómo es esto? —preguntó el otro con aspereza—. ¿No lo han arrestado ustedes?

En la hendida boca del criado hubo una mueca desdeñosa, y el silbato de un tren que se acercaba pareció comentar oportunamente la intención burlesca.

El sargento, muy gravemente, replicó:

—Lo hemos arrestado precisamente cuando salía del puesto de policía de Highgate[106], donde acababa de depositar todo el dinero de su amo en manos del inspector Robinson.

Gilder contempló al lacayo con el mayor asombro:

—¿Y por qué hizo usted eso? —preguntó.

—¡Por qué había de ser! Para poner el dinero a salvo del criminal —contestó Magnus plácidamente.

—Es que el dinero de sir Aaron —dijo Gilder— estaba seguro en manos de la familia.

La cola de esta frase pareció engancharse en el estridor del tren, que se acercó temblando y chirriando. Pero, por encima del infierno de ruidos a que aquella triste mansión estaba sujeta periódicamente, se oyeron las sílabas precisas de Magnus con toda su nitidez de campanadas:

—Tengo razones para desconfiar de la familia Armstrong.

Todos, aunque inmóviles, sintieron vagamente la presencia de un recién llegado. Merton volvió la cabeza, y no le sorprendió encontrarse con la cara pálida de la hija de Armstrong, que asomaba sobre el hombro del Padre Brown. Todavía era joven y bella, en aquel su plateado estilo, pero sus cabellos eran de un color castaño tan opaco y sin matices, que, a la sombra, de repente parecía gris.

—Repórtese usted —gruñó Royce—. Va usted a asustar a miss Armstrong.

—Creo que sí —dijo el de la clara voz.

La dama retrocedió. Todos lo miraron sorprendidos. Y él prosiguió así:

—Estoy ya acostumbrado a los temblores de miss Armstrong. La he visto temblar muchas veces durante muchos años. Unos decían que temblaba de frío; otros, que de miedo; pero yo sé bien que temblaba de odio y de perverso rencor… Esta mañana los diablos han estado de fiesta. A no ser por mí, a estas horas ella estaría lejos en compañía de su amante y con todo el dinero de mi amo a cuestas. Desde que el pobre de mi amo le prohibió casarse con ese bribón…

—¡Alto! —dijo Gilder con energía—. No nos importan las sospechas o imaginaciones de usted. Mientras no presente usted una prueba evidente, sus simples opiniones…

—¡Oh, ya lo creo que presentaré pruebas evidentes! —le interrumpió Magnus con su acento cortado—. Usted tendrá que llamarme a declarar, señor inspector, y yo tendré que decir la verdad. Y la verdad es ésta: un momento después de que este anciano fuera arrojado por la ventana, entré corriendo en el desván, y me encontré a la señorita desmayada en el suelo con una daga roja en la mano. Permítaseme también entregarla a la autoridad competente.

Y extrajo de los faldones un largo cuchillo cachicuerno[107] con una mancha roja, y se adelantó para entregarlo respetuosamente al sargento.

Después retrocedió otra vez, y las rajas de los ojos casi desaparecieron de su cara en una inmensa mueca chinesca.

Merton se sintió enfermo ante aquella mueca, y murmuró al oído de Gilder:

—Habrá que oír lo que dice miss Armstrong contra esta acusación, ¿verdad?

El Padre Brown levantó de pronto una cara tan absurdamente fresca como si acabara de lavársela.

—Sí —exclamó con radiante candor—. Pero ¿dirá miss Armstrong algo contra esta acusación?

La dama dejó escapar un grito breve y extraño. Todos se volvieron a verla. Estaba rígida, como paralizada. Sólo en el marco de sus cabellos castaños resaltaba un rostro animado por la sorpresa. Se diría que acababan de ahorcarla.

—Este hombre —dijo Mr. Gilder gravemente— acaba de declarar que la encontró a usted empuñando un cuchillo e inanimada un momento después del asesinato.

—Dice la verdad —contestó Alice.

Todos quedaron deslumbrados, y al fin se dieron cuenta de que Patrick Royce adelantaba su enorme cabezota y decía estas singulares palabras:

—Bueno; si me han de llevar, antes he de darme un gusto.

Y, levantando los fornidos hombros, descargó un puñetazo de hierro en la blanda cara mogólica de Magnus, haciéndolo caer a tierra más aplastado que una estrella de mar. Dos o tres policías pusieron al instante la mano sobre Royce; pero a los demás les pareció que la razón misma había estallado, y que el Universo todo se convertía en una pantomima insensata.

—Mr. Royce —gritó Gilder autoritariamente—. Lo arresto a usted por agresión.

—No —contestó el secretario con una voz como un gongo de hierro—. Tendrá usted que arrestarme por homicidio.

Gilder miró muy alarmado al hombre agredido; pero, como éste estaba levantándose y limpiándose un poco la sangre de la cara, que en rigor no había recibido mucho daño, preguntó secamente:

—¿Qué quiere usted decir?

—Que es cierto, como ha dicho ese hombre —explicó Royce—, que miss Armstrong cayó desmayada con un cuchillo en la mano. Pero no había empuñado el cuchillo para atacar a su padre, sino para defenderlo.

—Para defenderlo —dijo Gilder gravemente—. ¿Y defenderlo de quién?

—De mí —contestó el secretario.

Alice le miró con expresión compleja y desconcertada. Después dijo con voz débil:

—Después de todo, me alegro de que sea usted valiente.

—Subamos —dijo Patrick Royce con pesadez— y les haré ver a ustedes cómo pasó esta atrocidad.

El desván, que era el aposento privado del secretario —diminuta celda para tan enorme ermitaño—, ofrecía, en efecto, señales de haber sido escenario de un violento drama. En el centro, y sobre el suelo, había un revólver; por un lado rodaba una botella de whisky, abierta, pero no completamente vacía. El tapete de la mesita había caído y estaba pisoteado. Y una cuerda, como la que aparecía en la pierna del cadáver, colgaba por la ventana. En la chimenea, dos vasos rotos, y uno sobre la alfombra.

—Yo estaba ebrio —dijo Royce; y esta confesión sencilla en aquel hombre prematuramente abatido, tenía todo el patetismo del primer pecado infantil—. Todos ustedes me conocen —continuó con voz ronca—. Todos saben cómo empecé la vida, y parece que voy a acabarla de igual modo. En otro tiempo decían que yo era inteligente, y pude haber sido feliz. Armstrong salvó de la taberna este despojo de cerebro y de cuerpo y, a su modo, el pobre hombre fue siempre bondadoso conmigo. Sólo que no quena dejarme casar con Alice, y todos dirán que tenía razón. Bueno: ustedes pueden formular las conclusiones que gusten, y no necesitarán que yo entre en detalles. Allí, en el rincón, está mi botella de whisky medio vacía. Allí, sobre la alfombra, mi revólver completamente vacío. La cuerda que se encontró en el cadáver es la cuerda de mi baúl, y el cuerpo fue arrojado desde mi ventana. No hace falta que los detectives averigüen nada en esta tragedia: es una de esas hierbas que crecen en todos los rincones. ¡Me entrego a la horca, y basta, por Dios!

A una señal, que fue lo bastante discreta, la policía rodeó al robusto secretario para conducirlo preso. Pero esta operación fue verdaderamente interrumpida por la extrañísima actitud que adoptó el Padre Brown. Este, a gatas sobre la alfombra junto a la puerta, parecía entregado a exóticas oraciones. Como era persona que jamás se daba cuenta de la figura que hacía a los ojos de los demás, conservando siempre su actitud, volvió de pronto su cara redonda y radiante, asumiendo aspecto del cuadrúpedo con una ridícula cabeza humana.

¡Vamos! —dijo con sencillez amable—. Esto se complica. Al principio, señor inspector, decía usted que no aparecía arma alguna, pero ahora vamos encontrando muchas armas. Tenemos ya el cuchillo para apuñalar, la cuerda

para estrangular y la pistola para disparar; y todavía hay que añadir que el pobre señor se rompió la cabeza al caer de la ventana. Esto no va bien. No es económico.

Y sacudió la cabeza junto al suelo, como caballo que pasta.

El inspector Gilder abrió la boca con intención de decir algo muy serio; pero antes de que pudiera articular una palabra, ya la grotesca figura rampante decía con la mayor fluidez:

—¡Y estas tres cosas inexplicables! Primero, estos agujeros en la alfombra, donde entraron los seis tiros. ¿A quién se le ocurre disparar a la alfombra? Un ebrio dispara a la cara de su enemigo, que está accionando ante él. Pero no riñe con los pies de su enemigo. Y luego, la dichosa cuerda.

Y habiendo acabado con la alfombra, el Padre Brown levantó las manos y se las metió en los bolsillos, pero permaneció de rodillas.

—¿En qué grado de embriaguez posible se le ocurre a un hombre atarle a su enemigo la soga al cuello para desatarla después y atársela a la pierna? Royce no estaba tan ebrio para hacer semejante disparate, porque ahora estaría más dormido que un tronco. Y finalmente, la botella de whisky, y esto es lo más claro de todo: usted quiere hacernos creer que aquí ha habido un combate de dipsómano por apoderarse del whisky, que usted ganó la botella, y que, después, la arrojó usted a un rincón, vertiendo la mitad del whisky y dejando el resto en la botella. Lo cual me parece poco propio de un dipsómano.

Se irguió de un salto y, en tono de límpida penitencia, le dijo al presunto asesino:

—Lo siento mucho, mi buen señor, pero lo que usted nos cuenta es una sandez.

—Señor —dijo Alice Armstrong al sacerdote en voz baja—. ¿Puedo hablar un momento a solas con usted?

Esta petición obligó al parlanchín sacerdote a salir a la estancia próxima. Y, antes de preguntar nada, la dama le dijo con una patética precisión:

—Usted es un hombre inteligente y trata de salvar a Patrick, lo comprendo. Pero es inútil. Este asunto es muy negro y, cuantos más indicios encuentre usted, menos posibilidades de salvación habrá para el desdichado a quien amo.

—¿Por qué? —preguntó Brown mirándola con fijeza.

—Porque —contestó ella con la misma expresión— yo misma lo he visto cometer el crimen.

—¡Ah! —dijo Brown impertérrito—. Y ¿qué fue lo que hizo?

—Yo estaba en este cuarto —explicó ella—. Esta y aquella puerta estaban cerradas. De pronto *oí* una voz que decía repetidas veces: «¡Infierno, infierno!», y poco después las dos puertas vibraron con la primera explosión del revólver. Hubo tres disparos más antes de que yo lograra abrir una y otra puerta. Me encontré la estancia llena de humo; pero la pistola estaba humeando en la mano de mi pobre y loco Patrick. Y yo le vi con mis propios ojos hacer el último disparo asesino. Después saltó sobre mi padre, que, lleno de terror, estaba encaramado en la ventana, y, aferrándolo, trató de estrangularlo con la cuerda, echándosela por la cabeza, pero la cuerda se deslizó por los hombros estremecidos y cayó hasta los pies de mi padre, y se ató sola a una pierna. Patrick tiró de la cuerda enloquecido. Yo cogí entonces un cuchillo que estaba sobre la estera y, metiéndome entre ellos, logré cortar la cuerda antes de caer desmayada.

—Ya lo veo todo —dijo el Padre Brown con la misma cortesía impasible —. Muchas gracias.

Y, mientras la dama desfallecía al evocar tales recuerdos, el sacerdote regresó rápidamente adonde estaban los otros. Allí se encontró a Gilder y a Merton solos con Patrick Royce, que estaba sentado en una silla con las esposas puestas. Y, dirigiéndose respetuosamente al inspector, dijo:

—¿Puedo decir algo al preso en presencia de usted? ¿Y le permite usted quitarse esas cómicas manillas?

—Es un hombre muy fuerte —dijo Merton en voz baja—. ¿Para qué quiere usted que se las quite?

—Pues, mire usted —dijo el sacerdote con humildad—. Porque quisiera tener el honor de darle un apretón de manos.

Los dos detectives se miraron sorprendidos, y el Padre Brown añadió:

—Caballero, ¿no quiere usted decirles cómo fue la cosa?

El hombre de la silla movió negativamente la enmarañada cabeza, y entonces el sacerdote declaró impaciente:

—Pues lo diré yo. La vida privada es más importante que la reputación pública. Voy a salvar al vivo, y dejar que los muertos entierren a los muertos[108].

Dirigióse a la ventana fatal, y se asomó pestañeando mientras decía:

—Le dije a usted que aquí había muchas armas para una sola muerte. Ahora debo rectificar: aquí no ha habido armas, porque no se las ha empleado para causar la muerte. Todos estos instrumentos terribles, el nudo corredizo, la sangrienta navaja, la pistola explosiva, han servido aquí como instrumentos

de la más extraña caridad. No se han empleado para matar a sir Aaron, sino para salvarlo.

—¡Para salvarlo! —exclamó Gilder—. ¿Y de qué?

—De sí mismo —dijo el Padre Brown—. Era un maniático suicida.

—*¿Qué?* —gritó Merton con tono incrédulo—. ¡Y su religión de la alegría…!

—¡Es una religión muy cruel! —dijo el sacerdote mirando por la ventana—. ¡Que no haya podido él llorar un poco, como antes habían llorado sus padres! Sus planos mentales se endurecieron, sus opiniones se volvieron cada vez más frías. Bajo la alegre máscara se escondía el espíritu hueco del ateo. Finalmente, para conservar ante el público su alegría profesional, volvió a la embriaguez, que había abandonado hacía tanto tiempo. Pero las bebidas alcohólicas son terribles para un abstemio sincero, porque le procuran visiones de ese infierno psicológico contra el cual trata de poner en guardia a los demás. Pronto el pobre Mr. Armstrong se encontró hundido en ese infierno. Y esta mañana se encontraba en tal estado, que se sentó aquí a gritar que estaba en el infierno, y esto con voz tan trastornada, que su misma hija no la reconoció. Le entró la locura de la muerte, y con agilidad de mono, propia del maniático, se rodeó de instrumentos mortíferos: el lazo corredizo, el revólver de su amigo, el cuchillo. Royce entró casualmente y, comprendiendo lo que pasaba, se apresuró a intervenir. Arrojó el cuchillo sobre aquella estera, arrebató el revólver y, sin tener tiempo de sacar los cartuchos, lo descargó tiro a tiro contra el suelo. El suicida vio aún otra posibilidad de muerte y quiso arrojarse por la ventana. El salvador hizo entonces lo único que podía: le dio alcance y trató de atarle con la cuerda las manos y los pies. Entonces esa desdichada joven entró aquí y, comprendiendo al revés las cosas, trató de libertar a su padre cortando la cuerda. Al principio no hizo más que rasguñar las muñecas a Royce, y esa es toda la sangre que ha habido en este asunto. Porque supongo que ustedes habrán advertido que, aunque su puño dejó sangre en la cara del criado, no dejó la menor herida. Y la pobre mujer, antes de caer desmayada, logró cortar la cuerda que retenía a su padre, el cual saltó lanzado por esa ventana rumbo a la eternidad.

Hubo un silencio, y al fin se oyó el ruido metálico que hacía Gilder al abrir las esposas de Patrick Royce, a quien dijo:

—Creo que debo decir lo que siento, caballero. Usted y esa dama valen más que la esquela de defunción de Armstrong.

—¡Al diablo con Armstrong y su esquela! —gritó brutalmente Royce—. ¿No comprenden ustedes que se trataba de que ella no lo supiera?

—¿Que no supiera qué? —preguntó Merton.

—¿Cómo qué? ¡Que es ella quien ha matado a su padre, imbécil! —rugió el otro—. A no ser por ella, estaría vivo. Cuando lo sepa va a volverse loca.

—No; no lo creo —observó el Padre Brown, tomando el sombrero—. Al contrario, creo que debo decírselo. Ni la más sangrienta equivocación envenena la vida tanto como un pecado. Y creo también que en adelante ella y usted podrían ser más felices. Y me voy: tengo que ir a la Escuela de Sordomudos.

Al salir por entre el césped mojado, un conocido de Highgate lo detuvo para decirle:

—Acaba de llegar el médico. Va a comenzar la información.

—Tengo que ir a la Escuela de Sordomudos —dijo el Padre Brown—. Siento mucho no poder asistir a la información.

Apéndice

La época[109]

Sería imposible desarrollar un estudio, por breve y esquemático que fuera, sobre el florecimiento cultural y científico inglés de la segunda mitad del siglo pasado sin hacer algunas consideraciones previas a la situación política y social en la que éste fue posible.

La comprensión cabal de las numerosas actividades humanas que conforman la piel o la estructura superior de esta época hay que abordarla necesariamente desde un marco de referencia complejo e interdisciplinario. Así, por ejemplo, no hay campo de la ciencia ni del arte al que nos podamos referir sin mencionar los efectos que la revolución industrial tuvo para el desarrollo de la actividad comercial, financiera e industrial, que constituyen la infraestructura que genera y hace posibles los cambios sociales.

La Revolución industrial inglesa

Es sabido que la revolución industrial nació en Inglaterra a finales del siglo XVIII y que este país fue durante todo el siglo XIX el modelo a seguir para el resto del mundo. Lo que parece que está más confundido son las razones por las que esta revolución nació en el Reino Unido y no en otra parte de Europa o América.

Sería un error achacar de forma exclusiva este fenómeno a la invención de máquinas que, al tiempo de aumentar la producción, sustituían el trabajo muscular del hombre. Es preciso tener en cuenta que en esa época la mecánica había avanzado considerablemente y que el primer diseño de una máquina de hilar procede del siglo XVI. Por lo tanto, la pregunta que habría que hacerse es ésta: ¿Qué es lo que permitió que en un momento concreto (siglo XIX) y en un lugar determinado (Reino Unido) se pudieran potenciar y aplicar los descubrimientos de la mecánica clásica a fines prácticos?

Factores políticos y económicos

Las razones por las que este fenómeno conocido por el nombre de «maquinismo» alcanzará un gran desarrollo en

Inglaterra durante el siglo pasado son de dos órdenes: poli tico y económico.

La estabilidad política de que gozó el Reino Unido durante las últimas décadas del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX había permitido la acumulación de capital en manos de una clase social emprendedora que estaba dispuesta a invertir sus ahorros en cualquier negocio que pareciera rentable. A esto se añade el hecho de que el poderío colonial inglés, además de facilitar determinadas operaciones financieras, hace poseedor a este país de todas las materias primas precisas para la creación de una industria no dependiente.

La reina Victoria

Cuando Chesterton viene al mundo en el último cuarto del pasado siglo, Inglaterra vive uno de los momentos culminantes de su historia bajo el reinado de la reina Victoria I.

La reina Victoria I de Inglaterra es uno de esos raros personajes que han conseguido dar su nombre a todo un período; en este caso, un período tan dilatado como el que va desde 1838 hasta 1901.

Reinó desde los diecinueve años hasta su muerte. Durante este largo tiempo de sesenta y tres años Inglaterra conoció unas condiciones internas de desarrollo que habrían de hacer de ella la primera potencia mundial.

Poseía esta reina un carácter fuerte y con frecuencia difícil, que la condujo a diversos enfrentamientos con los conservadores, en su primera época, y con su madre, cuya voluntad no quiso respetar cuando en 1840 ésta se opuso a que se casara con su primo Alberto de Sajonia. Sus convicciones liberales fueron modificándose con el paso del tiempo y, muerta su madre, entregó el poder al conservador Disraeli.

Las sucesivas muertes de personas queridas (su marido falleció en 1861; su hija Alicia, en 1877, y su hijo, el duque de Albany, en 1884) fueron golpes que la apartaron momentáneamente de la actividad política, aunque en ningún momento llegara a abandonar su puesto. En 1876 fue proclamada emperatriz de la India. Tenía entonces cincuenta y siete años y gozaba del cariño y del respeto del pueblo inglés, que veía en ella la personificación de la nueva concepción de la monarquía británica. Su gran logro fue, ayudada en gran medida por el conservador Disraeli, el sentido de unidad imperial que logró otorgar a las colonias dependientes de la Corona. Las relaciones entre estas dependencias y la metrópoli gozaron de una coherencia difícil de obtener con un imperio tan extenso, cuyos ejércitos estaban en todas las partes del mundo.

La cultura en la época victoriana

El colonialismo inglés, con independencia del juicio de valor que este concepto nos merezca, fue la piedra angular que unió y sostuvo el desarrollo que tanto en las ciencias como en

las artes conoció el Reino Unido de la segunda mitad del siglo pasado. Este período, conocido con el nombre de «época victoriana», dio a luz numerosos talentos que obtuvieron justo renombre en campos tan diversos como la literatura, el naturalismo o la filosofía.

Aunque los manuales de literatura, y por explicables razones de orden metodológico, suelen situar el fin de la época victoriana, por lo que a la literatura se refiere, en 1875, no hay duda de que para comprender los impulsos de los escritores que, como Chesterton, comienzan a escribir hacia 1900 es preciso tener una idea de conjunto de la época anterior. Sobre todo si esta época ha hecho florecer en su seno a un número de artistas doblemente importantes por la cantidad y por la calidad excepcional de sus producciones. En otras palabras, no se puede explicar la literatura inglesa de principios de siglo sin el conocimiento previo de la era victoriana, porque ésta, dotada de un fuerte carácter y de una enorme capacidad de transmisión, lo impregnó todo con su moral, sus costumbres y su particular visión del mundo.

Fin del romanticismo y apogeo de la novela

Coincide el principio de esta época con el acabamiento del romanticismo inglés, que había producido importantes figuras, principalmente en la poesía, y con los comienzos del apogeo de la novela. No en vano se conoce a este siglo como el «siglo de oro de la novela».

La figura cumbre es, sin duda, Charles Dickens (1812-1870), que gozó en su época de los favores de la crítica y del público lector, y cuyas obras son harto conocidas a través de sus traducciones a todas las lenguas. El costumbrismo de Dickens, suavizado por las calidades afectivas de sus personajes, tiende a convertirse en un realismo de perfiles más duros en la obra de Thackeray (1811-1863), Trollope (1815-1882) o George Elliot (1819-1880), seudónimo de la escritora Mary Ann Evans.

Junto a esta línea, se desarrolla otra tendencia de gran importancia que intenta conciliar los nuevos gustos con un romanticismo que todavía no ha muerto y cuyas vibraciones recibe con interés el público lector. En esta línea es preciso citar a las hermanas Brontë. *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë (1818-1848)), ha sido una de las novelas más leídas de todos los tiempos, cuya afortunada adaptación al cine la ha dotado de una larga actualidad.

Influencia continental y primeras rupturas

Hacia 1875, las teorías del equilibrio europeo y el creciente poderío alemán, unidos a las numerosas tensiones internas del imperio británico, obligan a éste a romper su anterior aislamiento. Esta ruptura se traduce, en el campo de la

literatura, en una mayor influencia de los autores continentales, principalmente los franceses, y en un enfrentamiento con las normas de conducta imperantes. La figura más representativa de esta época es Oscar Wilde (1856-1900), poeta, dramaturgo y novelista, cuyo desprecio por las convenciones sociales y la agobiante moral victoriana lo condujo a la cárcel.

No podemos dejar de citar a otro importante autor de esta época, Robert Louis Stevenson (1850-1894), que ha prolongado su influencia hasta nuestros días.

Para terminar con este breve repaso es preciso hacer mención de Charles Darwin, nacido en 1809 y muerto en 1882, el más importante representante de la doctrina de la evolución. Su obra magna, *El origen de las especies*, aparte de reunir suficientes virtudes literarias, estaba llamada a ser un fuerte golpe en el narcisismo del género humano.

Nacimiento y primeros estudios

El autor

Gilbert Keith Chesterton nació en Londres en 1874. En su autobiografía, publicada en 1936, y respecto al hecho citado dice él mismo: «Mi nacimiento es un incidente aceptado por mí del mismo modo que lo aceptaría el más ignorante aldeano, y únicamente porque me ha sido transmitido por la tradición oral.» Más adelante añade: «Nací de padres respetables, pero honrados; es decir, en un mundo donde la palabra respetabilidad no era todavía un término meramente ofensivo, sino que conservaba alguna leve conexión filológica con la idea de ser respetado.»

Los dos párrafos citados ilustran a la perfección el carácter entre irónico y contradictorio de este personaje cuyo gusto por la paradoja lo llevó en su propia actuación vital a situaciones aparentemente irreconciliables.

Hizo sus primeros estudios en St. Pauls School, un colegio de empollones, a decir del propio Chesterton, en donde acabó por alcanzar fama de antisemita, cuando en los primeros días de colegio era considerado prosemita.

Al terminar los primeros estudios, y mientras sus antiguos compañeros se matriculaban en Oxford o en Cambridge para cursar estudios universitarios, Chesterton, que por aquella época estaba obsesionado por la pintura, se matriculó en la Slade School. Era esta institución una escuela de arte donde aprendió las técnicas del dibujo y de la pintura, que habría de servirle más tarde como crítico de arte, ya que no como pintor.

En una época que podemos situar entre el final de su adolescencia y el comienzo de su madurez (entre 1892-1900) Chesterton estudia literatura en Londres, y se pone a trabajar posteriormente en la oficina de un editor especializado en literatura espiritista y teosófica.

Estos años, en los que todas las vivencias suelen cobrar dimensiones exageradas, son para el joven Chesterton de una importancia digna de ser reseñada, por lo que habría de significar más tarde en su relación con la religión y en su visión del mal como fuerza positiva.

El espiritismo y el demonio

El ocultismo, que no era sino un conjunto de reglas prácticas para acercarse a fenómenos que no podían explicarse por las fuerzas naturales conocidas, estaba entonces bastante confundido con el satanismo, importado de Francia (Baudelaire, Verlaine, etc.) y había tenido un importante cultivador en Inglaterra en la figura de Oscar Wilde. Así pues, era casi una moda o al menos una etapa por la que era preciso pasar.

Chesterton acudió a infinidad de sesiones espiritistas y cogió cierta afición a hablar con el demonio, según él mismo explica en la autobiografía antes citada. Su recuerdo de aquella época se resume en una palabra también elegida por él: locura.

El periodismo y la política

Hacia 1900 Chesterton había comenzado a escribir en periódicos y revistas. Sus primeros trabajos fueron críticas de arte que aparecieron con cierta regularidad en la revista «Bookman». Su estilo es vigoroso y rotundo. La fe que tiene en sus propias ideas le lleva a expresarlas con una agresividad que habría de hacerle famoso. Maneja a la perfección todos los recursos dialécticos y su gusto por la polémica sólo es comparable a la facilidad con que suele provocarla.

A medida que este controvertido estilo se va perfeccionando, Chesterton amplía su radio de acción y comienza a escribir algunos artículos políticos. Colabora entonces en el «Speaker» y en «The Defendant». La pasión por la política, que siempre estuvo latente en él, surge ahora con fuerza, convenientemente apoyada en una tribuna tan importante como el periodismo. Esta atracción no es rara en un país que goza de una gran actividad parlamentaria y que, tras de haberse adelantado a todos sus rivales del continente en la revolución política e industrial, comienza a sufrir las tensiones internas de un poderío colonial inabarcable.

Primeros libros

Esta actividad periodística, que tan pronto dirigía sus impulsos a los terrenos de la crítica literaria como a los de la filosofía o la religión, no le impidió dedicarse a otros quehaceres. Así, en 1900 publica *The wild knight*, su primer libro de poesías. James Douglas, el más famoso crítico de la época, lo leyó y dijo que Chesterton debía de ser un seudónimo bajo el que se ocultaba un conocido

poeta, pues tal obra no podía pertenecer a un autor novel. Tenía entonces el joven escritor veintiséis años.

Su amistad con políticos y gentes del Parlamento en general, a los que había tenido acceso en su calidad de periodista, acabó por introducirlo definitivamente en el campo de la política. Así, cuando el «Daily News» fue comprado por los liberales pro-boers, le ofrecieron una columna semanal, que él supo convertir en una de las tribunas más polémicas de la época.

Es evidente que una actividad pública relativa a sucesos de actualidad, como la que desarrolló Chesterton en el «Daily News», tenía que conducirlo, quisiera o no, a comprometerse con determinados puntos de vista y con opciones ideológicas concretas. Este compromiso tuvo dos vertientes:

Postura política

• En lo político, su simpatía por el partido liberal acabó por convertirse en franca colaboración con dicha tendencia, aunque en algunos puntos concretos no estuviera de acuerdo con su actuación. No hubo ninguna cuestión importante sobre la que Chesterton no acabara aportando su opinión; respecto a los problemas de Irlanda, se mostró partidario de que ésta estuviera gobernada por ideas irlandesas. Opinó que la guerra inglesa en Sudáfrica era desacertada, y en todo momento se mostró partidario de los boers. Cuando estalló la Gran Guerra (1914-1918), apoyó la política de su país en la contienda, etc.

Postura religiosa y filosófica

• En lo religioso y filosófico, se alzó contra el materialismo imperante, postulando una vuelta a los antiguos valores morales. Se opuso al racionalismo y al cientificismo de la época con el arma de la fe y de su particular visión del sentido común. Sus escritos relacionados con estos temas conseguían aunar un poderoso estilo, de carácter marcadamente dogmático, con un sentido del humor que exasperaba a cuantos se atrevían a polemizar con él. Su propia evolución religiosa lo llevó a convertirse al catolicismo en 1922, cuando tenía cuarenta y ocho años.

Chesterton murió en 1936, el mismo año en el que apareció su autobiografía. Hasta 1914, fecha del comienzo de la primera guerra mundial, había publicado unos dieciocho o veinte libros —aparte de sus trabajos periodísticos— en los que cultivó desde la poesía a la novela, pasando por libros de controversia religiosa, ensayos de literatura y biografías de personas ilustres. Al terminar la contienda (1918), era, pues, un escritor conocido y cotizado, cuyas obras habían sido traducidas a numerosas lenguas.

El compromiso

Esta posición, unida a la fulgurante popularidad que le había dado la serie de relatos cortos detectivescos relativa al P.

Brown, le permitió en este último y largo tramo de su vida *final*
dedicarse a sus aficiones favoritas, una de las cuales era viajar.
Visitó, entre otros países, Palestina, Francia, España y Polonia. De todos estos viajes dejó constancia en sus artículos y en sus libros, poniendo siempre de manifiesto un espíritu observador y crítico; con frecuencia, mordaz. Hay en su autobiografía unas páginas dedicadas a su viaje a Barcelona en las que cuenta alguna anécdota divertida y representativa del momento político por el que atravesaba España.

En los años posteriores a su muerte las obras de Chesterton sufrieron un descenso considerable en la apreciación de los críticos. Sus valores literarios volvieron a ser considerados en 1974, con ocasión del centenario de su nacimiento, gracias a la actividad de Borges y de otros escritores de renombre, que reivindicaron su estilo y magnificaron con su firma las virtudes de la paradoja y del fino humor que siempre había cultivado.

La obra

La obra de Chesterton es susceptible de ser dividida y explicada atendiendo casi exclusivamente a los contenidos temáticos que ésta presenta. Dado que se ocupó de cuestiones muy diversas, y que en todas ellas consiguió destacar, sería difícil hacer un análisis exhaustivo y total. No obstante, es posible hacer este breve análisis dividiendo su obra en cuatro grandes grupos, en cada uno de los cuales se advierte una temática cohesionada por intereses semejantes:

Escritos políticos y sociales

• *Escritos políticos y sociales*. En este grupo habría que incluir gran parte de sus trabajos periodísticos, de los que ya nos hemos ocupado en el apartado anterior. Aparte de esto, hay que mencionar un volumen publicado en 1910 bajo el título *Por donde cojea el mundo*. Se trata de un libro en el que aborda diversos problemas sociales, exponiendo sus propios puntos de vista respecto a cada uno de ellos. No sería tampoco inadecuado, aunque se trate de una novela, incluir en este apartado *El Napoleón de Notting Hill*, publicado en 1904 y con el que Chesterton se estrenó como novelista. Está ambientada en los suburbios de Londres y su temática afecta inevitablemente a las cuestiones de orden social de la época.

Ensayos sobre literatura

• *Ensayos sobre literatura*. Aparte de la labor que, como crítico, realizó en revistas especializadas y periódicos diarios, es preciso mencionar los ensayos titulados *Robert Browning, Apreciaciones y críticas de los trabajos de Charles Dickens, Georges Bernard Shaw* y *Robert Louis Stevenson*, referidos a los escritores

que cita. Se trata en cada uno de ellos de un estudio monográfico del autor que le sirve de título, y unen a la agudeza crítica un estilo casual y espontáneo que convierten su lectura en una tarea entretenida y provechosa. Es preciso citar también *La época victoriana en la literatura*, aparecido en 1913, por la documentación que aporta sobre esa época tan discutida aún en nuestros días. Tiene, además, el interés añadido de que Chesterton se refiere en ella a autores que fueron sus contemporáneos.

Escritos religiosos

• *Libros de controversia religiosa y biografías de santos. Ortodoxia*, publicado en 1908, es un libro en el que Chesterton nos habla de sus creencias religiosas y da cuenta de su evolución espiritual hasta la fecha, en la que contaba con treinta y cuatro años. Su lectura proporciona alguna de las claves que en 1922 lo llevarían a abrazar el catolicismo. *Controversias teológicas* y *Herejes* completan esta serie, cuya lectura facilita la cabal comprensión de una inteligencia informada aparentemente por la contradicción. Tras su conversión del anglicanismo al catolicismo, en 1922, escribió *San Francisco de Asís* y *Santo Tomás de Aquino* (1923, 1933, respectivamente), biografías de los personajes en cuestión y que tienen la particularidad, frente a otra clase de biografías, de narrar los hechos sin indicar la fecha de los mismos, procedimiento que volvería a utilizar en su autobiografía. Fruto inmediato también de su conversión al catolicismo es *El hombre eterno*, ensayo teológico de inspiración cristiana aparecido en 1925.

Narrativa

• *Narrativa*. Aparte de *El Napoleón de Notting Hill*, ya citada, y antes de entrar en la serie relativa al P. Brown, es preciso recordar *El hombre que fue jueves*, de 1908, y *La esfera y la cruz*, aparecida en 1910. A pesar de que el éxito de la serie de relatos del P. Brown ocultó en cierto modo una parte importante de la obra de Chesterton, estas dos novelas han conseguido sobrevivir por sus propias virtudes y en lucha contra el famoso cura-detective. La imaginación de que hace gala Chesterton en ambas, principalmente en la primera (donde llega a rozar el disparate), convierten su lectura en una diversión continuada a la que se añade el complemento del goce estético proporcionado por un estilo lleno de aciertos en lo literario.

La serie del Padre Brown

La primera serie de cuentos del P. Brown apareció en 1911; se trata de *El candor del P. Brown*, incluida en este volumen. Contaba entonces Chesterton con treinta y siete años y tenía tras de sí una larga obra y una serie de conocimientos teóricos que, bien aplicados, tenían que producir intereses

considerables. Y así fue; el éxito de esta primera obra obligó a su autor a repetir la fórmula y el sacerdote-detective alcanzó cotas de popularidad semejantes a las de Dupin o a las de su compatriota y contemporáneo Sherlock Holmes. La fórmula que hizo posible este éxito procedía de la adecuada combinación de los contenidos formales y temáticos:

• Desde el punto de vista formal, Chesterton era un teórico que conocía bien las técnicas narrativas y estaba convencido de que la forma que más convenía al relato policíaco era la del relato breve. En este sentido, como vemos, volvía a los orígenes del género, aprovechando todos los recursos formales utilizados con éxito por sus antecesores.

• Desde el punto de vista temático, había leído a los autores más importantes de este género, y había cultivado incluso la amistad de uno de ellos. Este no era otro que C. Bentley, creador del detective de ficción Philip Trent y autor, entre otras, de *El último caso de Trent*, novela a la que los estudiosos consideran como una de las cumbres de la narrativa policíaca.

La figura del P. Brown

Con este bagaje de conocimientos, que pudo actuar sobre Chesterton de forma consciente o inconsciente (eso es lo de menos), creó en plena madurez a su propio detective. Pero también en ésta, como en el resto de sus actividades, Chesterton fue un heterodoxo. En efecto, el P. Brown encaja con dificultades en el molde de detective científico y deductivo que estaba de moda. Por eso también los relatos policíacos de Chesterton se separan en cierta medida de las propuestas de la novela-problema, que ya se afianzaba como género y tendía a convertirse en modelo.

Es sabido que Chesterton creó el famoso cura-detective utilizando como punto de referencia real a su amigo el P. John O’Connor, que al parecer poseía unas dotes de análisis poco comunes. No obstante, Chesterton aclaró en varias ocasiones que su P. Brown se parecía al P. O’Connor en lo concerniente a la agudeza mental y no en el aspecto desharrapado y algo sucio que presenta el personaje de ficción. Este pequeño y descuidado sacerdote, siguiendo en parte la filosofía de su creador, apuntada en páginas anteriores, se opone al excesivo cientificismo de Sherlock Holmes, en cuyas historias apenas cabe sitio para el azar, y se enfrenta a situaciones realmente insólitas sin otras armas que la fe y el conocimiento de los impulsos morales que conducen a actuar al malhechor. Las soluciones son siempre ingeniosas, divertidas y amables, pero no encajan en los esquemas de la novela-problema inaugurados por Poe y fijados por Conan Doyle, lo que lo convierte en un

detective raro dentro del género. Aunque tal vez a esta rareza se deba el éxito de que ha gozado a lo largo de tantos años.

El candor del P. Brown

La extraña unidad del libro

Se agrupan bajo este título doce cuentos que constituyen la primera serie relativa al P. Brown, el famoso cura-detective creado por Chesterton.

Debemos destacar, en primer lugar, que tratándose de doce relatos, cada uno de los cuales es en sí mismo una unidad independiente, su autor haya conseguido agruparlos de tal forma que se produzca entre ellos un tipo de relación que va más allá de la mera yuxtaposición. Diríamos que la suma de todos da lugar a un conjunto cuyas partes, aun pudiéndose concebir aisladamente, son a la vez como una cantidad formal segregada de otra mayor y en la que cumplen una función orgánica precisa.

Este hecho, que consigue llamar la atención del lector una vez cerrado el libro, es importante debido a su rareza: lo más usual en los volúmenes de cuentos es que estos convivan dentro de un mismo espacio sin mantener entre sí un trato o una comunicación diferente de la simple proximidad o contigüidad. Hay, pues, en *El candor del P. Brown* un hilo orgánico que atraviesa las diferentes partes del libro sometiéndolas a una unidad tan difícil como necesaria. Y el secreto del éxito es que tal hilo no ensarta cosas de naturaleza distinta, del mismo modo que el alambre que atraviesa las cuentas de un collar no debería encontrar en su camino ningún objeto perforado capaz de introducir un factor de desequilibrio formal en el conjunto.

Perfección técnica de cada relato

De otro lado, y yendo desde el conjunto hacia las partes, no sería exagerado afirmar que cada uno de los cuentos es una obra perfecta (en su sentido etimológico; es decir, acabada), en la que se cumplen las condiciones precisas para que el final sea tan necesario y exacto como el sucesivo juego de probabilidades anunciaba.

Denominadores comunes

Veamos ahora brevemente cuáles pueden ser algunos de los denominadores comunes que convierten la lectura de los doce relatos, además de en doce lecturas sucesivas y aisladas, en una lectura total que consigue romper los límites formales impuestos por el principio o el final de cada nuevo cuento. La lista es, por supuesto, susceptible de ser ampliada; no se trata con ella de agotar ninguna posibilidad, sino de apuntar el camino de lo posible:

El P. Brown • El P. Brown: Está claro que, siendo el protagonista de la serie, aparece en cada uno de los cuentos citados. Este sacerdote de «cara de luna» funciona siempre como la segunda parte de un binomio: frente al rico, frente al ateo, frente al mezquino o frente al criminal. Y será su actitud en cada una de estas situaciones la que acabará dándonos una definición suficientemente amplia de este cura.

Flambeau • Flambeau: Se trata de un famoso delincuente francés que aparece en casi todos los cuentos de esta serie. En el primero de ellos, *La cruz azul*, el P. Brown entra en contacto con él a través del papel de víctima. Como es de suponer, la relación no tarda en invertirse, y el pobre Flambeau acaba sucumbiendo al aparente candor, ingenuidad e ignorancia del P. Brown. La continuidad del personaje a través de los diferentes cuentos permite a Chesterton mostrar un cuadro moral en evolución, que acaba resultando casi un argumento secreto.

Valentin • Valentin: Se trata del jefe de la policía de París, hombre de métodos científicos y enfrentado al P. Brown por su ateísmo militante. Aparece en los dos primeros cuentos, pero a través de él y de su actitud se expresa algo que, además de estar latente en toda la literatura policíaca, aparece en los relatos de *El candor…* de manera obsesiva: la idea de que la línea que separa al criminal de su perseguidor es una línea débil y franqueable. El criminal puede acabar por convertirse en defensor del orden, y viceversa. Tales son los casos de Flambeau y de Valentin. En términos sicológicos, se podría decir que el que defiende el orden establecido vive bajo la fantasía o el miedo de que lo puede vulnerar.

El crimen como arte • Como complemento a esta idea, aparece otra también suficientemente manejada a lo largo del libro: la del crimen como arte. Tal concepción del delito convierte al policía profesional en un crítico de la obra de arte y, en cierto modo, en un criminal fracasado y peligroso. De ahí que el P. Brown, que está siempre fuera de este baile de posibilidades, parezca más preocupado por la conversión moral del delincuente que por su apresamiento físico.

Un baile de disfraces • Los personajes citados aparecen siempre sometidos, por un lado, a la hábil manipulación de la principal estructura de toda obra literaria, que es la sucesión temporal, y, por otro, al juego de las apariencias y de la paradoja, a la que Chesterton era tan aficionado. Esto hace de la obra total un verdadero baile de disfraces en el que los papeles se intercambian con la facilidad de un vestido.

Sólo permanece, debido tal vez a los valores morales que representa, el ingenuo y candoroso P. Brown.

Sirvan estas líneas para introducirnos en la lectura de uno de los mejores cuentistas de la literatura inglesa. La cabal comprensión de la sucesión temporal en cada relato y el entendimiento de las propiedades formales de los personajes ayudarán sin duda a convertir esta lectura en una diversión inolvidable.

Juan José MILLÁS

Bibliografía

Con «s. a.» indicamos «sin año» aunque la publicación castellana es próxima a la edición original

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
	Novelas	
1904	*The Napoleon of Notting Hill*.	*El Napoleón de Notting Hill* (1941).
1905	*The Club of Queer Trades*.	*El club de los negocios raros* (1942).
1908	*The Man who was Thursday: a nightmare*.	*El hombre que fue jueves* (1922).
1909	*The Ball and the Cross*.	*La esfera y la cruz* (1940).
1911	*The Innocence of Father Brown*. —Contiene: *The Blue Cross, The Secret Garden, The Queer Feet, The Flying Stars, The Invisible Man, The Honour of Israel Cow, The wrong shape. The Sins of Prince Saradine, The Hammer of Cod, The Eye of Apollo, The Sign of the Broken Sword, The Three Tools of Death*.	*El candor del Padre Brown* (1921). —Contiene: La cruz azul, El jardín secreto, Las pisadas misteriosas, Las estrellas errantes, El hombre invisible, El honor de Israel Gow, La forma equívoca, Los pecados del Príncipe Saradine, El martillo de Dios, El ojo de Apolo, La muestra de la espada rota, Los tres instrumentos de la muerte.
1912	*Manalive*.	*El hombre eterno* (1930).
1914	*The Flying Inn*.	*La hostería volante* (1942).
1914	*The Wisdom of Father Brown*. —Contiene: *The Absence of Mr. Class, The Paradise of Thieves, The Duel of Dr. Hirsch, The Man in the Passage, The Mistake of the Machine, The Head of Caesar, The Purple Wig, The Perishing of the Pendragons, The God of the Gongs, The Salad of Colonel Gray, The Strange Crime of John Boulnois, The Fairy Tale of Father Brown*.	*La sabiduría del Padre Brown* (1936). —Contiene: La ausencia de Mr. Copa, El paraíso de los bandidos, El duelo del Dr. Hirsch, El hombre del pasaje, El error de la máquina, La cabeza del César, La peluca roja, El fin de los Pendragon, El dios de los gongos, La ensalada del Coronel Cray, El extraño crimen de John Boulnois, El cuento de hadas del Padre Brown.
1922	*The Man who Knew Too Much and Other Stories*.	*El hombre que sabía demasiado y otras historias* (1944).
1925	*Tales of the Long Bow*.	*Cuentos del arco largo* (s. a.)*.
1926	*The Incredulity of Father Brown*. —Contiene: *The Resurrection of Father Brown, The Arrow of Heaven, The Oracle of the Dog, The Miracle of Moon Crescent, The Curse of the Golden Cross,*	*La incredulidad del Padre Brown* (s. a.)*. —Contiene: La resurrección del Padre Brown, La saeta del Cielo, El oráculo del perro, El milagro de la «Media Luna», La maldición de la cruz dorada,

	The Dagger with Wings, The Doom of the Darnaways, The Ghost of Gideon Wise.	El puñal alado, El sino de los Darnaway, El espectro de Gideon Wise.
1927	*The Return of Don Quixote*.	*El regreso de Don Quijote* (1927).
1927	*The Secret of Father Brown*. —Contiene: *The Secret of Father Brown, The Mirror of the Magistrate, The Man with Two Beards, The Song of the Flying Fish, The Actor and the Alibi, The Vanishing of Vaudrey, The Worst Crime in the World, The Red Moon of Meru, The Chief Mourner of Marne, The Secret of Flambeau*.	*El secreto del Padre Brown* (1943). —Contiene: El secreto del Padre Brown, El espejo del magistrado, El hombre de las dos barbas, La canción del pez volador, La actriz y su doble, La desaparición de Vaudrey, El mayor crimen del mundo, La luna roja de Meru, La penitencia de Marne, El secreto de Flambeau.
1928	*The Sword of Wood: a story*.	La espada de madera: una historia.
1929	*The Poet and the Lunatics: episodes in the life of Gabriel Gale*.	*El poeta y los lunáticos: episodios de la vida de Gabriel Gale* (1952).
1930	*Four Faultless Felons*.	*Cuatro granujas sin tacha* (1932).
1935	*The Scandal of Father Brown*. —Contiene: *The Scandal of Father Brown, The Quick One, The Blast of the Book, The Green Man, The Pursuit of Mr. Blue, The Crime of the Communist, The Point of a Pin, The Insoluble Problem. The Vampire of the Village*.	*El escándalo del Padre Brown* (1942). —Contiene: El escándalo del Padre Brown, El rápido, La ráfaga del libro, El hombre verde, La persecución de Mr. Blue, El crimen del comunista, La punta del alfiler, El problema insoluble, El vampiro de la aldea.
1936	*The Paradoxes of Mr. Pond (Short Stories)*.	*Las paradojas de Mr. Pond* (1940).
	Biografías	
1902	*Thomas Carlyle*. —Con J. E. H. Williams.	Thomas Carlyle.
1902	*Robert Louis Stevenson*. —Con W. R. Nicoll.	Robert Louis Stevenson.
1903	*Leo Tolstoy*. —Con C. H. Perris y E. Garnett.	León Tolstoi.
1903	*Charles Dickens*. —Con F. G. Kitton.	*Vida de Dickens* (1943).
1903	*Robert Browning*.	*Robert Browning* (1943).
1903	*Tennyson*. —Con R. Garnett.	Tennyson.
1903	*Thackeray*. —Con L. Melville.	Thackeray.
1904	*G. F. Watts*.	G. F. Watts.
1910	*George Bernard Shaw*.	*George Bernard Shaw* (s. a.)*.
1910	*William Blake*.	William Blake.
1917	*Lord Kitchener*.	Lord Kitchener.
1923	*St. Francis of Assisi*.	*San Francisco de Asís* (1944).
1925	*William Cobbett*.	*William Cobbett* (1943).
1932	*Chaucer*.	*Chaucer* (1933).
1933	*St. Thomas Aquinas*.	*Santo Tomás de Aquino* (1934).

1936	*Autobiography*.	*Autobiografía* (1939).

Notas

[1] Ciudad de Inglaterra, en el condado de Essex, en la desembocadura del Stour. Situada en la costa sudeste a unos 120 km. de Londres, tiene numerosas comunicaciones marítimas con las costas europeas de Holanda y Bélgica. Precisamente de Bruselas llega el «famoso investigador» Valentin. <<

[2] *Hoek van Holland*: ciudad costera de Holanda, a 30 km. de Rotterdam. *Gante*: ciudad de Bélgica, a 60 km. de Bruselas, en la confluencia del Lys y el Escalda. Aunque se halla a más de 50 kms. de la costa, el tráfico fluvial con el Atlántico y, a través del canal de Terneuzen, con el mar del Norte la convierten en el segundo puerto belga. <<

[3] Este dato sitúa la época de la acción. El Congreso Eucarístico celebrado en Londres fue el decimonoveno y tuvo lugar en 1908. El origen de los congresos eucarísticos internacionales —el primero de los cuales se celebró en Lille (Francia) en 1881— se debió a la iniciativa de la francesa Emile Tamisier (1834-1910), que desde 1874 venía organizando peregrinaciones eucarísticas con el apoyo del Papa León XIII. **<<**

[4] Héroe del cantar de gesta francés del siglo XI *Chanson de Roland* [=Canción de Rolando o Cantar de Roldán]. El poema narra la batalla de Roncesvalles (718), en la que Rolando, sobrino de Carlomagno, muere a manos de los moros de Zaragoza, por culpa de la traición de Ganelón. La apostilla irónica de Chesterton alude a las innumerables victorias de Rolando, que, al morir, apostrofa así a su espada Durandarte: «Contigo conquisté Anjou y la Bretaña. Contigo he conquistado Maine y Poitou. Yo le sometí contigo Provenza y Aquitania, Lombardía y toda la Romaña. Yo me apoderé contigo de Baviera y de Flandes, de Borgoña y de Polonia enteras. De Constantinopla, donde él ya había recibido el homenaje, y de Sajonia, donde se hacía cuanto él ordenaba. Por ti conquisté Escocia y la Inglaterra, que él llamaba su aposento. Contigo he conquistado tantas y tantas comarcas como posee Carlos, que ya tiene blanca la barba.» ¡En efecto, hay que reconocer que Rolando no dejó en paz la tierra! <<

[5] En alemán, «emperador». Es el título que se aplicó a los tres emperadores del II Reich alemán. Chesterton se refiere concretamente a Guillermo II, que lo fue de 1888 a 1918, y a quien se aplicó por antonomasia el título de Kaiser. <<

[6] Natural de Gascuña, antigua provincia francesa. Es la zona del SO de Francia comprendida entre el río Garona y los Pirineos. <<

[7] Juez de instrucción. En francés en el original. <<

[8] Condado del E de Gran Bretaña, entre el golfo de Wash y el mar del Norte. Se refiere a una especie de bizcocho relleno de carne o fruta típico de esa región. <<

[9] Es decir, más de 1,90 m. El pie anglosajón tiene 12 pulgadas y equivale a casi 30,5 cm. <<

[10] El almirante Horatio Nelson (1758-1805) murió en la batalla de Trafalgar el mismo día en que la flota inglesa vencía a la franco-española a la altura del cabo Trafalgar. En la misma batalla perecieron también los españoles Gravina y Churruca. <<

[11] Edgar Allan Poe (1809-1849), escritor norteamericano, está considerado como el «padre de la novela policíaca» por sus cuentos analíticos, publicados ya en esta colección. <<

[12] El que dirige los brindis. <<

[13] Calle sin salida. En francés en el original. <<

[14] Barrio al NO de Londres que tiene un gran parque. <<

[15] Sitio con asientos que algunos carruajes tienen encima de la cubierta. <<

[16] Abadía gótica al O del antiguo Londres (*Westminster* significa «monasterio del oeste»), que ha dado nombre al barrio actual, donde se encuentra la sede del Parlamento inglés y los palacios de Buckingham y Saint-James. <<

[17] Cura. En francés en el original. <<

[18] Ciudad de Inglaterra en la costa del mar del Norte. Su iglesia es del s. XII.
<<

[19] Amigo mío. En francés en el original. <<

[20] La alusión al río Sena sitúa el escenario de la acción: el corazón de París.
<<

[21] La «Muy noble orden de la Jarretera», la más antigua y de mayor categoría de las órdenes de caballería inglesa, fue fundada por Eduardo III hacia 1347. <<

[22] La Legión extranjera francesa fue constituida en Argel en 1831, y estaba integrada por fuerzas de infantería y caballería. Participó en la expedición a México y en las campañas de Marruecos. <<

[23] Walt Whitman (1819-1892), poeta norteamericano, conocido sobre todo por su obra *Hojas de hierba*. Su poesía intentaba ser popular y, aunque desigual, rebosa humanidad, libertad y fe en el hombre. <<

[24] En el original conserva la forma francesa *salon*. <<

[25] Esta espléndida metáfora anticipa el crimen. <<

[26] Antonine Watteau (1684-1721), pintor francés de origen flamenco. Su pintura, enormemente plástica e imaginativa, a la vez que un revulsivo contra el pomposo clasicismo de la corte de Luis XIV, ha sido considerada como un antecedente del impresionismo. <<

[27] Alude, como es obvio, a la tragedia del dramaturgo inglés William Shakespeare (1554-1616). Antes de que Macbeth y su mujer perpetren el asesinato del rey, se oyen llamadas a la puerta: «¿De dónde viene esa llamada? —dice Macbeth—. ¿Qué me pasa, que todos los ruidos me aterran?» (Acto II, escena 2ª). <<

[28] La catedral de París. <<

[29] Santo Tomás de Aquino (1225-1274), doctor de la Iglesia, llamado el *Doctor Angélico*. Intentó armonizar la filosofía aristotélica con la teología católica, logrando en su *Summa Theologica* una solidez que ha perdurado hasta nuestros días. <<

[30] Se refiere a Marco Porcio Catón, llamado de Utica (95-46 a. d. C.), que era bisnieto de Catón el Censor. Luchó contra Espartaco durante la rebelión de los esclavos, apoyó a Cicerón contra Catilina, y en las luchas de César y Pompeyo tomó partido por este último. Después de la derrota y muerte de Pompeyo, se hizo fuerte en la plaza africana de Utica, pero, sitiado, se suicidó, como insinúa Chesterton. Cicerón escribió un *Elogio de Catón*, y en 1713 el poeta y publicista inglés Joseph Addison (1672-1719), la tragedia *Catón de Utica*, en torno al suicidio de Catón, cuyo notable éxito se vio favorecido por las circunstancias políticas. <<

[31] Barrio aristócrata del SO de Londres, construido de 1826 a 1852. <<

[32] Alusión a la frase evangélica: «El que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la salvará» (Lc 9,24; Cf. Mc 8,35; Mt 16,25). <<

[33] Terminología bíblica para referirse al infierno: «Fuego *eterno*» (Mt 18,8); «Su *fuego no se apagará*» (Is 66,24); «La gehenna, donde su gusano no muere y *el fuego no se apaga*» (Me 9,48). <<

[34] Especie de entremeses. En francés en el original. <<

[35] Partido conservador inglés que, junto con el *whig* o liberal, se originó a fines del siglo XVII, sobre todo después de la «Gloriosa Revolución» (1688). <<

[36] William Ewart Gladstone (1809-1898), estadista británico que, de monárquico y aristócrata, pasó a ser jefe del partido liberal. Fue dos veces primer ministro del gobierno. <<

[37] Alusión a la frase de Jesús de Nazaret: «Desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5,10; Cf. también Mt 4,19; Mc 1,17). <<

[38] Se refiere a la respuesta tajante que dio San Pedro a Jesús de Nazaret: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», cuando éste preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mt 16,15; Mc 8,29; Lc 9,20). <<

[39] En 1827 había publicado ya el escritor británico Thomas de Quincey (1785-1859) su conocida obra *El asesinato considerado como una de las bellas artes*. <<

[40] Alude a la conocida tragedia de Shakespeare. «La sencilla figura del hombre vestido de negro» es el propio Hamlet, príncipe de Dinamarca. <<

[41] Se refiere al pintor francés Jean-François Millet (1815-1875), que trató preferentemente temas rurales y campesinos con un realismo a veces brutal. El paisaje fue convirtiéndose en el factor dominante de su pintura. <<

[42] Novelista inglés (1812-1870), autor de obras tan conocidas como *Oliver Twist*, *David Copperfield*, *Canción de Navidad*, etc., donde aparecen los temas de la niñez triste y desesperada, con multitud de recuerdos extraídos, en parte, de su propia niñez. <<

[43] Barrio residencial, al SO de Londres, junto al Támesis. <<

[44] Referencia a la frase evangélica «¿Hay alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le dé una piedra?» (Mt 7,9). Aunque hay aquí un retorcimiento irónico cuando a continuación da a los *diamantes* el nombre de *piedras*. **<<**

[45] Es decir, los personajes típicos de la *commedia dell'arte* italiana y de los teatros de feria. Colombina suele ser hija de Casandra o de Pantalón; el «clown» o bufón es Pierrot, que está al servicio de Pantalón y ama sin ser correspondido a la frívola Colombina. Otras veces ésta aparece como mujer o amante de Arlequín, el personaje desenfadado que viste a cuadros o rombos de distintos colores, etc. <<

[46] Protagonista del cuento homónimo del escritor francés Charles Perrault (1628-1703). <<

[47] El que hace, vende o alquila trajes de teatro, o se encarga del vestuario de una representación. En francés en el original. <<

[48] Burguesas. En francés en el original. <<

[49] *The Pirates of Penzance* (1879) es una opereta de Gilbert y Sullivan, muy celebrada en la época. William Schwenk Gilbert (1836-1911) era el libretista, y Arthur Seymour Sullivan (1842-1900), el compositor. Sus operetas, por la comicidad de sus tipos y argumentos, la gracia satírica y la música agradable, tuvieron un notable éxito. <<

[50] Término musical tomado del italiano. Indica el procedimiento de ejecución que consiste en la articulación por separado de cada nota, acortando mucho la duración del sonido. <<

[51] Bandido o salteador de París y, por extensión, de las grandes poblaciones. Véase, por ejemplo, en Gaston Leroux: «No había *apache*, como se dice hoy, más audaz y terrible que él» (*El misterio del cuarto amarillo*, p. 238, en esta Colección). <<

[52] Véase *La cruz azul*, nota 14. <<

[53] Capital de Escocia. Edimburgo fue creciendo alrededor de un castillo edificado en lo alto de una colina de origen volcánico. Por ello habla el autor de lo «escarpado» de Edimburgo. <<

[54] Castillos. En francés en el original. <<

[55] También Glasgow está en Escocia, al O, sobre el estuario del Clyde. <<

[56] María I Estuardo (1542-1587), cuyo accidentado reinado estuvo lleno de revueltas, traiciones, intrigas y conjuraciones. Encerrada en una isla, de donde logró escapar, se refugió en Inglaterra. Pero, complicada en nuevas conspiraciones, fue condenada a muerte por Isabel I. <<

[57] Miembros de la cámara de los lores. Los *Pares* británicos se dividían en lores *espirituales* (arzobispos y obispos anglicanos) y *temporales* (duques, marqueses, condes, vizcondes y barones). <<

[58] William *Wilkie* Collins (1824-1889), novelista británico que escribió una novela histórica y varias de costumbres bajo la influencia de Dickens, está considerado como uno de los precursores de la novela policíaca por *La piedra lunar* (1868), de la que ha dicho T. S. Eliot que es «la primera, la más larga y más herniosa de las novelas policíacas inglesas modernas». <<

[59] Antiguo régimen. En francés en el original. <<

[60] Luis XVI (1754-1793), el último rey francés anterior a la Revolución, fue guillotinado el 21 de enero de 1793. Su mujer, María Antonieta (1755-1793) fue también guillotinada el 16 de octubre del mismo año. El «asunto del collar» de diamantes de María Antonieta remite al proceso a que fue sometido el cardenal Louis de Rohan, a la sazón arzobispo de Estrasburgo, a propósito de un collar de diamantes que costó la exorbitante suma de 1.600.000 libras. Rohan, deseoso de reconciliarse con la reina, se dejó engañar por la condesa de La Motte, que le preparó una falsa entrevista con la reina y le sugirió la conveniencia de regalarle un collar. Así lo hizo, pero el collar quedó en poder de La Motte, que lo vendió en piezas. Como Rohan no pudiera pagar un plazo del collar, los vendedores acudieron a la reina. El escándalo llegó a oídos del rey, que procesó al cardenal, aunque luego fue absuelto por el Parlamento, mientras se condenaba a la condesa. De la trascendencia del proceso da idea la frase del poeta alemán Johann Wolfgang Goethe (1740-1832), que dijo: «El proceso del collar fue el prólogo de la Revolución.» <<

[61] Probable alusión al relato siguiente. <<

[62] Diógenes el Cínico (413-327), filósofo griego, cuyo principio fundamental era denunciar lo convencional y oponer a ello la naturaleza. Chesterton alude aquí a la conocida frase «Busco un hombre», que Diógenes, con una linterna en la mano, pronunció en pleno día en las calles de Atenas. El pintor español José Ribera, el *Españoleto* (1591-1652), dedicó un cuadro a este tema: *Diógenes con la linterna*. <<

[63] Barrio de Londres al S del Támesis. <<

[64] Turbante indio de tela fina. <<

[65] Obispo escocés del siglo VI (518-603). Murió en Glasgow (Escocia) y, según la tradición, está enterrado donde se eleva ahora su iglesia. <<

[66] Referencia a la *Divina Comedia* del poeta italiano Dante Alighieri (1265-1321). En ella el poeta latino Publio Virgilio Marón (70-19) va guiando a Dante a través del Infierno y el Purgatorio. Al cielo será su amada Beatriz quien lo conduzca. <<

[67] Planta herbácea, de hojas alternas, opuestas y verticiladas, y flores en cimas unilaterales. La flor roja de la Pascua que crece en Canarias pertenece a esta familia. <<

[68] ¡Dios mío! En francés en el original. <<

[69] Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), poeta, crítico y pensador británico, es autor, entre otros libros, de las *Baladas líricas* (1798), donde se halla la tan celebrada *Balada del viejo marino*. Chesterton alude a su capacidad para evocar lo fantástico y lo insólito, cualidades que incidieron notablemente en la evolución del Romanticismo inglés. <<

[70] Véase *Las estrellas errantes*, nota 51. <<

[71] ¡Venciste, Galileo! (En latín en el original.) Se trata de la frase atribuida al emperador romano Flavio Claudio Juliano (331-363), llamado el *Apóstata* porque abjuró del cristianismo y se inició en los cultos mistéricos paganos. En la campaña contra los persas fue herido por una flecha, y fue entonces cuando, arrancándose la flecha, pronunció el «Venciste, Galileo», como despectivamente llamaba a Jesucristo. <<

[72] Nombre específico de los arroyos y riachuelos que recorren el condado de Norfolk. <<

[73] Dios pastoril de la mitología griega representado con cuernos, barba de chivo, nariz corva y patas de macho cabrío. Solía habitar en los bosques y montañas, y su presencia invisible se adivinaba por el sonido melodioso de su flauta, o siringa, de la que se le considera inventor. (La palabra *pánico* procede del terror que se experimentaba ante las repentinas apariciones de *Pan.*) <<

[74] Es decir, con características de Plutón, el dios de los muertos y rey de los infiernos en la mitología griega. Más adelante el Padre Brown calificará a toda la casa de «infernal». <<

[75] Personal de servicio encargado del cuidado y limpieza de una casa. En francés en el original. <<

[76] Pronunciado. En francés en el original. <<

[77] El principal en la casa. Chesterton lo deja en latín con toda intención, preanunciando así la verdadera personalidad del *mayordomo*. **<<**

[78] A sus órdenes. En francés en el original. <<

[79] Venganza, odio de sangre. Aunque italiana de origen, la palabra pertenece ya al vocabulario inglés. <<

[80] En efecto, la familia de los señores de Bohun residía en las «marcas» del País de Gales (región occidental de Inglaterra, entre los estuarios del Dee y el Severn), al menos desde el siglo XIII. Tomó parte activa en las luchas contra el poder monárquico de Enrique III (1207-1272) y Eduardo I (1239-1307). <<

[81] Obsérvese que la metáfora, elaborada desde el punto de vista del clérigo, es de ascendencia bíblica: «Vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar» (1 *Pedro* 5,8). En ella va implícita la valoración ética que Wilfred hace de su hermano. **<<**

[82] Columna de granito que hay en la plaza de Trafalgar de Londres. Tiene 40 metros de altura, está coronada por una estatua de Nelson de 5 m., y el pedestal está recubierto con láminas de bronce procedente de los cañones tomados a los franceses en la batalla de Trafalgar. <<

[83] Referencia al Salmo 121,7-8: «Yavé te guarda de todo mal, / él guarda tu alma; / Yavé guarda tus entradas y salidas, / ahora y por siempre.» <<

[84] «Aquella misma noche salió el Ángel de Yavé e hirió en el campamento asirio a 185.000 hombres; a la hora de despertarse, por la mañana, no había más que cadáveres. Senaquerib, rey de Asiria, partió y, volviéndose, se quedó en Nínive. Y sucedió que, estando él postrado en el templo de su dios Nisrok, sus hijos Adrammélek y Saréser lo mataron a espada» (2 *Reyes* 19,35-37; *Isaías* 37,36-38; cf. 2 *Crónicas* 32,21-22). <<

[85] Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844-1900), filósofo alemán, autor de las conocidas obras *Así habló Zaratustra* y *La voluntad de poder*. En ellas desarrolla la teoría del «superhombre», encarnación de esa «voluntad de poder», que es una vuelta a la vida, subversión de todos los valores, predominio de los instintos vitales sobre la razón. A ello alude Chesterton, un tanto despectivamente, con lo de la «bestia blonda». En Pío Baroja podemos encontrar una excelente descripción del tipo nietzscheano: «Su tipo era el hombre aislado, el hombre fuerte, que entra en la vida como un toro furioso, embistiendo contra lo que le estorba y lo que se le pone por delante; pero exigía además de este hombre el gesto bello, el gesto gallardo del gladiador triunfante» (*Las tragedias grotescas*, IV). <<

[86] Sobrenombre que se da al dios del Sol en la mitología griega. Significa «el brillante». También Apolo, el dios más bello del panteón griego, pasó a convertirse en deidad solar. Ambos nombres han sido frecuentemente utilizados en la literatura renacentista y barroca para designar al Sol. Cervantes los usa, aunque a veces teñidos de suave burla: «Apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente *Febo* con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase…» (*Quijote*, II, 20). «Apenas había el rubicundo *Apolo* tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos…» (*Quijote*, I, 2). <<

[87] *Punch* y *Judy* son dos personajes famosos de una obra de guiñol que dieron nombre a la revista semanal cómica *Punch and Judy*. Existe todavía con el nombre abreviado *Punch*. <<

[88] Alude a una de las ilustraciones que para la *Biblia* hizo el dibujante y pintor francés Gustave Doré (1833-1883). Ilustró las grandes obras de la literatura como el *Quijote, La Divina Comedia*, o el *Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais. También hizo algunas esculturas, entre las que cabe recordar la de Alexandre Dumas. <<

[89] Salisbury, capital del condado de Wilts, a orillas del Avon, está al SO de Londres. <<

[90] Grecia. Recuérdese que Apolo pertenece a la mitología griega. Chesterton está jugando con las oposiciones luz/sombra, blanco/negro, paganismo/cristianismo, para luego hacer resaltar por contraste la fecunda y esclarecedora humildad del borroso «curita». En todo ello hay un sustrato bíblico evidente: «Así, mientras los *judíos* piden señales y los *griegos* buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: *escándalo* para los judíos, *necedad* para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza y sabiduría de Dios. Porque la *necedad* divina es más sabia que la *sabiduría* de los hombres, y la *debilidad* divina, más fuerte que la *fuerza* de los hombres» (1 *Corintios* 1,22-25). <<

[91] Sumo Sacerdote judío que condenó a Jesús (véase Jn 11,49; 18,13-24; Mt 26,57-66). <<

[92] Barrio de Londres al S del Támesis. <<

[93] Iluminados. (*Sic* en el original: por la forma, puede ser latín o italiano indistintamente.) Aparte de la posible referencia a las sectas de «iluminados» que hubo a lo largo de la historia, define también a cualquiera que ve visiones en materia de religión. <<

[94] Isla del noroeste de Europa, en el Atlántico norte, entre la península escandinava y Groenlandia. Significa «Tierra de hielo». <<

[95] Alusión a la historia narrada en *Las Estrellas Errantes*. <<

[96] Chesterton, como es frecuente en él, mezcla realidad y ficción. Aunque los nombres citados son ficticios, el relato parece estar ambientado en las sucesivas intervenciones inglesas en Brasil, primero con motivo de la expulsión de las tropas portuguesas en 1823, en que los brasileños fueron apoyados por la escuadra del almirante Thomas Alexander Cochrane (1775-1860), y más tarde, en 1836, con ocasión de las guerras civiles entre federalistas y republicanos, en que también intervino la flota inglesa en el sitio de Pará. Este procedimiento chestertoniano de mezclar y confundir historia y fantasía ha sido llevado a un límite difícilmente superable por el escritor argentino Jorge Luis Borges, que en esto ha confesado la influencia de Chesterton. <<

[97] Los dos héroes principales de la guerra de Troya, según la epopeya homérica, la *Ilíada*. Con la muerte de Héctor, hijo del rey troyano Príamo, a manos del héroe griego Aquiles concluye el poema, donde se resaltan el arrojo del griego y la integridad del troyano. <<

[98] La rebelión de los cipayos —soldados indios y musulmanes al servicio de Gran Bretaña durante la época colonial— tuvo lugar en 1857. La revolución comenzó en Bengala y Madras y se extendió por el valle medio del Ganges. Nueve meses después la insurrección fue sofocada por el mariscal británico Sir Colin Campbell (1792-1863), comandante en jefe de las fuerzas de la India. <<

[99] Obsérvese la maestría de Chesterton para crear metáforas dentro del campo semántico en que se desarrolla la atmósfera del cuento. La luna, que en *El jardín secreto* era «dura», una «cimatarra» que rasgaba y deshacía; que en *Las Estrellas Errantes*, «sobre el cielo de zafiro» y un fondo de diamantes robados, era «de plata»; que en *Los pecados del príncipe Saradine*, en un ambiente mórbido y dudoso de cuento de hadas, era «de limón», y «oro pálido», aquí, en esta noche «de insoportable frío», es «de hielo», «bola de nieve», y a su fulgor se «refrescan» los recuerdos. Dígase lo mismo del crepúsculo, la noche, el cielo, las estrellas, la luz, el viento, etc., como el lector atento habrá podido comprobar. <<

[100] Condado británico situado entre el mar del Norte, el estuario del Humber y el valle del Trent. <<

[101] Región histórica del N de Irlanda. De sus nueve condados, seis constituyen Irlanda del Norte. Los otros tres forman parte desde 1921 del llamado Estado libre de Irlanda. <<

[102] Dante (véase *La forma equívoca*, nota 3) concibe el infierno como un cono invertido con nueve círculos, cuyo vértice se hunde en el centro de la tierra. En el último círculo, como Flambeau dice a continuación, coloca a los reos de traición, que para Dante es el más grave de los pecados (*Infierno*, cantos 32-33). <<

[103] *Mr. Pickwick*, personaje central de los *Papeles póstumos del Club Pickwick* (1847) de Dickens, es un personaje lleno de humanidad y benevolencia, por el que Chesterton tenía gran cariño, hasta llegar a describirlo como «el Ulises de la comedia…, un ser entre humano y encantado, lo bastante humano para correr mundo y embabiecarse, pero sostenido por ese alegre fatalismo connatural a los seres inmortales y ese divino instinto que en los momentos más negros le dice que está destinado a una vida eternamente feliz. Pickwick camina hacia el fin del mundo, pero sabe que hallará alojamiento». *Harwell* (Middlesex) está a orillas del Brent, a 12 km. al O de Hyde Park (Londres). Su manicomio, inaugurado en 1841, tenía capacidad para 1.800 enfermos. En cuanto a *Sunny Jim*, se trata de un personaje muy alegre de una revista de humor, que ha venido a convertirse prácticamente en una frase lexicalizada para designar la «alegría de la vida». <<

[104] Título británico, entre el de barón y el de caballero. Fue creado a principios del siglo XVII. <<

[105] No nos dejes caer en tentación. Palabras del Padre nuestro: Mt 6,13; Lc 11,4. <<

[106] Barrio del N de Londres. <<

[107] Con cachas de cuerno. En el Romancero del Cid podemos leer: «Que te maten, rey Alfonso, / villanos, que no fidalgos… / con cuchillos *cachicuernos,* / no con puñales dorados…» <<

[108] Alusión a la respuesta que dio Jesús al discípulo que le pedía permiso para ir a enterrar a su padre: «Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos» (Mt 8,22; Le 9,60). <<

[109] Aconsejamos utilizar este encuadre histórico como complemento del aparecido en el volumen de Arthur Conan Doyle, *Estudio en escarlata*. **<<**